

JOSÉ ALLAMANO

LOS QUIERO ASÍ

Espiritualidad y pedagogía misionera

Instituto Misiones Consolata

PRESENTACIÓN

P. Aquiléo Fiorentini IMC
Superior General

Hna. Gabriella Bono MC
Superiora General

Título original:

Così vi voglio. Spiritualità e pedagogía missionaria.

Edición italiana a cargo de:

P. Francesco Pavese IMC y Hna. Ángeles Mantineo MC

Traducción:

Néstor Saporiti

Diseño gráfico edición argentina:

Editorial Epifanía

Avda. de Mayo 1370, p. 14 - of. 367-368

Buenos Aires - Argentina

Tel.: 0054-11-4381-4152

e-mail: info@editorialepifania.com.ar

www.editorialepifania.com.ar

Con alegría y gratitud presentamos este nuevo libro con la Espiritualidad y la Pedagogía misionera de nuestro fundador, el beato José Allamano. Nosotros, Misioneros y Misioneras de la Consolata, tenemos el privilegio de poder contar con una gran cantidad de enseñanzas de nuestro Padre. Las fuentes donde podemos encontrarlas son ricas y genuinas. Las hemos recibido de todos los que han sido educados por él y las conservamos cuidadosamente como un valioso tesoro. Sobre todo nos referimos a sus Conferencias o conversaciones dominicales, que contienen su modo de pensar más auténtico. Nuestros primeros hermanos y hermanas, que tuvieron la gracia de escucharlas directamente de él, se preocuparon por recogerlas y transmitirnoslas. De esta manera nosotros, al leerlas, podemos imaginar que es él mismo quien nos habla.

Estas Conferencias están publicadas en seis volúmenes: tres con las conferencias a los misioneros y tres con las conferencias a las misioneras. Ellas contienen los apuntes manuscritos que José Allamano preparaba semanalmente, así como las anotaciones de aquellos que lo escuchaban. Es necesario mencionar la gran obra surgida de la mente y el corazón del P. Lorenzo Sales llamada "La Vida Espiritual". Esta recoge en forma orgánica todo el pensamiento del Fundador, tal como se desprende de las Conferencias dominicales a los misioneros y a las misioneras, durante veinticuatro años.

Los Misioneros y Misioneras de la Consolata queremos seguir inspirándonos en este patrimonio que nos pertenece, con una fidelidad dinámica, para ser auténticos hijos e hijas de José Allamano y saber transmitirlo a las nuevas generaciones, no solo porque está escrito sobre el papel, sino porque lo encarnamos en nuestras vidas y lo expresamos mediante nuestras opciones. Para lograrlo, creemos que la actitud fundamental es la de estar unidos al Fundador. Nunca olvidamos esa famosa frase que, pronunciada hacia el final de su vida, resuena como una admonición: "Yo daré mi espíritu a los que estarán unidos a mí".

En estos últimos tiempos, en nuestros Institutos hemos sentido la necesidad de reconsiderar las fuentes que nos transmiten el pensamiento del Padre, para quitar cuanto ha sido propuesto de otro modo o superado por la renovación de la Iglesia, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II. Nos damos cuenta de que se trata de una operación delicada, porque para nosotros todo lo que el Padre nos ha dicho o escrito es importante y no queremos perderlo. Sin embargo, después de una reflexión profunda, tomamos la decisión de confiar a un misionero y a una misionera, con la colaboración de otros hermanos y hermanas, la tarea de buscar en "La Vida Espiritual", y eventualmente también en los volúmenes de las Conferencias, lo esencial del pensamiento de José Allamano a la luz de la renovación de la Iglesia. De allí surgió este libro, en el que ha sido conservado el espíritu de nuestro Fundador. Al leerlo, tenemos la impresión de que es él mismo quien paternalmente nos habla, con el estilo que lo caracterizaba, mientras nos propone los temas que él consideraba importantes.

Ponemos este libro sobre todo en las manos de los y las jóvenes de nuestros Institutos, para que puedan profundizar más fácilmente las enseñanzas del Fundador. También lo

ponemos en las manos de todos sus hijos e hijas, de los laicos misioneros y de cuantos desean acercarse al espíritu de este gran hombre de Dios, educador de sacerdotes y padre de dos familias misioneras. Evidentemente, las fuentes en las que nos hemos inspirado no han sido superadas; ellas siguen siendo el punto de referencia privilegiado para todos los que desean comprender mejor el pensamiento de José Allamano.

Agradecemos al P. Francesco Pavese y a la Hna. Ángeles Mantineo que con corazón de hijos y capacidad de trabajo en común han llevado a cabo esta iniciativa, así como expresamos nuestra gratitud a todos los que han colaborado. Es nuestro deseo que cuantos lean estas páginas puedan vivir la misma experiencia que uno de nuestros misioneros ha atestiguado de este modo: "Después de cada conferencia nos surgía espontáneo repetir con los discípulos de Emaús: ¿No ardía nuestro corazón mientras Él nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?"

Que la Santísima Consolata y el beato José Allamano nos iluminen y nos bendigan.

P. Aquiléo Fiorentini IMC
Superior General

Hna. Gabriella Bono MC
Superiora General

BIOGRAFÍA DE JOSÉ ALLAMANO

José Allamano, el cuarto de cinco hijos, nació el 21 de enero de 1851 en Castelnuovo d'Asti, el pueblo natal de san José Cafasso y san Juan Bosco. Habiendo perdido a su padre cuando aún no tenía tres años, influyó decisivamente sobre él la madre María Ana Cafasso, hermana del santo, de quien continuará la tarea de formar al clero y reproducir su santidad, al punto de ser considerado "un Cafasso resucitado" y "una copia casi perfecta de su gran predecesor y tío".

Con Don Bosco. Finalizada la escuela primaria, en otoño de 1862 entró en el oratorio salesiano de Valdocco, teniendo como confesor habitual al mismo Don Bosco. Allí permaneció cuatro años, donde concluyó la primera etapa de los estudios secundarios. Sintiéndose llamado al sacerdocio diocesano, dejó Valdocco sin despedirse, para entrar en el seminario de Turín. Don Bosco, que tal vez veía en él a un futuro miembro de su Instituto, lo regañó dulcemente con estas palabras: "Lo que me hiciste es muy grave; te fuiste sin saludarme". La tímida respuesta fue: "No deseaba...", porque como José Allamano quería mucho a Don Bosco — y lo seguirá queriendo durante toda su vida —, no quería darle un disgusto.

En el seminario diocesano. Su decisión de entrar en el seminario diocesano tuvo que superar un inesperado obstáculo familiar. No fue su madre, sino sus hermanos los que se opusieron, y no porque no estuvieran de acuerdo con la vocación sacerdotal, sino porque querían que primero terminara la

escuela secundaria. El joven José, con total convicción, les respondió a sus hermanos con una sola frase: "El Señor me llama hoy... no sé si me llamará aún dentro de dos o tres años". Así, en 1866 entró en el seminario. Ya desde el primer año se manifestó la fragilidad física que lo acompañará durante toda su vida, llevándolo inclusive a estar, en más de una ocasión, en peligro de muerte. El período de preparación al sacerdocio fue muy positivo. Mons. G. B. Ressa, su compañero de seminario y luego obispo de Mondoví, dijo sobre él: "Era el primero, no sólo alfabéticamente, sino por sus estudios y sus virtudes, su mansedumbre y la bondad de su corazón. Todos sabían que el más cercano al Corazón de Jesús, el más amigo era Allamano, con el que nadie osaba compararse".

Educador de seminaristas. Ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1873, habría preferido dedicarse al trabajo pastoral, pero lo destinaron a la formación de los seminaristas, primero como asistente (1873-1876), luego como director espiritual del seminario mayor (1876-1880). Los proyectos de José Allamano, en realidad, eran muy diferentes. Cuando el arzobispo mons. Lorenzo Gastaldi le comunicó el destino, él balbuceó respetuosamente una objeción: "Mi intención era ir como vicepárroco y luego tal vez como párroco en algún pueblito..." A lo que el prelado respondió: "¿Querías ir de párroco? Si es por eso, te doy la parroquia más importante de la diócesis: ¡el seminario!".

Como educador de candidatos al sacerdocio, se distinguió por su firmeza ante los principios y la delicadeza para solicitar que fueran puestos en práctica. En esta tarea le fueron unánimemente reconocidas excelentes cualidades que lo convirtieron en un verdadero "maestro en la formación del clero". Paralelamente siguió estudiando, hasta obtener la licenciatura

en teología en la facultad teológica de Turín (30 de julio de 1876) y la habilitación para ejercer la docencia a nivel universitario (12 de junio de 1877). A continuación fue nombrado miembro adjunto de la facultad de derecho canónico y civil, cubriendo también el cargo de decano en ambas facultades.

Rector del santuario de la Consolata. En octubre de 1880 fue nombrado rector del santuario de la Consolata de Turín. Desde entonces hasta su muerte, su actividad se desarrolló a la sombra del santuario mariano de la arquidiócesis. También este nuevo destino le costó mucho a José Allamano, sacerdote de apenas 29 años. Años más tarde, él mismo contó la conversación que había tenido con el arzobispo: "Pero monseñor, soy muy joven", le dijo con confianza filial, recibiendo esta respuesta paterna y alentadora: "Verás que te amarán. Es mejor ser joven, así, si cometerás errores, tendrás tiempo para corregirlos".

Como primer colaborador solicitó la ayuda del sacerdote Santiago Camisassa, que había conocido y apreciado en el seminario cuando era director espiritual. Lo invitó escribiéndole frases que dejan entrever su proyecto pastoral: "Mire, querido padre, trataremos de hacer juntos un poco de bien a los demás y de honrar con el Sagrado Culto a nuestra querida madre María, Consuelo de los Afligidos". Su fraterna colaboración sacerdotal duró toda la vida, y se caracterizó por el respeto mutuo del propio rol y el ideal común. Podemos constatar el admirable ejemplo de amistad y de colaboración apostólica entre estos dos sacerdotes, no sólo en las obras que realizaron juntos, sino también por lo que José Allamano dijo después de la muerte de Camisassa: "Estaba siempre dispuesto a sacrificarse con tal de que no tuviera que hacerlo yo"; "Con su muerte he perdido los dos brazos"; "Hacía 42 años que estábamos juntos,

éramos una cosa sola"; "Todas las noches compartíamos largas horas en mi estudio..."; "Nos habíamos prometido decirnos siempre la verdad y lo cumplimos".

El santuario, deteriorado físicamente y venido a menos espiritualmente, bajo la dirección de José Allamano recobró vida. Con la activa colaboración de Camisassa, lo transformó en una joya artística, resplandeciente de oro y mármoles, como se lo puede ver en la actualidad. Se ocupó de las actividades pastorales, litúrgicas y de las asociaciones laicales. Poco a poco el santuario se convirtió en un centro de espiritualidad mariana y renovación cristiana para la ciudad y la región. Allamano contribuyó a ello también con el carisma que había recibido de Dios para aconsejar y consolar. Personas de todas las clases sociales experimentaron los secretos de su mente iluminada y su gran corazón. Como observó el Card. J. Villot, José Allamano se convirtió en "un punto de referencia para todos los que veían en él a un verdadero sacerdote, revestido de una misión providencial para una diócesis como Turín: la misión de aconsejar y dirigir, animar y orientar, volver a dar a las almas, con la gracia del sacramento de la reconciliación, la alegría y la paz de la renovada amistad con Dios, alentar toda obra apostólica".

Director de ejercicios espirituales. Además de ser rector del santuario de la Consolata, José Allamano también era rector del santuario de S. Ignacio, en las colinas de Lanzo Torinese, del que dependía también una casa de ejercicios espirituales anexa. Este centro de espiritualidad era muy famoso, ya que allí mismo había predicado durante tantos años el mismo S. José Cafasso. Aquí José Allamano encontró un campo privilegiado para la formación de sacerdotes y laicos. Como atestiguó un estrecho colaborador suyo, el

Canónigo G. Cappella: "Siempre quiso dirigirlos personalmente, y mientras los dirigía también quería hacerlos, porque decía: No quiero ser sólo como una cascada que da agua a los demás, sino también un recipiente que recibe las gracias del santo espíritu" [...] Se puede decir que bajo su dirección, la casa de S. Ignacio se convirtió en una Casa de Ejercicios de primer nivel, al punto que no había nunca una habitación vacía".

Por la senda del tío José Cafasso. Con la finalidad de ofrecer un modelo de vida especialmente a los sacerdotes, recogió las memorias sobre José Cafasso, publicó una biografía y sus escritos, e inició la causa de canonización, que llevó hasta la beatificación, el 3 de mayo de 1925. Lo confesó cándidamente él mismo: "Puedo decir que he introducido este proceso, no tanto por el afecto o por el parentesco, sino por el bien que puede producir la exaltación de este hombre, para que los que lean sobre sus virtudes se conviertan en buenos sacerdotes, buenos cristianos y ustedes buenos misioneros". También el canónigo N. Baravalle confirma esta intención: "Nunca hizo alarde del parentesco con el Beato, y con frecuencia durante la causa decía: *Yo, como pariente, no debería ni siquiera ocuparme, y no es este el espíritu que me anima a hacerlo; lo llevo a cabo como Rector del Convictorio, ya que, siendo su sucesor en la enseñanza y en la dirección del Clero, es mi deber indicar al Clero la virtud y la santidad de Cafasso*".

A los misioneros y misioneras, después de la beatificación del tío, les escribió una circular llena de alegría y conmoción, diciendo, entre otras cosas: "El beato José Cafasso es Protector del Convictorio del que es Cofundador, su orgullo y modelo para las almas piadosas, especialmente las eclesísticas; pero también es nuestro especial protector y, como ustedes lo lla-

man, "su Tío"; como tal lo deben honrar e imitar sus virtudes. En él pienso haberles propuesto un gran medio de santificación, y de haber cumplido en parte mi misión ante ustedes".

Maestro de sacerdotes en el Convictorio. José Allamano también se comprometió a sanar la grave herida que se había creado en la diócesis con el cierre del Convictorio Eclesiástico para la formación de los sacerdotes jóvenes, decidida por el arzobispo a causa de las controversias sobre la enseñanza de la moral. En 1882 logró su reapertura y lo dirigió hasta su muerte. Le importaba particularmente la formación espiritual, intelectual y pastoral de los jóvenes sacerdotes, actualizándola frente a las nuevas exigencias. Sobre todo les inculcó el fin último de la vocación sacerdotal: la salvación de nuestros hermanos. A los internos les propuso e inculcó con convicción la dimensión misionera vinculada a la consagración sacerdotal, afirmando que "la vocación a las misiones es esencialmente la vocación de todo santo sacerdote. Ella no es más que un gran amor a nuestro Señor Jesucristo, que nos lleva a darlo a conocer y amar a cuantos aún no lo conocen y aman". El haber convencido al arzobispo de la reapertura del Convictorio Eclesiástico en la Consolata siempre fue reconocido como un mérito extraordinario de José Allamano.

Apóstol en la Iglesia local. Además de todo lo que hemos señalado, José Allamano estaba involucrado, directa o indirectamente, en tantas otras obras apostólicas. Fue canónigo de la catedral, miembro de comisiones y comités, superior religioso de las hermanas de la Visitación y de las Hermanas de San José. También fue intensa su actividad en ocasión de varias celebraciones, aniversarios y durante la primera guerra mundial en la asistencia a los prófugos, los sacerdotes y los seminaristas militarizados. José Allamano supo colaborar con

las más variadas formas de apostolado, como atestigua el can. N. Baravalle, que vivía con él en el santuario: "Las formas más modernas del apostolado católico, como el de la buena prensa y otros similares, no sólo las apreciaba y tenía muy en cuenta, sino que también las apoyaba económicamente, algo que en esa época llamaba mucho la atención". Mons. G.B. Pinardi, obispo auxiliar de Turín, afirmó que "todas las iniciativas de la época encontraron eco en la irradiación apostólica que brotaba del Convictorio de la Consolata".

En modo particular, José Allamano sostuvo el periodismo católico no sólo cuando era más joven, en la plenitud de su vida apostólica, sino siempre, hasta la muerte. Mons. B. Castelli, director del periódico católico turinés, aseguró que "el periódico católico siempre contó con su calificado y cordial apoyo moral". Y el canónigo A. Cantono atestiguó: "Era alguien que estimaba objetivamente nuestra forma de hacer periodismo, de la que esperaba que fuese ágil y bien hecha. Me decía que no había que tener miedo de aplicar ciertas innovaciones con respecto a la forma y a la técnica".

Padre de misioneros y misioneras. Animado por este intenso celo apostólico, unido a un sentido vital de la misión de la Iglesia, José Allamano ensanchó sus horizontes hacia el mundo entero. Sintió la urgencia del mandato de Cristo a anunciar el Evangelio a todos. Le parecía innatural que en su Iglesia local, fecunda de tantas instituciones dedicadas a las obras de caridad, faltara una dedicada exclusivamente a las misiones. Por eso decidió solucionarlo. De esa manera habría ayudado a los que se sentían atraídos por el ideal misionero a realizarlo y al mismo tiempo lo habría despertado en los demás. La fundación del instituto de los misioneros no surgió de improviso en la mente de José Allamano; maduró en su espíritu a través de

una larga preparación espiritual y no fue llevado a cabo sino después de haber superado grandes pruebas y contradicciones. No cabe duda de que el camino de la fundación fue dificultoso y cansador para José Allamano, ya muy ocupado en el Santuario, en el Convictorio, en S. Ignacio y en la Causa de José Cafasso.

En 1891 le pareció que había llegado el momento de realizar su proyecto de fundar un Instituto misionero para sacerdotes y hermanos laicos, pero sólo lo podrá concretar cuando ocupará la cátedra de San Máximo el card. Agustín Richelmy, su compañero de seminario y amigo. Con él no sólo pudo compartir los mismos ideales sino también recibir el apoyo necesario. Las dudas fueron superadas definitivamente gracias a una intervención de la Providencia. En enero de 1900, una enfermedad contraída mientras asistía a una pobre mujer en un altílo helado lo llevó a estar en peligro de muerte. La curación, considerada un milagro de la Consolata, fue para él la señal de que el Instituto se debía fundar. Al año siguiente, el 29 de enero de 1901, nació el Instituto Misiones Consolata.

La motivación profunda de la fundación debe buscarse en su mismo espíritu. El P. L. Sales, su primer biógrafo e hijo muy querido, afirmó que la raíz de la fundación está en la santidad de José Allamano, que explicaba: "No habiendo podido ser yo mismo misionero, quiero que no dejen de serlo los que desean seguir ese camino". Después hubo razones contingentes concretas que han contribuido para que se pudiera comenzar la obra, como el deseo de continuar la obra del card. Guillermo Massaia, así como el espíritu misionero y la insistencia de algunos sacerdotes del Convictorio. El mismo José Allamano lo afirma cuando le escribe al Card. A. Richelmy, el 6 de abril de 1900: "Con la experiencia adquirida

a lo largo de tantos años en la educación del Clero, debo confesar que muchas veces he encontrado verdaderas vocaciones a las misiones". La decisión definitiva de fundar el Instituto misionero fue tomada sólo después de una orden explícita del arzobispo, al que José Allamano respondió como Pedro a Jesús en ocasión de la pesca milagrosa: "En tu nombre echaré las redes".

El 8 de mayo de 1902 partieron hacia Kenya los primeros cuatro misioneros, dos sacerdotes y dos laicos, seguidos al poco tiempo por otros. Muy pronto, vista la necesidad de una presencia femenina en las misiones, José Allamano logró que los superiores del Cottolengo le cedieran algunas hermanas Vicentinas, que acompañaron la labor de los Misioneros de la Consolata en Kenya desde 1903, durante más de 22 años. Por dificultades surgidas entre mons. Felipe Perlo, vicario apostólico apenas elegido, y los superiores del Cottolengo, a partir de 1909 el envío de hermanas fue interrumpido y, gradualmente, las que estaban en Kenya regresaron a su país.

José Allamano, que había seguido estos eventos con dolor sin poder evitar las consecuencias, se vio obligado a intervenir para asegurar la indispensable presencia de las hermanas en las misiones. De esta manera, tras la insistencia de mons. F. Perlo, de acuerdo con su arzobispo y reconfortado por la opinión del card. Jerónimo Gotti, Prefecto de Propaganda Fide, y especialmente por la del Papa S. Pío X, el 19 de enero de 1910 nació el Instituto de las Misioneras de la Consolata. Él mismo les contaba paternamente a las hermanas cómo había ido madurando su fundación. Pidiéndoles que rezaran por el card. Gotti, gravemente enfermo, explicaba: "Fue él el que me animó a fundar a las hermanas; él mismo me dijo: "Es la voluntad de Dios que existan las hermanas. — Pero, le res-

pondí, hermanas ya hay muchas. — Muchas hermanas, pocas misioneras". Sobre todo subrayaba la intervención del Papa: "Es el Papa Pío X quien quiso que las fundara; él me dio la vocación para formar misioneras". Y después recordaba con gusto la conversación mantenida con Pío X, al que le había presentado la dificultad de encontrar personal femenino idóneo y suficiente para las misiones: "Es necesario —respondió el Papa— que usted mismo cree un Instituto de hermanas misioneras, así como fundó el de los misioneros"; "Santidad —se permitió objetar José Allamano— ya hay tantas Familias religiosas femeninas"; "Sí, pero no exclusivamente misioneras"; "Pero yo, Beatísimo Padre, ¿no siento la vocación de fundar religiosas!"; "Si no la tiene, se la doy yo". El comentario que luego José Allamano hacía a las misioneras era coherente: "¿Ven? No fui yo quien quiso que existieran, sino el Papa; por lo tanto, tienen que ser *papales*".

En los años siguientes, otros campos de trabajo fueron confiados a los Misioneros y Misioneras de la Consolata, en Etiopía, Tanzania, Somalia, Mozambique. Hoy están presentes en 26 países de África, América, Europa y Asia.

A sus hijos e hijas dedicó las mayores atenciones, a través de contactos personales, cartas, encuentros formativos. Convencido de que a la misión se le debe dar lo mejor, le dio más importancia a la calidad que a la cantidad. Quería evangelizadores preparados, "santos en modo superlativo", generosos hasta dar la vida. Su lema era: "Primero santos, después misioneros", comprendiendo el "primero" no en sentido temporal, sino como valor prioritario y absoluto.

Desde el cielo nos anima y bendice. José Allamano murió el 16 de febrero de 1926 en el santuario de la Consolata. Sus restos hoy reposan en la iglesia de la Casa Madre de los

Misioneros de la Consolata, en Corso Ferrucci, Turín, meta de permanentes peregrinaciones de misioneros y misioneras, así como de amigos de las misiones y de tantos peregrinos. Más que una tumba, el sarcófago de José Allamano es un altar sobre el que se celebra la Eucaristía. Y junto a sus restos, sus hijos e hijas han querido colocar también las de Santiago Camisassa, su fiel colaborador y Cofundador de ambos Institutos.

José Allamano fue beatificado el 7 de octubre de 1990 por Juan Pablo II, quien selló con su autoridad el reconocimiento tributado en vida y después de su muerte, con diferentes apelativos: "santo de la Consolata", "padre providente", "formador y maestro del clero", "sacerdote para el mundo". Durante la homilía de la beatificación, el Papa, entre otras cosas, dijo: "En el momento en el que es incluido entre los beatos, José Allamano nos recuerda que para permanecer fieles a nuestra vocación cristiana es necesario saber compartir los dones recibidos de Dios con los hermanos de todas las razas y de todas las culturas; es necesario anunciar con coraje y coherencia a Cristo a todas las personas que encontremos, especialmente a los que aún no lo conocen".

En su testamento, José Allamano dejó escrito a los misioneros y misioneras palabras de aliento, que seguramente se pueden considerar como dirigidas a todos los que desean seguir su espiritualidad misionera: "Por ustedes he vivido tantos años, y por ustedes he consumido bienes, salud y vida. Espero que, al morir, pueda convertirme en su protector desde el cielo".

CRONOLOGÍA DE JOSÉ ALLAMANO

21 de enero de 1851	Nace en Castelnuovo d'Asti. Sus padres son José Allamano y María Anna Cafasso, hermana de San José Cafasso.
22 de enero de 1851	Es bautizado en la iglesia parroquial con los nombres de José Octavio.
17 de octubre de 1860	Recibe el sacramento de la Confirmación.
1861-1866	Es alumno del Oratorio salesiano y tiene como director espiritual a San Juan Bosco.
1866-1873	Estudia Filosofía y Teología en el seminario de Turín.
29 de marzo de 1873	Es ordenado diácono.
20 de septiembre de 1873	Es ordenado sacerdote.
21 de septiembre de 1873	Celebra la primera misa en Castelnuovo.

1873-1876	Es asistente en el seminario diocesano de Turín.	18 de junio de 1901	Inauguración de la primera Casa Madre (la "Consolatina") en Turín.
30 de julio de 1876	Obtiene la licenciatura en Teología.	8 de mayo de 1902	Partida de los primeros cuatro misioneros de la Consolata para el Kenya.
17 de octubre de 1876	Es director espiritual en el seminario.	11-20 de junio de 1904	Celebraciones por el centenario del santuario de la Consolata.
12 de junio de 1877	Es agregado como Doctor Colegiado en la Facultad Teológica de Turín.	28 de junio de 1909	Constitución del vicariato apostólico del Kenya.
Septiembre de 1880	Es nombrado rector del santuario de la Consolata, del Convictorio Eclesiástico y del santuario de San Ignacio.	9 de octubre de 1909	Apertura de la casa madre en Corso Ferrucci, Turín.
2 de octubre de 1880	Comienza su servicio como rector del santuario de la Consolata	28 de diciembre de 1909	"Decreto de Alabanza" del Insituto.
10 de febrero de 1883	Es nombrado canónico honorario de la Iglesia Metropolitana.	29 de enero de 1910	Fundación del Instituto de las Misioneras de la Consolata.
19-29 de enero de 1900	Grave enfermedad y curación milagrosa.	3 de noviembre de 1913	Las primeras 15 misioneras de la Consolata parten para el Kenya.
24 de abril de 1900	Desde Rívoli envía la carta para la fundación del Instituto IMC al card. A. Richelmy.	18 de agosto de 1922	Muerte del cofundador canónigo Santiago Camisassa.
29 de enero de 1901	Decreto de fundación del Instituto Misiones Consolata.	7 de septiembre de 1923	Propaganda Fide aprueba definitivamente las constituciones IMC.

Los quiero así

20 de septiembre de 1923	50° aniversario de ordenación sacerdotal.
3 de mayo de 1925	José Allamano va a Roma para la beatificación de José Cafasso.
16 de febrero de 1926	Muerte de José Allamano.
7 de octubre de 1990	Beatificación de José Allamano.

INTRODUCCIÓN

Las charlas de José Allamano a los misioneros y misioneras. Las charlas formativas que José Allamano tenía cada domingo con los misioneros y las misioneras por separado, son una fuente inagotable de la que se pueden extraer una espiritualidad y una pedagogía misioneras de gran importancia. Por la espontaneidad y la sencillez con que fueron realizadas, estas charlas son consideradas más bien conversaciones espirituales que un padre realiza con sus hijos e hijas para prepararlos ante su futura misión. De las mismas se conservan 16 cuadernos de 552 páginas, escritas de puño letra por José Allamano y que él mismo legara a sus dos Institutos.

Al entregárselos al maestro de novicios, el p. José Nepote, dijo: "Estos Manuscritos de las Charlas contienen mis verdaderos pensamientos". Mientras José Allamano hablaba, los jóvenes misioneros y misioneras se preocuparon por tomar nota cuidadosamente, logrando transcribir casi en forma literal sus palabras, tal cual fluían de la viva voz del Fundador. José Allamano sabía de la existencia de estas transcripciones y las permitió con comprensión paterna, comentando: "Contienen la substancia, ya que les hablo espontáneamente".

Es bello recordar el interés que los jóvenes misioneros y misioneras demostraban hacia las charlas del Fundador. El encuentro de los domingos se había convertido en el evento formativo por excelencia. José Allamano, como padre, se encontraba con sus hijos e hijas, todos jóvenes, que lo conocían

y amaban. Los encuentros se realizaban con el espíritu de familia que reinaba en el Instituto. Por eso lo esperaban, esperaban sus palabras, las charlas les resultaban demasiado breves, nadie se aburría. Esta no es una descripción idílica, sino la síntesis de muchos testimonios que demuestran el clima que se había creado en la comunidad cuando él los visitaba los domingos por la tarde. He aquí algunos de ellos: "Los domingos los dedicaba exclusivamente a sus hijos. Sus charlas no eran ni catedráticas ni rígidas, sino que era el Padre que, sentado en medio de sus hijos, a quienes quería cerca suyo, especialmente a los hermanos, nos hablaba espontáneamente. Eran consejos dichos casi al oído, pero que nos quedaban impresos en el alma y nos empapaban de su espíritu" (hno. Benito Falda); "Su celo por nuestra formación y santificación se manifestaba sobretodo en las maravillosas charlas del domingo. Llegaba sonriente, se sentaba, sacaba un pequeño papel, y nosotros nos quedábamos encantados ante sus palabras. ¡Cuánto anhelábamos esos momentos, que para nosotros eran demasiado breves" (p. Vicente Dolza); "Periódicamente venía al Instituto a darnos consejos, siempre prácticos y paternos. Nos hablaba con mucha sencillez, claridad y profundidad. No dudaba en hablar de sí mismo cuando quería que nos comportáramos como lo habría hecho él mismo en circunstancias similares ..." (hna. Margarita Demaria); "A veces venía para la charla del domingo, aun cuando la hemi-cránea todavía no había desaparecido del todo y nos daba pena, porque se veía claramente cuánto sufría" (hna. Miguelita Abbà).

Las palabras de José Allamano transmitidas a los que estaban lejos. Una forma de apreciar el pensamiento del Fundador, ya durante su vida, fue el de comunicar sus valiosas

palabras a los que estaban lejos. Los alumnos de Turín cada tanto mandaban las transcripciones de las charlas a los hermanos que estaban en África y, durante la guerra, también a los que realizaban el servicio militar. La revista interna de los misioneros, llamada "Da Casa Madre"¹, ya desde su primer número de mayo de 1918, comenzó con una sección titulada "La palabra del Padre". Al principio el mismo Allamano escribía una breve carta a sus hijos cercanos y lejanos. En medio de la primera guerra mundial, la palabra del Padre se dirigía sobre todo a los hijos que estaban bajo las armas. No había pasado un año aún cuando esta sección dejó de existir, pero la palabra y el recuerdo del Fundador, en todos los números de la revista, siempre fueron abundantes. Desde noviembre de 1921, "Da Casa Madre", que antes era mimeografiado, empezó a salir impreso. A partir de ese momento, la sección "La palabra del Padre" reapareció con pasajes de las charlas de los domingos. Después de la muerte de José Allamano, adquirió un significado "especial" convirtiéndose en un punto de referencia al que todos recurrían espontáneamente y con frecuencia. En el segundo número de 1926 la sección fue introducida con las siguientes delicadas palabras: "Nuestro muy venerado Padre y Fundador ya no está entre nosotros, es verdad: en el cielo ahora goza de la merecida recompensa de sus buenas obras; sin embargo, creemos hacer algo que agradará a todos los hermanos al referir algunos pasajes de aquellas queridas y anheladas conferencias que venía a darnos los domingos por la tarde. En la familiaridad de sus palabras sencillas, pero profundas y oportunas para nosotros, para nuestras necesidades, se sentirá de nuevo el eco de su voz con su natural acento e inflexión, que nos hacen revivir tantas horas bellas pasadas

¹ Desde la Casa Madre (*n. del tr.*).

con Él, y nos bendecirá una vez más con la misma efusión del corazón con la que entonces paternalmente nos bendecía".

Aproximadamente lo mismo sucedió en el Instituto de las misioneras, que enviaban las copias de las charlas del Padre a las hermanas presentes en las misiones a través de un breve periódico, llamado "Alle sorelle d'Oltremare, Filo d'oro, Supplemento del Da Casa Madre".²

Las transcripciones de sus charlas. Tanto los misioneros como las misioneras siempre demostraron tener una profunda veneración por las enseñanzas del Fundador, apreciándolo mucho en el ámbito de la formación, sobre todo a favor de los jóvenes. De las charlas manuscritas y de las transcripciones verbales se realizaron varias transcripciones taquigráficas. Además de las que se realizaron con motivo de la causa de canonización, las principales transcripciones de las charlas a los misioneros son dos: La primera es la que estuvo a cargo del p. Chiomio en 1938, directamente de los escritos autógrafos. Esta obra fue más tarde controlada por otros misioneros, que garantizaron su autenticidad. En el prefacio, el p. Chiomio escribe: "La finalidad fue rendirle homenaje filial al Padre de nuestra pequeña obra, iniciada y llevada a término con el objetivo exacto de contrarrestar y preservar de los daños que produce el tiempo y otros peligros, como los incendios, etc., este insustituible Tesoro que contiene las enseñanzas de la Fundación ne pereant scripta Patris [para que los escritos del padre no se perdieran]".

La segunda transcripción de las conferencias del Fundador es la que estuvo a cargo del p. José Gallea, en ocho volúme-

² A las Hermanas de Ultramar, Hilo de oro, Suplemento de Desde la Casa Madre (n. del tr.).

nes, entre los años 1947-1966. El criterio observado fue el de fusionar en un solo texto los manuscritos de José Allamano con las transcripciones de sus discípulos. La obra fue realizada con verdadero amor de hijo. En el ámbito de las misioneras, de las 506 charlas conservadas, se realizó una primera edición mecanografiada en dos volúmenes en 1944, en preparación al proceso de beatificación del Fundador.

Síntesis de las enseñanzas de José Allamano. Finalmente el p. Lorenzo Sales, uno de los primeros misioneros que conoció muy de cerca a José Allamano, por expreso pedido de sus superiores se ocupó de una edición de las charlas, que se convirtió en la versión oficial, publicada en dos volúmenes impresos en 1949, con el título "La Doctrina Espiritual". En 1962 fue realizada una segunda edición, con el título actual de "La Vida Espiritual", en un único volumen de 898 páginas.

Según sus mismas palabras, en la obra del p. Sales se encuentran las enseñanzas de José Allamano en su conjunto, expresadas con sus mismas palabras. Los temas están presentados según un orden lógico, uniendo lo que el Fundador escribió en sus apuntes y lo que luego dijo de viva voz sobre un determinado argumento, en diferentes circunstancias y momentos. Como la obra fue realizada por los misioneros, todo el discurso fue expresado en género masculino, aun cuando las expresiones habían sido dirigidas a las hermanas.

De la lectura de las páginas de "La Vida Espiritual" emerge en forma evidente el objetivo que José Allamano se había propuesto con sus charlas de los domingos: acompañar de cerca de sus discípulos y discípulas durante su preparación misionera y transmitirles su espíritu. El resultado es un valioso tratado de espiritualidad y pedagogía misionera, que conservó intacta su validez hasta el día de hoy. De hecho, estos

consejos fueron inspirados, ante todo, por la Palabra de Dios; luego fueron abundantemente enriquecidos por el pensamiento de los Padres de la Iglesia, las enseñanzas de muchos santos y una sana doctrina teológica; por último, fueron completados y actualizados a partir de su experiencia de vida.

La publicación del texto integral de las charlas. Más tarde, durante los años '80, en los dos Institutos surgió la necesidad de acercarse al Fundador en las mismas condiciones en que lo hicieron los primeros misioneros y misioneras, leyendo las conferencias como él mismo las había preparado y pronunciado domingo a domingo y año tras año, desde 1902 hasta 1925. De este modo fue creciendo la necesidad de revivir, también hoy, el mismo clima de los orígenes. Para responder a esta sensibilidad, las conferencias de los misioneros, acompañadas por un índice analítico, fueron publicadas en 1981, a cargo del p. Igino Tubaldo, en tres volúmenes de 2288 páginas en total. Las conferencias a las misioneras, también acompañadas por un índice analítico, fueron publicadas en 1984, a cargo del departamento histórico del Instituto, en tres volúmenes con un total de 1777 páginas. En ambas publicaciones, para la mayor parte de las conferencias, primero fue colocado el manuscrito de José Allamano y luego la transcripción de lo que dijo.

Los Misioneros y las Misioneras de la Consolata agradecen a su Padre por este inestimable don. Tanto los volúmenes de las conferencias como el de la "Vida Espiritual" siguen siendo un punto de referencia de indiscutible valor, que ha contribuido en la formación de muchas generaciones de apóstoles. Estos textos contienen la inspiración original de José Alamano tal como fue concebida y transmitida por él. Por este motivo son considerados textos "sagrados" y no deben ser modificados.

Origen de este libro. Los dos Institutos, al comenzar el tercer milenio, sintieron la necesidad de releer el pensamiento del Fundador despojado de las formas lexicales así como de las expresiones ascéticas y pedagógicas propias de su período histórico. De hecho, algunos argumentos de los que se ocupaba José Alamano o están superados o han sido profundamente modificados por la renovación conciliar y posconciliar. Hoy ya no pueden proponerse de la misma manera, especialmente a los jóvenes, que tendrían muchas dificultades para comprenderlos en todo su significado, al menos con la forma en la que fueron transmitidos por nuestras fuentes.

Partiendo de estas premisas, y como fruto de una reflexión común, las direcciones generales de los Misioneros y las Misioneras de la Consolata decidieron realizar esta obra, confiando su realización a dos miembros de ambos Institutos, con la colaboración de otros más, que sugirieron específicos criterios de trabajo.

Claves de lectura. Para comprender más fácilmente las páginas de este volumen que, precisamente, es el fruto de una decisión común de ambos Institutos misioneros fundados por José Allamano, es necesario dar algunas indicaciones, a modo de claves de lectura.

a. La fuente principal de la cual fue tomado el material es "La Vida Espiritual", porque en ella está contenida, en modo fiel y ordenado, toda la substancia del pensamiento de José Allamano. Sin embargo, cuando fue considerado útil para completar o volver más comprensible el texto, también se utilizaron algunos párrafos tomados directamente de los tomos de las conferencias, que el p. Sales no había usado.

b. Los Misioneros y las Misioneras de la Consolata estamos unánimemente convencidos de que tanto los tomos de las

conferencias como "La Vida Espiritual" siguen siendo las fuentes clásicas en las que se encuentran el pensamiento y las enseñanzas del Fundador, por lo que es necesario recurrir a ellas para comprender mejor y profundizar la inspiración original. De esto se deduce que la presente obra no es una reedición, ni una síntesis o una reestructuración de "La Vida Espiritual", mucho menos de los volúmenes de las conferencias, si-no una nueva presentación del pensamiento de José Allamano pero que elabora su contenido sólo a partir de esas fuentes. Por lo tanto, el autor de estas páginas es el mismo José Allamano. Es él quien nos habla. De esta manera, el lector toma contacto directo con su palabra y su modo de expresarse y, por ende, con su verdadero espíritu.

c. Ha sido realizado un leve retoque lingüístico, ya que José Allamano, al hablar en forma espontánea, usaba el lenguaje simple de quien conversa familiarmente, inclusive con alguna influencia del dialecto piamontés. Sin embargo, se conservaron cuidadosamente tanto la formulación como el estilo original de las expresiones.

d. De las numerosas páginas de "La Vida Espiritual" fueron elegidos temas actuales, después de un cuidadoso discernimiento, para transmitir con fidelidad el genuino carisma de José Allamano a los obreros de la misión del tercer milenio. Por lo tanto, se evitaron argumentos, palabras y expresiones superados por la renovación eclesial, o excesivamente relacionados con las formulaciones teológicas y ascéticas contemporáneas a José Allamano. Pero cuando se han realizado modificaciones lingüísticas importantes, se advierte oportunamente al lector con una nota explicativa a pie de página.

e. Como ya dijimos, el volumen de "La Vida Espiritual" habla en género masculino, no obstante José Allamano haya

hablado también al género femenino. Así como en una familia los padres educan tanto a hijos como a hijas en los mismos valores, aun teniendo en cuenta de las diferentes sensibilidades, lo mismo hacía José Allamano con los misioneros y las misioneras. De hecho, daba las conferencias a las dos comunidades por separado, pero con el mismo esquema autógrafo. No trataba argumentos diferentes, porque daba la misma formación misionera tanto a los hijos como a las hijas. Era su forma de expresarse, el tono y las insistencias los que tantas veces cambiaban, como se puede ver en las transcripciones. No estaría mal realizar dos volúmenes como este, uno en género masculino y otro en género femenino, inspirándose en las respectivas conferencias a los misioneros y a las misioneras. Los temas tratados resultarían más o menos los mismos, pero seguramente serían diferentes el clima, la forma de expresarse y las acentuaciones realizadas. Por razones obvias, se decidió reunir todo el material, ofreciéndolo a los hijos y las hijas de José Allamano y a todos los hombres y mujeres que colaboran con ellos. Esto explica por qué en estas páginas el discurso está en general dirigido a todos indistintamente.

f. Con respecto a la metodología, es necesario tener presente que los títulos de los capítulos y de sus subdivisiones no son los originales, sino creados por los responsables de esta edición. Allí donde fue posible los títulos corresponden a frases de José Allamano. Las notas a pie de página son de dos tipos: o presentan a algunos personajes que tuvieron un vínculo particular con José Allamano, o explican el porqué de algunos retoques lingüísticos. En general, en sus manuscritos indicaba muy brevemente la obra de la que tomaba frases de Santos Padres o de autores de ascética. El texto del p. Sales es rico de abundantes notas bibliográficas, a las cuales reenvia-

mos a quien quisiera profundizar científicamente ciertos conceptos. De todos modos, el presente volumen, que no contiene las notas bibliográficas, es acompañado por una bibliografía esencial, y por un índice de las citas bíblicas. Por último, un índice analítico. Para facilitar las referencias, se pensó en numerar progresivamente los párrafos principales.

g. Es evidente que el pensamiento de José Allamano es abordable no sólo a través de estas fuentes que contienen sus conversaciones, sino también con la ayuda de otras fuentes publicadas o conservadas en los archivos. Entre las obras publicadas se deben indicar en primer lugar los 11 volúmenes, editados durante los años 1990-2002, con el título "Quasi una vita"³, a cargo del p. Cándido Bona. Ellos contienen todas las cartas escritas o recibidas por José Allamano, junto a un importante comentario. Además, no es menos importante la selección de las cartas dirigidas sólo a los misioneros y las misioneras, publicadas en un volumen en 2004 a cargo del p. I. Tubaldo, que no posee comentarios. Entre los principales escritos conservados en los archivos se deben señalar las conferencias formativas y las notas para las clases de teología moral a los sacerdotes del convictorio; diferentes homilias realizadas a los clérigos del seminario mayor diocesano, la explicación del Reglamento, los apuntes para las ceremonias, agendas o "memoriales" sobre la vida del seminario; algunas homilias a los fieles en diferentes circunstancias; por último, documentaciones variadas: tres capítulos para la biografía del tío José Cafasso, una novena a la Consolata, el diario de su peregrinación a Roma y a otras localidades de Italia, etc.

Destinatarios. Los destinatarios privilegiados del pensamiento de José Allamano contenido en esta obra, necesaria-

mente son los misioneros y las misioneras en formación, para los que hoy es difícil, por diferentes motivos, acercarse a los textos integrales de "La Vida Espiritual" y de las conferencias, sin verse en la obligación de tener que recibir siempre explicaciones de sus formadores para comprender mejor su sentido. Evidentemente, también está destinado a los hermanos y hermanas de ambos Institutos, así como a los laicos misioneros de la Consolata. Es indudable que el contenido de este texto, expresión espontánea de la experiencia espiritual de un hombre de Dios, podrá ser útil también a sacerdotes, religiosos, religiosas y a todos los que deseen conocer y vivir su espíritu.

Es nuestro deseo que todos los que se acerquen a las páginas de este libro sientan el deseo de conocer más profundamente a José Allamano, recurriendo a las fuentes completas que las inspiraron.

3 "Casi una vida" (*n. del tr.*).

Misioneros y misioneras sí, pero santos



Santidad y misión del Instituto

1. "Esta es la voluntad de Dios: que ustedes sean santos" (1Tes 4,3). Dios pide santidad y la pide a todos, inclusive a los simples cristianos que pueden alcanzarla viviendo los mandamientos de Dios y de la Iglesia, practicando las virtudes cristianas y realizando las obligaciones propias del estado de vida de cada uno. Si esa es la voluntad de Dios para todos los cristianos, ¿qué podemos decir de nosotros que recibimos de Dios la más santa de las vocaciones?

Mi más grande y constante preocupación es esta: la santificación de ustedes. De hecho, no basta con haber recibido de Dios una vocación tan especial, así como no basta con gozar de sus virtudes y beneficios. Es necesario apreciarla caminando en la perfección que ella requiere. Por eso éste es nuestro ideal: llegar a ser santos, grandes santos, muy pronto santos.

Como religiosos y religiosas, ustedes tienen el deber particular de corresponder a la vocación. Con esto no quiero decir que tengan que ser perfectos ya cuando ingresan, sino que tienen el compromiso de buscar la santidad con decisión y constancia. Como sacerdotes o aspirantes al sacerdocio están llamados a ser más santos aún. San Pablo pedía que sus pastores fueran irreprochables y un ejemplo de todas las virtudes

(cf Tit 2,7). Como misioneros y misioneras se les propone el ideal de ser no sólo santos, sino santos en modo superlativo. Ustedes están aquí para esto, es su primer deber, el primer fin de su vocación, el primer instrumento de apostolado. Su santidad debe ser especial, inclusive heroica y, si fuera necesario, extraordinaria hasta el punto de hacer milagros. Para ustedes no son suficientes las otras dotes. Se necesita la santidad, una gran santidad.

2. Abrazar el fin del Instituto. El fin primario del Instituto es la santificación de sus miembros. Quien viene aquí lo hace para abrazar este fin. En las Constituciones¹ la referencia a la santificación de los miembros del Instituto no fue puesto porque sí, sino para que se convierta en realidad en la vida concreta. Las Contituciones no bajaron del cielo, pero tienen el mismo peso como si de allí provenieran. Son el fruto de la experiencia, de estudios serios sobre muchas otras reglas, de oraciones especiales, revisadas y aprobadas, además, por la autoridad de la Iglesia. Recíbanlas como de las manos de Dios. Este espíritu de fe los ayudará a apreciar cada palabra, a amarlas y a observarlas fielmente.

Si realmente quieren hacerse santos, el Instituto les ofrece los medios para lograrlo. También los propios límites y los de los demás pueden ayudarlos a alcanzar esa meta. Como afirma san Pablo: "Nosotros sabemos que todo contribuye al bien

¹ José Allamano se refería al texto de las Constituciones de los Misioneros de la Consolata de 1909, art 1: "El Instituto tiene por finalidad: primero la santificación de sus miembros mediante la observancia de los votos religiosos y de sus Constituciones; [...]"; así como en las Constituciones de las Misioneras de la Consolata de 1913, art 1: "El Instituto tiene como finalidad: primero, la santificación de las Misioneras mediante la observancia de los votos religiosos y de las Constituciones; [...]".

de los que aman a Dios, al bien de los que fueron llamados según sus designios" (Rom 8,28). Y ustedes están entre los que fueron llamados a la santidad, y a una santidad especial. Por lo tanto, obren de tal manera que todo, incluidos sus defectos y los de los demás, sirvan para su propio bien.

Fijense que las Contituciones están escritas en plural: santificación de los misioneros y de las misioneras. En el Instituto todo está pensado para que cada uno de ustedes sea santo. No algunos, sino todos. De esto se deriva que cada uno deba trabajar, no sólo por la propia santidad, sino también por la de los demás. De este modo, toda la comunidad se empeña en la santidad de cada miembro y cada miembro se ocupa de la santidad de toda la comunidad. Por lo tanto, quien no se hace santo, además que a sí mismo, le hace un daño al Instituto, porque está restándole importancia al fin del mismo. Con frecuencia, algunos obran demasiado por cuenta propia, se interesan sólo de sus cosas, sin pensar en ayudar a los demás. Este no es el espíritu de familia, tan necesario en una comunidad, en cuanto ayuda a todos a santificarse a sí mismos y a los demás. Si, cada uno de ustedes tiene que hacerse santo, pero es necesario que haya ayuda recíproca. Tenemos que desear la santidad de los demás tanto como la nuestra.

Además es necesario no dejarse arrastrar por los menos fervorosos o por consideraciones puramente humanas. No digan que no les toca a ustedes ser los primeros en el fervor, en la puntualidad, en la observación de las reglas. Que cada uno empiece por sí mismo. Si pretendo que los demás sean perfectos, es justo que trate de serlo yo también. ¿No les parece que si cada uno se propusiera esto, en poco tiempo serían todos santos? Que todos, hasta el último que llegó a la comunidad, caminen firmemente hasta alcanzar las virtudes,

sin miedo de parecer raros ante los demás o de ser señalados por eso.

3. Primero santos, después misioneros. Están aquí para ser Misioneros y Misioneras de la Consolata. No pueden serlo sino viviendo y obrando según el fin del Instituto, que es la santificación de sus miembros y la evangelización de los pueblos. Es lo que permanentemente les repito: las personas se salvan con la santidad². Es decir, querer que los demás sean buenos sin serlo nosotros es pretender algo imposible. Nadie puede dar lo que no tiene. Podríamos dar un sacramento aun sin ser santos, pero convertir personas no. Normalmente Dios no concede el poder de tocar los corazones de los demás a quien no está unido a él con una caridad muy grande, hasta el punto de poder pretender que haga milagros. Crean en esto: quien no arde, no incendia, quien no tiene el fuego de la caridad, no puede comunicarlo. Para dedicarse a los demás no es necesario descuidar la unión con Dios y sacrificar la propia santificación.

Si alguien dijera: "¡Vine para hacerme misionero y nada más!", estaría equivocado. No, no es suficiente. Es importante no invertir el orden: primero nuestra santificación, luego la conversión de los demás. Misioneros y misioneras, sí, pero santos. Que cada uno piense en el compromiso que asumió al entrar en el Instituto; que piense en la voz de Dios que lo llama a ser santo. Cada día en la santa comunión y en la visi-

² Para no traicionar el pensamiento de José Allamano es necesario aclarar dos cosas. En primer lugar: cuando él, siguiendo el lenguaje de la época usaba la palabra "almas", seguramente se refería a "personas", término más adecuado según el uso actual y que algunas veces es empleado en estas páginas. En segundo lugar: cuando usaba la expresión "convertir con la santidad", que en estas páginas ha sido conservada, se refería a la tarea de evangelizar sobre todo con el testimonio de la santidad de vida.

ta a Jesús sacramentado renueven este propósito y díganle: quiero hacerme santo, quiero ser un gran santo, quiero ser santo muy pronto. Lo puedo, lo debo, por lo tanto, lo quiero. Entonces, primero santos, después misioneros.

4. No una santidad por capricho. La santidad a la que aspiran como Misioneros y Misioneras de la Consolata no debe ser una santidad por capricho, haciendo cada uno lo que más le gusta, sino una santidad que se traduce concretamente en el camino indicado por las Constituciones y por las directivas de los legítimos superiores.

La santidad es una sola, pero diferentes son las formas y los caminos para alcanzarla. Por ejemplo, se equivocaría quien preparándose a ser religioso-misionero quisiera seguir las reglas de los Cartujos o de los sacerdotes diocesanos. Cada instituto tiene sus características y sus propios medios de santificación.

Yo veo en la comunidad una santidad demasiado común y sin ser fortalecida por las dificultades. Me explico: ustedes son buenos, piadosos, obedientes cuando todo funciona según su voluntad, pero si se les hace una observación, algo que contrasta con sus deseos, entonces aparece la debilidad de la virtud. La santidad exige energía. "Progresarás en la medida en que te esfuerces", dice la Imitación de Cristo. Además me gustaría que la santificación de ustedes fuera una cosa seria y sólida, sin altibajos. Por lo tanto, que sea este nuestro propósito: dedicarse enseguida, con todas las fuerzas, a alcanzar la santidad, no con deseos efímeros, sino comprometiéndose concretamente en las pequeñas dificultades de cada día, tratando de superarlas. Sean fuertes y constantes en el tipo de vida santa que eligieron. No será premiado el que empezó bien, sino el que persevera hasta el final.

5. Extraordinarios en lo ordinario. La santidad que yo quisiera para ustedes no es que hagan milagros, sino que hagan todo bien. En el Evangelio leemos que, después del milagro realizado por Jesús en la curación del sordomudo, la gente asombrada exclamó: "Todo lo hizo bien" (Mc 7,37). ¿No les parece que, como consecuencia del milagro, habría debido exclamar, como en otras ocasiones: "Vimos cosas extraordinarias"? (Lc 5,26). En cambio dijo: "¡Todo lo hizo bien!" Con estas palabras la gente le hizo a Jesús el mejor de los elogios, porque afirmaron que hacía todo bien no sólo en las cosas extraordinarias, sino también en las comunes y corrientes. Estas tres palabras deberían ser escritas en las paredes de nuestras casas y el día de nuestra muerte se deberían poder escribir sobre nuestra tumba: Bene omnia fecit, todo lo hizo bien.

Ya me quedan pocos años, pero podrían ser muchos; por eso quiero vivirlos haciendo el bien, y haciéndolo bien.³ Yo pienso, como José Cafasso,⁴ que el bien hay que hacerlo bien y sin ruido. Hacer el bien con disponibilidad, con exactitud, con buena voluntad. No basta rezar el rosario, hay que rezarlo bien. Si estudiamos, estudiamos bien. Si trabajamos, trabajamos bien y lo mismo para todas las actividades del día.

³ José Allamano pronunció estas palabras el 28 de octubre de 1906, a los 55 años viviendo aún casi 20 años: un largo camino en el que hizo bien el bien.

⁴ San José Cafasso (1811-1860) era hermano de Mariana Cafasso, madre de José Allamano, que se ocupó de la causa de beatificación y sobre el cual siguió dos biografías: una escrita por el canónigo Santiago Colombero (publicada en 1895); y otra escrita por el abad Nicolás de Robilant (publicada póstuma en 1912); además publicó las *Meditaciones* y las *Instrucciones* realizadas durante los ejercicios espirituales (1892-1893).

José Cafasso, en 1836, fue llamado por el teólogo Luis Guala a colaborar con él en la dirección del Convictorio Eclesiástico, del que es considerado cofundador, para la formación de los jóvenes sacerdotes de la diócesis de

Felices los misioneros y misioneras que, al arrodillarse por la noche frente a Jesús sacramentado, pueden afirmar concientemente: ¡Hice bien todas las cosas! Contentémonos con hacernos santos en la vida cotidiana.

El Señor, que inspiró el Instituto, también inspiró las prácticas y los medios para adquirir la perfección y hacernos santos. Los santos son santos no porque hicieron milagros, sino porque hicieron bien todas las cosas. No le pidan al Señor la gracia de hacer milagros, porque es una de esas gracias que concede a quien quiere y que no son necesarias para nuestra santificación. Yo no quiero que esta sea la casa de los milagros; tenemos tantas otras cosas por hacer antes de hacer milagros. El milagro que sí quiero que hagan es el de hacer todo con perfección, desde la mañana hasta la noche. De san José Cafasso escribieron "que era extraordinario en lo ordinario". Normalmente no tenemos la ocasión de hacer cosas extraordinarias, mientras que las ordinarias se dan cada día y todo el día. A mí no me interesa si realizaron diez mil bautismos, sino si fueron excelentes misioneras y misioneros, fervientes, fieles, atentos en modo superlativo. Sí, superlativos en todo. No cosas extraordinarias, sino extraordinarios en lo ordinario.

Turín. Luego fue rector del mismo y maestro de teología moral, con un claro enfoque alfonsiano, desde 1848 hasta la muerte. Educó en la espiritualidad y el apostolado innumerables generaciones de sacerdotes, entre los cuales san Juan Bosco. Se entregó totalmente en cada obra apostólica, y se destacó como confesor y predicador de ejercicios espirituales al clero y al pueblo. Fue consuelo de prisioneros y condenados a muerte, consejero requerido por personas de todas las clases sociales, inspirador y sostén de instituciones religiosas. Fue ejemplo luminoso de esperanza cristiana y predicador incansable de la misericordia divina. Beatificado el 3 de mayo de 1925 por Pío XI, fue canonizado el 22 de junio de 1947 por Pío XII. En estas páginas es citado como "san J. Cafasso" o "José Cafasso".

Hagámonos santos sin bombos ni platillos. ¡No es hacer muchas cosas lo que cuenta, sino el hacerlas bien! Dios está presente tanto en las cosas grandes como en las pequeñas.

6. Hacer bien el bien. ¿De qué manera se pueden hacer bien todas las cosas? San José Cafasso nos sugiere algunos medios. El primero es el de hacer todo como lo haría el Señor. Vivamos como Jesús, hagamos todo como lo haría él, de manera que sea él quien vive y obra en nosotros. Por lo tanto, preguntémosnos: "Si Jesús estuviera en mi lugar, ¿qué haría? ¿Pensaría así? ¿Habría así? ¿Obraría así?". Realmente me gustaría que cada uno de ustedes fuera una imagen viviente de Nuestro Señor. Todos los santos trataron de identificarse con el Señor. Otro medio es hacer cada cosa como si fuera la última de nuestra vida. Cualquiera cosa que hagan, háganla de tal forma que estén en paz con su conciencia, aun cuando tuvieran que morir inmediatamente después. Por último, hacerlo todo como si no tuviéramos más nada por hacer. Age quod agis, haz bien todo lo que hagas. Poner todo nuestro empeño en lo que debemos hacer ahora, sin pensar en lo que hicimos antes o en lo que debemos hacer después.

Con frecuencia, frente a Dios me pregunto: ¿el Instituto procede bien, según Su voluntad? Todos hacen las mismas cosas, pero no de la misma manera. Podríamos decir que nuestra santificación, especialmente en comunidad, depende de la fidelidad en las pequeñas cosas. Las cosas grandes no suceden muy seguidas, no les suceden a todos y, además, está el peligro de caer en soberbia. En cambio las cosas pequeñas se dan todos los días, a todas las horas, y están al alcance de la mano de todos.

Frente a Dios, pregúntense: ¿soy consciente de que se puede ofender a Dios también en las pequeñas cosas? Saben lo

que es el pecado venial: una pequeña mentira voluntaria, las distracciones voluntarias en la oración, la falta de caridad fraterna y ciertas repugnancias frente a los defectos morales y físicos de las personas, las pequeñas faltas contra la pobreza y la mortificación, la falta de obediencia a los superiores, las críticas y las murmuraciones, que son la peste de las comunidades, etc. Sin embargo, no basta con evitar estos males, aun cuando sean pequeños; tenemos que ir más lejos y hacer el bien, aun cuando sea un bien pequeño. Si no adquirimos el hábito de hacer bien las cosas pequeñas, llegado el caso tampoco haremos bien las grandes. ¡Cuántas ocasiones se nos presentan a lo largo del día para multiplicar estos pequeños actos de virtud! Por lo tanto, que este sea su propósito: evitar hasta las pequeñas culpas voluntarias y poner en práctica pequeños actos de virtud. Son las pequeñas cosas hechas bien las que hacen que una comunidad sea perfecta. Que los miembros de nuestro Instituto se santifiquen siendo fieles a las pequeñas cosas. ¡Que Dios los ayude a comprender esto y los fortalezca con su gracia!

7. Evangelizar con la santidad de vida. Que el misionero y la misionera sean y parezcan santos y hablen a la gente con la santidad de su vida. Es necesario que la gente pueda ver a Dios en ellos. Jesús dice a los apóstoles: "El que me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14,9); que ustedes, a su vez, puedan decir: quien me ve, ¡ve a Jesús! No basta el hábito religioso, tampoco las palabras para demostrar que son verdaderos misioneros y misioneras; se necesitan las obras. Estas son las que dan testimonio de lo que son ante la gente. Digamos con Jesús: "Las obras que el Padre me pidió que realizara, las que estoy llevando a cabo, dan testimonio de mí. Las obras que yo realizo, dan testimonio de mí" (Jn 5,36).

El demonio es como el "fuerte armado" que somete con las cadenas de las pasiones y de las supersticiones. Para vencerlo no basta con ser los invitados de nuestro Señor Jesucristo, sino que, además, es necesario tener el espíritu de santidad. Al misionero, a la misionera, se le pide más oración, más mortificación, más santidad, una santidad extraordinaria.

El poco fruto de la misión puede muy bien depender de nosotros, porque no somos instrumentos idóneos en las manos de Dios. No digo que sea siempre así, pero es verdad que, si fuéramos verdaderamente santos, el Señor se serviría de nosotros para obrar un bien mayor. La conversión de las personas es algo completamente sobrenatural. Cuanto más íntima sea nuestra amistad con Jesús, tanto más podremos esperar en la intervención de su gracia. Preguntémonos si, al menos en parte, no se deba atribuir a la deficiencia de esta santidad el hecho de que después de tantos siglos de apostolado una gran parte del mundo aún no sea cristiana. Convenzámonos de la necesidad de ser santos.

8. Los santos son las personas más felices. El que se entrega de verdad y totalmente al Señor goza del bienestar y la felicidad también en esta vida. Cuanto mayor sea el hambre y la sed de santidad, el hambre y la sed de Dios, más feliz se es. Los santos que tienen este hambre y sed son las personas más felices. Su paz interior y la alegría de su corazón son tan grandes, que se refelajn exteriormente y se comunican a los demás. De san José Cafasso se dice que bastaban su presencia y unas pocas palabras suyas para devolver a las personas la alegría del espíritu. De san Vicente de Paul se decía: "¡Vicente, siempre Vicente!", es decir siempre contento, siempre fiel a sí mismo en todas las situaciones de la vida. No es que seamos indiferentes, que no sintamos, sino que el amor de Dios nos

permite soportar todo alegremente. Cuando tenemos el corazón en paz, cuando sentimos que el Señor nos quiere, ¿qué podría angustiarnos? Podemos repetir con san Pablo: "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? En todas estas cosas somos más que vencedores gracias a aquel que nos ha amado" (Rom 8,35.37).

9. Dar el primer paso con coraje. Por lo tanto, tenemos que hacernos santos y empezar enseguida, ponernos a trabajar en nuestra santificación. La gracia de hoy ciertamente ya no la tendremos mañana. La gracia que descuidas en este momento no la recibirás nunca más. Recibirás otras, pero esta no, y de ella deberás rendirle cuentas a Dios. Dar el primer paso con coraje. Hoy, no mañana. Y aquí, en esta casa.

Si de esta casa salen sólo misioneros buenos, ciertamente no mejorarán ni seguirán santificándose. Si no adquieren aquí una buena dosis de virtud, en las misiones, en vez de crecer en la perfección, retrocederán. Dios los provee aquí de muchas gracias particulares específicamente para ustedes, para su santificación.

10. Vayamos a la práctica. Como enseña san Ignacio de Loyola, las personas que tienden a la santidad pueden distinguirse en tres categorías. La primera es la de los que tienen un concepto muy alto de la santidad, conocen sus exigencias y desean alcanzarla, pero se detienen en este punto y no usan los medios para adquirirla. Y esto se manifiesta por cómo viven. Ahora bien, una cosa es desear y saber y otra poner en práctica. Es verdad que santa Teresa de Ávila nos exhorta a tener grandes deseos, pero se trata de deseos eficaces, acompañados de obras. Los que pertenecen a este primer grupo viven una vida llena de gracias sin aprovecharlas y, al final, se encuentran con las manos vacías.

La segunda categoría es la de los que no se conforman con simples deseos, dan algunos pasos por el camino de la santidad, pero a su manera. No son generosos, se atan a las pequeñas comodidades, no tienen coraje para experimentar los efectos de la pobreza y negocian con Dios. Estudian y trabajan, pero no se agotan por ello; obedecen, pero hasta un cierto punto; rezan, pero sólo lo necesario. En fin, a ellos les basta ser buenos, pero no les importa llegar a ser santos. A este grupo pertenecen los inconstantes, es decir aquellos que, aun preocupados por responder, aun amando las prácticas de oración y todas las virtudes, apenas aparece un obstáculo, una prueba espiritual o física, se desalientan y pierden los buenos deseos y propósitos.

La tercera categoría es la de los que desaprovechan ningún medio para hacerse santos, no admiten demoras y son perseverantes en su compromiso. Habiendo entrado en el Instituto con una motivación auténtica, desean responder generosamente a la gracia de Dios y no omiten nada de lo que pueda conducirlos a la santidad. Son personas generosas, fuertes y constantes que, habiéndose propuesto alcanzar la meta, es decir la santificación, siguen adelante aun en medio de las pruebas con una confianza total en Dios. Pensar en lo que hicieron los santos, y más aún lo que hizo el Señor Jesús, los sostiene en los momentos oscuros, de los que no están exentos. San Ignacio dice de ellos: "Con ánimo grande y generoso sirven a Dios con todo su entusiasmo". Así es como se hacen santos. A fin de cuentas, no es tan difícil. Me consuelo pensando que muchos de ustedes pertenecen a esta tercera categoría y doy gracias al Señor. Esto no significa que no tengan límites, ni horas y hasta algunos días de aridez espiritual, pero conservan siempre firme la voluntad de corregirse, de

responder a la gracia de santificarse. Examínense frente a Dios: ¿a qué clase pertenecen? Como religiosos y misioneros tienen el deber de tender a la santidad y, por lo tanto, de pertenecer todos a la tercera categoría.

Actitudes en el camino hacia la santidad

11. Voluntad total, enérgica y constante. Ahora, después de haber considerado los motivos para hacernos santos, reflexionemos sobre algunas actitudes o disposiciones necesarias en quien desea tender seriamente a la santidad. La primera de ellas es el deseo, la voluntad total, enérgica y constante de santificarse. La voluntad "total" no pone límites, no teme a las alturas, a lo que pueda parecer demasiado. ¡Algunos parecen tener miedo de que los lleguen a poner sobre los altares! No pensemos en esto, no es un problema nuestro; en todo caso, se ocuparán los demás. Pero nosotros tenemos que tender hacia la santidad de altar. Que nadie diga: "Me conformo con ser bueno y dejo a los demás estas grandes aspiraciones". ¡No, no! El espíritu que se respira en esta casa es el mismo para todos y es un espíritu de santidad. No es presunción querer hacerse santos y, aún más, grandes santos. Presunción sería creer que se pueda llegar a serlo sin la ayuda de Dios. Por lo tanto, quien quiera ponerle límites a la santidad, quien crea poder limitar su respuesta a la gracia, sepa que nunca la alcanzará, ni siquiera una santidad común. No, con el Señor no se negocia: o todo o nada. O nos hacemos santos como Él quiere, o no lo seremos nunca.

La voluntad "enérgica" es la que tiene aquel que se dice a sí mismo: "Quiero hacerme santo con todas mis fuerzas, por lo tanto me comprometo hasta el punto de casi no poder tener

la libertad de renunciar a ello". Entonces el Señor lo ayuda. Las voluntades débiles, a medias, nunca lograrán nada, nunca darán ni siquiera un paso en el camino de la perfección; son los espiritualmente perezosos que se pierden entre el querer y no querer. El perezoso quiere y no quiere (cf. Prov 13,4). Hoy sí, mañana no. Confunden la voluntad con la veleidad. No rechazan la santidad, pero con tal de que no implique esfuerzos ni sacrificios.

La voluntad "constante" es la de quien no se desanima nunca. Lamentablemente la inestabilidad hace parte de nuestra naturaleza. Siempre necesitamos de que alguien nos sacuda un poco. Basta una tontería para abatirnos; basta un poco de aridez, un sacrificio un poco difícil para detenernos en nuestro crecimiento espiritual. Santa Teresa de Ávila, durante los largos años de total aridez de espíritu, no sólo no faltó a su vocación, sino a ninguno de sus propósitos. ¿A cuántas pruebas no tuvo que hacer frente santa Margarita María Alacoque? Su vida fue una maraña de dificultades a cuál más dolorosa. Pero no perdió el rumbo y las superó a todas con una constancia heroica. Si estas mujeres pudieron perseverar en estos grandes sufrimientos, ¿por qué no podríamos hacerlo nosotros en las pequeñas renunciaciones, en los actos de fidelidad que exige nuestra santificación? La gracia de Dios, que sostuvo a todos estos santos y santas, a nosotros no nos falta y, con ella, nosotros también podemos alcanzar el grado más alto de la santidad.

12. Confianza en Dios. El secreto de todos los santos fue este: confiar en Dios y desconfiar de sí, sin desanimarse por los propios límites, por estar siempre lejos del ideal al que sinceramente y con todas las fuerzas se aspira. No se desanimen, confíen siempre, en toda ocasión; confíen sobre todo después de las propias faltas, con tal de que tengamos la buena volun-

tad de amar a Dios y de servirlo a la perfección. Así se comportaba san Felipe Neri, que iba por las cales de Roma gritando: "¡Estoy desesperado, estoy desesperado!". Y a quien le pedía explicaciones, respondía: "¡Estoy desesperado por mí, quiero confiar sólo en Dios!"

La desconfianza hacia sí mismos, si se transforma en desánimo, es un obstáculo que por sí sola nos impide seguir por el buen camino. Quien desconfía es como un pájaro al que le cortaron las alas y, por lo tanto, no puede levantar vuelo.

Pidámosle al Señor que nos dé un conocimiento perfecto de nuestra nada. No se trata de considerarnos peores de lo que somos. Si nos volvemos soberbios es porque no nos conocemos. Sólo los mediocres y los imperfectos se creen importantes. El conocimiento de la propia nada, es decir la desconfianza en nosotros mismos, no debe ser más que el punto de apoyo para crecer en la confianza en Dios. No debemos desanimarnos nunca por nuestras fragilidades indeseadas, sino aferrarnos a Él, abandonarnos en Él, que no sólo quiere y puede hacernos santos, sino que, por ser omnipotente, puede construir la santificación sobre nuestras debilidades; pero, repito, siempre que tengamos el deseo sincero, la voluntad firme de responder a sus gracias.

13. Educación del carácter. Para crecer en el camino de la santidad son necesarios un esfuerzo permanente y generoso y la buena voluntad para educar nuestro carácter y formarlo a la virtud. Para adquirir la verdadera virtud se necesita tiempo. Con el tiempo se repiten las obras y se adquieren los buenos hábitos que son las virtudes; con el ejercicio de estas virtudes, se adquiere la santidad.

En las comunidades puede darse que los demás nos conozcan como seres envidiosos, obstinados, coléricos, y que

sólo nosotros no nos veamos así o no querramos aceptar que lo somos. Que nadie justifique la falta de perfección por culpa de su carácter. La verdadera causa es la pereza, porque ningún carácter, en sí mismo, puede impedirnos crecer en santidad y alcanzarla. Santos hubo de muchos tipos y caracteres. Algunos justifican sus defectos diciendo: "¡Es mi carácter!" Eso no es una excusa válida. Tampoco significa que se deba anular el propio carácter, sino de corregirlo. Es un trabajo largo y agotador, pero necesario si queremos tener un buen carácter y que no sea un peso para los demás. No tengamos miedo de examinarnos profundamente para descubrir nuestras debilidades y fragilidades. Si se supera totalmente un defecto, junto a él se superan muchos otros, porque un defecto siempre tiene raíces en otras imperfecciones.

Aunque hoy seamos muy imperfectos, si el Señor ve en nosotros buena voluntad, Él mismo irá colmando de a poco esos espacios vacíos, colocando en su lugar la abundancia de sus dones. La Virgen María cubre nuestros defectos con su enorme manto si nosotros los combatimos con firmeza.

Obstáculos en el camino de la santidad

14. Falsas motivaciones.⁵ El compromiso con la santidad puede ser obstaculizado por diferentes causas. Ante todo, por la falta de rectitud del fin, es decir por falsas motivaciones. El Señor no puede bendecir a quien entra en el Instituto con un fin que no sea bueno. Por lo tanto, es imposible verificar un

⁵ El primer obstáculo a la santidad para José Alamano es "la falta de rectitud del fin", que aquí y en otras páginas de esta obra es interpretado en sentido dinámico como "falsas motivaciones", porque esta es su línea pedagógica.

progreso en el camino a la santidad, así como tampoco puede germinar la semilla que se sembró en un terreno equivocado. Esto vale también cuando el objetivo personal no es malo en sí mismo, pero no coincide con el fin específico del Instituto. Aquí el Señor ha puesto sus gracias para la santificación de todos los que son llamados a ser Misioneros y Misioneras de la Consolata.

15. Disipación. Otro obstáculo es la disipación o la superficialidad, que es la consecuencia del espíritu mundano, del que la santidad está tan lejos como la luz de las tinieblas, como el fuego del frío. El Señor nos pide una separación neta: Ustedes "no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué de él" (Jn 15,19); es la misma separación que puso entre él y el mundo: "Yo no soy de este mundo" (Jn 8,23).

No podemos servir a dos señores: a Jesús y al mundo. Mucho menos desear realmente la santidad mientras conservemos en nosotros los deseos del mundo. Estamos aquí para hacernos santos, santos misioneros y misioneras. Queremos ocuparnos sólo de esto, y nada más. Seguir a Jesús: este es nuestro ideal. Seguirlo de cerca, con amor y fidelidad; esto es lo que lleva a la santificación y, por lo tanto, se convierte en nuestra única ocupación. La disipación es como el viento que arrastra todas las cosas. Estamos presentes con el cuerpo, pero ausentes con la mente. Así pasan días enteros con la mente dispersa, con el corazón vacío de Dios, con el espíritu frío hacia todo lo que es piedad, con la voluntad débil en el servicio de Dios y el cumplimiento del propio deber. ¿Cómo se puede, en ese estado, rezar bien, vivir en intimidad con Jesús? ¿Cómo podemos santificarnos? La disipación casi siempre está acompañada por la ligereza, por la tendencia a ridiculizarlo todo y por el respeto humano que impide tratar

un tema espiritual o al menos útil, por el miedo a parecer diferentes. Esto impide apreciar todo lo que aquí dentro está en función de la santificación de cada uno.

16. Tibieza. También la tibieza es un obstáculo a la santidad. Tibio es el que ondula entre la virtud y el vicio, aquel que querría huir de los pecados, ser fiel a todo, pero nunca se decide a combatirlos con coraje, porque teme el esfuerzo que implica la virtud. Los síntomas principales de la tibieza son: caer habitualmente y deliberadamente en pecados veniales y no preocuparse por ello; omitir fácilmente o realizar mal las oraciones, como por oficio o necesidad, sin vivificarlas con la atención de la mente y el afecto del corazón; perder la estima y el amor por el propio estado de vida, como si estuvieran arrepentidos del paso que dieron, y por lo tanto buscar distracciones en los intereses mundanos. El estado del tibio es muy peligroso y los daños de la tibieza se pueden descubrir en las palabras que en el Apocalipsis son dirigidas al ángel de la Iglesia de Laodicea: "Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca" (Ap 3,15-16).

17. Desgano. En el camino a la perfección, el desgano o relajo es un obstáculo muy parecido a la tibieza. Nuestra frágil naturaleza humana nos inclina a perder el fervor inicial, dejándonos caer. Los síntomas de relajo son: ser negligentes en la observancia de las reglas y de la vida en común; justificarse con facilidad cuando se cometen errores o ante una corrección; abatirse o burlarse del fervor de los demás, que sentimos como si fueran un reproche a nuestro relajo; descuidar tantas inspiraciones y gracias de Dios; obrar con superficialidad o por un fin puramente humano; la falta de energía para vencer una pasión dominante o para tender hacia la santidad.

18. Crítica destructiva.⁶ También la crítica destructiva y la murmuración contra los superiores y el prójimo impiden adquirir el espíritu de santidad. Son un vicio horrible, no las quiero, no quiero que entren en el Instituto. Algunos piensan siempre lo contrario de sus superiores y siempre tienen algo que decir, juzgar o quejarse. Es soberbia pura, una gran soberbia. Este es el motivo por el que, con un espíritu como este, no se hacen milagros en las misiones. Con esto no quiero decir que deben desinteresarse completamente de la comunidad. No, el bien y el mal del Instituto conciernen a todos por igual. Por lo tanto, si se descubre algún desorden, está bien referirlo al responsable, porque es un deber y un acto de caridad. Pero murmurar a escondidas, ¡eso no! ¡Pobres de aquellas comunidades en las que entra este espíritu! Es el comienzo del derrumbe. Siempre lo digo. Pidamos a Jesús que nos haga humildes de corazón y de espíritu; pidámosle a la Consolata que mantenga lejos de nuestro Instituto esta peste del espíritu de crítica, y entonces todo marchará bien, el Señor nos bendecirá y las cosas del Instituto prosperarán.

19. Desunión. Otro obstáculo más es la parcialidad o la desunión, que impide armonizar nuestras diferencias. No es raro que este sentimiento surja de una cierta envidia, de un poco de celos. No es que sea una falta "sentir" envidia, pero debemos reaccionar para no dejarla entrar y se convierta en una actitud negativa permanente. Todos somos iguales. Que no haya diferencias por el país de origen, ni simpatías o antipa-

⁶ La palabra "crítica", en una época usada en sentido negativo en los textos de ascética porque equivalente a "denigración", aquí se hace más explícita con el adjetivo "destructiva", para evitar que se la comprenda erróneamente.

tías, sino un solo corazón en perfecta unidad. Son todos hermanos o hermanas que deberán vivir juntos toda la vida. Por lo tanto, también por caridad fraterna, no pretendan que los demás no tengan defectos. Corrijamos nuestros límites y soportemos los de los demás.

20. Obstinación. Otro obstáculo es la obstinación en las propias ideas, que nos lleva a querer tener siempre razón, dominar o no admitir que podemos equivocarnos. Quien no luche contra este espíritu no avanzará nunca en el camino de la perfección. Porque si además se creyera ya perfecto, sería un gran iluso y un frustrado.

21. Pecados veniales. El mayor obstáculo en el camino de la santidad son los pecados veniales. Algunos son por fragilidad: un hecho impulsivo, una reacción impaciente, etc. Son nuestros límites, son debilidades. Si no hubiera nada de voluntad al cometerlos, ni siquiera serían pecados. No nos podemos liberar de ellos sin una ayuda especial de Dios. Pero podemos reducir su número y la voluntad al cometerlos, prestando más atención sobre nosotros mismos y sirviendo a Dios con más fervor. Estas fragilidades no nos impiden hacernos santos; es más, pueden ser medios para avanzar en el camino de la santidad, si sabemos valorarlos para crecer en la humildad y unirnos más a Dios con amor y confianza.

En cambio, los verdaderos pecados veniales son los voluntarios. Por ejemplo, sé que está mal sentir rencor hacia el prójimo y, sin embargo, no hago ningún esfuerzo por vencerme a mí mismo; sé que, afirmando o negando algo, miento y de todos modos lo hago, etc. Cuando estos pecados son habituales, es decir son cometidos con una cierta frecuencia, aún peor si los justificamos, constituyen el peor estado de tibieza y el

signo claro de que hemos renunciado a cualquier propósito eficaz de perfección. El mejor consejo es sacudirnos, estar atentos y controlar nuestras pasiones, nuestras palabras y acciones, buscando con valentía la virtud. Debemos decirnos permanentemente: sí, quiero salvarme y quiero santificarme porque los medios espirituales que tengo a disposición son muchísimos y porque me he comprometido a vivir como religioso y misionero.

22. Tentaciones. Todos estos obstáculos a la santidad pueden ser el efecto de las tentaciones del demonio. Tentaciones son esos actos con los que el demonio trata de inducirnos al pecado y así impedirnos alcanzar la felicidad eterna. Puede ayudarnos a estar alerta recordar lo que dicen san Pablo y san Pedro: "Revístanse con la armadura de Dios, para que puedan resistir las insidias del demonio" (Ef 6,11); "Sean sobrios y estén siempre alerta, porque su enemigo, el demonio, ronda como un león rugiente, buscando a quién devorar" (1Pe 5,8). El Señor, en sus insondables proyectos, puede permitir que los demonios nos tienten, pero nunca más allá de nuestras fuerzas. "Dios es fiel y él no permitirá que sean tentados más allá de sus fuerzas. Al contrario, en el momento de la tentación, les dará el medio de librarse de ella, y los ayudará a soportarla" (1Cor 10,13). Para vencer las tentaciones, además de estar atentos, debemos evitar las situaciones peligrosas e invocar con rapidez, humildad y confianza la ayuda de Dios, encomendándose a la intercesión de la Santísima Virgen, del ángel de la guarda y los santos. La Iglesia nos sugiere la oración: "Visita, Padre, nuestra casa y mantén alejados de ella los ataques del enemigo; que vengan los santos ángeles a protegernos en la paz, y que tu bendición permanezca siempre con nosotros".

Amados y llamados **2**

Vocación misionera

23. Amados desde la eternidad. Dios ha pensado en ustedes desde toda la eternidad. No tenían ningún mérito, y sin embargo Él los ha amado. "Te he amado con amor eterno" (Jer 31,3). Te he amado a ti, justamente a ti, y no a otra persona.

Él los ha llamado al apostolado por su sola bondad. No necesita de nada ni de nadie para hacerlo. Ha realizado esta gracia a ustedes, prefiriéndolos entre tantos otros más dignos y que, tal vez, habrían respondido mejor a su llamado. Entonces, ¿por qué justamente a ustedes? Porque los ha amado con un amor especial. Ha hecho con ustedes lo que hizo con aquel joven del Evangelio: "Y Jesús, mirándolo fijo a los ojos, lo amó y le dijo: ven y sígueme." (Mc 10,21). ¡En eso consiste la vocación! Es esta mirada de predilección de Jesús.

24. Amor por Dios y pasión por las almas.¹ La vocación misionera es propia de todos los que aman mucho al Señor y desean hacerlo conocer, dispuestos a cualquier sacrificio. No

¹ Aun conservando todo su valor, la expresión "celo por las almas", que José Allamano pronunciaba habitualmente, a veces es reemplazada por "pasión" por las almas, término que él también conocía, o también por "ardor" misionero, porque de esta manera su pensamiento adquiere mayor actualidad.

se necesita nada más. Esta vocación es ese gesto providente con el que Dios elige a algunos y les concede las capacidades apropiadas para evangelizar a las personas en los países y grupos humanos no cristianos.² El Señor Jesucristo, comenzando por los apóstoles, transmite siempre a algunas personas su misma misión: "Como el Padre me ha enviado a mí, del mismo modo yo los envío a ustedes" (Jn 20,21). La Iglesia toma conciencia de esto y, a su vez, confirma esa misión divina. Los misioneros y las misioneras obran en nombre de la Iglesia.

Los santos siempre han deseado ir a las misiones: S. Francisco de Asís, S. Romualdo, S. Teresa de Ávila, S. María Magdalena de Pazzi y S. Teresa del Niño Jesús, proclamada por la Iglesia patrona de las misiones.

25. Sacerdote misionero por naturaleza. Con respecto a los sacerdotes, ¿qué diferencia hay entre predicar el Evangelio en nuestros países de origen y anunciarlo a los no cristianos? ¿No es la misma vocación? ¿Esto no es un deber de cada sacerdote? Todos los sacerdotes, por naturaleza, son misioneros. Esencialmente no hay diferencias entre la vocación sacerdotal y la vocación misionera. Sólo se necesitan un gran amor a Dios y pasión por las almas. No todos los que lo deseen podrán ir a las misiones, pero esa aspiración deberían tenerla todos los sacerdotes. El apostolado en los territorios de misión es, bajo este punto de vista, el grado superlativo del sacerdocio. Cuando se trata de un religioso no sacerdote y de una religiosa de vida activa, especialmente si trabajan en paí-

² Cuando José Allamano, siguiendo la forma de expresarse de la misionología preconiliar, hablaba de "países paganos", en ciertos contextos de su reflexión, hemos preferido usar la expresión "grupos humanos". El criterio geográfico para indicar los límites de la misionología, hoy es considerado como no exclusivo.

ses de misión, ellos también son verdaderos misioneros. Es el caso de nuestros hermanos y nuestras hermanas.

26. La vocación misionera, un don de Dios. Según san Pablo, Dios da diferentes dones naturales y sobrenaturales; y el Espíritu Santo se adapta a la índole, a las fuerzas, a las capacidades de cada persona, para hacernos santos a todos. S. Pablo enseña que cada uno de nosotros ha recibido un don de Dios (cf. 1Cor 7,7). Para nosotros, ese don es la vocación misionera, que podremos valorar adecuadamente sólo en la vida eterna. ¿Rechazarlo, entonces, no significa nada? El Señor nos invita a un estado de perfección, nos ofrece un lugar específico en la Iglesia, nos demuestra su predilección: ¿podemos rechazar semejante don? ¿Les parece poco? Algunos podrían decir que se trata sólo de un consejo. Tal vez, pero ¿así apreciamos los consejos de Dios? Si san Francisco Javier hubiera rechazado este don de Dios, ¿qué sería hoy de él? Seguramente no habría llegado a la santidad.

¿Cuántas personas desorientadas espiritualmente en el mundo por haber rechazado el don de Dios! Recuerden siempre que la primera oferta para el Instituto, de cien liras, la recibí de un sacerdote del cual nunca supe el nombre, que decía enviarla para aplacar el remordimiento de no haber seguido en su juventud la llamada al apostolado entre los no cristianos.³ ¡Ah, no, no creamos que le estamos haciendo un

³ Como para los textos de misionología y las revistas misioneras de la primera mitad del siglo pasado, también para José Allamano la palabra "infieles", como sustantivo, indicaba simplemente los no cristianos, sin por esto pretender juzgar su responsabilidad ante la adhesión a la fe cristiana. Para no traicionar su pensamiento, ya que no tenía una visión trágica de la situación religiosa de la humanidad, este término es substituido siempre con otros equivalentes usados hoy, como "no cristianos", "miembros de otras religiones", raramente también "paganos".

favor a Dios si respondemos a su llamado! Es él quien nos hace a nosotros un gran regalo.

27. Sin signos extraordinarios. A veces podemos dudar de ser llamados al apostolado. Es una pena dolorosa que hizo que se perdieran muchas vocaciones o al menos entibió el fervor de otros para prepararse bien al apostolado. ¿Ustedes tienen esta vocación? Les respondo afirmando que no es necesario haber recibido signos extraordinarios, y tampoco pretenderlos de parte de Dios. Inclusive, si viniera un ángel podríamos siempre dudar de que se trate de una ilusión. Basta con haber tenido algún signo especial, que tal vez nos ha parecido casual cuando en realidad era querido por Dios en vistas de la vocación: la lectura de un periódico o un libro misionero, una homilía sobre las misiones, el ejemplo de un compañero, la palabra del párroco o del confesor, inclusive algunas circunstancias familiares, etc. Estos signos bastan. Ellos son el modo ordinario del que se sirve Dios para despertar la vocación misionera en aquel que ha elegido.

28. Sólo para la evangelización. Quien entrara en nuestro Instituto con una finalidad diferente a la de convertirse en un Misionero o Misionera de la Consolata, sería un intruso y debería dar cuentas de ello ante Dios, la comunidad y los bienhechores. El Instituto no es un colegio o un seminario en el que puedan madurar diferentes vocaciones, sino sólo la vocación misionera, y de la Consolata. Si alguien hubiera entrado con buenas intenciones y luego se diera cuenta de que no tiene esta vocación, después de escuchar el consejo prudente de los superiores, debería retirarse y volver a casa o al estado que le corresponde. También faltaría a su deber quien, llamado por Dios, no respondiera afirmativamente y no se formara según el espíritu misionero del Instituto.

Respuesta a la vocación

29. ¡Si conocieras el don de Dios! Felices ustedes que escucharon la invitación de Dios y, confirmados a través de la oración y de los sabios consejos recibidos, con coraje dejaron de lado su ámbito de vida, las comodidades y, superando juicios y motivos humanos, entraron en el Instituto con el fin de prepararse para las misiones.

Por lo tanto, déjenme repetirles las palabras del Señor: "¡Si conocieras el don de Dios!" (Jn 4,10). ¡Si conocieras el gran don que te ha hecho Dios llamándote a este Instituto misionero! A este don le seguirán cada vez más gracias que Jesús, desde el sagrario, les hará si serán capaces de apreciar esta vocación y responder a ella. Ustedes que están aquí, así como quienes los han precedido, gozan de los mismos beneficios y de las mismas gracias. Pero, ¿perdurarán todos en la vocación recibida? No basta con ser llamados, ni con responder al llamado, tampoco con entrar en el Instituto ni con ir a las misiones. No todos los llamados perseveran, porque no todos responden adecuadamente. No olviden que perseverar es un deber cuando hemos aceptado libremente un estado de vida y a él nos hemos vinculado con promesas solemnes. Es un deber hacia Dios, por quien hemos hechos los votos, y es un deber hacia nosotros mismos. Sólo el que perseverará hasta el final oírá la invitación divina: "¡Ven, siervo bueno y fiel!" (Mt 25,21).

30. Responder bien. Están en el Instituto con la esperanza y también la certeza de tener vocación. Pero ahora que se les explica más profundamente la naturaleza del Instituto y de la vocación apostólica, pídanle al Señor que los ilumine a ustedes, a los superiores y formadores, para que vean con mayor claridad si han sido llamados por Dios y si están realmente

decididos a responderle con todo el corazón y con todas las fuerzas para llegar a ser auténticos misioneros y misioneras; lo mismo para ver si son estables y constantes ante las dificultades y los peligros de la vida en las misiones.

No me cansaré nunca de exhortarlos a que consideren bien la realidad de su vocación, para que aumente su estima hacia ella, agradecerle al Señor cada día y tratar de responderle con un ánimo fuerte y constante. "Los exhorto a comportarse en modo digno de su vocación" (Ef 4,1). El apóstol se refería a la gracia de la fe. Yo les hago la misma advertencia con respecto a la gracia de la vocación misionera que, si no es tan necesaria como la fe, es siempre una gracia de predilección. Les digo que no la reciban en vano, sino de responder en consecuencia y hacerla fecunda, ahora que se encuentran en el momento propicio para ello, los días de gracia especial que el Señor derrama sobre su preparación a las misiones. Por eso, ¡vivamos esto seriamente! Es necesario responderle y responderle bien, del mejor modo posible. No se necesitan voluntades a medias, sino voluntades decididas. Antes que convertirse en misioneros o misioneras a medias, es mejor no serlo.

Si alguien no hubiera respondido bien, que retome el camino: "¡Nunc coepi!" (Sal 76,11), ¡empiezo ahora! Retome el buen camino, cueste lo que cueste, y renueve cada día esta buena voluntad. Ciertamente, nuestra respuesta nunca será suficiente, pero al menos hagamos todo lo que esté a nuestro alcance. El Señor arreglará el resto y colmará las nuestras deficiencias. Él sabe que somos débiles, pero quiere que tengamos buena voluntad. ¿Todos ustedes tienen la firme voluntad de ofrecerse al Señor para que los forme según su Corazón, para ser un día santos Misioneros y Misioneras de la Consolata?

A veces uno puede haber vivido 50 años en un instituto y seguir siendo un niño, es decir no ha hecho nada para crecer. Observen si los años que vivieron en comunidad fueron escritos con oro, o con tinta, o con agua. Examinen su respuesta y pregúntense: un santo misionero o una santa misionera, ¿cómo habrían transcurrido estos años? Y cada uno de ustedes se pregunte: ¿cómo seré dentro de 20 años? Por lo tanto, examinen su vocación en relación al modo en el que están respondiendo a ella. Los medios para responder son los mismos que para tender hacia la propia santificación, que es el bien primario del Instituto y, por lo tanto, de la misma vocación.

31. Con recta intención. ¿Por qué están aquí? Todos responderían: para ser misioneros. Si alguien tuviera otra finalidad, se equivocaría, porque aquí el aire sólo es bueno para quien quiere ser misionero. El primer medio para responder a la vocación es la recta intención. Por lo tanto, el que haya venido al Instituto con un motivo diferente al de hacerse Misionero o Misionera de la Consolata, ¡que se aleje, por el amor de Dios! En conciencia, no puede quedarse. Sería como una planta colocada en un terreno desfavorable, como un hueso fuera de lugar. Es decir, sería de daño para los demás, un obstáculo a la armonía de la comunidad y para alcanzar el fin común. Que enderece sus propias motivaciones, o que se vaya.

32. Con una gran estima. En segundo lugar, es necesario que aprecien mucho su vocación. ¡Cuántas veces escucharon hablar de su grandeza! Ustedes mismos, antes de venir al Instituto, estimaban tanto este estado de vida que nada les ha parecido más hermoso, más grande, más santo. Por eso han decidido hacerse misioneros o misioneras a cualquier precio y, con tal de alcanzar este fin, han afrontado los más grandes

sacrificios. Desde ese entonces la vocación misionera les ha parecido la más santa de las vocaciones. Leyendo el Evangelio, quién sabe cuántas veces pensaron: ¡Cómo me hubiera gustado ser también yo uno de los Apóstoles! Pues bien, ahora lo son, porque a cada uno de ustedes particularmente el Señor les ha dado el mismo mandato que a los Doce: "Vayan por todo el mundo, prediquen el Evangelio a todas las criaturas" (Mc 16,15). Podríamos decir que Él ha puesto en manos de los misioneros toda la tierra, todas las naciones, todos los pueblos. ¿Se puede desear algo más?

También tengan en cuenta las diferentes vocaciones con las que una criatura puede relacionarse con Dios; verán que no van a encontrar una más perfecta que la de ustedes. Es como que el Señor para ustedes ha agotado su infinito amor en lo que respecta a vocaciones. No sabría y no podría darles una más excelente, porque les ha dado su misma misión: "Como el Padre me ha enviado a mí, yo los envío a ustedes" (Jn 20,21). La misma misión que Jesús recibió del Padre él se la transmite a ustedes. Y con ella, su mismo poder: "Me fue dado todo poder en el cielo y en la tierra. Por eso, vayan y prediquen a todas las naciones" (Mt 28,18-19).

33. Con un amor concreto. Pero no basta con estimar el propio estado de vida, también debemos amarlo. Amarlo concretamente, no obstante todas las debilidades que podamos tener y que el Señor permite para que crezcan nuestros méritos. Amarlo de corazón, de modo tal que todo lo que el mundo podría ofrecernos de interesante nos parezca una nada frente a la belleza y grandeza de nuestra vocación. Si alguien les dijera: "Tienes talentos, en el mundo habrías podido recibir honores, hacer carrera, etc.", ustedes deberían responder con S. Pablo: "Todo me parece una desventaja comparado con el

inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo" (Fil 3,8).

Del amor a la propia vocación brota espontáneo y con la misma fuerza el amor al propio Instituto. Estimarlos, amarlos y sentirse santamente orgullosos de pertenecer a él, de ser no sólo misioneros, sino Misioneros y Misioneras de la Consolata. El Instituto los ha recibido entre sus brazos, los nutre y los prepara para las misiones. Es el lugar de su santificación, porque aquí y no en otro lugar encontrarán todas las gracias necesarias para santificarse. Quien no tuviera estos sentimientos demuestra que el Instituto no es para él, o bien que no está respondiendo a la gracia de la vocación.

¡Si reflexionáramos bien, estimaríamos más el don de la vocación y nos comprometeríamos respondiendo a ella totalmente! ¡Oh, el paraíso de un misionero y de una misionera que no están detrás de pequeñeces, que tengan intensa vida, que sean despiertos! Ven, no habiendo podido ser yo misionero, quiero que no se vean impedidos a serlo los que desean abrazar este estado de vida. Cada misionero resplandecerá en el cielo como una estrella fija, y a su alrededor todas las almas salvadas por medio de su apostolado. Si se supiera, si se entendiera qué significa ser misionero, ¡todos querrían serlo!

34. Con voluntad constante. Todos, pero ustedes en modo particular, necesitan tener buena voluntad. Es su característica específica, lo que los distingue, la virtud propia de su estado de vida. En medio de los constantes sacrificios de la vida misionera, entre tantas pruebas, es necesario tener virtudes sólidas, que permanezcan intactas cuando se hace el bien. Pero para tener estas virtudes en las misiones es nece-

sario que las adquieran ahora en modo estable. Firmeza desde ahora en los pequeños sacrificios, en la fidelidad al reglamento, en la puntualidad y precisión en todo. Así durante todo el año y a lo largo de todos los años de formación. ¡Entonces sí se convertirán en verdaderos misioneros y misioneras!

Con frecuencia, pensando en ustedes, digo: "¡Si comprendieran bien la importancia de su vocación! Si hicieran un poco de esfuerzo, si tuvieran un poco más de energía, el Señor vendría a su encuentro y se serviría de ellos para hacer milagros!" En cambio a veces son tan débiles, desganados, poco generosos y tan inconstantes!

La gracia de la vocación no debe ser tratada como si fuera un objeto que pueda ser tomado o dejado según me plazca. ¿Por qué subordinar la vocación a los caprichos de una voluntad inconstante? Sean fuertes y tenaces en su vocación. El can. Santiago Camisassa,⁴ nuestro muy querido vicerrector, obró durante toda su vida con voluntad tenaz. Un sacerdote me decía de él: "En ese hombre siempre he admirado la constancia. No se dejaba condicionar por nadie, ni por los comentarios, ni por ninguna otra cosa, sino que seguía siempre ade-

lante." Ustedes creen que nunca encontró dificultades? Fueron innumerables y de todo tipo. Si ante cada obstáculo que aparecía nos hubiéramos detenido o inclusive desanimado, el santuario estaría aún como lo encontramos y el Instituto todavía no estaría fundado. En cambio, una vez que se conoce la voluntad de Dios, se sigue adelante, confiando ciegamente en la ayuda divina. Quisiera que de cada uno de ustedes se pudiera decir el mismo elogio del vicerrector. No se olviden de este hombre; es más, recen para que les transmita un poco de su energía.

La constancia es totalmente necesaria para responder a la vocación, porque las pruebas existen y existirán. Ustedes mismos, antes de venir, ¿qué pensaban de este estado de vida? ¿Cómo se lo imaginaban? ¿Cómo un estado de vida de tranquilidad y de comodidad, o más bien como de batalla y sacrificio? ¿Ustedes creen que en el mundo no haya dificultades? Basta con tener un mínimo de experiencia, basta preguntarle a la gente o recordar lo que ha sucedido en nuestras propias familias. Lo que en el mundo tantos hacen por necesidad, ustedes háganlo por amor. Así los quiero: generosos, firmes y constantes en la vocación.

⁴ Santiago Camisassa (1854-1922): nació en Caramagna Piemontese, quinto hijo de Gabriel Camisassa e Inés Perlo. Después de haber trabajado como aprendiz una herrería en 1868 entró en el Oratorio salesiano de Turín, y después en el seminario de Chieri para los estudios filosóficos y, en 1873, pasó al seminario de Turín para la teología. Aquí tuvo como asistente y director espiritual a José Allamano. Fue ordenado sacerdote en 1878 y, a continuación, integró el cuerpo de profesores de las Facultades de Teología y de derecho de Turín. Desde el 1880 estuvo junto a José Allamano como ecónomo, luego como vicerrector del santuario y del Convicto Eclesiástico de la Consolata. En 1892 fue nombrado canónico de la catedral de Turín. Colaboró con José Allamano en la fundación

de los Misioneros de la Consolata en 1901 y de las Misioneras de la Consolata en 1910. Junto a él fundó y dirigió la revista La Consolata, que sirvió para hacer conocer la vida del santuario, los trabajos de restauración y, luego, la vida y el desarrollo del Instituto y de las misiones. Desde febrero de 1911 hasta abril de 1912, por encargo de José Allamano visitó las misiones de Kenya. Vivió durante 42 años en profunda comunión, sincera amistad y compartió los mismos ideales con él. Cada proyecto ha sido siempre estudiado y evaluado juntos, respetando recíprocamente responsabilidades y capacidades. Con justo derecho el can. Camisassa es reconocido como Cofundador de los Institutos de los Misioneros y de las Misioneras de la Consolata.

Obstáculos para responder al llamado

35. Apego a la propia voluntad. Nuestro corazón está hecho de manera tal que siempre necesita apegarse a algo. Si se apega a la tierra, es como la tierra. Si se apega a Dios, es como Dios. Ustedes han hecho tantos sacrificios para dejar el mundo, empéñense ahora en despegar de él su corazón. El que no sea generoso en esta separación, no será ni de Dios ni del mundo. Entre los obstáculos para responder totalmente a la vocación, S. Alfonso María Liguori pone en primer lugar el apego a la propia voluntad. Es verdad, todos tenemos voluntad propia. El "quiero" y el "no quiero" dominan el mundo, pero también existen en las comunidades religiosas y misioneras. No siempre esta hierba mala puede verse, pero tarde o temprano sale a relucir. El p. Juan Semeria⁵ escribe: "Si el religioso trabajará mucho y por largos años pero a su capricho, no valdrá nada. Si estudiará para ser erudito y sabio, así como un elocuente predicador, de nada le valdrá. Si será diligente y fervoroso en la oración, humilde y modesto al hablar, hará algo positivo. Si luego por amor de Dios renunciará a su propia voluntad, esto es mucho, es lo máximo, es todo". Y agrega que esto es un martirio incruento mucho más doloroso del verdadero martirio, una batalla por la que Dios concede en el cielo la corona del vencedor, el camino estrecho indicado por Jesús.

⁵ P. Semeria Juan (1867.1931), lígure, orador y prolífico escritor barnabita. Invitado por José Allamano, en 1903 inauguró la práctica de los "Nueve sábados de la Consolata". Acusado de modernismo fue destinado a trabajar fuera de Italia. A comienzos de la "primera guerra mundial (1915-1918), regresó como capellán militar. En 1918 fundó *L'Opera nazionale del mezzogiorno d'Italia* a favor de los huérfanos de guerra. José Allamano cita varias veces su libro *La Vita Religiosa, Trattato ascetico*, Savona 1896, pp. 320.

¡Ay de los que llevan a las misiones su propia voluntad! No harán el bien en ningún lugar y tampoco les va a venir bien ningún lugar. Habría que crearles uno especialmente para ellos, y aun así tendrían algo de qué lamentarse. Nunca están contentos, quieren descalificar todo: un verdadero suplicio para las comunidades, un tormento para los superiores, un escándalo para los hermanos, una vida inútil y de daño para sí mismos y para el Instituto. ¡Ustedes saben que tengo mucha experiencia en esto! Dirigi a varias comunidades tanto de hombres como de mujeres, por eso sé lo que digo. ¡Ay del que sigue apegado a su propia voluntad!

A trabajar sobre la propia voluntad nos deben empujar el ejemplo y las enseñanzas del Señor Jesús. Él hizo de la voluntad del Padre la norma de toda su vida. Ya por la boca del Profeta había dicho: "En el libro de la Ley está escrito lo que tengo que hacer: yo amo, Dios mío, tu voluntad" (Sal 40,9). Esta voluntad del Padre la tuvo bien guardada en su corazón: "Tu ley está en mi corazón" (Sal 40,9). Se alimentó constantemente de ella: "Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió" (Jn 4,34). En el cumplimiento perfecto de la voluntad del Padre sintetizó toda su misión divina: "He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió" (Jn 6,38). Por lo tanto siempre obró en conformidad a la misma: "Lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió" (Jn 5,30). Todo esto, ¿no debería inducirnos a renunciar de una buena vez a nuestra propia voluntad?

A nosotros Jesús nos dirigió un mensaje muy especial: "El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo" (Mt 16,24). ¿Qué significado tienen estas palabras? S. Gregorio Magno responde que, habiéndole propuesto a sus seguidores de renunciar a todas las cosas, el Señor aquí da un paso hacia

delante diciendo que es necesario renunciar también a sí mismos, lo cual es más perfecto, pero también más difícil.

36. Apego a los bienes y a las comodidades. El segundo obstáculo para responder bien a la vocación es el apego a los bienes y a las comodidades. Es necesario que los misioneros y las misioneras renuncien también a estas cosas. En las comunidades son pocos los que viven realmente desapegados de las pequeñas comodidades, que son indiferentes hacia la habitación, los alimentos, la ropa, etc. Si lo vivieran habitualmente y llevaran esta sana costumbre a las misiones, ¡cuánto mayor sería el bien realizado!

El p. J. Semeria describe: "El amor a las comodidades viene detrás de la tibieza. Para un tibio mil cosas se vuelven necesarias, las mismas que un fervoroso miraría con desprecio. Las bellas expresiones de que "los tiempos han cambiado", "las circunstancias no son las mismas", "la constitución física es más débil", etc., son muy adecuadas para justificar lo que no debería ser concedido.

Sobre todo, ¡estén atentos en las misiones! Se dejan la patria, la familia, las comodidades de nuestro ambiente y todo ha sido sacrificado generosamente a Dios. Pero tengan cuidado de que no aparezcan otros apegos: preferencias, propia voluntad, amor a las comodidades. La Divina Providencia piensa en ustedes y nunca les faltará lo necesario, basta que no ustedes no busquen lo superfluo. En lo posible deben acostumbrarse a los alimentos locales y no pretender comer los de su país de origen.

Ciertamente el Señor, al mandar a los Apóstoles a predicar, no los proveyó como hacemos nosotros con nuestros misioneros. Sin embargo, cuando los interrogó si alguna vez les había faltado algo, ellos respondieron: "Nada". Con ustedes sucede-

rá lo mismo. Y si alguna vez no pudieran tener enseguida algo que parece necesario, acuérdense que hicieron el voto de pobreza, cuyo espíritu exige que se experimenten sus efectos soportándolos pacientemente, es más, con alegría.

37. Apego a los familiares. El mundo hace dos acusaciones opuestas a los religiosos y a los misioneros; haber perdido el afecto a los familiares u ocuparse demasiado de ellos. La primera acusación es falsa. No es verdad que no tengan sentimientos. Los tienen y muy buenos, y por eso ayudan espiritualmente a sus familias. De hecho, ellas participan de todo el bien que el hijo o la hija realizan: obras buenas, oraciones, mortificaciones, etc.; así como de todo el bien que se realiza en las misiones. Su misma santificación produce en ellos ventajas incalculables, inclusive temporales.

Por lo tanto, nosotros amamos a nuestros familiares ahora más que antes, deseando lo mejor para ellos. Los beneficiamos al máximo, por lo tanto, los amamos más que cualquier otra persona. Y los beneficiamos en las cosas más importantes, las espirituales. Siempre recuerdo lo que me decía mi madre: "Todos los demás se olvidarán de mí, pero tú no; tú celebras la misa y cada día rezarás por mí". ¿Ven que no dejamos de amar a nuestros familiares? En el momento de morir y en la eternidad, ellos verán lo útil que ha sido para ellos haber dado un hijo o una hija a las misiones, al servicio de Dios.

En cambio, la segunda acusación tiene su razón de ser. S. José Cafasso decía: "Señor, haz que pueda sentir desapego ante aquellas cosas por las que más siento afecto". Así hicieron todos los santos. Por lo tanto, que nuestro propósito sea el de apegarnos al Señor, sólo a Él. Él quiere ser el primero y el último, es decir el único y poseer nuestro corazón. Y tiene todo el derecho. Si nuestros padres nos han dado la vida, el

Señor se las dio a ellos. Por lo tanto, el que quiera amar al padre y a la madre más que a Él, no es digno de Él. El Señor es celoso de nuestros corazones.

Recuerden el mandato de Dios a Abraham: "Deja tu tierra natal y la casa de tu padre" (Gén 12,1). A cada uno de nosotros ha dirigido la misma invitación: deja a tus padres, abandona tu casa, despídete de todo, de todo, ven y sígueme. Y ustedes lo escucharon. ¡Y qué recompensa! "Yo haré de ti —dijo Dios a Abraham— una gran nación y te bendeciré, y haré grande tu nombre y serás bendecido" (Gén 12,2). Ustedes recibirán la misma recompensa. El Señor hará de ustedes una gran nación por el número de personas convertidas a la fe, hará grande su nombre en los cielos, serán bendecidos ustedes y sus familias en el tiempo y en la eternidad.

38. Pruebas y tentaciones. Nadie debe sorprenderse si este gran don de la vocación debe pasar por el tamiz de las pruebas y las tentaciones. Con frecuencia, al principio todo procede bien, pero luego llegan las arideces, el tedio, las desolaciones del espíritu... entonces uno se siente abandonado por Dios, se entristece, y con facilidad pierde el rumbo. ¡No! Las desolaciones del espíritu son comunes a todas las personas que tienen una espiritualidad intensa, en el estado que sea, inclusive en el mundo. Son una prueba para purificar y perfeccionar el espíritu. Son un gesto amoroso de Dios hacia nosotros. Un mes de aridez nos puede llevar más rápidamente a la perfección que muchos años sin fervor sensible.

Pidámosle al Señor que nos confirme en el camino que hemos emprendido, que nos de la gracia de responder, para así perseverar hasta el final. "Confirma, Señor, cuanto haz hecho por nosotros" (Sal 68,29).

Formados para la misión **3**

Formación misionera

39. Formarse aquí y ahora. Los institutos religiosos al comienzo fueron muy fervorosos. Los individuos se preocupaban por su propia santificación, unían una sólida virtud al celo apostólico y presentaban esta unión recíproca, que es uno de los signos más seguros de la caridad. Pero no todos continuaron en ese fervor, y así volvió el espíritu mundano y tomó la delantera. ¿Qué podemos decir de nuestro Instituto? Subsistirá; pero preguntémosnos: ¿se mantendrá siempre en ese fervor? Esta es la gracia que debemos pedirle incesantemente al Señor. Estén atentos a no dejar enfriar el fervor de los comienzos, porque es más fácil fundar que reformar una congregación. Si un día el espíritu del Instituto disminuye, ¡espero hacerme escuchar desde el paraíso!

Esta casa fue erigida para su formación. El Señor es el que puso aquí las reglas, los formadores y todas las gracias necesarias. Y si le dan importancia a todo, si demuestran ser dóciles para recibir día tras día, hora tras hora, las influencias de esta permanente lluvia de gracias, serán como el Señor quiere que sean y alcanzarán el fin de su vocación.

"En el momento favorable te escuché, y en el día de la salvación te socorrí. Este es el tiempo favorable, este es el día de

la salvación" (2 Cor 6,2). San Pablo define el "tiempo favorable", el tiempo del Evangelio, que debemos aceptar con gratitud y amor. La Iglesia aplica estas palabras al tiempo de Cuaresma. Uso estas mismas palabras para dirigirme a ustedes, aplicándolas a la gracia de la vocación y al tiempo que transcurren aquí para formarse en las virtudes sacerdotales, religiosas y misioneras.

Reflexionen bien: este es para ustedes el tiempo oportuno. Recuerden lo que decía san Jerónimo, quien vivió mucho tiempo en Jerusalén: "No es el vivir en Jerusalén lo que importa, sino el vivir allí santamente". Esta casa es su Jerusalén. Pero no basta con haber ingresado en ella, con permanecer y ocupar un lugar, así como no basta con llamarse misioneros y misioneras; lo que sí importa es formarse y vivir el espíritu misionero. Pero para lograrlo -no lo repetiré nunca lo suficiente- no deben esperar a estar en las misiones. Cada día es el tiempo favorable. Es aquí y ahora que deben formarse. Si alguien pensara que para hacerse santo hay que ir a las misiones se equivocaría profundamente. ¡No, no! Si no serán santos aquí, si no lo serán antes de partir, no lo serán nunca. Créanme: en las misiones recogerán lo que han sembrado aquí y nada más. Pobre, entonces, del que se aburre, del que no ama su propia formación. Se lo repito: déjense formar, acepten ser guiados y corregidos, busquen su propia perfección según la naturaleza y el fin del Instituto. Por lo tanto, que este sea el propósito de todos: aprovechar el tiempo, no perder ni un segundo. Si ahora se comportan así, un día recogerán muchos frutos.

Sean fieles a las gracias de Dios y a sus divinas inspiraciones. El Señor golpea con frecuencia la puerta de nuestro corazón. Estemos atentos para abrirle enseguida. Nos presenta oca-

siones para realizar pequeños sacrificios y, si los hacemos con generosidad, nos presentará otros más grandes y más tarde otros enormes, hasta hacernos vivir las virtudes heroicamente.

40. En el espíritu del Instituto. El estilo de vida que deberán asumir en el Instituto es el que me inspiró y me inspira el Señor; y yo, atemorizado ante tanta responsabilidad, quiero que el Instituto se perfeccione y viva una vida perfecta. Pienso que el bien hay que hacerlo bien; si no, entre tantas otras ocupaciones, no habría asumido además la enorme responsabilidad de fundar una congregación. La experiencia de comunidad, que he vivido durante toda mi vida, quiero aplicarla a ambos Institutos.

Presten atención a mis recomendaciones, a mis exhortaciones e inclusive a mis expresiones de deseo más sencillas, que bien conocen. Esto es lo que quisiera de ustedes: buena voluntad, esfuerzo generoso y constante para asimilar el espíritu del Instituto. Vivan de tal manera que puedan repetir con S. Paolo: "Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Gál 2,20). Y esto era así porque el Espíritu del Señor lo había invadido hasta el punto de transformarlo completamente. Renuévense espiritualmente (cf. Ef 4,23), para que también ustedes sean personas nuevas, con todas las virtudes de nuestro Señor.

Por lo tanto ustedes son Misioneros y Misioneras de la Consolata. Pero, ¿lo son también de hecho o sólo de nombre? Demostrarán serlo verdaderamente si tendrán el espíritu del Instituto y a la luz del mismo vivirán su vida de cada día y de cada hora. Es el espíritu lo que da forma y vida a las instituciones así como a cada uno de sus miembros. Cada institución tiene su propio espíritu, del cual y por el cual vive. Los individuos son miembros de un instituto en la medida en que

poseen su mismo espíritu. Aquel que entre ustedes quiera asimilar totalmente el espíritu de nuestro Instituto necesita comenzar enseguida, sin perder el tiempo.

41. En los pensamientos, en las palabras y en las obras. Los pensamientos que pueblan su mente durante el día, ¿son dignos de misioneros y misioneras de la Consolata? ¿Están dirigidos constantemente a considerar el fin por el cual vinieron al Instituto? Es decir, ¿desean santificarse? ¿Pueden repetir con san Pablo que tienen "los pensamientos de Cristo"? (cf. 1 Cor 2,16).

Sus palabras, sus discursos, ¿son dignos de misioneros? Deberían hablar con frecuencia de temas espirituales o útiles, ayudarse mutuamente a crecer en las virtudes o en la ciencia. ¡En cambio, tantas veces sus charlas son tan banales!... Queridos míos, es todo tiempo perdido para su formación. Bastaría que uno de ustedes tuviera el coraje de dar el primer paso, pero nadie se atreve. ¡Y, sin embargo, estarían todos de acuerdo y contentos! Este es un punto que me preocupa en su formación. Quisiera que en sus conversaciones fueran siempre dignos de santos misioneros y misioneras.

Con respecto a las obras, examínense con frecuencia: no basta obrar como cristianos, tienen que hacerlo como buenos misioneros. Si un buen cristiano no tiene que buscar las comodidades, mucho menos deberá buscarlas un misionero. Lo mismo en lo que respecta a la piedad, al trabajo y a todas las virtudes. No basta el hábito y no bastan las palabras para demostrar que son verdaderos misioneros y misioneras, se necesitan las obras. Estas son las que deben dar testimonio de ustedes ante el mundo. Por lo tanto, tengan el espíritu de los Misioneros y las Misioneras de la Consolata en los pensamientos, en las palabras y en las obras.

42. Guiados por los superiores y los formadores.¹ Los superiores y formadores son como centinelas puestos por Dios en el Instituto para promover y conservar el fervor y el buen espíritu. Este es un gran servicio y deber.

Nuestro primer deber como superiores es el de orar por ustedes. Los recordamos en la santa Misa y los encomendamos al Espíritu Santo para que les conceda el don de fortaleza, a fin de que puedan superar las dificultades y combatir los defectos cotidianos, así como también el don de piedad, para que se conviertan en auténticos hombres y mujeres de oración. Nuestro segundo deber como superiores es el de estar presentes en la comunidad, serviciales y atentos. Esta es una responsabilidad grave de la que depende la vida, la prosperidad o la decadencia de las congregaciones. San Pablo ponía su disponibilidad hacia todas las Iglesias por sobre todas las cosas (cf. 2 Cor 11,28).

En tercer lugar, es nuestro deber no dejar pasar nunca un error sin corregirlo, como un maestro de música que no deja pasar una nota falsa con la excusa de que sea pequeña. Recuerdo las directivas que me dio el arzobispo mons. Lorenzo Gastaldi² cuando me mandó al seminario. Me dijo:

¹ Para referirse a los educadores de los seminarios o de las casa religiosas, José Allamano seguía el uso común y hablaba normalmente de "superiores". La responsabilidad formativa de los superiores con respecto a los miembros de sus comunidades es innegable. Al haber sido él mismo un gran formador, para hacer que su pensamiento sea más explícito aún, cuando él usa sólo el término "superior", refiriéndose a su acción formativa, aquí se lo explicita y completa con el término "formador".

² Lorenzo Gastaldi (1815-1883), arzobispo de Turín, fue un apóstol activo, comprometido y de profunda cultura. Fue doctor en Teología, miembro del Colegio Teológico de la Universidad de Turín y canónigo de la iglesia de la Santísima Trinidad. En 1851 entró con los Rosminianos y el mismo Rosmini lo envió a Inglaterra, donde trabajó durante 10 años. Por motivos de salud,

"Te recomiendo dos cosas: primero una gran caridad, sin pronunciar nunca palabras duras que puedan ofender a los jóvenes y llevarlos a pensar que su formador no los estime. En segundo lugar, nunca dejes pasar un error sin corregirlo". Esta es la responsabilidad de los superiores y formadores.

Cuando era director espiritual en el seminario, con frecuencia tenía la tentación de huir para liberarme de esa responsabilidad, que con respecto a ustedes es inclusive mayor y permanente. Por mi parte, me siento responsable de cada uno de ustedes, de su santificación, de la salvación de tantas almas. Quiero presentarme ante Dios con la conciencia de haber hecho mi deber de formador de misioneros y misioneras y, hasta que mis débiles fuerzas me lo permitan, espero poder cumplirlo.

Dios me ha puesto a mí, a sus superiores y formadores para que los guiemos. Por lo tanto, somos nosotros quienes debemos evaluar su vocación y formarlos en el verdadero espíritu del Instituto como Misioneros y Misioneros de la Consolata. Debemos rendir cuentas ante Dios de cómo hemos llevado a cabo esta misión particular, si fuimos minis-

en 1862, dejó la congregación y regresó a la diócesis. Elegido obispo de Saluzzo en 1865, participó del Concilio Vaticano I, defendiendo con pasión y maestría la infalibilidad pontificia. Cuando la sede episcopal de Turín quedó vacante, siguiendo el consejo de Don Bosco, Pío IX lo nombró arzobispo. Gastaldi apreció mucho a José Allamano, a quien nombró asistente y luego director espiritual del seminario apenas después de su ordenación, y rector del santuario de la Consolata cuando sólo tenía 29 años. El mérito especial de mons. Gastaldi fue el haber confiado en José Allamano, permitiéndole reabrir el Convictorio Eclesiástico para la formación de los jóvenes sacerdotes en el santuario de la Consolata así como el haber puesto en sus manos la cátedra de teología moral. Allamano siempre sintió una profunda veneración por su arzobispo.

tros y transmisores fieles de las gracias recibidas para que se las comunicáramos a ustedes. ¡Pobres de nosotros si habremos sido infieles por miedo a ofenderlos! Para ustedes el camino a seguir es el que les indicamos. Si somos nosotros los transmisores de la gracia de Dios hacia ustedes, de esto se desprende que nadie más, ni sacerdote, ni laico, aunque fuera más santo y sabio que nosotros, puede y debe intervenir o dar consejos. Ustedes sólo deberán responder ante Dios por haberme obedecido a mí y a quien los guíe en mi nombre. Espero que todos ustedes tengan esta buena voluntad de dejarse formar.

43. Con corazón abierto y confiado. Aquí todo debe ser amor. Amar a los superiores y a los formadores que por ustedes soportan penas y cansancio; el afecto de ustedes los consolará. Deben ser respetados sin tener en cuenta sus cualidades personales, sino solamente su servicio como representantes de Dios, cada uno según su propia responsabilidad. ¿Tienen ustedes este espíritu de fe práctica?

Permítanme insistir sobre la necesidad de confiar en los superiores y formadores. Nosotros aquí formamos una familia.³ Ahora bien, en las buenas familias los hijos sienten el deber de comunicarle al padre, para que este los guíe, los pensamientos y afectos, los bienes y los males. Ustedes son los hijos, los superiores y formadores son sus padres en el Señor. Día y noche ellos están a su lado, piensan, oran, trabajan por ustedes, conscientes de la responsabilidad que tienen frente al

³ Aún conociendo la problemática inherente al concepto de "familia" que existe hoy en determinados contextos culturales, aquí se mantiene la terminología y el pensamiento de José Allamano sobre la familia, conservados tradicionalmente en nuestros Institutos y que corresponden exactamente a las enseñanzas del magisterio de la Iglesia.

Instituto, a la Iglesia y a Dios. Por lo tanto, sus corazones tienen que estar abiertos, como el de hijos con su propio padre. Esto es todo lo que ellos desean. Y no olviden nunca que recibieron de Dios una gracia muy especial para guiarlos y formarlos a la santidad necesaria para su estado de vida.

Créanme, sin esta apertura de ánimo se hace mucho más difícil responder dignamente a la vocación, porque es a través de los superiores y formadores, como a través de un canal, que el Señor hace llegar sus gracias a las almas. Creo poder afirmar que el buen espíritu de una comunidad religiosa y misionera florece o se marchita según cómo se ponga en práctica esta confianza.

En las comunidades hay individuos que viven lo que sienten, tratando de observar las reglas, están siempre tranquilos y... ¡*Deo gratias!* Sigán así todo el año. Pero hay otros —y son la mayoría—, para los que la apertura constante con los superiores y formadores es una verdadera y absoluta necesidad, tanto para no desanimarse en las dificultades como para crecer con mayor rapidez y seguridad en la vida religiosa y misionera.

Para concluir, les puedo decir lo siguiente: nunca nadie se arrepintió de haber confiado. Al contrario, muchos lamentan, pero demasiado tarde, haber descuidado este potente medio de formación: habría bastado un acto de humildad al confiar dificultades y penas, así como habría sido suficiente una palabra de quien guía para salvar una vocación que ahora se ha perdido para siempre. ¡Feliz aquel que comprende y vive estas cosas! Cuando estaré en el paraíso los voy a bendecir todavía más; siempre estaré asomado al balcón...

44. Con sencillez y sinceridad. La sencillez consiste en excluir del espíritu toda segunda intención, para no buscarse

a sí mismos sino sólo lo que contribuye a la mayor gloria de Dios y es de utilidad al prójimo: este es el gran secreto de la sencillez, tan amada por el Señor. Él dice: "Sean sencillos como las palomas" (Mt 10,16) y nos exhorta a hacernos pequeños si queremos entrar en el Reino. Aquí adentro necesitamos formarnos al espíritu de sencillez. El simple piensa, habla y obra con la verdad.

Si se busca (como se debería) sólo la voluntad de Dios y nuestro bien, confiemos todo (menos el pecado) a los superiores y a los formadores, que nos ayudarán a conocer la voluntad de Dios y, además, nos impedirán encarar un camino que Dios no quiere que transitemos. En vez de buscar todos los medios para darse a conocer y ser ayudados a corregirse y perfeccionarse, algunos tratan de esconder y cubrir sus debilidades. Así no se comportan los santos. Si nos hiciéramos el propósito de obrar como los niños, que dicen todo lo que piensan, sería mejor. No tengan miedo de que se conozcan sus defectos, porque de esa manera los demás podrán ayudarlos a corregirlos. Tengan miedo de tener defectos, pero no de que los demás los conozcan. Tengan un espíritu recto, sean sencillos, sin ambigüedades... La realidad es la que es. ¡Recuerden que el Señor no obra en el agua turbia! Que lo que sale de la boca surja del corazón. La verdad es la verdad y debemos amarla. Esto es lo que quiero: espíritu límpido, neto, claro; que lo que tengamos adentro concuerde con lo que se ve por fuera.

45. De calidad. El Señor ha mandado vocaciones a nuestro Instituto y, si hay un buen espíritu, mandará otras, porque el Instituto es obra suya así como las vocaciones. Que el Señor nos siga mandando vocaciones, pero de buena madera. Esto es lo que quiero: pocos pero buenos, pocos pero en regla: que tengan espíritu, que sean voluntariosos y capaces de trabajar

por tres. No es el número lo que cuenta, sino la calidad y el espíritu, aunque el número también tiene su importancia siempre que vaya acompañado de la calidad.

¿Para qué quiero tener cincuenta o cien jóvenes en formación si no son como yo los quiero? ¡Cuántas veces me oyeron decir: cuidado con abrir de par en par la puerta de entrada! ¡Cuidado con el miedo a rechazar jóvenes! Siempre les repito lo mismo; pero lo repito porque el número me asusta si no va acompañado de las necesarias virtudes que debe tener cada miembro. Cuando son muchos no se pueden formar tan bien, como cuando son pocos. Se los he dicho y lo repito: mejor pocos, pero como se debe. Y si alguien que aún no ha hecho los votos perpetuos siente que no logra vivir como debería, hace bien en dejar la comunidad. Es mejor para él, para el Instituto y para la misión.

46. Sin apuro por ir a las misiones. Ustedes son como tiernas plantas en el jardín de la Iglesia y el Señor quiere que crezcan bien, derechos, llenos de vida. Pero para lograrlo es necesario dejarse cultivar. De corazón, pongan manos a la obra. ¡Feliz aquel que se ha preparado bien! Para adquirir virtudes sólidas, plenas, macizas, se necesita tiempo.

No estén apurados por ir a las misiones. Es justo que sientan tantos deseos de partir, porque este es el fin por el que vinieron y hacia el cual se dirigen. Hacia el mismo está orientada la formación que reciben en el Instituto. Siempre les digo que su corazón debe estar en las misiones. Sin embargo, este deseo debe estar acompañado por un santo temor. De hecho, no basta con querer partir, porque para poder hacerlo hay que estar preparados, no sólo en lo que respecta a los conocimientos, sino y sobre todo, en las virtudes. En las misiones el árbol dará sus frutos: serán pacientes, generosos,

desarraigados frente a las comodidades si se ejercitaron en todas estas cosas durante el período de formación, si adquirieron el hábito. Este es el justo temor que experimentan todos los que tienen un buen espíritu y comprenden el valor del apostolado.

¡Dejemos la ansiedad de vivir corriendo! Les recomiendo que tengan calma y paciencia para prepararse bien. Quiero que vayan despacio para poder caminar bien. No basta con tener mucha tierra para cultivar si después faltan los brazos para trabajarla o si los obreros no son idóneos para realizar el trabajo. Se necesita gente capaz, bien formada. Me gustaría que estas consideraciones se les grabaran en la mente. Que deseen ir a las misiones está bien, pero también deben temer no estar lo suficientemente preparados. La Iglesia no necesita tantas personas; aun sin ellos continuará su misión: En cambio necesita apóstoles preparados y bien formados en el espíritu. Nadie es necesario, pero todos son útiles. Lo mismo podemos decir de nuestro Instituto.

Formación a una vida ordenada

47. Interés y colaboración de todos. La disciplina⁴ es importante porque favorece la formación de las personas y la orga-

⁴ En la pedagogía de José Allamano, como era costumbre en su época, la palabra "disciplina" implicaba diferentes actitudes que iban desde la observancia de las normas, a la regularidad y el modo de tratar con las personas. Estas actitudes se pueden sintetizar en una sola: "ser fieles en modo ordenado a la propia vida". La disciplina, en realidad, no significaba tanto una fidelidad externa a normas o deberes, sino una coherencia interior a los compromisos asumidos. Para no modificar las palabras de José Allamano, en estas páginas se mantiene la palabra "disciplina", que debe ser interpretada a la luz de estas aclaraciones.

nización de la comunidad. Ésta abarca un ámbito muy amplio que incluye la puntualidad en el cumplimiento de las propias obligaciones, la fidelidad a las normas y costumbres de la comunidad, la buena educación, la urbanidad, etc.

Los antiguos padres de familia, como los patriarcas, cada tanto solían reunir a sus hijos mayores, a los más juiciosos, y discutían con ellos sobre cosas de la familia. Hablaban del pasado, del presente y del futuro: cómo les iba en los negocios, qué mejoras se podían aportar, lo que se debía corregir en la vida de la familia. Conocí a uno de estos padres: ¡qué bien marchaban las cosas en su casa! ¡Para ellos era común ponerse de acuerdo y comprometerse! Del mismo modo debemos hacer nosotros, por eso disfruto tanto de estos encuentros con ustedes: debemos comprendernos íntimamente. Miremos el presente y preguntémosnos: ¿anda bien nuestra comunidad?... ¿Podría ir mejor?... ¿Qué medios deberíamos adoptar?... ¿Qué obstáculos debemos evitar?... El futuro del Instituto depende del presente.

De ustedes, como misioneros y misioneras, el Señor quiere que se interesen concretamente por el bien común. Recuerden que el bien, para que sea realmente un bien, debe ser completo. Además, quien no es ordenado en las cosas materiales, tampoco lo es en sus pensamientos y en todo lo demás. Como ya se los he repetido, el bien hay que hacerlo bien pero, por nuestra misma vocación, es necesario hacerlo cada día mejor, es decir con espíritu. Lo que cuenta no es tanto la acción en sí misma, sino el espíritu con el que se la realice. Que así sea nuestra comunidad: ordenada en lo material, vivificada por el buen espíritu.

48. ¡A mí también me toca! Vivamos unidos e interesémosnos por todo en la casa, como si cada metro cuadrado fuera nues-

tro. Es necesario que todos y cada uno demuestre interés; que cada uno se sienta miembro vivo del mismo cuerpo; trabajar todos de acuerdo y por el bien de todos, como hacen los miembros del cuerpo humano. ¿No tenemos todos el mismo fin? Sí, el mismo fin y el mismo deseo: que nuestra comunidad, que el Instituto proceda bien, prospere y realice su misión. Por lo tanto, no digan: "a mí no me toca". Nos toca a todos. Si alguien tropieza con una silla puesta fuera de lugar, con la excusa de que "a mí no me toca", no piensa en ponerla en su lugar; si encuentra en el piso un pedazo de papel, no lo recoge; si siente que se golpean una ventana o una puerta, no las cierra. Primero debemos hacer aquellas cosas de las que somos responsables, hacerlas bien, hasta el final, con espíritu; después interesarse también de todo lo demás.

49. Disciplina no sólo observada sino amada. Pero la disciplina no sólo debe ser observada, sino también amada. Si no se la ama será casi imposible llevar a cabo nuestras obras con alegría y constancia. Me parece que en las comunidades no falta tanto la observancia material cuanto más bien el amor a la disciplina. Por lo tanto, mientras todos hacen las mismas cosas, algunos las disfrutan porque las hacen con amor; otros, en cambio, no pudiendo vivir de otra manera, sólo sienten su peso.

Esto no significa que la observancia de la disciplina no cueste. Se trata de trabajar sobre la propia voluntad y de purificar sin reservas las propias tendencias desordenadas. Todo esto cuesta, pero el amor lo hace dulce y suave. No olviden la advertencia del Espíritu Santo: "El que desprecia la sabiduría es un desdichado" (Sab 3,11). Al contrario, quien la observa con amor goza de la paz perfecta. En vez de aspirar a cosas imposibles, hagan lo que deben hacer, háganlo bien, en el tiempo, lugar y modo indicados; y no por períodos, siguien-

do el humor del día, sino siempre, todos los días y durante todo el día. ¡Eso es tener espíritu de disciplina! Sobre todo en las misiones es necesaria la disciplina, observada por deber y con amor. Dadas las circunstancias en las que se lleva a cabo el trabajo en las misiones, un hecho de indisciplina puede provocar desorden y perjuicios en la evangelización.

50. Buena educación y delicadeza. Más allá de cualquier consideración, la disciplina, como buena educación, también es necesaria para el apostolado. Un misionero y una misionera que no saben ser educados, no pueden ser estimados y, por lo tanto, les resulta difícil hacer el bien a la gente.

La educación también es necesaria para conservar la caridad. En las comunidades, como en las familias y en la sociedad, se necesitan ciertas atenciones. La educación bien entendida nos lleva a la delicadeza en los sentimientos, prepara el camino para que pensemos con humildad sobre nosotros mismos, para que no ofendamos a los demás, para que los prefiramos a nosotros mismos, para que seamos agradecidos. Así como la educación ayuda a vivir la caridad, la caridad, a su vez, ennoblece la educación. La caridad es mayor cuando más educación hay. Las comunidades más educadas viven más fácilmente la caridad entre sus miembros; en cambio, allí donde se empieza con palabras groseras, se termina faltando a la caridad. Por lo tanto, deseo que entre ustedes haya mucha delicadeza. Que cada uno se examine a sí mismo para ver si algo no corresponde a la misma. Quisiera que tuvieran esta caridad fina y que nuestra comunidad pudiera ser considerada una comunidad delicada.

¿Cómo se puede llegar a ser finos y educados? Reflexionando y trabajando sobre nosotros mismos para quitar de nuestras costumbres lo que no corresponde a personas edu-

cados. Créanme, está bien gastado el tiempo que empleamos para mirarnos a nosotros mismos, para preguntarnos si no hacemos algo que no corresponda a una persona educada, algo que pueda molestar a los demás. Además, se llega a ser finos y educados con la corrección fraterna. A veces uno no se da cuenta de los propios gestos ordinarios, por lo tanto es caridad auténtica decírselo. Las faltas contra la educación son pequeñas cosas que debemos corregirnos mutuamente.

A este tema de la buena educación le doy mucha importancia y nunca dejaré de insistir sobre él. Que la nuestra sea una comunidad educada. Junto con la piedad y el estudio, quiero buena educación y que todas las cosas estén bien hechas, con dignidad, moderación y delicadeza. No, no permito ninguna grosería aquí dentro. Es claro que, como hace notar san Bernardo, la educación no constituye la perfección religiosa, sino un medio que la favorece. Los buenos modales, en relación a las virtudes, son como las flores en relación a los frutos. Son sólo flores, pero flores que nos permiten esperar en los frutos. Vivamos así y el Señor nos bendecirá, así nuestra comunidad será, también en esto, una comunidad ordenada. ¡Nuestra Consolata es delicada y quiere que sus hijos también lo sean!

51. Control de sí mismo y modestia en el comportamiento. La modestia, entendida como discreción y dignidad en el comportamiento, abraza todo lo que es nuestro aspecto exterior, "de los pies a la cabeza", como decía san José Cafasso. Esta es una gran virtud que proviene del dominio interno sobre las propias pasiones, y presupone otras virtudes, como la paciencia, la mansedumbre, la humildad, etc. Además requiere un continuo trabajo de autocontrol. Dios, invisible, se hace visible también en nosotros: no sólo a través de nues-

tras virtudes, sino también en el comportamiento externo. Por lo tanto, no sean modestos sólo por ustedes mismos, sino también para dar testimonio al prójimo.

¿Cómo adquirir la modestia? Ante todo con el ejercicio de la presencia de Dios. Sí, Dios está cerca nuestro y nos ve. Acostumbrémonos a vivir en Su presencia; entonces, solos o en compañía, siempre seremos reservados y dignos. Además, es necesario reflexionar con frecuencia sobre nosotros mismos para ver si hay algo contrario a la modestia y, en tal caso, intervenir inmediatamente. Sí, deseo que aprecien mucho la modestia.

En esto consiste la disciplina. Ámenla y obsérvenla. Ella es como la ley de Dios, que los acompaña en todas las acciones del día. Está escrito: "Mucha paz para el que ama tu ley" (Sal 118,165). Esta expresión siempre me gustó. Sí, recuerden que la paz abundante sólo viene del amor, por lo tanto de la observancia vivida por amor.

Formación al estudio y al trabajo

52. Necesidad del estudio. Al misionero y a la misionera no les basta la santidad, también necesitan saber. En efecto, la piedad puede formar a un buen eremita, pero sólo los conocimientos, unidos a la piedad pueden formar buenos evangelizadores. El verdadero apóstol es también el que sabe. El estudio debe ser considerado en función de las misiones. No basta una preparación intelectual mediocre, sino una verdadera formación profesional. El misionero ignorante es un ídolo de tristeza y de amargura.

La necesidad del estudio es evidente en la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento se lee en Malaquías: "De hecho, los labios del sacerdote deben custodiar la ciencia y de

su boca se busca la preparación, porque él es un mensajero del Señor de los ejércitos" (Mal 2,7). El pueblo buscaba la verdad en los sacerdotes, quienes, por lo tanto, debían poseerla. Y en Oseas está escrito: "Perece mi pueblo por falta de conocimiento. Como tú rechazas el conocimiento, te rechazaré a ti como sacerdote" (Os 4,6). En el Nuevo Testamento el Señor dijo a los Apóstoles: "Vayan e instruyan a todas las naciones" (Mt 28,19). Pero para enseñar a los demás es necesario tener la preparación necesaria. Es por este motivo que san Pablo recordaba a Timoteo: "Vigila sobre ti mismo y sobre tus enseñanzas y sé perseverante" (1Tim 4,16).

San Francisco de Sales consideraba al estudio como "el octavo sacramento". Ustedes saben que santa Teresa decía que entre un confesor preparado y menos bueno y otro más bueno pero menos preparado, habría elegido, para tranquilidad de su alma, el más preparado. No hay que pretender tener la ciencia infusa, como en los Apóstoles, quienes, sin embargo, se formaron durante tres años en la escuela de Jesús. Créanme: harán mucho o poco bien también en proporción a los estudios que hayan realizado.

Un misionero o una misionera sin preparación intelectual son como una lámpara apagada. Por eso, sus conocimientos deben ser lo más amplios posible. Todo está pensado para formarlos, tanto en los estudios como en la piedad. Quien se comprometa en los estudios, al final de su formación se encontrará con todo lo necesario y útil para realizar bien la misión que el Señor le confiará. Recuerden también el dicho: "las cosas repetidas ayudan". Es necesario volver sobre las cosas que se estudian. La primera vez que se estudia un tema es para decirlo; la segunda, se empieza a asimilarlo; la tercera, se gusta la verdad.

53. Estudio de los idiomas. Les recomiendo en particular el estudio y práctica de los idiomas, para poder hablar y comunicar con la gente. En efecto, ¿para qué les servirían los estudios de filosofía, teología, etc., si después no se supiera comunicar a los demás el contenido de los estudios? Si las lenguas se hablan mal, el fruto será escaso, con la consecuencia de que se perderá el deseo de evangelizar, o se hará con poca energía o incluso con poca autoridad. Por lo tanto, recuerden: primero la filosofía, la teología, la Sagrada Escritura, después enseña los idiomas. Considero este punto como un signo de vocación misionera en nuestro Instituto.

Las cartas de misioneros y misioneras con frecuencia contienen un lamento: no saber la lengua indígena y, por lo tanto, no poder evangelizar enseñada. Con ustedes no deberá pasar lo mismo. Estudien con empeño los idiomas. Cuando uno hace todo lo posible por aprender, el Señor, si es necesario, le dará el don de lenguas prometido a los Apóstoles. Cuando enviamos a Roma el primer vocabulario y la primera gramática kikuyu, realizados completamente por nuestros misioneros, el card. Cayetano De Lay escribió una larga carta de felicitaciones, comparando a nuestros misioneros con los santos Cirilo y Metodio, diciendo que, así como estos dos santos habían puesto por escrito la lengua de los pueblos eslavos, nuestros misioneros en cierto modo dieron vida a la lengua de los Kikuyu.

No basta con estudiar la gramática de un idioma, también hay que practicarlo. Quien no tiene inclinación y empeño para estudiar las lenguas, difícilmente vivirá su vocación misionera. Por lo tanto, insisto en el estudio de los idiomas. Es realmente una necesidad para los misioneros y misioneras.

54. Estudio para la misión. Se debe estudiar con humildad, energía, templanza y piedad. Con humildad: de esto hablaremos más detenidamente cuando hablemos de la virtud de la fe. Con energía: quiere decir estudiar con profundidad y sin perder tiempo. Con templanza: es decir no estudiar ni más ni menos de lo que hay que estudiar, sin sentir que se robó al estudio el tiempo que la obediencia destina a otras obligaciones. Aquí dentro, lo repito, todo está en función de las misiones.

En particular, estudiar con piedad: para un misionero y una misionera todo está dirigido a la piedad, inclusive el estudio. Mons. Eduardo Pulciano, cuando era seminarista, deploraba que entre la escuela y la capilla hubiera como una barrera. ¿Cómo se puede estudiar el sacramento del Bautismo sin que surja del corazón un gesto de agradecimiento a Dios que, sin ningún mérito, nos hizo ese don? ¿Cómo podemos estudiar la Eucaristía sin hacer alguna comunión espiritual? ¿O estudiar el sacramento de la Reconciliación y no agradecer al Señor por todas las veces que hemos recibido y recibimos este sacramento?

Estudiar con piedad también significa recurrir al Señor para tener la luz necesaria. Santo Tomás afirmaba haber aprendido más a los pies del Crucifijo que sobre los libros. Por lo tanto, estudien con devoción, como si lo hicieran en el templo. El Cura de Ars estudiaba siempre en la sacristía, para estar cerca del Señor. En la época de san Francisco de Sales circulaba la frase: "Si quieres confundir al adversario usa el recurso que quieras, pero si quieres convertirlo recurre al obispo de Ginebra".

El fin de los estudios no es otro que nuestra santificación y el servicio al Instituto y a la misión. Por lo tanto, no se estudia por motivos humanos. Todo lo que hagan, no lo olviden

nunca, es en función de la evangelización. Quisiera que estas palabras del salmo se convirtieran en una oración constante: "Enséñame el juicio y la sabiduría" (Sal 119,66).

55. Trabajo: deber y honor. El misionero y la misionera deben distinguirse por su amor al trabajo. Quien no se adapte a los trabajos manuales no tiene espíritu misionero. Es necesario tener espíritu de oración y de trabajo; trabajo intelectual y trabajo manual. En los trabajos sean activos y en las cosas espirituales contemplativos.

El trabajo es un deber, pero es también un honor por haber sido santificado por la Sagrada Familia. Hasta los treinta años Jesús trabajó con san José en el humilde oficio de carpintero. María tampoco vivió toda su vida rezando; también trabajaba mucho, llevando a cabo las tareas de la casa de Nazaret. San Pablo, aun debiendo predicar, trabajaba para proveer a sus necesidades y a las de los demás: "Nos agotamos, trabajando con nuestras manos" (1 Cor 4,12). En los Hechos de los Apóstoles está escrito que san Pablo "encontró a un judío llamado Aquila, originario del Ponto, que acababa de llegar de Italia con su mujer Priscila, [...]. Pablo fue a verlos, y como ejercía el mismo oficio, se alojó en su casa y trabajaba con ellos haciendo tiendas de campaña" (Hech 18,2-3). El Card. Massaia⁵ remendaba las ropas y reparaba los calzados de aquellos que quería evangelizar. ¿Acaso no hicieron lo mismo los Benedictinos y otros monjes, para evangelizar a los bárba-

ros? Especialmente en la misión, la ciencia del trabajo no es menos necesaria que las otras ciencias.

Quien no sabe o no tiene ganas de trabajar no es un verdadero misionero o una verdadera misionera; le falta algo a su vocación. Cuando se llega a las misiones y todavía no se conoce la lengua local, ¿qué debemos hacer? Se empieza a trabajar y, mientras tanto, trabajando en contacto con la gente, se aprende el idioma. Si alguien dijera: "Sólo quiero predicar, no trabajar", cometería un error. Desde el África una misionera me escribía: "Entre las cosas más necesarias en la vida de las misiones, junto con la obediencia y la caridad mutua, está el amor al cansancio". Esto es válido también para los misioneros sacerdotes.

56. Ayudarse mutuamente. ¡Qué bueno cuando en una comunidad se da este competir en el ayudarse mutuamente! ¿Acaso no es así también en las familias? Es hermoso que todos cooperen en hacer el bien. Tanto quien barre, como quien trabaja o estudia, que lo haga por amor a Dios. En nuestro Instituto hay muchos servicios por realizar; uno tiene la capacidad para una cosa y el otro para otra, así entre todos se hace todo. Lo importante es hacerlo por amor a Dios, para santificarnos, para salvar almas.

57. Proveer al mantenimiento. Se va a las misiones para evangelizar, pero también es necesario mantenerse y, por lo tanto ocuparse del propio sustento. Cuando uno trabaja debe pen-

⁵ Guillermo Massaia (1809-1889), nacido en Piovà (Asti, Italia), entró en la Orden de los Capuchinos de Turín en 1826. Ordenado sacerdote en 1832, fue capellán del hospital Mauriziano de Turín y maestro de filosofía y teología en el convento de Testona (TO). Consagrado obispo en 1846, pudo entrar en la misión de Etiopía sólo en 1852, después de un largo viaje lleno de sufrimientos y de peripecias inauditas. En 1879 fue expulsado por el emperador Joannes

IV, dejando en Etiopía varias comunidades cristianas. En 1884 fue creado cardenal por el Papa León XIII, el cual le pidió que escribiera sus recuerdos misioneros, publicados en 12 volúmenes a partir de 1885 con el título: *Mis 35 años de misión en la alta Etiopía*. Esta obra puede ser considerada una obra maestra de la literatura misionera internacional. José Allamano fundó el Instituto también con el fin de continuar la obra de Guillermo Massaia.

sar que colabora en el ahorro de la comunidad. Tratar de ganar algo para la comunidad es un deber porque somos miembros vivos del Instituto. Esto no es un colegio donde se paga, sino una familia donde todos pagamos de la misma manera. Si podemos ser útiles en algo, considerémonos afortunados y, por lo tanto, hagámoslo con gusto. Trabajar para mantenerse, pero también para ayudar a los demás. También san Pablo exhortaba a los cristianos a ponerse "a trabajar honestamente con sus manos, para poder ayudar al que está necesitado" (Ef 4,28).

Pienso que, para prepararnos bien a las misiones, es bueno aprender algún oficio y a hacer un poco de todo. Recuérdense: no quiero que aquí adentro los talentos no sean puestos en práctica. Que se valore todo lo que se sabe y sirva. Que todas las capacidades sean cultivadas. No hay que tener miedo de ensuciarse las manos, sino de no aprender a realizar los trabajos manuales, inclusive los más humildes de la casa. Quien tenga problemas para hacerlos o los hace sin ganas, no está hecho para ser misionero o misionera. Aprendan de todo, den importancia a todas las cosas, tengan un espíritu de observación, sean emprendedores y amen el trabajo.

Es necesario trabajar bien, con esmero, pensando en lo que se está haciendo y sin perder el tiempo, con una auténtica voluntad de aprender. Trabajar con energía y no evitar la fatiga buscando la propia comodidad. Más hay para hacer, más se hace. Aquí se trabaja sólo por amor a Dios y, por lo tanto, el poco cansancio que sentimos, pensemos que es por el Señor y para hacernos santos. En todo hagamos la voluntad de Dios. Si hubiesen sido unos "blandos", no habrían venido a este Instituto.

Misterios de Salvación **4**

Fundamento de la fe: la Santísima Trinidad

58. El misterio de la Santísima Trinidad es el fundamento de toda nuestra fe. Es un misterio incomprensible que debemos creer y adorar... además de tener la humildad de vernos tan mezquinos frente a tanta majestad, estar contentos de la infinita grandeza de Dios... así como darlo a conocer. La santa misa es el primer tributo, el único verdaderamente digno de la Santísima Trinidad. Honramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo también con la señal de la cruz, el "Gloria", el "Credo" y, al concluir los himnos litúrgicos, alabando y glorificando la Trinidad. Recemos el "Gloria" muchas veces al día con afecto y entusiasmo, con la intención de rendir a la Santísima Trinidad toda la gloria que merece, también en nombre de todos los que no le rinden a Dios el honor que le es debido. El "Gloria" es un acto de perfecto amor a Dios con el que lo alabamos y queremos que sea glorificado por todos. Sí, ¡gloria a Dios por toda la eternidad!

La señal de la cruz es el signo del cristiano, es una oración, una alabanza a la Santísima Trinidad, es una profesión de fe. Los primeros cristianos se persignaban muy seguido, prácticamente en cada acción del día. Tertuliano dice: "Ante cada hecho, cada vez que entramos o salimos de casa, cada vez que

nos vestimos, cuando nos lavamos, cuando encendemos las lámparas, cuando conversamos, siempre nos hacemos la señal de la cruz". Si no tuviéramos otro propósito que hacernos siempre la señal de la cruz, sólo con eso ya estaríamos honrando ampliamente a la Santísima Trinidad.

También es un homenaje a la Santísima Trinidad atribuir a su gloria todo lo que hagamos. Todo es de Dios, todo viene de Dios y todo está en Dios. Todo lo que existe le pertenece a Dios, porque él lo creó y todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios. Por lo tanto, todo debe volver a Dios, a Su honor y gloria, como decía san Ignacio "Ad maiorem Dei gloriam", para la mayor gloria de Dios. Así como la sangre arterial, partiendo del corazón, lleva la vida a la periferia del cuerpo y, por lo tanto, regresa al corazón la sangre venosa para que sea purificada, del mismo modo nuestras acciones tendrán valor y vida en la medida en que partan de Dios, de su santa voluntad y sean orientadas a su única y mayor gloria con una intención pura. Sí, todo en honor y gloria de la Santísima Trinidad.

Se puede decir que la Iglesia celebra a la Santísima Trinidad durante todo el año. Todos los domingos, todos los días, todas las horas son la fiesta de la Santísima Trinidad. Siempre se honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Todos los cristianos, pero especialmente los misioneros y las misioneras, deben honrar a la Santísima Trinidad. ¿Cómo anunciarla en forma creíble a los no cristianos? Sobre todo con nuestra fe, rindiendo honor y gloria a la Santísima Trinidad. De esta manera tendrán una gracia particular cuando presenten este misterio. ¡Es admirable que tantos no cristianos acepten y crean en un Dios Uno y Trino! "Al Rey de los siglos incorruptible, invisible y único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén"

Año litúrgico

59. "Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único" (Jn 3,16). El Hijo se encarnó por nuestro amor: "Por nosotros los hombres y por nuestra salvación", como proclamamos en el "Credo". Dios, que nos amó desde toda la eternidad, nos da lo que él más ama: su propio Hijo Unigénito. Que sea "Unigénito" nos dice claramente hasta qué punto nos amó. Y el Hijo vino porque nos ama. ¿Qué se podía esperar? El amor pide amor. Este es un misterio de amor.

Como hijos de Dios y miembros de la Iglesia tenemos el deber no sólo de saber qué nos enseña en las diferentes fiestas durante el año sino de participar de las mismas. Cuando sea Adviento viviremos pensando en el Mesías, en la espera de quienes aún no lo conocen, de los profetas, etc. Si es un domingo, escuchando las lecturas y celebrando la Liturgia de las Horas participaremos de los sentimientos que la Iglesia propone particularmente a los fieles en ese día. De esta manera, debemos ser devotos de los santos, etc. Vivamos del espíritu de la Iglesia, que es el espíritu del Señor. Cada día él nos ofrece su propio alimento espiritual.

Adviento

60. Con el Adviento empieza el año litúrgico. Es un tiempo de espera. Lo podríamos considerar una larga preparación a la santa Navidad. La Iglesia ha establecido cuatro semanas para prepararnos a conmemorar el nacimiento del Hijo de Dios. Este tiempo de Adviento nos recuerda las tres venidas de nuestro Señor Jesucristo: la venida al mundo con la Encarnación; la venida escatológica para el juicio universal; la venida espiritual en cada persona. ¡Qué importante es prepa-

rarnos a la venida de Jesús en nosotros! Entremos en este espíritu, apropiémonos de las invocaciones de los profetas que la Iglesia nos sugiere en la sagrada liturgia y repitámonlas con frecuencia durante el día: "Si rasgaras el cielo y descendieras" (Is 63,19).

En la liturgia, durante este tiempo, hay tantas aspiraciones: "Despliega Señor tu poder y ven; defiéndenos de los peligros que nos acechan por culpa de nuestros pecados y sálvanos". Pero, ¿nuestro corazón está preparado para recibir al Señor? Y luego aún: "Despierta, Señor, nuestros corazones, y prepara en ellos el camino para tu Hijo Unigénito, para que con la gracia de su venida podamos servirte con una mente pura"; "Señor, escucha nuestra oración. Con la gracia de tu visita ilumina las tinieblas de nuestra mente, para que comprendamos bien el misterio que celebramos". Tratemos de vivir este espíritu de la Iglesia.

El Adviento es un tiempo de renovación: aplanemos las colinas y colmemos los valles, evitando los pecados y poniendo en práctica las virtudes. Preparémonos, animémonos nuestro corazón para amar, para que el Señor lo llene de sus gracias. Jesús no viene si no es deseado. Jesús vendrá a nosotros con mayores gracias en proporción a nuestra preparación y a nuestros deseos. ¡Qué bueno es el Señor! Él escucha nuestras súplicas y viene a habitar en nosotros.

La Iglesia precede la Navidad con una novena particular, muy querida y seguida por todos, que nos estimula a invocar: "Vengan, adoremos al Rey y Señor que viene"; "El Señor ya está cerca, vengan, adoremos". En esta novena aprendan a vivir la fe: "El justo vive de la fe" (Rom 1,17). Y, sobre todo, arrodíllense ante este misterio. No pensemos que es una humillación el honrar al Niño. Deseen mucho que venga a nacer espiritual-

mente en ustedes y también en la comunidad. Ya en nuestra infancia hemos aprendido a amar este misterio y con qué devoción hacíamos la novena de Navidad. Recordemos lo que vivimos en ese entonces. Para mí es un recuerdo muy dulce.

Navidad

61. Nuestro Señor quiso anonadarse hasta hacerse Niño. El pesebre nos habla de la humildad y la sencillez del Señor. Si él se hizo pequeño, ¿por qué no deberíamos hacernos pequeños nosotros? San Bernardo afirma que Jesús se hizo tan pequeño cuanto amable. San Agustín dice que el Redentor quiso nacer como un Niño para ser amado. San Francisco de Asís iba por las calles exclamando: "¡Amemos al Niño de Belén! ¡Amemos al Niño de Belén!". Y lo repetía a todos los que encontraba. ¿Quién no ama al Niño? En esta fiesta no se debe participar sólo con la razón, sino también con el corazón. Y quien no sienta este amor, que se lo pida a Jesús mismo por intercesión de la Santísima Virgen, que ardía de amor mientras esperaba a su hijo Jesús.

¡Qué importante es el misterio de Belén! Es maravilloso meditar sobre la Pasión, pero también lo es meditar sobre la Navidad. El santo Niño nos ha dado una importante lección al vencer las tres concupiscencias humanas: los placeres, las riquezas, los honores, para enseñarnos a vencerlas también nosotros. Él nos ha dado el ejemplo con sus sufrimientos, con la pobreza y la humildad. Naciendo tan pobre, el Señor ha querido alejarnos de todas las comodidades de este mundo. Y así, canonizó la pobreza.

La Navidad no es una fiesta sólo para los niños, sino también para nosotros, que debemos hacernos pequeños para

poder entrar en el Reino de los cielos. Ejercitémonos en aquellas virtudes propias del santo Niño: la sencillez y la humildad. ¡Qué importante es la virtud de la sencillez para un misionero y una misionera, inclusive para ser felices aquí en la tierra! ¿Y qué podemos decir de la humildad? Nuestro Señor se hizo muy pequeño; después se rebajó, se anuló hasta la muerte en la cruz. Cuando vayan al templo, mirando a Jesús en el sagrario y, luego, contemplando al Niño en el pesebre, díganle: "¡Quiero tener todas las virtudes!".

Debemos amar al santo Niño por sí mismo. Él descendió del cielo y se encarnó precisamente por nosotros, por cada uno de nosotros y por nuestra salvación. Meditemos a fondo este "exceso" de amor de Jesús y, así, también nosotros lo amaremos. Pidámosle a Dios con insistencia este amor, repitiendo con san Agustín: "¡Señor, que yo te ame!".

El Nombre de Jesús

61. El Padre ha dado a su Hijo el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, porque debía salvar al mundo. Así, cada nombre es como el programa de vida de quien lo lleva. San Pablo afirma que el Padre ha dado al Hijo un nombre que está por encima de cualquier otro nombre, porque ante su nombre toda rodilla se doble en los cielos, sobre la tierra y por debajo de la tierra. Y agrega que toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre (cf. Fil 2,9-11). En los Hechos de los Apóstoles se lee: "No existe bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual podamos alcanzar la salvación" (Hch 4,12). ¡Qué dulce es este nombre! Es miel en los labios, luz para la mente y amor para el corazón. San Pablo, en sus cartas, lo escribía muchísimas veces.

Jesús dice: "todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá" (Jn 15,16). Por eso la Iglesia concluye sus oraciones con la expresión: "Por Cristo nuestro Señor". Si para todos los cristianos este nombre tiene que ser dulce, cuánto más lo debe ser para ustedes que, como misioneros y misioneras, están destinados a anunciarlo a los no creyentes y, a ejemplo de san Pablo, inclusive sufrir por este nombre: "Yo le haré ver cuánto tendrá que padecer por mi Nombre" (Hch 9,16). Sí, soportar lo que sea, con tal de que el nombre de Jesús sea conocido y amado. Oremos para que este nombre, junto con el nombre de María, sea el último que pronunciemos antes de morir. Por lo tanto, gran devoción a este nombre. ¡Que él sea nuestro consuelo!

Fin de año

63. Estamos a fin de año y, como en toda administración, necesitamos hacer nuestro balance final y elaborar el presupuesto para el futuro. Hoy hacemos el primero, mañana el segundo. En el balance final ponemos las ganancias y las pérdidas.

En las ganancias ponemos las gracias recibidas en el orden tanto natural como sobrenatural. En el orden natural: la conservación de la vida, que es una creación permanente; luego, la salud física. Porque si el Señor nos puso a prueba con algún dolor, también eso, en la mente de Dios, no fue un mal, sino una gracia. Estas son todas gracias que hemos recibido. En el orden sobrenatural: la vocación y la perseverancia. Este es un gran pensamiento que nunca podremos comprender adecuadamente. Después, para algunos la profesión religiosa, para otros los ordenes sagrados; para todos las homilías, las lecturas, las meditaciones, etc. Agreguen los sacramentos: las comuniones y, para nosotros los sacerdotes, todas las misas.

Además: las oraciones, las buenas inspiraciones... ¡Cuántas gracias! Debemos agradecer al Señor por todo esto.

A nuestro favor también podemos agregar un poco de buena voluntad para responder a la vocación, la corrección de los defectos, alguna mortificación interna y externa. Agradecemos al Señor si logramos hacer algo, porque sin él no podemos hacer nada, ni mucho ni poco, ¡nada!

Entre las pérdidas no hay nada que provenga de Dios, de manera que él podría decir del Instituto, como de cada uno de nosotros: ¿qué más podría haber hecho por mi viña que no le haya hecho? (cf. Is 5,4). Sin embargo, ¡cuántas cosas nuestras encontramos entre las pérdidas! Que nadie diga: "Antes era mejor". Creo que nadie podrá decir eso, si bien todos tenemos cosas que mejorar. No nos desanimemos si hemos crecido poco y recemos a la Virgen María para que nos ayude a crecer más. Ella suple nuestras deficiencias si ve que tenemos buena voluntad. Lo mismo hace el Señor, que es un Padre bueno, dispuesto a perdonar todas las cosas con tal de que nos decidamos a hacer el bien. La perfección se adquiere con una voluntad firme, que renovarán cada mañana en la Comunión y varias veces al día, y que renovarán sobre todo en los retiros mensuales y con motivo de las fiestas.

Año nuevo

64. Ayer hemos cantado el "Te Deum" por todas las gracias recibidas, y hoy el "Veni Creador" por el nuevo año. Empecemos el año con energía y de igual modo todos los días, cada momento, sin desanimarnos nunca. Y esto, háganlo aquí, así podrán hacerlo luego en las misiones. Este es el espíritu con el que tenemos que emprender el nuevo año. No pensemos

más en el pasado; el presente está en nuestras manos. Todos y todas llenos de buena voluntad. Esperemos llegar al final de este año agradeciéndoselo, así como ayer por la noche le hemos agradecido el año que pasó. La vida y la muerte son un misterio. El tiempo pasa y no regresa. Si no estamos atentos en responder a la gracia de cada uno de los momentos que componen un año, no podremos volver atrás para recuperarla; como el tiempo, la gracia que no sabemos recibir en su momento, se pierde para siempre.

En este nuevo año es necesario que nos comportemos como si fuera el último de nuestra vida. Si estuviéramos convencidos de esto, haríamos todo con más voluntad. Quiero decirles lo que hago yo cuando voy al coro de la catedral: medito sobre la muerte. Pienso que el día de mi muerte me sepultarán en la catedral y que los canónicos pasarán por la calle S. Clara, la calle Basílica, hasta la Catedral. ¿Les parece que pensar en esto me haga mal? Al contrario, ¡me hace bien! Un buen día pasaré por esas mismas calles, ya no caminando con mis propias piernas, sino llevado por otros, y entonces ¡cómo me habría gustado hacer bien este trayecto! Por lo tanto, pienso en el bien y en el mal que podrán decir sobre mí. Si conocieron mis defectos, dirán: "Ese sacerdote no era bueno, etc." Después llego a la catedral. Allí hay una estatua de la Virgen María; es la que más quiero, después de nuestra Consolata. La saludo con una reverencia y pienso que me colocarán allí adelante y que, entonces, ella me sonreirá. Por lo tanto, me llevarán frente al altar del Santísimo Sacramento. Espero que nuestro Señor, al verme, se complazca y me mire diciéndome: "Muy bien, siempre viniste aquí a rezar con fe; ahora me ocupo yo de tu alma". Les digo que esto me hace bien porque son cosas que sucederán.

Miren el año que tienen por delante y hagan un examen preventivo. Como lo hacemos cada mañana frente a la jornada, lo mismo debemos hacer con respecto a todo el año. Recuerden la hermosa oración de santa Isabel, reina de Francia: "¿Qué me sucederá este año? No lo sé, pero sé que no me sucederá nada que no haya sido previsto, pensado y ordenado desde toda la eternidad". Digamos lo mismo nosotros e identifiquémonos con la voluntad de Dios: acepto todo, quiero todo sin restricciones. Ese acto tiene mucho valor: identificarnos con la voluntad de Dios no sólo en general, sino también en las más pequeñas circunstancias. ¡Que no vivamos nada, ni una palabra ni una obra que no sean para Ti, mi Dios!

Por eso es importante apuntar bien la mira. Tratemos de pasar este nuevo año lo mejor posible; si habrá debilidades, tratemos de repararlas enseguida; que no haya ningún día inútil. ¡Que el nuevo año sea un año con tantas bendiciones, para nuestros Institutos, para las misiones, para los misioneros y las misioneras!

Epifanía

65. "Vino la Luz verdadera, la que ilumina a todos los hombres" (Jn 1,9). Epifanía es una palabra griega que significa "manifestación" o "aparición". El Niño Jesús, después de haberse manifestado a los judíos, representados por los pastores, por medio de los ángeles, se dio a conocer a los paganos, representados por los Reyes Magos, por medio de una estrella. Agradecemos al Señor el haber sido llamados, por la manifestación a los Reyes Magos, a gozar de los frutos de la Redención, con el don de la fe. Agradecemosle también en nombre de los no cristianos, porque ellos también son llama-

dos a la fe, a conocer y amar a Jesús. Agradecemosle especialmente por la vocación misionera, a través de la cual Jesús sigue manifestándose a los no cristianos, haciéndonos participar de esta misión universal. Por último, agradecemosle por las gracias concedidas a nuestros Institutos, así como por todo el bien que se realiza en las misiones.

Imitemos a los Reyes Magos respondiendo a nuestra vocación con prontitud, generosidad y constancia. ¡Qué hermoso es meditar sobre ellos! ¿Qué podemos aprender? Me parece que el pensamiento principal que podríamos conservar durante todo el año es su fidelidad al llamado de Dios. La estrella que apareció en Oriente seguramente fue vista por muchas personas, pero sólo los Reyes Magos, iluminados internamente por la gracia, reconocieron en ella el signo del nacimiento del Mesías; por eso se pusieron en movimiento, partieron y llegaron a Belén: "Hemos visto... y hemos venido" (cf. Mt 2,2). También muchos y muchas entre ustedes sintieron la voz de Dios llamándolos al apostolado pero, pasado el primer entusiasmo, todo se desvaneció. No basta con haber dado rápidamente el primer paso; también hay que corresponder a esta primera gracia. San Agustín nos exhorta a estar atentos al "tiempo de la estrella" para no dejar que el Señor pase de largo con sus gracias.

Los Reyes Magos demostraron no sólo una fidelidad inmediata, sino también generosa y constante. Se dirigieron enseguida hacia la meta, a pesar de la distancia y las dificultades del camino, así como de la momentánea desaparición de la estrella. Superaron con generosidad todas estas dificultades porque creían firmemente en Dios y en sus promesas. Apliquemos esto a nosotros mismos. ¿Es así nuestra respuesta cotidiana a la gracia? ¿Enfrentan con fuerza las pruebas que

encuentran a su paso? ¿Se entrenan para ser generosos frente a los problemas de la misión? ¿Son fuertes en la fe? El Señor no les manda solo una, sino muchas estrellas, que son las gracias para permanecer de pie y hacerse santos misioneros y misioneras. Por lo tanto: fidelidad generosa y constante para responder a la gracia de la vocación.

Los Reyes Magos, después de haber encontrado al Niño, le ofrecieron oro, incienso y mirra, que simbolizan la caridad, la oración y la mortificación. Del mismo modo deben obrar ustedes cada día, y hasta diría cada hora: tratar de crecer en el amor de Dios y del prójimo; recen fervorosamente para que Jesús les infunda el espíritu apostólico; revístanse del espíritu de mortificación, que deberá acompañarlos durante toda la vida. La Epifanía es nuestra fiesta. Debemos ser misioneros y misioneras con la cabeza, la boca, el corazón, es decir en los pensamientos, las palabras y las obras. Nuestra estrella es llegar a ser santos Misioneros y Misioneras de la Consolata. No debemos hacer otra cosa que seguirla.

Presentación de Jesús en el templo

66. Después de apenas cuarenta días desde su nacimiento, Jesús es presentado al Padre en el templo. Esta entrega corresponde a la que él, más tarde, hará de sí mismo en el Calvario, para expiar los pecados de toda la humanidad. Ya el profeta había puesto en sus labios aquellas palabras que dicen: "Tú no quisiste víctima ni oblación; pero me diste un oído atento; no pediste holocaustos ni sacrificios, entonces dije: Aquí estoy" (Sal 40,7-8). Jesús fue llevado al templo para ser ofrecido a Dios, y María se unió a él. Simeón lo llamó "Luz para alumbrar a las naciones paganas" (Lc 2,32) y predijo a su Madre: "

a ti misma una espada te atravesará el corazón" (Lc 2,35). Ella generosamente aceptó y se ofreció para llevar a cabo el plan de Dios.

Cuaresma

67. "Y porque somos sus colaboradores, los exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios. Porque Él nos dice en la Escritura: En el momento favorable te escuché, y en el día de la salvación te socorrí. Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación" (2Cor 6,1-2). Pablo llama "tiempo favorable", "día de la salvación", es decir digno de ser aceptado con gratitud y amor, el tiempo del Evangelio. La Iglesia aplica estas palabras de Pablo a la Cuaresma y nos las repite frecuentemente. De hecho, el tiempo de Cuaresma es realmente favorable. En él el Señor acepta encantado todo lo que hacemos, escucha nuestras súplicas más que en otros momentos. Por lo tanto, debemos despertarnos, no dejarlo pasar en vano: debemos valorarnos mucho y no decir: "Pero yo no puedo ayunar, no puedo rezar más de lo que ya rezo". No es la cantidad lo que importa, sino la intensidad. Necesitamos estar más unidos a Dios y no pasar horas enteras sin pensar en Jesús. ¡Eso es todo! Esas mismas palabras podemos aplicarlas a ustedes que se preparan para ir a las misiones. Es necesario responder en este tiempo de Cuaresma, porque es el tiempo favorable, estar animados y no formar parte del grupo de los que caminan a tientas...

La Cuaresma es un tiempo especial de penitencia y oración. Nosotros todavía no somos como aquellos santos que se alimentaban sólo a pan y agua. De todos modos, el espíritu de penitencia es necesario para acostumbrarse a las exigencias

de la vida. El Señor ama los pequeños sacrificios, perennes, puntuales. Hay tantos modos de hacer penitencia y de ayunar. El que no lo hace de una forma, debe hacerlo de otra. Además del ayuno de alimentos existe el de los ojos, el de la imaginación y el del espíritu.

68. La Iglesia, especialmente en este tiempo cuaresmal, recurre mucho al salmo 50, el "Miserere", que nos hace rezar la Liturgia de las Horas. Esto es muy oportuno por ser un salmo penitencial, compuesto por David después de su pecado. Él nos enseña el temor, la esperanza y los buenos propósitos. Examinémoslo y apliquémoslo a nosotros.

El Miserere puede ser dividido en dos partes. Ante todo, David para obtener misericordia le presenta al Señor cinco razones. La primera es la gran misericordia de Dios, su infinita compasión por nuestras miserias: "Piedad de mí, Señor, según tu misericordia" (v.1). Señor, borra mis pecados a la luz de tu misericordia. No te guíes según la justicia, sino según tu bondad: "Lávame de todas mis culpas" (v.4).

La segunda razón es que David reconoce su propia bajeza y detesta sinceramente el propio pecado: "Reconozco mi culpa, mi pecado está siempre delante de mis ojos" (v.5). Por lo tanto, el pecado no está más en mí, sino sólo frente a mí, para ayudarme a ser humilde. El tercer motivo es que, habiendo ofendido a Dios, sólo de Dios puede recibir el perdón: "Contra ti, solo contra ti he pecado" (v.6). Luego, la cuarta razón es que él merece compasión, porque todos somos débiles y nos inclinamos al mal. No quiero excusar mi pecado, aún más, estoy triste por él, sin embargo me siento inclinado a él desde mi nacimiento: "Fui engendrado en la culpa, en el pecado me ha concebido mi madre" (v.7). Por último, la quinta razón está constituida por las gracias y los favores

especiales recibidos. Tú, Señor, has hecho tanto por mí antes de que pecara. Ahora purifícame, de modo tal que pueda recuperar tu amistad: "Tu quieres la sinceridad del corazón y en mi interior me enseñas la sabiduría" (v.8).

Con estos motivos como premisa, en la segunda parte David confía en la justificación: "Devuélveme la alegría de la salvación" (v.14). Y promete enseñar a los demás los caminos del Señor: "Enseñaré tus caminos a los que están perdidos y los pecadores volverán a ti" (v.15).

Así es como debemos meditar y aplicar a nosotros este hermoso salmo. Cada uno, para su propio provecho espiritual, realice las aplicaciones que Dios le inspira. Quien desee hacer una penitencia auténtica sólo debe rezar el Miserere despacio. Aprendan esto, porque les servirá en las misiones. Un Miserere bien dicho, consuela.

Pasión y muerte

69. Todos los santos fueron muy devotos de la Pasión de Jesús. Si todos deben pensar en la Pasión de Jesús, con más razón los misioneros y misioneras. Para ustedes debe ser una de las devociones más importantes. El mismo Santísimo Sacramento es un memorial y una renovación de la Pasión.

Meditemos la Pasión del Señor y nuestro corazón, si no es de piedra, se conmoverá. Jesús sufrió por cada uno de nosotros, como si no existiera nadie más: "me amó y se entregó por mí" (Gál 2,20). Quien reflexiona sobre el hecho de que Jesús fue sacrificado por nuestros delitos (cf. Is 53,5), debe arrepentirse y reparar con la penitencia sus propias culpas. Unamos nuestros dolores, nuestros sufrimientos a los dolores de Jesús, como Pablo, que decía: "yo llevo en mi cuerpo las cicatrices de Jesús"

(Gál 6,17) y "completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo" (Col 1,24). Expresemos nuestros afectos ante los dolores soportados por nuestro Señor. Así lo hacía san Pablo: "Yo sólo me gloriaré en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo" (Gál 6,14). Todo esto significa que debemos apropiarnos de la Pasión del Señor, es decir tratar de que siempre esté presente en nuestra mente, en nuestro corazón, en nuestro cuerpo, en nuestro espíritu.

Meditemos profundamente sobre los sufrimientos de Jesús. De allí surgirá también en nosotros el deseo de sufrir por él, de hacer sacrificios, de vencer las penas del corazón y del espíritu y, hasta donde sea posible, también las del cuerpo. Hasta que no estemos bien empapados de la Pasión de Jesús, no lograremos vivir con generosidad el espíritu de sacrificio. Crezcan en el amor, fortalézcanse en el espíritu de la Pasión. Lo que más les dará fuerzas cuando estén en las misiones, será precisamente pensar en la Pasión de Jesús. ¿Qué podrán hacer un misionero y una misionera sin el amor a Jesús crucificado? La meditación sobre la Pasión del Señor los ayudará a comprender su expresión "tengo sed" (Jn 19,28), y encenderá en ustedes el ardor misionero.

70. Seamos devotos del Crucifijo. Tratemos de tenerlo en nuestras habitaciones, sobre nuestro cuerpo; dirijámosle con frecuencia gestos de fe y de amor. Al Santísimo Sacramento no lo tendrán siempre con ustedes, pero al Crucifijo sí. ¿Qué es el Crucifijo para un misionero, para una misionera? Es un "libro", un "amigo" y un "arma". Un libro para leer y meditar, un amigo que consuela y ayuda, un arma muy potente contra el demonio. No basta con llevar el Crucifijo, también hay que imitarlo. Nos guste o no, nuestra vida está sembrada de sufri-

mientos; nadie está exento de ellos. El secreto está en soportarlos con paciencia, aun más, en amarlos e, incluso, desearlos. Jesús no ha dejado la cruz a mitad de camino; cayó, pero se volvió a levantar y siguió hasta el final. Pidámosle que nos dé luz sobrenatural y amor para llevar nuestra cruz detrás de él y por amor a él, sin arrastrarla por obligación.

Nuestra cruz no es pesada como la suya y, si la llevamos unidos a él, en el amor, se vuelve liviana. Es fácil decir que amamos al Crucificado, pero después, cuando se trata de llevar un poco la cruz, de soportar inclusive pequeñas cosas, damos marcha atrás. Sin embargo, el Señor nos lo dijo claramente: "El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga" (Mt 16,24). San Pablo exclamaba: "Yo estoy crucificado con Cristo" (Gál 2,19). ¡Esto es amar la cruz!

Es por medio de la cruz que nos santificamos, no por medio de las palabras o de las simples oraciones. Indudablemente éstas también son útiles; pero siempre lo más importante es saber llevar bien la cruz. El camino por excelencia que conduce al paraíso es y será siempre el de la cruz. Para alcanzar la gloria no hay otro camino que imitar a Jesús sufriente. Pero él no se deja ganar en generosidad y nos regala tanta paz y alegría. Sufrir bien es un don de Dios; ¡feliz aquel que lo recibe!

Siempre tenemos que tener este espíritu, durante toda la vida: sacrificarnos siempre. La Pasión del Señor nos sostendrá en el cansancio y en los sufrimientos provocados por el apostolado, así como en la misma muerte. ¡En la cruz el Señor nos lava en su sangre! Pongámonos a los pies de Jesús crucificado y pidámosle que nos purifique. Es a sus pies que podemos aprender a ser generosos en los sacrificios. Quien no par-

ticipa con amor al recuerdo que la Iglesia hace de la Pasión de Jesús, o no tiene corazón, o perdió la razón.

Pascua de resurrección

71. La Pascua es una fiesta que disfrutábamos ya en nuestra infancia, porque es una fiesta que llega al corazón. "Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre él" (Rom 6,9). Debemos resucitar en el fervor; no sólo del pecado, sino de todas nuestras debilidades. Conservemos siempre el fervor que sentimos en esta fiesta. ¡Ya no moriremos! Que todos se digan a sí mismos: "Hemos resucitado, no queremos morir más, queremos ser verdaderos misioneros, verdaderas misioneras!". ¡No tengan miedo de ser demasiado fervorosos!

72. Apareciéndose a los apóstoles, después de la resurrección, Jesús los saludó deseándoles la paz. ¡Qué importante es la paz! San Agustín dice que ésta consiste en la tranquilidad del orden. Cuando todo está en orden en nosotros y a nuestro alrededor, entonces estamos en paz. Por lo tanto, es necesario estar en paz con Dios, cumpliendo su voluntad; en paz con nosotros mismos, evitando las distracciones, controlando las pasiones y liberándonos de los deseos inútiles; y en paz con el prójimo, sobre todo aceptando sus límites y tratando bien a todos. También podemos conservar la paz en medio de los sacrificios y las dificultades, pero no cuando pecamos. Con esta paz, que es un don de Dios, avanzarán tranquilos y les irá mejor en todo. Pídanse a nuestro Señor, que es el Príncipe de la paz. Él se las dará, con tal de que estén dispuestos a hacer todo lo necesario por conservarla.

73. En este tiempo pascual se siente la necesidad de gritar con fuerza: ¡Aleluya! La Iglesia nos lo hace repetir muchas veces en la liturgia, junto a: "Este es el día que ha hecho el Señor: alegrémonos y regocijémonos en él" (Sal 117,24). Y también es suave y dulce al corazón la oración que durante todo el tiempo pascual dirigimos a María Santísima: "¡Reina del cielo, alégrate, aleluya!". El espíritu de la Iglesia en este tiempo es un espíritu de alegría. Quien no participara de esta fiesta, quien no sintiera alegría en su corazón, no tiene ni corazón ni espíritu.

La alegría es una virtud necesaria. Nunca estamos lo suficientemente alegres. Podemos tener alegría, pero de aquella mundana y grosera; la verdadera, la del corazón y el espíritu, nunca es demasiada. Estemos siempre alegres, todos los días, todo el año. El Señor ama y prefiere a las personas alegres. El salmo dice: "Sirvan al Señor con alegría" (Sal 99,2). San Pablo exhorta: "Alégrese en el Señor, siempre"; y, como si no bastara, repite: "alégrese" (Fil 4,4). El Señor quiere que estemos siempre alegres, incluso... mientras dormimos, como los niños que, cuando duermen, tienen una expresión tan bella y sonriente. Con alegría se vive mejor y más perfectamente. El salmo dice: "Me alegro de cumplir tus prescripciones" (Sal 118,14), es decir cuando confío. Por eso, es como si corriéramos por el camino de sus mandamientos. En cambio, cuando somos melancólicos, es como si camináramos despacio, con pies de plomo.

Seamos alegres también con el prójimo, de modo tal que no deba soportarnos, sino que pueda decir: "¡Estos misioneros y misioneras dejan su casa, sus familiares, todo y, sin embargo, siempre están alegres!". Si se quiere hacer el bien, es necesario estar alegres: el prójimo es edificado y atraído por

esta virtud. Uno puede ser santo, pero si está encerrado en sí mismo, infunde miedo y nadie quiere acercársele.

Naturalmente, la alegría no debe ser grosera. Ella no consiste en la disipación, en gritar fuerte, en poner la casa patas para arriba. Hablar, sonreír, pero sobre todo con moderación, porque la alegría es una virtud; estén atentos a no salirse de los carriles.

74. La alegría se opone a la tristeza. Es necesario animarse para que la tristeza no se transforme en desesperación. Cuando se vive con melancolía ya no se puede hacer el bien. Algunos son melancólicos de nacimiento, por temperamento. Otros lo son sin saber el porqué. A otros todo les pesa: nunca están contentos, quieren cambiar siempre, necesitan de novedades permanentemente y, por lo tanto, se dejan dominar por el aburrimiento y la melancolía. Tenemos que ser estables; no como cañas agitadas por el viento, es decir un poco alegres y un poco melancólicos. Si se comportarán así en las misiones, ¿qué sucederá? La tristeza ofusca la mente, enfría la voluntad y quita la paz.

Venamos la tristeza con la oración, con el deseo de santificarnos, contentos de nuestro estado actual, aceptando el bien y el mal de las manos de Dios; y con paciencia, para soportar las adversidades. Propongámonos vivir una vida santamente alegre y fervorosa. Una comunidad donde todos tuvieran este propósito sería un anticipo del paraíso. Debilidades siempre habrá, pero estamos aquí para aceptarnos, sostenernos y santificarnos. No debemos ceder a la melancolía; en cambio pongamos todo en las manos de Dios para edificarnos mutuamente y también a los que no pertenecen a la comunidad. No quiero que ésta sea la casa de la melancolía, sino de la alegría. En las misiones, si no sabrán vencerse a ustedes mismos, si no sabrán frenar el malhumor, sólo harán el mal a los demás.

Me gustan los que hacen siempre la voluntad de Dios, los que buscan y encuentran la seguridad en sus manos. ¡Qué placer cuando alguien avanza siempre, sin retroceder nunca! Los quiero alegres. Hay que estar bien de alma y de cuerpo. Yo deseo que se conserve y crezca cada vez más el espíritu de tranquilidad, de libertad, de serenidad. ¡Este es el espíritu que yo quiero: siempre alegría, siempre caras alegres!

Ascensión

75. La Ascensión es un misterio que llega al corazón y llena el alma de paraíso. El Señor conduce a los apóstoles sobre la montaña para hacerlos partícipes de su gloriosa Ascensión al cielo. A lo largo del camino, él les hace las últimas advertencias, hasta que una "nube" viene a llevárselo ante sus propios ojos. Ellos permanecen inmóviles, pero un ángel los sacude diciéndoles: "Hombres de Galilea, ¿por qué miran al cielo? Este Jesús, que ha estado entre ustedes y ha ascendido al cielo, volverá un día del mismo modo en que lo vieron ir al cielo" (Hech 1,9-11). Tal vez los apóstoles habrían debido responder: ¡nosotros también queremos ir al paraíso! No, no, primero vayan a trabajar por muchos años, hagan lo que él le dijo. Entonces regresaron a Jerusalén.

Por lo tanto, la Ascensión es la fiesta del paraíso. Nuestro corazón está con Jesús y ascendemos con Él. Él ha sido glorificado y está sentado a la derecha del Padre para interceder por nosotros (cf. Heb 7,25) y nos prepara un lugar, según la promesa hecha a los apóstoles (cf. Jn 14,2-3). Sí, Jesús tiene preparado ese lugar en el paraíso para mí, para cada uno de ustedes, si es que lo deseamos. Este pensamiento debe animarnos, debe estimularnos a ser dignos misioneros y misioneras, comprometer-

nos a trabajar un poco en esta vida, para luego poder gozar de su presencia en la eternidad. ¡Coraje y constancia! El paraíso cuesta, pero nunca lo habremos pagado lo suficiente.

Consideremos particularmente las últimas palabras que Jesús dirigió a los apóstoles antes de subir al cielo: "Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a todas las criaturas" (Mc 16,15). Jesús entregó el mandato a los misioneros y a las misioneras. ¡Miren qué consuelo! En ese momento el Señor pensó en cada uno de nosotros. Se ve cuánto amaba a su Iglesia. Como recuerdo podía decir a los apóstoles: sean más pacientes, más buenos, más caritativos, más humildes, etc... En cambio no: vayan por todo el mundo.

Jesús quiso agregar también la promesa de ayudas sobrenaturales y extraordinarias: "Estos serán los signos que acompañarán a los que creen: en mi nombre echarán a los demonios, hablarán lenguas nuevas" (Mc 16,17). En esos momentos, él pensó en nosotros, misioneros y misioneras, que continuamos la misión confiada a los apóstoles. ¡Cuánto deben consolarnos esas promesas que se verificaron en los apóstoles de todos los tiempos! Antes de subir al cielo Jesús también les dijo: "quédense en la ciudad hasta que no sean revestidos de la potencia que viene de lo alto" (Lc 24,48). Es como si hubiera dicho: no se dejen dominar por la ansiedad de querer ir a evangelizar; primero prepárense. Por lo tanto, antes de comenzar la misión es necesaria la preparación a través de la gracia comunicada por el Espíritu Santo.

Pentecostés

76. Jesús dice: "Ahora les digo la verdad: es mejor para ustedes que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a ustedes el

Consolador; pero cuando me habré ido, se los mandaré" (Jn 16,7). El Espíritu Santo no desciende sólo con sus dones y su frutos, sino él mismo en Persona. El Señor no dijo: "Reciban los dones del Espíritu Santo", sino: "Reciban el Espíritu Santo" (Jn 20,22).

Es el Espíritu Santo quien aplica los méritos de la Redención realizada por Jesús, quien convierte y santifica a las personas. Él nos ilumina y da calor, nos concede la gracia para salvarnos y santificarnos, nos ofrece sus dones. En todos los tiempos es el Espíritu Santo el que forma a los santos.

Los apóstoles, habiéndose retirado en el Cenáculo, eran perseverantes y permanecían unidos en la oración, junto con María (cf. Hech 1,14). Ella ayudó a los apóstoles a recibir la abundancia del Espíritu Santo y, del mismo modo, también nos ayudará a nosotros. El Espíritu Santo no viene en medio del ruido y la disipación, sino en el recogimiento. Hagan todo con el fin de obtener la plenitud del Espíritu Santo. En el Cenáculo estaban todos unidos, todos de acuerdo. Esto es importante, porque donde no hay amor, el Espíritu Santo no entra.

La Iglesia nació en Pentecostés con la efusión del Espíritu Santo. Es él quien dirige la Iglesia hasta el final de los tiempos. El Papa y los obispos siguen guiándola bajo la inspiración del Espíritu Santo. Pentecostés ha sido llamada la "segunda Pascua". San Juan Crisóstomo la define el cumplimiento de todas las otras solemnidades. San Máximo escribe que no es sólo una conmemoración, sino la renovación de la venida, siempre de un modo nuevo, del Espíritu Santo. Como entonces, también hoy el Espíritu Santo desciende, aún invisiblemente, sobre la Iglesia y sobre los fieles que están preparados. La misma difusión de la fe es el efecto de la acción del Espíritu Santo. Por lo tanto, a él hay que atribuirle todo el bien que se realiza en las misiones.

77. Al Espíritu Santo se atribuyen las obras del amor y la gracia. Él es todo amor y, por el amor que nos trae, desea ardientemente entrar en contacto con nosotros. Ahora bien, el amor exige amor. Nuestros deberes hacia el Espíritu Santo son: conocerlo, amarlo y seguirlo. Pidámosle que encienda nuestro corazón para que seamos creaturas nuevas. Del Espíritu Santo se reciben todas las gracias, pero sobre todo el amor. No traicionamos al Padre si amamos al Hijo, así como no traicionamos al Hijo si amamos al Espíritu Santo. Este amor es el que impulsó a los apóstoles a evangelizar con ardor. También nosotros lo necesitamos, y es del Espíritu que debemos obtenerlo.

Es difícil que quien vive bajo su influencia no se vuelva santo. Escuchemos con atención su voz en nuestro corazón, que es la voz de la gracia, y tratemos de traducirla en gestos concretos. Sigamos al Espíritu Santo con generosidad y constancia. Si lo recibiéramos como se debe, todos seríamos verdaderos y santos apóstoles. Pongámonos en sus manos, dejémoslo obrar en nosotros, sigámoslo dócilmente: que él lleve a cabo nuestra santificación. Cuando recibimos al Espíritu Santo con sus dones y sus frutos, somos transformados.

San Pablo dice: "No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, que los ha marcado con un sello para el día de la redención" (Ef 4,30). Tres cosas impiden su venida a nosotros: el pecado, el espíritu mundano y una visión demasiado terrena de la vida.¹ Ante todo el pecado, porque el Santo de los Santos no podrá venir ni habitar donde vive y reina el pecado. Es el

¹ José Allamano, para expresar la posición de aquellos que viven sin tener en cuenta los principios de la fe, usaba la expresión: "espíritu demasiado humano". Teniendo en cuenta la sensibilidad y el modo de expresarse que hoy tienen las ciencias antropológicas, el pensamiento de José Allamano se expresaría mejor de esta manera: "visión demasiado terrena de la vida"

pecado el que apaga en nosotros la gracia de Dios y, por lo tanto, el Espíritu Santo. San Pablo nos recomienda: "No apaguen el Espíritu" (1Tes 5,19).

También el espíritu mundano y la visión demasiado terrena de la vida impiden la venida del Espíritu Santo, porque él es "Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve y no lo conoce" (Jn 14,17). San Pablo explica que: "aquellos que viven según la carne, piensan en las cosas de la carne; los que en cambio viven según el Espíritu, a las cosas del Espíritu" (Rom 8,5). San Juan Crisóstomo explica que la luz del Espíritu Santo puede ser apagada por el viento o por la falta de aceite, es decir por el espíritu del mundo o la falta de buenas obras.

78. Cuando todavía era seminarista, recuerdo que fui a acompañar al Santísimo Sacramento que era llevado a un sacerdote gravemente enfermo. Aquel santo sacerdote, mientras esperaba para recibir la Eucaristía, como preparación repetía la secuencia "Ven, Espíritu Santo". A veces yo también la digo antes de celebrar la santa misa y ustedes podrían hacer lo mismo. Cuando digamos las palabras: "Ven, Padre de los pobres", nosotros, que somos tan débiles y llenos de defectos, sintámonos aludidos, porque el Espíritu se presenta como protector de los últimos. Dicen que las abejas huyen del bullicio; del mismo modo el Espíritu quiere tranquilidad, es decir, recogimiento. De la secuencia "Ven, Espíritu Santo" hagan tantas invocaciones para repetir durante el día. Digamos al Señor: "Envía tu Espíritu para que cree en mí un corazón nuevo".

Recemos también el himno "Ven, Espíritu Creador". Si lo meditamos bien, nos ayuda mucho. Empieza así: "Ven, Espíritu Creador, ilumina, visita nuestra mente, y llena los corazones que tu bondad ha creado". Ante todo hagamos esta

invocación, para que venga el Espíritu a llenarnos con su gracia. Después vienen los títulos: "Tú que eres llamado Paráclito, que eres también el don del Altísimo, fuente viva, fuego y caridad". Qué hermosos títulos, todos tomados de la Sagrada Escritura. Después pasa a los dones: "Tú nos das siete dones, eres el dedo de la derecha del Padre, has sido prometido a los apóstoles". Dicho esto, se hace una oración: "Enciende la luz en nuestra mente, en nuestro intelecto, y ayúdanos con tu fuerza". Después se vuelve a pedir por la paz, que evitemos el pecado, que podamos conocer al Padre y al Hijo.

Debemos continuamente hacer crecer en nosotros la gracia y responder a la misma. Sí, responder a la gracia, para que no se extinga en nosotros la caridad, que es el Espíritu Santo. A veces los dones del Espíritu son muy pobres en nosotros porque no tenemos energía, vivimos una vida mediocre. Reavivemos la gracia de Dios que está en nosotros. Sin dudas, el Espíritu Santo obrará por su cuenta, pero primero quiere que nosotros hagamos todo lo que podamos.

79. Porque los dones son un regalo del Espíritu Santo, pidámosle que los haga crecer en nosotros: la sabiduría, para gustar de las cosas espirituales, buscar sólo el paraíso y no darle demasiada importancia a las cosas temporales; el entendimiento, es decir saber leer adentro nuestro, que es una luz que disipa las tinieblas, que nos hace penetrar en los misterios y da la paz en la fe; el consejo, para dirigirnos a nosotros y a los demás a la virtud y la santidad; la fortaleza, para vencer la debilidad en las adversidades y en los peligros, preparándonos al sacrificio y también al martirio; la ciencia, para elevarnos de la consideración de las cosas temporales a las eternas; la piedad para honrar a Dios como Padre y a los demás como hermanos y hermanas; el temor de Dios, para estar atentos y no ofenderlo, porque es nuestro Padre.

Los frutos del Espíritu Santo, según san Pablo, son: "amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Gál 5,22). Según san Ambrosio son frutos porque "llenan el alma de amor sincero y contienen una gran dulzura y suavidad". Quien goza de estos frutos vive del Espíritu Santo. Es necesario gustarlos, y para gustarlos es necesario ser devotos del Espíritu Santo. Son suaves para el corazón, nos hacen pasar por encima de las miserias de esta vida y amar los sacrificios.

80. San Pablo también afirma que somos templos del Espíritu Santo: "¿No saben que son templos del Espíritu de Dios que vive en ustedes?" (1 Cor 3,16). Ahora bien, si somos templos de Dios, somos como tantas iglesias. ¿Qué se hace en una iglesia? Muchas cosas: se presta atención a la limpieza tanto material como espiritual; se hace silencio y no se divaga con la mente; se reza; se hacen sacrificios, mientras participamos del Sacrificio Eucarístico; se escucha la Palabra de Dios y el Espíritu que nos habla; se celebran fiestas, con alegría y adornando el corazón con hechos virtuosos.

Cuando se recibe el Espíritu Santo es como hacer la Comunión Eucarística, es decir se lo recibe a Él en persona. El Espíritu Santo se complace en habitar en nosotros. Meditemos con frecuencia sobre esta grande y consoladora verdad. En las misiones necesitarán del Espíritu Santo. Él los ayudará y, si será necesario, por ustedes hará milagros. Esta es una devoción que debe encarnarse en ustedes. Es necesario conservarla durante toda la vida, todos los meses, todos los días, todas las horas. Los ayudará mucho en ciertos momentos de tristeza y melancolía, especialmente en las misiones. Si invocan al Espíritu Santo en esos momentos, Él seguramente los animará y les dará un gran empuje. El Espíritu consuela y sana todas las heridas.

Entonces, estamos de acuerdo: nunca abandonaremos al Espíritu Santo, siempre lo tendremos dentro de nosotros. San Felipe Neri quería que sus religiosos fueran todos hijos del Espíritu Santo, y yo deseo lo mismo para ustedes. ¡Sí, sean todos hijos e hijas del Espíritu Santo!

Corpus Domini (Cuerpo y Sangre del Señor)

81. Estaría faltando a mi deber y a mi devoción si dejara pasar la solemnidad del "Cuerpo del Señor" sin subrayar la importancia de este gran misterio. Justamente, la fiesta de la Santísima Eucaristía se conmemora el Jueves Santo, en el contexto de la celebración de la Pasión del Señor. Para solemnizarla aún más, la Iglesia la trasladó después de Pentecostés.

Esta debe ser la fiesta del corazón, del agradecimiento. Que en el Instituto, el día del "Cuerpo del Señor" sea una ocasión para renovar y hacer crecer el amor a Jesús Sacramentado. Con fe y con el corazón, recen la oración: "Oh sacrum Convivium". Díganla con devoción: "¡Oh sagrado Banquete en el que recibimos a Cristo!". En él Jesús está realmente presente como lo está en el paraíso.

Se recuerda la Pasión: "Hagan esto en memoria mía", dijo Jesús a los apóstoles como leemos en san Lucas (Lc 22,19) y también confirma san Pablo: "Cada vez que coman de este pan y bevan de este cáliz, están anunciando la muerte del Señor hasta que Él venga" (1 Cor 11,26).

La mente está llena de gracia: de este Sacramento se recibe no sólo un poco de gracia, sino su plenitud. En la Comunión deberíamos ser inundados de la gracia hasta no dejar ningún rincón vacío. ¿Acaso no recibimos al mismo Autor de la gracia?

Y nos es dada la garantía de la gloria futura: la Eucaristía es un anticipo. Jesús, queriéndonos dejar un don, se dio a sí mismo. Ya tenemos el paraíso en la tierra. En este Sacramento realmente encontramos todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia divina. Dándose a sí mismo, Jesús nos dio todo. San Agustín dice: "Aunque era omnipotente, no le fue posible darnos más. Aunque era extremadamente sabio, no supo darnos más. Aunque era muy rico, no pudo darnos más".

Sagrado Corazón de Jesús

82. La fiesta del Sagrado Corazón es como una continuación, un cumplimiento de la fiesta del "Cuerpo del Señor". La Iglesia nos enseña que esta fiesta fue establecida para recordarnos la caridad de Jesús hacia nosotros en su Pasión, de la que la Eucaristía es el memorial perenne. Es por esto que estas dos fiestas, si bien diferentes, están íntimamente unidas.

Al Corazón de Jesús debemos rendirle el mismo honor que a la Santísima Eucaristía. Sus devociones, aun teniendo un fin distinto, se explican e integran mutuamente. La devoción al Corazón de Jesús nos hace comprender el amor inmenso de nuestro Señor, que se dio a nosotros en la Santísima Eucaristía; la Eucaristía, a su vez, nos hace comprender y nos da el Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús que la Iglesia venera, es el mismo que sufrió tanto durante su vida terrena, especialmente en el momento de la Pasión; es ese corazón el que en el Getsemaní soportó el dolor por el pecado de la humanidad y fue traspasado sobre la cruz. A este Corazón abierto por la lanza le rendimos honor, adoración y amor. Quiero que comprendan bien en qué consiste esta devoción, cuyo objeto es el Corazón

vivo del Señor. ¿Por qué la Iglesia prefiere honrar el corazón? Porque, por una opinión común y popular, es como la sede de los afectos. Todo parte de la voluntad y del corazón. Si este se detiene, cesa la vida. Esta devoción no es nueva; aun más, es tan antigua como la venida del Hijo de Dios sobre la tierra.

Nuestros Institutos están consagrados al Corazón de Jesús. Esta consagración es la renovación y confirmación de la que hemos realizado en el Bautismo; es el reconocimiento de los derechos que tiene el Señor sobre nosotros; es el culto de honor y de justicia que le debemos por miles de motivos a nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestro Sumo Bien. Esta es una devoción que debe continuar siempre y de la que espero recibir tantas gracias, la llegada de nuevos misioneros y misioneras, su santidad y la pasión por las misiones.

Fiesta de Todos los Santos

83. Tengamos los ojos y el corazón fijos en el paraíso, para alegrarnos con los santos. Pensar en el paraíso debe ser nuestro pensamiento principal durante este día. Estoy convencido de que en el paraíso hay santos que son más santos que los que veneramos en los altares. No es necesario un proceso canónico para serlo; lo hace el Señor después de la muerte, en un momento. ¡Cuántas cosas veremos!

¡Qué bello es todo lo que nos propone la Iglesia! Es necesario vivir del espíritu de la Iglesia, que cada día nos da nuestro alimento espiritual y nos hace vivir del espíritu del Señor. Hoy la Iglesia nos invita a alegrarnos: "Gocemos todos en el Señor, celebrando la fiesta de todos los santos!". Para que nuestra alegría produzca frutos de santificación, consideremos cómo acercarnos a los santos y cuáles son nuestros debe-

res hacia ellos. Ante todo, honrarlos porque son los amigos de Dios, nuestros hermanos mayores y bienhechores. Es muy buena la práctica que tienen nuestros Institutos de proponernos un santo cada año, para honrarlo particularmente e imitarlo. También el aniversario del santo del que llevamos el nombre debe celebrarse especialmente. Honremos también a los santos de cada día, y seamos particularmente devotos de los patronos de la diócesis, de la parroquia, de nuestros Institutos y de los lugares adonde vamos.

Además, invoquémoslos. Ellos son nuestros intercesores, que pueden y quieren ayudarnos a obtener las gracias que necesitamos. Por lo tanto, recurramos a ellos con confianza, con amor. Cuando necesitamos una virtud particular, recurramos a la intercesión de aquellos santos que la vivieron muy especialmente: santo Tomás, san Alfonso, san Francisco de Sales para la ciencia; san Luis, san Juan Berchmans, san Estanislao Kostka para la pureza; san Francisco Javier, san Pedro Claver, san Fidel de Sigmaringa, el Beato Chanel, para el ardor apostólico, etc. También les recomiendo una especial devoción a los santos menos recordados. El padre, la madre, un conocido... ellos también pueden ser santos. Es mi modo de razonar, pero no deja de ser verdad.

Por último, imitarlos. Los santos son modelos que pueden ser imitados por todos, porque con sus vidas presentan ejemplos variados de virtud. Aquí en la tierra ellos también sufrieron tribulaciones y tentaciones; también tuvieron defectos, pero con la gracia de Dios se santificaron. Digámonos a nosotros mismos, con san Agustín: "Si ellos pudieron, ¿por qué no yo?" Si ellos en mis mismas condiciones de vida pudieron santificarse, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Este es el fruto que debemos obtener de la fiesta de todos los santos.

Por lo tanto, elevemos nuestro pensamiento a los santos, para honrarlos, invocarlos e imitarlos; pensemos en lo que nos dicen del paraíso. Ahora ellos son totalmente felices, pero si aún pudieran desear algo, sería haber sido más virtuosos, más apóstoles, etc. A algunos les parece ya suficiente con ser misioneros o religiosos. ¡Pobres de nosotros! ¡Vivimos demasiado de tejas abajo! ¡Elevémonos! ¡Quiero vivir deseando el paraíso, el paraíso!

Pidamos a los santos que nos hablen, y nosotros escuchémoslos e imitémoslos. La Iglesia nos hace venerar una multitud enorme de santos, para que con su intercesión multipliquen las gracias que recibimos. ¡La memoria de los que son santos dura eternamente! Por lo tanto, ¡elevemos la mirada, bien alto! ¡Elevemos nuestros corazones!

Conmemoración de los fieles difuntos

84. La existencia de la "comunidad de los santos", que profesamos en el Credo, es un dogma de fe. La Iglesia es militante, purgante y triunfante. Son como tres ramas de la misma planta, tres provincias de un reino, tres órdenes de ciudadanos en una ciudad, etc. Con la muerte no se rompe esta unión. San Pablo escribía a los Romanos que nosotros formamos un solo cuerpo en Jesucristo y que cada uno es miembro de este cuerpo (cf. Rom 12,5).

Ya saben que existen el purgatorio y la comunión de los santos. Por lo tanto, rezar por nuestros difuntos, según santo Tomás y san Buenaventura, es un gran gesto de caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Los medios de sufragio son las obras de caridad, las oraciones públicas y privadas, los sacrificios, la limosna. El principal es siempre la santa misa, porque los difuntos son ayudados por el agradable sacrificio del altar.

Recemos tanto por las almas del purgatorio, sobre todo por las de los misioneros y misioneras. Nuestras Constituciones indican los sufragios que deben hacerse después de la muerte. También recemos por nuestros bienhechores difuntos. Este es un deber sagrado de reconocimiento. De hecho, ¿qué habríamos podido o podremos hacer sin ellos? Entre los primeros recordemos a mons. Demichelis, de quien recibimos la primera Casa Madre; a su hermana, que nos dejó la casa de Rivoli; al ingeniero Felizzati que era profesor de matemáticas en la universidad y quería hacerse misionero. Antes de morir, a los 42 años, me nombró su heredero, aunque yo no quería; pero él me respondió: "¡Permítame morir en paz!"; al abad Nicolis di Robilant, etc. Ellos, desde el cielo, donde ven todo en Dios, conocen nuestras necesidades y enviarán buenas inspiraciones a quienes nos puedan ayudar.

No nos olvidemos de nuestros hermanos y hermanas difuntos. Todos los días recemos por ellos, especialmente en la Santa Misa. Qué hermoso cuando en las comunidades se dice: "recordamos el aniversario de la muerte del hermano o de la hermana...". Todos están invitados a rezar por ellos. Y todo lo que se realiza en la comunidad siempre es en sufragio por ellos. La comunidad siempre estará formada por los vivos y los difuntos, y este vínculo nunca se romperá, ni siquiera en el paraíso.

En estos días hice una peregrinación, solo y a pie, hasta el cementerio. Entré primero en la capilla, pero no estaba el Santísimo Sacramento. Al salir empecé mi peregrinación. No me detuve a contemplar grandes monumentos, sino que empecé por la derecha, por la tumba del P. Ignacio Viola, que celebraba bien la santa misa. Después fui a la tumba donde antes estaban los restos de san José Cafasso, pero ahora ya no

están; me parecía leer sobre la tumba: "¡No está aquí!" (cf Mt 28,6). En ese lugar también hay muchos sacerdotes de la Pequeña Casa del Cottolengo, incluido el teólogo L. Guala, el cual disfrutaba trabajando para la gloria de Dios. Conversé con ellos, pidiéndoles un buen espíritu. Después fui a la tumba del can. G. M. Soldati, antiguo rector del seminario en mis tiempos; allí hablamos en confianza y pudimos comprendernos un poco. Pasé por la tumba de la señora De Luca, también por las de las Hermanas de la Visitación, las Sacramentinas y las Josefinas, y me detuve en la tumba de mons. Demichelis, a quien le dije: "Cuando nos volvamos a ver en el paraíso, ¿estará contento del uso que hago de sus bienes?", y conversé un poco con él. Luego fui a la tumba del abad N. di Robilant, quien durante su enfermedad estaba siempre alegre y sereno. Por último, después de haber pasado por las tumbas de los obispos, regresé a casa en tranvía.

El día de la conmemoración de los fieles difuntos para mí no es un día de melancolía, sino de alegría; no me atrevo a decirlo a los demás, pero ustedes me entienden.

Virtudes teologales **5**

Fe

85. Doblemente felices. San Agustín compara la santidad con un edificio que, para ser levantado, necesita buenos cimientos sobre los cuales, con material bien colocado, se construyen los diferentes pisos. Así es nuestra santidad: se basa en la fe, se construye con la esperanza y se perfecciona con la caridad. Por lo tanto, la fe es el fundamento de la santidad y, como consecuencia, de todas las virtudes.

Jesús les dijo un día a los discípulos: "Felices los ojos que ven lo que ustedes están viendo. De hecho, muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no pudieron" (Lc 10,23). Ciertamente fue una gracia muy grande vivir en los tiempos del Señor, conocerlo personalmente, oírlo hablar y ser testigos de sus milagros. Esa gracia no la tuvieron los patriarcas, los reyes y los profetas del Antiguo Testamento. Como Abraham, ellos suspiraron por ver al Mesías: "Abraham, el padre de ustedes, se estremeció de gozo esperando ver mi Día; lo vio y se llenó de alegría" (Jn 8,56). Lo vio, sí, pero sólo en una visión, como David e Isaías, los cuales escribieron sobre él anticipadamente. Los discípulos, en cambio, pudieron ver y oír a Jesús personalmente, relacionarse con él familiarmente.

Y nosotros, ¿no somos felices? A Tomás, después de haberle mostrado las llagas, Jesús le dijo: "Ahora crees, porque me has visto: ¡Felices los que creen sin haber visto!" (Jn 20,29). Por lo tanto, nosotros también somos felices si creemos en él. Es más: nosotros somos doblemente felices. Primero porque creemos sin ver; después, porque realmente vemos y escuchamos. No es necesario ver con los ojos y oír con los oídos para decir que vemos y oímos. Las cosas se conocen también mediante la historia; por lo tanto, sabemos todo lo que dijo e hizo Jesús durante su vida terrena, así como a lo largo de los siglos, a través de la Iglesia. Él está siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos, especialmente en el Santísimo Sacramento, vivo como en el cielo, donde podemos verlo con los ojos de la fe y escucharlo.

86. Vivir de la fe. ¿Qué significa vivir de la fe? Significa formar, moldearnos completamente según los principios de la fe. Si ella es el punto de referencia, la regla de nuestras acciones, tratemos de hacer todo según los criterios que nos ofrece la fe. Juzguemos todo a la luz de la fe, apreciando todas las cosas según el valor que ella les atribuye. Todos los cristianos necesitan de la fe para salvarse: "Sin la fe es imposible agradarle a Dios" (Heb 11,6). Esta fe, sin mérito de nuestra parte, la recibimos en el Bautismo, que volvió a incorporarnos en el orden sobrenatural. Que el espíritu de fe nos acompañe en cada acción, desde la mañana hasta la noche, todo el día, y sea una certeza viva y profunda que guía la vida concreta.

San Pablo recomendaba a Timoteo que tuviera fe: "En lo que a ti concierne, hombre de Dios, huye de todo esto [...] practica la fe" (1 Tim 6,11); es decir, que la mantuviera y la perfeccionara. ¿Qué podemos hacer? Siendo la fe un don de Dios, debemos pedirla con frecuencia. El Señor, antes de

echar el demonio de un joven, quiso una profesión de fe de su padre, el cual pidió a Jesús que se la aumentara: "Creo, ayúdame porque tengo poca fe" (Mc 9,24). Del mismo modo, también nosotros le decimos al Señor: ¡ayúdanos a creer! O bien: "Auméntanos la fe" (Lc 17,5). San Agustín exhorta a rezar seguido y bien el Credo, que contiene las verdades de la fe como tantas perlas preciosas. Es necesario vivir de la fe: "El justo vivirá por la fe" (Heb 10,38).

87. En las misiones. Para ir hacia Dios no se necesitan tantas palabras, sino un gran espíritu de fe. Si todos deben tener este espíritu de fe, ¡cuánto más los misioneros y las misioneras! Sin él, en las misiones, ¿qué podemos hacer? Ustedes deben despertarla en tantos millones de no cristianos. "El que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3,5). ¡Miren qué grande es el valor de la fe para nosotros y para los demás y qué privilegiados son ustedes por esta sublime misión! Debemos tener tanta fe y estar dispuestos a profesarla públicamente, hasta el martirio.

Con el espíritu de fe nunca nos sentiremos abandonados. Todos pueden abandonarnos, pero Dios no. Si uno vive de la fe, hasta el peso de la responsabilidad misionera desaparece, porque si solos no podemos hacer nada, con Dios lo podemos todo. Es en este sentido que pedimos que aumente nuestra fe. No se trata tanto de pedir la fe teológica, que ya poseemos, sino un aumento de la fe práctica y del espíritu de fe. De Cottolengo se dice que tenía más fe que todos los habitantes de Turín. Se necesita una fe muy fuerte. Ni siquiera uno solo de nuestros cabellos se cae sin que lo quiera Dios (cf Lc 21,18). Por eso pidamos que aumente nuestra fe. Siempre una pizca de fe que impregne todo.

88. Fe práctica. Ustedes me dirán que, gracias a Dios, ya tienen fe y que la valoran mucho. Ahora bien, ustedes tienen la

fe teórica, pero ¿poseen la fe práctica? De hecho, no basta con tener fe. Si nuestra fe no se hace explícita a través de las obras, está muerta: "La fe sin obras es estéril" (Sant 2,20).

Que todos nuestros pensamientos estén iluminados por la fe. Preguntémonos: ¿este pensamiento le gusta a Dios? Sí, ¡sólo Dios! ¡Todo de Dios, todo por Dios, todo en Dios! Por lo tanto, alejemos de nosotros los pensamientos inútiles, porque de ellos nacen algunos juicios: sobre los compañeros, sobre las disposiciones de los superiores, sobre los eventos pasados y presentes, sobre las cosas de la tierra, etc. ¿Qué beneficio nos dejan para la eternidad? San José Benito Labre, pasando un día todo harapiento y sucio frente a un señor, escuchó que le decía: "¡Pobre desgraciado!". El santo, muy alegre, le respondió: "¡No, no soy un desgraciado, estoy en gracia de Dios!". Ven, esa persona juzgaba según el espíritu del mundo, en cambio el santo lo hacía según el espíritu de fe. Lo mismo podemos decir de los falsos juicios que los demás pueden dar de nosotros. ¿Qué importa? "¡Quien me debe juzgar es el Señor!" (1 Cor 4,4).

¿Nuestros afectos corresponden al espíritu de fe? ¿No tenemos ningún afecto o apego contrario al mismo? Me refiero a esos apegos que podemos tener a una cosa insignificante, pero que nos impiden pertenecerle completamente a Dios. Un corazón lleno de Dios se expresa de este modo: "La boca habla de la abundancia del corazón" (Mt 12,34).

De este modo, en todo lo que hacemos debemos regularnos según el espíritu de fe, especialmente en esas acciones que conciernen más directamente el servicio de Dios. Mons. Gastaldi, durante la visita pastoral a una parroquia, habiendo encontrado los corporales y todos los otros elementos litúrgicos sucios, mientras toda la ropa blanca de la casa estaba impecable, le dijo al párroco: "¿Usted cree en la presencia del

Señor en el Santísimo Sacramento?" — "¡Monseñor, me ofende!" — "No, no, responda: cree o no cree?" — "¡Claro que creo!" — "¡Mucho peor, entonces! Porque si cree, entonces no tiene ninguna excusa". Si yo les preguntara a cada uno de ustedes: "¿Crees en la presencia real del Señor en la Hostia consagrada?", la respuesta sería afirmativa. Entonces podría preguntarles: "¿Por qué haces mal la genuflexión, te distraes voluntariamente, te aburres durante la visita al Santísimo Sacramento, te olvidas del Señor durante el día?". No, no basta tener una fe puramente teórica, abstracta; necesitamos tener una fe práctica, inspirando en ella todas nuestras acciones.

89. Fe simple e íntegra. San Agustín advierte: "Surgen los ignorantes y se llevan el Reino de Dios, y a nosotros, con toda nuestra doctrina, ¡nos dejan la tierra!". Claro, no hay que creer sin autoridad ni razones, pero cuando hay motivos para creer y quien enseña es veraz, entonces creamos. Jesús exclama: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños". (Mt 11,25). Santo Tomás de Aquino explica que la fe no es sólo algo que concierne el intelecto, sino también la voluntad, y que no es la razón sino la voluntad la que nos predispone a creer. Debemos ser simples para poder creer.

Un misionero o una misionera que no tenga esta fe simple e íntegra que le permita encontrar al final del día el consuelo a los pies de Jesús Sacramentado, ¿cómo resistirá? Cuando no se tiene esta fe humilde, simple e íntegra, no se tiene más nada.

Se pueden profundizar las cosas, es más, se debe estudiar, pero siempre diciendo: ¡creo, Señor! San Pedro exhortaba así a los primeros cristianos: "Como niños recién nacidos, deseen la leche pura de la Palabra, que los hará crecer para la salvación" (1 Pe 2,2). ¡Sigamos adelante con humildad y sencillez

en las cosas de la fe! Aquel que duda de todo, poco a poco llegará a dudar también de las cosas de la fe. Serán sólo tentaciones, pero molestan. Es necesario que en esta casa haya sencillez. Quiero que sean simples, lo que no significa que haya que creer en todo. Una cosa es la fe simple y otra la credulidad. El Señor nos advirtió: "Sean astutos como serpientes y sencillos como palomas" (Mt 10,16).

90. Bajo la guía de la Iglesia. Amen las verdades de la fe, estudien su belleza, su razón de ser, los beneficios que derivan de las mismas en el tiempo y para la eternidad, bajo la guía de la Iglesia. El estudio podrá darnos una ciencia teológica, pero no una fe católica. Fe católica significa creer porque la Iglesia nos lo propone. Nuestros institutos y cada uno de sus miembros deben estar unidos al Romano Pontífice y a la Iglesia: "Donde está Pedro está la Iglesia". Por lo tanto, profesemos una adhesión plena a la Iglesia y al Papa; y no a esto o aquello, sino al Papa como tal. También en las cosas que no son obligatorias queremos estar con él. Si aquí adentro alguien pensara de forma diferente al Papa, aun en cosas que no conciernen la fe o la moral, no es para nosotros. Nosotros queremos ser "Papalinos" en todo el sentido de la palabra. Pidamos a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo que nos concedan estar siempre unidos a la Santa Sede, tanto colectiva como individualmente. Esta gracia dará estabilidad al Instituto.

Esperanza

91. Abrir el corazón a la esperanza. Según san Agustín, como sabemos, el edificio de nuestra santificación se construye con la esperanza. Fíjense qué importancia le da a la esperanza. Y

sin embargo, hablando en general, no todos la estiman del mismo modo. Se siente la obligación de creer, pero se teme tener demasiada esperanza y así se admiten faltas de confianza bajo el nombre de bondad y temor de Dios.

No es el caso de José Cafasso, que fue el hombre de la esperanza. Él poseía esta virtud en grado excelente. Tenía tanta que podía infundirla en los demás. Cuando se le decía que la puerta del paraíso era estrecha, respondía: "¡Bueno, entonces pasaremos uno por vez!". Infundía esperanza también en los condenados a muerte, encomendándolos a la Virgen y, después de su ejecución, exclamaba: "¡Un santo más!". También agregaba: "¡Esos bribones nos roban el paraíso!". Sabía cambiar la desesperación en la mejor confianza. No, no hay que desesperarse por nadie. ¡La misericordia de Dios es infinita! Cuando nos preguntaban cuál era la virtud más importante de José Cafasso, no sabíamos qué responder, porque todo era importante. Algunos afirmaban que era el celo por la salvación de las almas. Otros decían que era la confianza en Dios: de hecho tenía confianza para él y para los demás. Sin duda, la esperanza o confianza en Dios fue la característica principal de José Cafasso. Esto lo dije en los procesos de beatificación y canonización. Algunos tienen la fe bastante activa, pero esperan poco, no son capaces de ensanchar el corazón.

Abramos el corazón a una esperanza viva. No debemos sólo esperar, sino súper esperar, esperar contra toda esperanza. Cuando se espera poco, le estamos fallando al Señor, "el cual quiere que todos los hombres se salven" (1 Tim 2,4). José Cafasso decía que ciertas personas pensaban que salvarse era como jugar a la lotería: "Quién sabe si alguna vez ganaré a la lotería". Del mismo modo, algunos cristianos parecen decir: "Quién sabe si me salvaré". No, no es así. Tenemos que vivir

con la certeza de que el Señor comprende nuestras debilidades con tal de que nosotros pongamos un poco de buena voluntad. No debemos tener miedo de esperar demasiado. San Hilarión se daba ánimos en el lecho de muerte diciéndose: "¿Has servido al Señor durante setenta años y temes a la muerte?".

Por lo tanto, no digas "Quién sabe si me salvaré", sino "Quiero salvarme y, por lo tanto, quiero corregir mis defectos y no desanimarme". El temor de no salvarse proviene, además, de la pereza. Es necesario despertarse, trabajar, como hacían los santos. Tampoco nos deben desanimar los pecados de la vida pasada. No está mal recordarlos para crecer en la humildad, pero tampoco vivir recordándolos, como si el Señor no nos los hubiera perdonado. ¡Al Señor le gusta mucho que creamos en su bondad, en su misericordia! Por lo tanto, ¡tengamos mucha esperanza, mucha! ¡En Ti, Señor, he esperado, jamás seré defraudado!

92. Con la mirada puesta en el paraíso. Debemos pensar siempre en el paraíso. Este es el pensamiento que ha formado a los santos, que pobló los desiertos de ermitaños, las casas religiosas de consagrados y los países de misión de fervorosos misioneros. Como ven, este pensamiento produce en nosotros grandes efectos. Ante todo, nos aleja de lo que es terrenal. José Cafasso escribía: "Todo lo de aquí abajo lo considero en función del premio allá arriba; y si es algo feo y me da pena, pienso que en el paraíso ya no lo tendré que vivir". Además, este pensamiento del paraíso nos hace vencer todos los obstáculos, las penas, las tribulaciones de esta vida. Cuando el aburrimiento, el tedio y la indolencia nos hagan vivir horas o días oscuros, repitamos con san Francisco de Asís: "¡Es tan grande el bien que espero, que cualquier pena me resulta una alegría!" Y si una pena no

puede convertirse en alegría, que al menos seamos capaces de soportarla. El sufrimiento dura poco, en cambio el premio es eterno. San Pablo dice: "Nuestra angustia, que es leve y pasajera, nos prepara una gloria eterna, que supera toda medida" (2 Cor 4,17).

El pensamiento del paraíso también nos sirve para facilitarnos la adquisición de todas las virtudes y para responder con más fidelidad y generosidad a nuestra vocación, que es ser santos, grandes santos, lo más que podamos. Por lo tanto, pensar en el paraíso es un gran pensamiento, porque nos incentiva a hacernos santos. Los años pasan rápidamente y, por lo tanto, seremos felices si, al final de nuestras vidas, podremos decir con san Pablo: "He peleado hasta el fin el buen combate, concluí mi carrera, conservé la fe. Y ya está preparada para mí la corona de justicia, que el Señor, como justo Juez, me dará en ese Día" (2 Tim 4,7-8). Don Bosco había escrito arriba de una puerta: "¡El paraíso no es para los perezosos!". Yo diría que no sólo no es para los perezosos, sino tampoco para los que pertenecen al Señor a medias.

Cuando piensen en el paraíso, no piensen en forma abstracta, sino en el paraíso del misionero y de la misionera que son fieles a su vocación. El Señor dijo: "Yo voy a prepararles un lugar" (Jn 14,2). Pero para esto es necesario trabajar, y trabajar mucho. ¡Sería demasiado cómodo tener el paraíso ahora, tan pronto! No, no; trabajar cuarenta, cincuenta años, incluso más. Me parece que este pensamiento del paraíso debería consolarnos. Nuestro premio está allí, ¡y es muy grande! Pensemos con frecuencia en él.

93. Una gran reserva de confianza. La esperanza más eximia y más robusta se llama confianza. La confianza es como la quinta esencia de la esperanza. Necesitamos de ella para

cubrir la desproporción que hay entre nuestra nada y la grandeza de nuestra vocación religiosa, sacerdotal, misionera.

Hay que tener una gran reserva de confianza para poder infundirla en los demás. Sin confianza no se puede hacer nada. Desconfiando le fallamos a Dios. José Cafasso decía que la falta de confianza es el pecado de los dementes. ¡Cuesta tan poco confiar en Dios! Entonces, ¿por qué no confiamos en él?

Todos necesitan de la confianza. Los malos la necesitan para recuperarse de los vicios y retomar el camino de la virtud: "Ahora mismo iré a la casa de mi Padre" (Lc 15,18). La necesitan los tibios para despertarse y llenarse de fervor: "El Señor es bondadoso con los que esperan en él" (Lam 3,25). Pero, es más, la necesitan también los fervorosos para no desanimarse ante las exigencias de Dios, así como para no desanimarse en las caídas frecuentes, en los defectos y pecados que se cometen. Haciendo una revisión de vida, uno se encuentra siempre con las mismas imperfecciones y estaría tentado de decir: "¡Todo es inútil, total no cambiaré nunca!" Pero, digo yo, ¿por qué cometes siempre los mismos pecados? ¡Porque eres flojo! ¡Haz lo que puedas y el Señor te ayudará! ¡Estamos realmente locos cuando nos falta la confianza en Dios!

Lo esencial es encontrarle el lado bueno a todas las cosas. San Pablo nos asegura que "Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman" (Rom 8,28). Sí, todas las cosas, también los pecados, cuando hay buena voluntad. En todo, incluso en el pecado, es posible encontrar algo bueno, si somos humildes.

Confianza, confianza. Después de la confesión, pensemos en las virtudes y no más en los pecados. ¡Ánimo, un poco de amor de Dios lo acomoda todo! Nunca nos desanimemos, volvamos a empezar siempre: "¡Nunc coepi!", ¡empiezo

ahora! Diría que este es el lema de nuestros institutos. Si tenemos esta confianza, evitaremos los obstáculos de la turbación y los escrúpulos. En las turbaciones e incertidumbres, permanecemos fieles a la voz que nos transmite serenidad. San José Cafasso decía "que no debemos pedir perdón a cada momento. Así como entre amigos íntimos no nos pedimos perdón por cada pequeñez, del mismo modo en nuestra relación con Dios. ¡El amor de Dios lava todo!". También decía: "Señor, tú sabes que no quiero ofenderte, que te quiero; por lo tanto, si fallo en algo, no quiero ni siquiera pedirte perdón".

Esta confianza les será necesaria también en el futuro, cuando estarán en las misiones. Se desanimarán por los errores cometidos, por el poco fruto de su apostolado, por la soledad, etc. Ánimo, ánimo, coraje. "Los que confían en el Señor son como el monte Sión, que permanece inmovible para siempre" (Sal 124,1). Si no tendrán la suficiente confianza, una reserva de confianza, en las misiones vivirán tristes. Un misionero o una misionera sin esperanza, no pueden hacer el bien, es más, son un tormento para ellos y para los demás.

El miedo y la falta de confianza impiden avanzar por los caminos del espíritu. Tengan el corazón grande, de lo contrario no podrán hacer nada. No hay que perderse en tantas pequeñeces, sino ser espontáneos. Jesús es el Dios de la paz, no de la inquietud. Pidámosle la paz también para nosotros, para no dejarnos dominar por los escrúpulos, aun teniendo una consciencia sensible. ¡Nada de escrúpulos! ¡Nada de dudas! Que todo sea claro y limpio. Sigán con esa tranquilidad de espíritu que aleja de los escrúpulos y las dudas. ¡Este es el espíritu que quiero en ustedes!

94. Todo en las manos de Dios. La confianza es una confianza amorosa en la Divina Providencia, que nos acompaña en

cada momento de nuestra vida. Confiemos en Dios y pongamos todo en sus manos. Él es padre y hace todo para nuestro bien. No debemos temer ni por el Instituto, ni por alguien en particular. En todo, aun en las cosas más pequeñas, descansemos en Dios y confiemos sólo en Él, vayan como vayan las cosas. No pongamos nuestra confianza en los medios humanos que poseemos: talento, fuerzas, virtudes, etc., o en los de los demás. Hagamos siempre lo que podamos de nuestra parte, después dejemos todo en las manos del Señor, sin temor. Él no deja nunca su obra por la mitad.

95. Confiar en la Providencia. Estamos invitados a nutrir una gran confianza en la Divina Providencia: "No se inquieten entonces, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos, o con qué nos vestiremos?" (Mt 6,31). El Señor, que provee el alimento a los pájaros, tanto más lo dará a sus apóstoles. Suponiendo que sea voluntad de Dios que entren muchos jóvenes y que ellos respondan a la vocación recibida, Dios debe hacer milagros, como los hace en el Cottolengo, la Pequeña Casa de la Divina Providencia. Allí se trata de "pobres cuerpos" que son aliviados. En nuestro caso se trata de salvar a "pobres almas".

Es necesario confiar en Dios, pero también comprometerse en responderle. ¡Cuánto cuesta mantener a un misionero, a una misionera! Mi preocupación no es que entre dinero, sino que nos lo merezcamos. Si nos llegara a faltar lo necesario para seguir, me pondría ante el Señor o ante la Virgen, que se ocupa de los bienes, y les diría: "O los que están en las misiones no hacen su deber, o aquí entre nosotros hay un amalecita que no responde a su vocación". Yo no dudo de la Providencia. Sin esta confianza no podríamos seguir adelante. A veces sucede que llegamos a la noche y nos falta el dinero para pagar una

factura que se vence. Y bien, al día siguiente el dinero llega y se salda la deuda. Les aseguro que nunca dejé de dormir tranquilamente por este fastidio. No voy a buscar dinero, pero no me avergonzaría si tuviera que ir y pedir limosna para ustedes y para las misiones. Pero a veces el Señor quiere probarnos un poco y nos hace esperar. Con eso quiere recordarnos que somos pobres, que nuestro Dueño es él. Pero si respondemos a su llamado, siempre nos bendecirá.

Jesús en el Evangelio prohíbe ese afán excesivo que nace de la desconfianza en Dios y del apego desmedido a las cosas de la tierra. Pero la confianza en la Divina Providencia, no excluye que también nosotros nos comprometamos en pensar, trabajar y proveer para el futuro. Por lo tanto, espero que todos cooperen al bien común, cuidando las cosas de la comunidad y contentándose de lo necesario. Sobre todo, si llevan una vida fervorosa meritán las bendiciones de Dios, incluso aquellas temporales: "Busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura" (Mt 6,33). Cuando ustedes, en el "Padre nuestro", piden el pan cotidiano, ponen la intención de pedir, en primer lugar, la santa Comunión y la Palabra de Dios, pero también el pan material. Porque si Dios provee con tanta generosidad las cosas materiales, ¡cuánto más las espirituales! Quisiera que nuestros Institutos en general, y ustedes en particular, tuvieran siempre esta gran confianza en Dios: "El que confía en el Señor no será decepcionado" (Ecli 32,24).

Caridad

96. Amarás al Señor tu Dios. El edificio de nuestra santidad, según san Agustín, se perfecciona con la caridad. Dios y el prójimo son dos objetos, o un único objeto bajo dos aspectos

de la caridad: Dios en sí mismo y por sí mismo, el prójimo en Dios y por Dios.¹ La caridad hacia Dios consiste no tanto en un sentimiento cuanto en un acto de voluntad. Se puede amar mucho y no sentir, o inclusive experimentar repugnancia. Se puede sentir mucho e inclusive llorar de ternura y no amar. La caridad hacia Dios es el primer gran mandamiento. A la pregunta del doctor de la ley: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?", Jesús responde: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu" (Mt 22,36-37). El evangelista Marcos agrega: "y con todas tus fuerzas" (Mc 12,30).

La santidad consiste esencialmente en la caridad, según santo Tomás: "Esencialmente, la perfección de la vida cristiana en sí misma consiste en la caridad". La caridad es santidad; amar y hacerse santos es lo mismo. Cuando hay amor, no se necesita nada más. Las otras virtudes teologales son necesarias porque están inseparablemente unidas a la caridad. No se puede amar sin creer, y se espera lo que se ama.

San Francisco de Sales confirma: "La verdadera santidad consiste en el amor de Dios; más se ama a Dios, más se es santo". Y san Agustín: "Ama y haz lo que quieras". Quien ama a Dios no lo ofende, sino que lo sirve fielmente. Por lo tanto, la caridad es el compendio de todas las virtudes y la perfección de todas ellas. Este es el motivo por el que san Pablo afirma que la caridad es "la plenitud de la Ley" (Rom 13,10) y "el vínculo de la perfección" (Col 3,14). No duda en afirmar que, sin

¹ José Allamano hablaba de la caridad en modo unitario, como en el Evangelio, es decir hacia Dios y hacia el prójimo. Sin embargo, habitualmente desarrollaba sus enseñanzas sobre la caridad hacia el prójimo, sobre todo en el contexto de la vida comunitaria, como ha sido mantenido en estas páginas.

la caridad, todo lo demás no sirve. Aunque habláramos las lenguas de los ángeles, aunque tuviéramos el don de la profecía y conociéramos todos los misterios, aunque poseyéramos toda la ciencia y tuviéramos fe para transportar montañas, aunque ofreciéramos nuestro cuerpo para ser quemado vivo, sin la caridad ¡no sirve de nada! (cf. 1 Cor 13,1ss).

97. Amor como amistad. Según santo Tomás, la caridad es una amistad entre Dios y el hombre. Dios nos ha preferido desde la eternidad: "Yo te amé con un amor eterno" (Jer 31,3). Ha puesto su mirada sobre nosotros: "y mi delicia era estar entre los hijos de los hombres" (Prov 8,31). Dios nos quiere de verdad; nos da gracias permanentemente para sostenernos en el bien y hacernos santos; y, si pecamos, nos perdona. Cuando estamos afligidos nos dice: "Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré" (Mt 11,28). Él nos dio todo lo que tenemos, aun no necesitando de nosotros y, al mismo tiempo, aprecia cada gesto virtuoso que le ofrecemos devolviéndolo con numerosas gracias. También nosotros debemos ser agradecidos con Él, repitiendo con frecuencia: "¡Te damos gracias, Señor Dios nuestro!" San Jerónimo nos enseña que "el querer lo que el amigo quiere y el no querer lo que no quiere, es un signo de verdadera amistad".

98. Amar a Dios con ardor. San Agustín dice: "Nos has creado para ti y nuestro corazón no descansa si no es en ti". ¿Cómo amar a Dios? Es necesario amarlo con ardor, con vivacidad. Santa Teresa del Niño Jesús a los veinticuatro años ya quemaba del amor a Dios. ¿Y nosotros, misioneros y misioneras? Él quiere todo nuestro corazón. Ven, no es que nosotros no amamos al Señor, sino que no lo amamos en el modo y la medida como él quiere que lo amemos.

Nuestro corazón es ya tan pequeño, que no debemos dividirlo. San Francisco de Sales decía que si hubiera encontrado una sola fibra en su corazón que no fuera para Dios, la habría arrancado sin misericordia. ¿Y nosotros? ¿Realmente amamos al Señor con todo el corazón? Si Jesús en este momento nos hiciera la pregunta que dirigió a san Pedro: "¿Me amas más que estos?" (Jn 21,15), ¿qué podríamos responderle? Les propongo este exámen de conciencia. Preguntémonos con frecuencia, especialmente nosotros, misioneros y misioneras, si nuestro corazón es libre, si no está dividido, si es constante. El Señor se da totalmente a nosotros; entonces, ¿cómo podemos darnos a él parcialmente?

Amemos a Dios con toda el alma, es decir con toda la voluntad, queriendo lo que él quiere y como él lo quiere. Demostrémosle nuestro amor evitando el mal y buscando lo más perfecto. Con frecuencia nos engañamos en la vida práctica, especialmente en las adversidades o en los tiempos de aridez. El amor de voluntad resiste a todo y permanece fuerte aun en medio de las pruebas. Amar al Señor cuando todo va con viento a favor, es decir cuando todo sale bien ¡es tan fácil! Pero amarlo cuando se está en las tinieblas, en la oscuridad del espíritu y el corazón se ha enfriado, ¡entonces sí que es verdadero amor! Hagamos nuestras las palabras de san Pablo: "¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Ninguna criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rom 8,35-39).

Amemos a Dios con toda la mente, con todas las fuerzas. Preguntémonos: ¿cuáles son nuestros pensamientos? ¿Y nuestros juicios? ¿Son todos según Dios? Amar a Dios con toda la

mente quiere decir hacer todo con buena intención: todo por Él, nada por nosotros. Y, además, amar con toda la fuerza significa amar al Señor lo mejor posible, sin temor de amarlo demasiado. Con frecuencia, nuestro corazón está lleno de amor propio. ¿Y nosotros, misioneros y misioneras? Si el corazón está lleno del amor de Dios, se manifiesta en nuestra vida. Recuérdelo: quien no arde, no puede incendiar.

99. Crecer en el amor. Crecer en el amor de Dios con la oración: pedirle con frecuencia a Dios la caridad, que es la reina de todas las virtudes. San Agustín repetía: "Señor, que yo te ame". Y san Ignacio: "¡Dame, Señor, tu amor y tu gracia, con eso me alcanza!". Pidamos la intercesión de María, "Madre del santo amor", y de aquellos santos o santas que se destacaron en este amor. También en la meditación el corazón se enciende de amor, especialmente la meditación de la Pasión del Señor. San Francisco de Sales decía que el Calvario es el teatro de los amantes. Cada frase del "Padre nuestro" es un acto de amor de Dios. Del mismo modo, cada frase del "Tantum ergo". Por ejemplo las palabras: "Adoremus el Sacramento" son un acto de amor, porque la verdadera adoración es el amor. Por eso, palabras como estas: "que la fe supla el límite de los sentidos", nos ayudan a alegrarnos por no ver ni sentir nada con los sentidos, y así podamos creer en Su palabra, ya que esto también es amor. Y también: "Al Padre, al Hijo, gloria y alabanza". ¡Cuántos actos de amor: que Dios sea alabado, que todos lo amen, que todos conozcan su grandeza! Todo esto es amor, puro amor, con tal de que estas bellas expresiones broten de nuestro corazón.

Crecer en el amor de Dios con las obras: hagamos obras que le gustan a Dios. Como enseña san Gregorio Magno: "La prueba de la caridad es la acción". Jesús dijo: "Si ustedes me aman,

cumplirán mis mandamientos" (Jn 14,15). El termómetro para conocer el grado de nuestro amor a Dios está en las obras. Por lo tanto, no nos conformemos con las palabras, pasemos a la práctica. Nosotros, en particular, debemos tener "sed de almas", como nuestro Señor. También a través de las acciones comunes de cada día podemos ser colaboradores del Redentor. Todo aquí está pensado para que un día puedan hacer el bien. En las misiones se debe tener el corazón abierto a todas las debilidades y, por lo tanto, tiene que estar lleno del amor de Dios. San Francisco Javier estaba lleno de este amor y, por lo tanto, era un misionero apasionado. El que no ama nunca podrá hacer nada bueno. Felices ustedes que tendrán la posibilidad de ser apóstoles en las misiones... ¡si serán santos! Y serán santos en la medida en que estén llenos del amor de Dios.

Crecer en el amor con intenciones puras. La pureza de intención es un acto de amor por medio del cual referimos todas nuestras acciones solamente a Dios, a su gloria: "¡Mi Dios, mi todo!". Cuanto más perfecto es el fin, más perfecta es nuestra obra. El Señor dijo: "Si el ojo (es decir tus intenciones) está sano, todo el cuerpo estará iluminado (es decir todas tus obras serán buenas ante Dios). Pero si el ojo está enfermo, ¡todo el cuerpo estará en tinieblas!" (Mt 6,22-23). ¡Qué felices seríamos si todo lo refiriéramos solamente a Dios! Sólo él puede bendecirnos, consolarnos, hacer prosperar todas nuestras obras. Es verdad que cada mañana dirigimos a Dios todos nuestros pensamientos, afectos y acciones, pero no basta. Con frecuencia, también durante el día necesitamos renovar nuestras rectas intenciones. Estemos atentos y purifiquémoslas. ¡Sólo Dios! ¡Sólo a Él honor y gloria!

100. Querer lo que quiere Dios. Cuando se hace la voluntad de Dios se encuentra la santidad más perfecta y la felicidad

más completa. San Basilio afirma que el secreto para ser felices, también en este mundo, es hacer la voluntad de Dios. San Pablo, apenas convertido, la abraza plenamente: "¿Qué debo hacer, Señor?" (Hch 22,10). José Cafasso explica así la unión de nuestra voluntad a la de Dios: "Querer lo que Dios quiere; quererlo de ese modo, en ese tiempo, en las mismas circunstancias que él quiere, y quererlo sólo porque lo quiere nuestro Dios". El Señor Jjesucristo nos ha dado ejemplo de esto con las palabras y los hechos. Si rezaba, si trabajaba, si predicaba, lo hacía para cumplir la voluntad del Padre. Sobre la cruz, después de haber declarado que todo se había cumplido, inclinó la cabeza (cf. Jn 19,30) como para indicar que, también en ese acto final de la muerte, estaba haciendo la voluntad del Padre.

Si uno se une a la voluntad de Dios, ve las cosas como las ve Dios, ve las cosas como las ve Él, del mismo modo, busquémosla tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, tanto públicamente como en privado. Hagan las cosas bien sin esperar nada de los demás. ¡Sólo Dios basta! Si suceden desgracias, acéptenlas sin lamentarse, viendo en ellas la voluntad de Dios. David, mientras Simei tiraba contra él piedras y maldiciones, respondía a Abisai, que habría querido matarlo: "Si él maldice, es porque el Señor le ha dicho: ¡Maldice a David! ¿Quién podrá entonces reprochárselo?" (2 Sam 16,10). El Señor siempre es capaz de transformar el mal en un bien.

Pero estén atentos porque muchas veces el amor propio nos hace ver como voluntad de Dios lo que no lo es. Hacemos tantas cosas en la ilusión de estar cumpliendo la voluntad de Dios, pero perdemos de vista la presencia frecuente del amor propio. ¡Miremos siempre hacia el cielo! Nuestra mirada debe estar siempre allí: ¡Sólo Dios! No nos preocupemos por el resultado de las obras; Dios nos premiará según nuestro traba-

jo y no según el resultado que a veces el Señor permite que sea mezquino o nulo para darnos una lección de humildad. ¡Por eso es importante orientar bien todo lo que hacemos! El Señor, si ponemos en sus manos el comienzo de una obra, nos ayuda con el resto. Lo que ha hecho y hace santos es la voluntad, la buena voluntad; es el no poner límites en el servicio de Dios.

Necesitamos examinarnos fríamente y ponernos ante el Señor: "Señor, que yo te conozca a ti y a tu voluntad!", porque el amor propio nos lo esconde. Santa Gertrudis decía cotidianamente y varias veces al día esta invocación: "Amabilísimo Jesús, que no se haga mi voluntad sino la tuya". Digámosla también nosotros alguna vez, especialmente en medio de las adversidades. En el "padrenuestro" pedimos que se extienda el Reino de Dios e, inmediatamente después, que se haga su santa voluntad así en la tierra como en el cielo. Por lo tanto, tratemos de vivir permanentemente en la voluntad de Dios.

Naturalmente, todo esto cuesta. Pero, como dicen los santos, sólo los inicios cuestan, porque se goza después. Examinémosnos seriamente, ¡porque es fácil decir "hágase tu voluntad" en los momentos de fervor! Pero, prácticamente, ¿nos gusta hacer en todo la voluntad de Dios? Siempre debemos desprendernos de nuestra voluntad e interrogarnos en cada acción: ¿es esto lo que Dios quiere de mí? No está mal que, aquí y en las misiones, se cambien los cargos y, quien ejercía la autoridad, tenga que volver a obedecer. Así se acostumbra a buscar y hacer concretamente la voluntad de Dios, a obrar sólo por Él. Digámosle así a Dios: acepto todo, quiero todo sin restricciones, no sólo en general, sino en las más pequeñas circunstancias. ¡Ni un suspiro, ni una palabra, ni una obra que no sea por ti, mi Dios! Quien cumple siempre la voluntad de Dios, además de gozar de la paz perfecta, ¡cuántos méritos adquiere!

Lo que más me consuela es que siempre he hecho lo que el Señor ha querido de mí; me consuela saber que nunca he perdido el rumbo. Cuando mons. Gastaldi me nombró director espiritual del seminario, fui a verlo y le dije: "Soy demasiado joven y, además, esperaba un día poder ser un humilde párroco; pero soy hijo de la obediencia". Él me respondió: "¿Quieres ser párroco? Te doy la parroquia más importante de Turín: el seminario". Cuando me mandó a la Consolata, todavía no tenía treinta años y allí había una comunidad de sacerdotes ancianos. Le pregunté: "¿Es realmente la voluntad de Dios? Todavía no cumplí los treinta años, no tengo experiencia" — "¿Ves? — me respondió — ser joven es un defecto que se corrige de a poco. Los errores que, precisamente, cometerás por ser joven, tendrás tiempo para repararlos". ¿Se dan cuenta? Hay que estar allí donde nos quiere el Señor. Si yo no hubiera aceptado, mons. Gastaldi habría aceptado mi rechazo, pero yo no habría emprendido el camino en el que me quería el Señor.

101. Misión confiada a quien ama mucho. La caridad hacia Dios es necesaria, especialmente en nosotros, que hemos recibido la vocación y la misión de comunicarla: "¡Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!" (Lc 12,49). ¿Cómo podremos comunicar este sagrado fuego si primero no nos llenamos de Él? El Señor Jesús, antes de confiar a Pedro el cuidado de su rebaño, le preguntó tres veces si lo amaba. Jesús confiaba la misión de evangelizar sólo a quien lo ama, a quien lo ama mucho, a quien lo ama muchísimo. No basta amarlo de cualquier manera, se necesita un amor superlativo. Sólo un gran amor nos convertirá en ardientes misioneros y misioneras, nos hará soportar con gusto los sacrificios de la vida apostólica y asegurará el fruto de nuestras fatigas. El Señor, en todo lo que

permite, quiere siempre y sólo nuestro bien. Digámosle de corazón: ¡Hágase tu voluntad! No sólo conformidad, sino también uniformidad con la voluntad de Dios, que es más perfecto. El amor vence todo, supera todo.

Examinémonos para ver si en los casos prácticos seguimos estos principios. Si lo hacemos, entonces el Señor se servirá de nosotros para hacer mucho bien, como se sirvió de san Francisco Javier. Además, si hacemos siempre la voluntad de Dios con una intención pura, nuestros días serán verdaderamente plenos, porque desde la mañana hasta la noche acumularemos permanentemente tesoros en el cielo. Al final de la vida nos daremos cuenta de que hicimos mucho, si bien en el presente nos parecerá que estamos haciendo poco.

Votos religiosos y misioneros **6**

Vida consagrada

102. Nuevo bautismo. Como dicen las Constituciones, ustedes están en el Instituto para ser "primero" buenos y santos religiosos y religiosas, "después" misioneros y misioneras. Reflexionen sobre esto: nuestros Institutos son religiosos y misioneros. ¿Qué entendemos por vida consagrada en el estado religioso? Es un estado de perfección, no porque los que lo abrazan son perfectos, sino porque tienden hacia ese estado continuamente, con todo empeño. Es un nuevo bautismo, una entrega superior a cualquier sacrificio, ya que en los sacrificios le ofrecemos al Señor cosas externas, mientras que aquí nos damos a nosotros mismos. Es como un martirio permanente, sereno, a fuego lento, sacrificando los propios bienes, las propias comodidades, la propia voluntad.

Todos los cristianos están llamados a tender hacia la perfección de las virtudes, porque el Señor les dice a todos: "Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo." (Mt 5,48). Esta vocación a la santidad consiste esencialmente en la caridad hacia Dios y hacia el prójimo. Para los consagrados significa tender hacia la caridad perfecta, no sólo con la observancia de los mandamientos, sino también de todos los consejos evangélicos, según las propias posibilidades y la gracia de Dios.

103. En libertad. Ahora bien, todas las congregaciones religiosas se comprometen a través de votos a vivir los tres consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. Con ellos la voluntad es más firme, se tiene más mérito y se da a Dios no sólo lo que se tiene, sino también la libertad, como explica santo Tomás. San Anselmo agrega que, con los santos votos, no se le da al Señor sólo el uso de una cosa, sino la cosa misma: no sólo los frutos, sino el árbol. Sin embargo, los votos no nos quitan la libertad. Diría que la aumentan, ya que nos hacen más dueños de nosotros mismos, menos condicionados por las pasiones, San Agustín exclama: "¡Feliz necesidad que nos lleva a hacer lo que es mejor!"

Todos los Institutos renuevan los votos cada año. ¿Por qué? Para aumentar el fervor, para conservar su recuerdo y confirmar nuestro compromiso. No se asusten por los votos que han hecho. Vivan tranquilos como antes, o inclusive más que antes, porque, además de ser un segundo bautismo, ellos marcan el comienzo de una nueva vida de perfección, de santidad. Al Señor le gusta mucho este sacrificio total de nosotros mismos, alma y cuerpo; él nos inunda de gracias con las que nos sentimos más fuertes, más valientes, más tranquilos. Abandonémonos totalmente a él, completamente sometidos a su voluntad. Dejemos que disponga de nosotros como mejor le plazca; así pronto nos volveremos verdaderamente santos. No olviden que con la profesión religiosa no firmamos un contrato, sino que seguimos una vocación. Al Señor no le gustan los contratos. Él siempre es generoso. Si Él nos ha dado la vocación, no nos la quitará. Él no cambia, somos nosotros los que cambiamos. Sólo debemos vivir lo que hemos prometido. Nos hemos consagrado al Señor, entonces ¡adelante!, cueste lo que cueste.

104. Para la misión. Sus votos son votos de misioneros y misioneras. Cuando los hagan o los renueven deben pensar en las misiones, exponer sus deseos de celo ardiente y de colaborar en la evangelización. Deberíamos hacer el voto de servir a la misión aunque nos cueste la vida, contentos de morir en la brecha. Cuando hagan los votos o los renueven, recuerden que también implican todo esto. El Señor responde a estos deseos.

Pobreza evangélica¹

105. "Les he dado el ejemplo" (Jn 13,15). Jesús ha vivido todas las virtudes, pero hay una que parece haber preferido y de la que ha querido ser su modelo en forma particular: la pobreza. También lo afirma san Pablo: "Siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza" (2Cor 8,9). Por lo tanto, él fue pobre en su nacimiento, y más pobre fue durante su vida, muy pobre sobre la Cruz. Jesús

¹ José Allamano, con una carta del 8 de diciembre de 1916, presentó un "Tratado sobre la pobreza", en el que ilustraba el significado del voto y de la virtud, con todas las implicaciones prácticas a las exigencias de la vida consagrada para la misión. En la conferencia a las comunidades respectivamente de los misioneros y de las misioneras, el 5 de enero 1917 lo comunicó con estas palabras: "Desde hace tiempo deseaba ofrecerles una especie de Tratadito sobre la Santa Pobreza y desde hace dos años, con la ayuda del can. Santiago Camisassa, aquí lo tienen. Es una materia sutil y compleja. Fundándonos en grandes teólogos como santo Tomás, Suárez, san Alfonso y otros, hemos recogido lo que es verdad, pesando cada palabra, para ser exactos. Recíbanlo como la carta de su superior y, por lo tanto, de Dios. El Señor les dé luz y gracia para comprender y vivir bien el voto y la virtud de la pobreza, del que depende el espíritu y la fecundidad del Instituto". En estas páginas se reproducen el espíritu y la substancia de este tratado, aun cuando no sea citado.

nació pobre por propia voluntad, eligió como Madre a María, que era una mujer pobre, y como padre y custodio a san José, que con el trabajo manual ganaba lo necesario para vivir. Durante su vida pública pudo afirmar: "El Hijo del hombre no tiene dónde reposar la cabeza" (Mt 8,20). También había exclamado antes, en las Bienaventuranzas: "Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece" (Lc 6,20). Para ser sepultado tuvo necesidad de la caridad de una sámana y hasta del mismo sepulcro.

El ejemplo y las enseñanzas del Señor son el estímulo más fuerte e importante para hacernos apreciar y practicar la pobreza, con más razón a nosotros que queremos imitarlo. Todos los santos, a la luz de su ejemplo, amaron y vivieron la pobreza. San Francisco de Asís la llamaba "mi esposa".

106. Vida de las virtudes. En cierto modo, todas las otras virtudes reciben vida de la pobreza. En efecto, si nosotros examinamos cada virtud, vemos que existen y se desarrollan sólo si hay amor a la pobreza. ¿Puede haber fe sin pobreza? ¿Cómo puede decir que tiene fe aquel que, aun sabiendo que Jesús ha dicho: "Felices los pobres", considera como buenas las riquezas y afortunados a los ricos? Lamentablemente también nosotros podemos preferir a los ricos en lugar de los pobres. Si tenemos fe, es necesario que pensemos, que hablemos, que obremos según este principio de la fe: ¡"Felices los pobres"!

La esperanza está toda dirigida hacia el paraíso y no se preocupa por las cosas terrenales. Dice el autor del libro sagrado: ¡Feliz el hombre que no ha ido detrás del oro, ni ha puesto su esperanza en el dinero y en los tesoros! ¿Quién es él? Y lo proclamaremos feliz (cf Ecli 31,8-9). ¡Es tan fácil confiar en el dinero! No, no; en cambio hay que decir: "¡Señor, en ti he puesto mi esperanza!".

El amor de Dios tampoco puede subsistir sin la pobreza de espíritu. Para amar a Dios con todo el corazón es necesario no vivir apegados a nada, sobre todo a las cosas; si no el corazón permanece dividido. La razón por la que tantas personas sacrifican sus bienes materiales y abrazan la pobreza voluntaria es, justamente, para tener el corazón libre, y así poder amar a Dios y darse totalmente a Él. También para realizar obras a favor del prójimo es necesario tener el corazón alejado de las cosas de la tierra. San Bernardo, al hablar de la santidad, dice que debemos ser cuencos y no canales. Pero, con respecto a la pobreza, les digo que debemos ser sólo canales y no cuencos. Sin la pobreza de espíritu no se puede ser ni humildes ni castos. La pobreza custodia también el ardor misionero. San Bernardo aplica al desapego de las cosas las palabras de Jesús: "Y cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí". (Jn 12,32). De esto se desprende que colaboraremos en la evangelización de los pueblos en la medida en que seremos pobres, al menos de espíritu.

107. Con la fuerza del voto. El Señor puso como primera condición al joven rico: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres" (Mt 19,21). Todas las congregaciones religiosas colocan como primer voto a la pobreza porque, según santo Tomás, "la pobreza voluntaria es el primer fundamento para alcanzar la perfección". San Ignacio de Loyola define la pobreza como "el muro de defensa de las órdenes religiosas".

Una congregación religiosa vive y prospera según su fidelidad al espíritu de pobreza. Cuando una comunidad cede en este punto, todo el espíritu decae. Lo mismo puede decirse de cada miembro: cuanto más se vive la pobreza prometida, más se crece en santidad. Es necesario tomarla en serio. Cuando se

descuida este voto, la comunidad se acerca a su fin. En cambio, si se lo observa según las Constituciones, con el verdadero espíritu, la comunidad será bendecida por Dios.

El voto de pobreza consiste esencialmente en renunciar al derecho de usar y disponer de los bienes temporales, según los propios intereses y sin depender del legítimo superior. Este es el voto simple, que hacemos nosotros y las congregaciones modernas. El voto solemne, en cambio, implica la renuncia al dominio radical y a cualquier propiedad sobre los bienes temporales. Esto explica la gran diferencia entre el voto simple y el voto solemne. Pero, ¿por qué hacemos voto simple? La razón es que la pobreza no consiste esencialmente en despojarse de todo, sino en renunciar al derecho de disponer según el propio arbitrio —es decir sin permiso del superior— tanto de los bienes de la comunidad como de los propios. Esta renuncia es por amor a nuestro Señor, que es la razón específica del voto. La expresión: "¡Felices los pobres!" es para todos; y ya el salmo decía: "Aunque aumenten las riquezas, no pongan el corazón en ellas" (Sal 61,11).

108. Lo necesario, como los pobres. San Bernardo dice: "La pobreza no es una virtud en sí misma, sino el amor a la pobreza". Un pobre puede no tener dinero, pero no por eso vivir la virtud de la pobreza. Los consagrados no sólo deben evitar todo lo que es contrario al voto, sino comprometerse a observar la pobreza en toda su perfección.

Por lo tanto, ¿qué se necesita para vivir plenamente la virtud de la pobreza? Abandonar todo lo que es vano y superfluo. Nada de esto debe existir en la vida de un consagrado. Entonces, afuera todo elemento rebuscado al vestirse, en las casas, en los muebles, en las comidas, en todo. San Pablo explica: "Contentémonos con el alimento y el abrigo" (1 Tim

6,8). Hagamos el voto de pobreza; por lo tanto, contentémonos sólo de lo necesario y, aun de lo necesario, contentémonos con tenerlo pobremente.

Para crecer en la virtud de la pobreza también hay que sufrir con paciencia y alegría por no poder contar a veces con lo necesario. ¡Es tan cómodo hacer el voto de pobreza sin sentir sus efectos! Se lo podría llamar el voto de tener todo lo necesario. Si hay algo que deseamos y no lo tenemos, bueno, hacemos un acto de pobreza. Justamente es el no tener todo lo que quisiéramos lo que nos hace practicar la pobreza. Yo digo que es bueno que a veces falte lo necesario. Este espíritu los ayudará también a no pretender excepciones en la comunidad. A mí no me gustan las particularidades. Sí, sí: lo que es necesario, es necesario; pero no olviden que el Señor nos ayuda en lo que es necesario para los pobres, no en lo que es necesario para los ricos. El que no sabe acostumbrarse a algunas privaciones nunca será un buen misionero o una buena misionera.

No digan que el Instituto tiene muchos bienhechores. Los bienhechores no siempre son suficientes. Además, nunca se olviden de que las ofertas son el fruto de los sacrificios de nuestros bienhechores e implican de nuestra parte no sólo que recemos por ellos, sino sobre todo que respondamos a sus sacrificios con algunas renunciaciones: estar contentos por tener lo necesario e inclusive de que nos falte algo. Los bienhechores tratan de proveernos de lo necesario. Cuando leo la lista de las ofrendas en el periódico, les aseguro que hago una verdadera meditación. Me detengo de tanto en tanto a pedirle a Dios por ellos, a rezar por los que murieron. ¡Esas cifras son lágrimas, son sangre! ¿Les parece justo no querer hacer ningún sacrificio?

La virtud de la pobreza requiere también un desapego total del corazón de las cosas necesarias y útiles que usamos. Esta es la esencia de la pobreza de espíritu. Este desapego del corazón debe ser muy importante para ustedes. Recuerden que todo apego, aun pequeño, obstaculiza el camino del crecimiento. Desprenderse de todo, de todo. Un pequeño pájaro, aunque esté atado con una cuerda o con un simple hilo, no puede volar. Por lo tanto, no estén atados a nada, ni siquiera por un hilo. Si existiera, hagámoslo pasar por el Corazón de Jesús y se transformará en un hilo de oro: el de la renuncia. Cuanto más desapegados estén de todos y de todo, mayor será el bien que harán en las misiones. A veces se va a las misiones deseando el martirio ¡y después nos perdemos discutiendo por un armario! Es la idea falsa que nos hacemos de lo necesario. Todos estos apegos también nos sacan la paz del corazón y a veces nos llevan a faltar a la obediencia. Por eso insisto: no se apeguen a nada, por pequeño que sea, para que no suceda que en las misiones, teniendo que dejar un lugar, lo desvalijen. En nuestra comunidad necesitamos este espíritu de desapego; entonces el Señor la bendecirá.

109. Cuidarlo todo. El espíritu de pobreza también significa cuidar de todo, usar las cosas con delicadeza y respeto. En cambio, a veces sucede que se cuidan las cosas propias y poco o nada las de la comunidad, como si no fueran de nadie y se las pudiera descuidar o no prestarles atención. No, esto es injusto, porque si no es lícito derrochar lo nuestro, mucho menos las cosas de la comunidad. No sólo es faltar a la pobreza, sino a la justicia. Lamentablemente es el punto más descuidado y sobre el que es necesario insistir más.

Espíritu de pobreza significa, además, cooperar para que nada se deteriore o se desperdicie, recordando que vivimos

de la caridad. Da gusto ver a alguien interesado por las cosas de la comunidad: cerrar una puerta, una ventana que se golpea, poner en su lugar un objeto, apagar una luz, etc. Con esto no quiero decir que se tengan que ocupar de lo que no les corresponde, pero hay muchas pequeñas cosas que nos conciernen a todos: no arruinar nada, tratar todo con cuidado, no usar de más algo cuando basta usar menos, etc. Es realmente necesario que adquieran este espíritu: cuidarlo todo. Miren, yo todavía tengo el mismo reloj de cuando era seminarista...

La pobreza es una cosa delicada y se falta a la misma fácilmente. Si también tuviéramos en abundancia, no se debe dar más de lo debido. Es necesario tener esta convicción: son cosas de Dios. Acostúmbrense desde ahora a esta delicadeza, a este cuidado y atención en el uso de las cosas; de lo contrario, cuando estén en las misiones derrocharán lo que tienen. Se necesita el compromiso de todos, este es el espíritu de unión, de familia. Todos interesados, todos comprometidos por el bien del Instituto. Tenemos que regularnos de esta manera para que el buen Dios nos ayude ahora y en el futuro. No debemos esperar ociosos que nos ayude la Providencia; el Señor no siempre está obligado a hacer milagros.

110. Trabajar como los pobres. Hemos hablado de la pobreza como desapego afectivo y efectivo de las cosas temporales. La pobreza también tiene otro aspecto que es el de trabajar como trabajan los pobres. Nosotros como misioneros y misioneras debemos trabajar materialmente. Cuando trabajamos, pensemos que ahorramos tantos gastos a la comunidad. También el tratar de ganar algo para la comunidad es un deber de la pobreza. Es necesario ser miembros activos porque esto no es un colegio donde se paga, sino una familia donde todos pagamos del mismo modo. Si podemos ser úti-

les en algo, debemos considerarnos afortunados y, por lo tanto, hacerlo con gusto y también por deber.

Si todos los consagrados deben vivir desapegados de todo y tener el espíritu de pobreza, con mucha más razón los misioneros y las misioneras.

Castidad por el Reino²

111. Sean castos. Como atestiguan las Sagradas Escrituras, la excelencia de la castidad es muy grande. El mismo Redentor quiso nacer de una madre Virgen. El Apóstol Juan supo amar al Señor en modo tan particular porque era puro, casto, virgen. El Señor, al morir, le confió su madre: le confió la Virgen a un virgen.

La palabra castidad normalmente se hace derivar de la palabra "castigo"; y la razón, según santo Tomás, está en que en los castos la concupiscencia es castigada, es decir mortificada por medio de la razón. Como consagrados vivamos la castidad virginal que consiste formalmente en el propósito interno, firme y constante de no admitir nada que sea contrario a la integridad virginal. El padre Semeria, justamente, hace notar que la castidad virginal no tiene que ver sólo con el cuerpo, sino precisamente con el espíritu. Lo mismo afirma san Agustín: "¿Quién puede dudar de que la castidad, cuando es una virtud, pertenezca a la dimensión espiritual? Ella no puede flaquear si permanece firme en el corazón, en la voluntad".

² La teología ascética, en tiempos de José Allamano, ilustraba la virtud de la castidad perfecta por el Reino desde el punto de vista moral. Él, que había sido formado con este enfoque no muy de acuerdo con el Reino, se centraba menos en la teología de la castidad, que conocía muy bien y proponía, desarrollando más bien los compromisos para custodiarla.

La castidad virginal es sumamente necesaria para los consagrados y las consagradas. Como misioneros y misioneras estarán expuestos a los más graves peligros, por lo que deberán estar sólidamente fundados en esta virtud. Para hacer el bien a aquellos pueblos, ustedes deben ser reconocidos como seres "sobrenaturales", que no tienen nada que ver con este mundo: "Ustedes no son del mundo" (Jn 15,19). La castidad los hará aparecer como tales, y bastará su presencia para atraer a los corazones. Si serán castos, siempre castos, estoy seguro de que todo saldrá bien. El Señor se comunica a los puros de corazón, y ustedes harán milagros. Por lo tanto, dirijo a cada uno de ustedes las palabras de san Pablo a Timoteo: "Consérvate puro" (1Tim 5,22). ¿Cómo se puede hacer caber en una botella de agua una botella de vino? Se quita el agua y se pone el vino. Muy bien: vaciemos nuestro corazón de todos los amores mundanos y llenémoslo del amor de Dios. Quiero que se sientan atraídos hacia la castidad más por la belleza de la virtud que por la fealdad del vicio. ¡Sean castos!

112. En vistas del sacerdocio. La Iglesia Católica, inspirada por el Espíritu Santo, desde los tiempos apostólicos vio la necesidad de que sus ministros resplandecieran por vivir la castidad. El sacerdote necesita de todas las virtudes, pero de esta en modo particular. Sobre todo a los que aspiran al sacerdocio los exhorto a reflexionar bien sobre la necesidad de esta virtud. Recuérdelo: uno de los primeros signos de vocación es la castidad. Se necesita una castidad sólida y sincera. Busquen la pureza de vida, cueste lo que cueste. Examínense atentamente. ¿Están preparados para conservar durante toda la vida una castidad perfecta y hacer todos los sacrificios internos y externos necesarios para conservarla? Por lo tanto, si confiando en la ayuda divina sienten la fuerza y la volun-

tad, ¡ánimo y no tengan miedo! Dios, que es su esperanza, será también su fuerza.

113. Virtud del corazón. San Pablo escribe a los Tesalonicenses: "Les rogamos y los exhortamos en el Señor Jesús, que vivan conforme a lo que han aprendido de nosotros sobre la manera de comportarse para agradar a Dios. La voluntad de Dios es que sean santos, que se abstengan del pecado carnal, que cada uno sepa usar de su cuerpo con santidad y respeto" (1 Tes 4,1-4). Y sobre ese precepto el Apóstol habla muchas otras veces. ¡La castidad es la virtud de nuestro corazón! No se desanimen si se sienten tentados. El oro se purifica en el fuego y el Señor nos purifica con estas debilidades. Si será para nuestro bien, él nos libraré de ellas, pero mientras tanto desea que seamos purificados. Seamos humildes y tengamos confianza, y sigamos adelante unidos al Señor. Expresemos siempre nuestro amor a Dios; no cuesta mucho hacerlo, a veces basta un suspiro.

114. Un tesoro en vasijas de barro. La castidad es un "tesoro que llevamos en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios" (2Cor 4,7), y para custodiarlo son necesarias la vigilancia y, sobre todo, la oración. Esto lo afirman todos: la Sagrada Escritura, los Santos Padres, los maestros de espíritu. Rezar, rezar bien, rezar siempre. Si la oración es necesaria para obtener todas las gracias, con más razón lo es para mantenernos castos. San Cipriano afirma: "Entre los medios para obtener la castidad, el primero y principal es pedir ayuda al cielo". San Gregorio, a su vez, dice que "la oración es la tutela de la pureza". San Juan Crisóstomo afirma que el ayuno y la oración son como dos alas que llevan al alma por encima de las tempestades, la hacen más ardiente que el fuego, terri-

ble ante los enemigos. Y concluye: "Nada ni nadie es más potente que aquel que reza".

Por lo tanto, pidámosle al Señor la castidad. Pidámosla siempre. Recuérdenlo: no basta rezar de a ratos y en la capilla, no basta decir tres "Ave María" a la mañana y a la noche, no basta con llevar a cabo las comunes prácticas de piedad a lo largo del día, sino tener el espíritu de oración. Adquiramos el hábito, especialmente en las tentaciones, de refugiarnos enseguida en el Corazón de Jesús y dejemos que sea él quien responda. Así procedía san Agustín, que encontraba refugio y reposo en las llagas del Salvador Divino. Las tentaciones siempre estarán, pero allí, en el Corazón de Jesús, no puede suceder nada.

Un medio muy potente, sin el cual es casi imposible mantenerse castos, es una tierna devoción a María Santísima. Ella es la que concede todas las gracias, por lo tanto, también ésta. Pongamos nuestra castidad bajo su especial protección, consagrémosla a ella, diciendo con frecuencia: "¡Madre purísima, Madre castísima, Virgen de las vírgenes, ruega por nosotros!". Recemos y Dios nos dará la gracia inestimable de conservarnos castos durante toda la vida.

Para custodiar la castidad también es necesaria la mortificación externa e interna, que siempre fue practicada por todos los santos, en todos los tiempos, y por todas las personas que quieren vivir como buenos cristianos. San Pablo decía: "castigo mi cuerpo y lo tengo sometido, no sea que después de haber predicado a los demás, yo mismo quede descalificado" (1 Cor 9,27). Querer tratar delicadamente el cuerpo y pretender que no se rebele, es un sin sentido: "La carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Ambos luchan entre sí y, por eso, ustedes no pueden hacer todo el bien que quieren" (Gál 5,17).

Mortificar el gusto, es decir comer para vivir y poder realizar el propio deber, y no vivir para comer. No digo que dejen lo necesario, no, sino que sepan hacer tantas pequeñas mortificaciones. Mortificar los ojos: quiero que sean espontáneos, pero también reservados y mortificados. Para adquirir este dominio sobre los propios ojos, es útil privarse, no digo siempre, de mirar lo que es lícito. Es verdad que los santos sabían elevarse a Dios mirando una flor, pero a veces también podemos dejar de mirar. Acostumbrar el cuerpo al frío y al calor, a lo duro y no a lo blando. Escapar del ocio estando siempre ocupados. Por lo tanto, trabajar no sólo por deber, por obediencia, por pobreza, sino también para dominar el cuerpo. Mortificar el orgullo, la soberbia, practicando la humildad. Pobres de los que no son humildes: "El que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer!" (1 Cor 10,12). San Francisco de Sales decía: "La castidad sin humildad es vanidad".

Estoy seguro de que en las misiones estarán tranquilos y seguros sobre este punto, porque el Señor abundará en gracia, si viven muy unidos a él y usan todos los medios de los que hemos hablado.

Obediencia misionera

115. Habitual en todos. De los tres votos, el más excelente es el de la obediencia. De hecho, con él se le ofrece a Dios algo más de lo que se le ofrece con la pobreza y la castidad.

La virtud de la obediencia debe ser habitual en todos. Basta pensar en el ejemplo de Jesús: "Tengan en ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando

la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte" (Fil 2,5-8); "Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra" (Jn 4,34); "El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada" (Jn 8,29).

Los santos dicen que la obediencia es el camino seguro hacia el paraíso. San Juan Crisóstomo la llama: "navegación segura, puerta del paraíso". San Agustín agrega que la obediencia es el custodio de todas las virtudes. Y santo Tomás afirma que es superior a todas las otras virtudes, porque le ofrece a Dios el mejor don: nuestra voluntad.

La obediencia hace milagros y, si serán obedientes, los harán también ustedes, sobre todo cuando se trata de la evangelización. Lo que importa no es hacer mucho o poco, sino obedecer. La obediencia es la que nos ayuda a destruir la soberbia y le devuelve la paz al corazón. Así estamos seguros de realizar siempre la voluntad de Dios. ¡Esta no es la casa ni de las voluntades ni de las obediencias a medias!

116. Virtud fundamental. En una comunidad religiosa la obediencia es totalmente necesaria. Con más razón en las misiones, como dicen las Constituciones: "La virtud fundamental de un Instituto Misionero es el espíritu práctico de obediencia absoluta a los superiores. Sin ella no es posible la unidad en el trabajo y, como consecuencia, el éxito en el apostolado".³ Estas palabras fueron tomadas literalmente de la Regla de los Padres Blancos. Todos los medios para llegar a ser un día

³ José Allamano aquí cita el artículo 37 de las Constituciones de los Misioneros (1909) y el artículo 45 de las Constituciones de las Misioneras (1913).

misioneros y misioneras idóneos están concentrados en la obediencia. Nunca se los repetiré lo suficiente: obediencia absoluta, si quieren ser buenos misioneros y misioneras. Obediencia no sólo a las disposiciones, sino también a los deseos de los superiores. Los inconvenientes que se verifican en las misiones generalmente son causados por la falta de obediencia. Esta es la virtud principal y fundamental del Instituto y, diría, debemos tenerla incorporada. Como san Ignacio⁴, quiero que la obediencia sea algo que los caracterice.

117. Virtud sobrenatural. Debemos proponernos obedecer al superior "como al Señor". Es el motivo sobrenatural el que da valor y mérito de virtud a la obediencia. Obedecer por motivos humanos no es lo que Dios quiere de nosotros, ni lo que nos va a diferenciar, en el mundo, de todos los que obedecen órdenes porque no tienen más remedio, o por intereses de lucro, o por respeto humano. Nosotros, en cambio, debemos ver a Dios en el superior: "¡Es Dios!"

Grábenselo bien en la mente y no lo olviden nunca: es absolutamente necesario que nuestra obediencia se base en este motivo sobrenatural. Por lo tanto, debemos tener fe y no limitarnos a las apariencias o a lo que se ve en la superficie. ¡Pobre del que obedece creyendo que lo hace hacia una persona humana! Nuestra obediencia es una virtud sobrenatural

⁴ José Allamano asumió la "Carta sobre la obediencia" que san Ignacio de Loyola había dirigido a la comunidad de los Jesuitas, proponiendo a los Misioneros y a las Misioneras de la Consolata su contenido y espíritu como característica propia. La renovación que se dio en la Iglesia sobre el ejercicio de esta virtud, junto al diálogo, incluye también la actitud de disponibilidad total a la obediencia, que Allamano llama "perfección de la obediencia" o "obediencia ciega". Conservamos su terminología, aun cuando ya no se use demasiado, para poder expresar mejor la profundidad de su pensamiento.

en la medida en que obedecemos a Dios en la persona del superior. Si uno tiene espíritu de fe, no tendrá dificultad en obedecer a cualquier superior y a cualquier decisión.

118. Universal, inmediata, cordial, simple. Nuestras Constituciones dicen que la obediencia debe ser universal, inmediata y cordial. Después, casi como coronándola, ser sencilla y generosa, que son características propias de la obediencia ciega. Ante todo, obediencia universal, obedeciendo a todos, sin hacer diferencias entre un superior y otro. Quien no tiene esta obediencia no puede gustar al Señor; tampoco podrá avanzar en el camino de la santidad. Por lo tanto, obediencia universal quiere decir también no hacer diferencias entre las diferentes formas de gobernar, entre pedidos grandes y pequeños, entre substancia y accidente. Este es el espíritu que quiero que tengan. No obedecer en general, sino hasta en los mínimos particulares, con respecto al lugar, al tiempo y al modo. El Señor, en vistas de nuestra buena voluntad y como premio por nuestra obediencia, hará su parte; de esa manera hasta haremos cosas extraordinarias. Algo hecho por capricho sale mal, porque el Señor no lo bendice.

San Bernardo dice que el verdadero obediente no se hace esperar y está listo para aceptar y realizar lo que le pide su superior. La obediencia debe ser inmediata, nuestro pan de cada hora, de cada minuto. No se puede llamar verdadera obediencia cuando se duda si realizarla o no o se la quiere llevar a cabo a su manera. Obedecer inmediatamente, en todo. No todo lo que es bueno está bien hecho. Lo es cuando el Señor lo quiere. Es necesario hacer no lo que se quiere, sino lo que se debe hacer, que es lo que establece la obediencia. Quien descuida estas disposiciones, no sólo no tiene el espíritu de obediencia, sino tampoco el de comunidad.

Además de inmediata, la obediencia debe ser cordial. San Pablo, escribiendo a los Romanos, dice: "Gracias a Dios, ustedes, después de haber obedecido, han obedecido de corazón a la regla de doctrina, a la cual fueron confiados" (Rom 6,17). Si no se obedece de corazón, la obediencia es imperfecta y se pierden muchos méritos. San Bernardo dice que la alegría en el rostro y la dulzura en las palabras son una buena forma de coronar la obediencia. Por lo tanto, no obedezcan de mala gana, sino cordialmente.

Es necesario disponer la voluntad a obedecer enseguida. Si hay dificultades u observaciones que hacer, manifestémoslas, pero después alegrémonos de lo que dispone la obediencia: "Dios ama al que da con alegría" (2 Cor 9,7). ¡Qué desagradable es manifestar el propio rechazo en el rostro, en los gestos, en las palabras!

La perfección de la obediencia tiene tres grados: realizar lo que se nos pide, unir nuestra voluntad a la del superior y aceptar con nuestra inteligencia lo que él dispone. Es necesario que sean generosos; no nos contentemos con el primer o el segundo grado, sino lleguemos hasta el final, renunciando a nuestros puntos de vista. Esta es la obediencia ciega — ¡pero que "ve" muy bien! — que acoge con sencillez una orden y la cumple. Por eso, como se darán cuenta, obedeciendo avanzan mejor y viven más tranquilos. Obedecer ciegamente no quiere decir hacer las cosas sin pensar; es más, deben estar bien atentos para realizarlas de la mejor forma posible. Vista de esta manera, pueden darse cuenta de lo sabia que es la obediencia. Examínense con frecuencia sobre el modo en que la viven y propónganse tender hacia la perfección. El que obedece ciegamente tiene muy buena vista y ve profundamente en las cosas espirituales, porque ve con los mismos ojos de Dios.

119. Formarse a la obediencia. ¿Cuáles son los medios para formarnos a esta obediencia? Repito los principales: ante todo, la humildad. El humilde sabe que se equivoca y no se aferra a su propio juicio; y si hasta el superior se equivocara al pedir algo, uno no se equivoca nunca si le obedece. Después, ver a Dios en el superior y en sus indicaciones. Además, imitar los ejemplos de nuestro Señor, que fue obediente hasta la muerte en la cruz. Por último, seguir los ejemplos de los santos. ¡La obediencia es la astucia de los santos!

120. Obediencia a las Constituciones. San Vicente de Paul, cuando decidió dar una Regla a su Congregación, lo hizo con estas palabras: "Les presento las Reglas que el Señor me ha inspirado; recíbanlas de mis manos como de las manos de Dios". Si él dijo esto, yo también puedo decirlo. De hecho, les puedo asegurar que quien me guiaba era el Señor. Yo no quiero cosas extraordinarias, pero en las cosas ordinarias les aseguro que siempre me ha guiado Dios. Cada palabra fue meditada, estudiada; sobre ellas he rezado, trabajado durante años, y ahora se han convertido en voluntad de Dios. Deseo que las reciban con espíritu de fe; se puede decir que la santificación de ustedes depende de cómo las recibirán. Estúdienlas y obsérvenlas, dando la máxima importancia a las cosas grandes así como a las pequeñas. Todo es oro. Confío mucho en que la obediencia a las mismas ayudará a conservar el espíritu de la comunidad. No estamos en un colegio, sino en una familia donde debemos santificarnos mutuamente. Cada uno de ustedes debería ser una columna del Instituto, de manera tal que los que vengan después puedan ver en ustedes un modelo a imitar. Si se perdieran las Constituciones, que cada uno de ustedes sea una constitución viviente, siempre.



Pasión misionera

121. Hasta dar la vida. El ardor apostólico, según san Agustín, es un efecto del amor; es más, no se diferencia de él. Pero no es efecto de un amor cualquiera, sino de un amor intenso y ardiente. El ardor apostólico es el carácter propio del misionero y de la misionera. No se va a las misiones por capricho, o por turismo, sino únicamente por amor a Dios, que es inseparable del amor al prójimo. Por lo tanto, no sólo como cristianos, sino también, y mucho más, como misioneros, tenemos el compromiso de buscar la gloria de Dios colaborando en la salvación de las almas.¹ Este es el fin de nuestra vocación especial. Es necesario tener tanta caridad hasta dar la vida. Sin este amor pueden tener el nombre de apóstoles, pero no la realidad, ni la substancia del apostolado.

Dice san Dionisio Areopagita que cooperar en la salvación de las almas es la más divina de todas las obras divinas. Dios

¹ José Allamano usaba la expresión "salvar las almas" para indicar la tarea específica del apóstol. Sin traicionar su pensamiento, aquí normalmente es modificada por "colaborar en la salvación de las almas", según el pensamiento de Pablo en 1 Cor 3,9, texto usado también por José Allamano, en el que los apóstoles son precisamente presentados como "colaboradores de Dios para la salvación".

quiere servirse de nosotros. Como afirma san Pablo, "nosotros somos colaboradores de Dios" (1 Cor 3,9). Piensen en esto: ¡colaboradores de Dios para la salvación de la humanidad! ¡Como si Dios necesitara de nuestra ayuda! A nosotros la Iglesia nos confía el gran mandato de la evangelización que recibió del Resucitado. Es la obra por excelencia.

La creación, la encarnación, la redención, la misión del Espíritu Santo, todo tiene como fin la salvación de la humanidad. "Por eso soporto estas pruebas por amor a los elegidos, a fin de que ellos también alcancen la salvación que está en Cristo Jesús" (2 Tim 2,10). Dios mismo nos suplica que nos comprometamos con su misma causa: ¿quién puede no escuchar su voz? ¿Quién puede no sentirse afortunado con una vocación como esta?

"Yo los elegí a ustedes y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero" (Jn 15,16). Este llamado es un gran don de Jesús, pero también un gran deber para nosotros. "¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Cor 9,16). Sin embargo, acuérdense de que no basta con predicar, también debemos comprometernos en todo lo que hagamos y aceptar todos los sacrificios de la vida apostólica, cuesten lo que cuesten. "¡Trabajemos, trabajemos —exclamaba José Cafasso—, descansaremos en el paraíso!" No lamentemos el dispersarnos un poco por tener que cumplir con nuestros compromisos misioneros. Sólo recemos mucho, como hacía san Francisco Javier.

122. Se necesita fuego para ser apóstoles. Buscar la paz y la calma en los monasterios sólo para huir del cansancio, no es amor a Dios. ¡Este tiempo es para trabajar y sacrificarnos! Hagamos nuestras las palabras de Pablo: "Todo lo hago por amor al Evangelio" (1 Cor 9,23). ¡Todo, todo! ¡Me daré total-

mente y me sacrificaré! Al Señor no tendremos que presentarle afectos o deseos, sino trabajo apostólico.

San Bernardo dice que el apóstol debe ser encendido por la caridad, completado por la ciencia, estable por la constancia. Por lo tanto, el verdadero apóstol es encendido por la caridad, es decir por la pasión de hacer conocer y amar al Señor; busca el bien de las personas y no de sí mismo. Jesús dice: "Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!" (Lc 12,49). Se necesita fuego para ser apóstoles. Si no se es ni calientes ni fríos, es decir tibios, nunca lograremos nada. El hombre vive en la medida en que obra por amor a Dios. Se puede estar unidos íntimamente a Dios y, al mismo tiempo, trabajar. Si hay amor, hay celo, y esto hará que no pongamos reservas o demoras para darnos a nosotros mismos para la misión. Lo que se puede hacer hoy no hay que dejarlo para más adelante o para mañana. Los que no arden de este fuego divino, ¡nunca serán misioneros o misioneras!

Nuestro compromiso apostólico, además, debe ser completado, perfeccionado por la ciencia. De esto ya les he hablado. Es necesario saber y, por lo tanto, estudiar; desde ahora debemos adquirir los conocimientos necesarios, sin esperar la ciencia infusa. Un párroco me escribía: "Aquí tenemos a un seminarista que no es muy inteligente, pero para ser misionero alcanza". ¡En absoluto! Para ser misionero no basta; que se lo guarde. En las misiones también es necesaria la ciencia.

Por último, el verdadero apóstol es estable gracias a la paciencia y la constancia. Constancia, sin desanimarse cuando los resultados son escasos. San Bernardo afirma que "Dios pretende de ti el cuidado, no la curación", es decir espera la evangelización, no la conversión de las personas, que es su tarea. Deseen hacer el bien y suspiren por el día en que podrán

hacerlo. Sí, deseen y suspiren por el día en el que podrán partir hacia las misiones, con tal de que todo ello sea en vistas de la evangelización. Hay lugar y trabajo para todos, ¡quédense tranquilos! Por lo tanto, ¡ánimo! El Señor tiene sed de almas y a ustedes les toca saciar esa sed. Él quiere que todos lleguen al conocimiento de la verdad y se salven, pero quiere que lleguen por medio de ustedes. ¡Reflexionemos sobre esta voluntad de Dios! Sí, llénense desde ahora de estos sentimientos; prepárense para las misiones con la oración, el estudio, el trabajo; den importancia a todo, porque un día todo les servirá para hacer el bien.

Durante la adoración eucarística cantamos el salmo 116, que tiene un significado misionero. Él es como un dúo entre los pueblos y los evangelizadores. En el primer versículo los pueblos son invitados a rendir gloria a Dios: "Alaben al Señor, todas las naciones, glorifíquelo todos los pueblos!" (v. 1). En el segundo versículo está contenido el reconocimiento de la misericordia del Señor: "Porque es inquebrantable su amor por nosotros, y su fidelidad permanece para siempre" (v.2). Todos juntos, ellos y nosotros, nos unimos con gloria en un canto de alabanza y agradecimiento a Dios por el llamado de los pueblos a la fe.

Mansedumbre

123. Jesús es nuestro modelo de vida. La excelencia de la mansedumbre aparece en modo evidente en las enseñanzas y ejemplos de Jesús: "Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón" (Mt 11,29). Basta abrir el Evangelio para ver cómo Jesús amó y practicó la mansedumbre. Los Judíos dicen que está endemoniado y Él se limita a respon-

der: "Yo no estoy endemoniado" (Jn 8,49). Durante la pasión calla y, si habla, sus palabras son serenas: "¿Por qué me pegas?" (Jn 18,23). También con los apóstoles, ¡cuánta mansedumbre! A Judas, en el Getsemaní, le dice: "Amigo, ¡cumple tu cometido!" (Mt 26,50). Según san Pablo, la mansedumbre fue la característica de Jesús: "Yo mismo los exhorto por la mansedumbre y la benevolencia de Cristo" (2Cor 10,1). También san Pedro resalta esta virtud de Jesús, el cual "cuando era insultado, no devolvía el insulto" (1Pe 2,23). El mismo Isaías representa al mesías como un manso cordero: "Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría la boca" (Is 53,7). Por lo tanto, Jesús se presenta a nosotros como modelo de mansedumbre a aceptar e imitar. Créanlo, esta virtud es muy necesaria para los misioneros y misioneras.

124. Necesidad de la mansedumbre en las misiones. Cuando estén en las misiones la mansedumbre tendrá para ustedes una importancia extraordinaria. Ahora les parece que son mansos, pero ¿qué sucederá cuando estén en las misiones? Algunos son blandos de carácter y creen que son mansos. Pero no basta con tener el carácter, también hay que tener la virtud. Algunos episodios de violencia en el pasado han alejado a las personas. Permítanme que yo, con auténtico dolor, desaprobe a un misionero nuestro porque, no obstante mis permanentes recomendaciones, llegó a hablar duramente y hasta a pegarle a alguien del lugar. Lloré al recibir la noticia y le pedí al Señor que hiciera olvidar a esa persona la mala impresión. También un misionero anotaba en el diario de la misión: "Todavía se recuerda la falta de mansedumbre de un sacerdote". No nos engañemos confundiendo el ardor apostó-

lico con nuestra pasión. A veces nos parece una ira justa, pero no lo es. Para mí la mansedumbre es muy importante. La experiencia demuestra que los misioneros y las misioneras cuanto más mansos son, más bien hacen. No olviden nunca cuánta importancia le doy a esta virtud.

125. Trabajar el propio corazón. La mansedumbre es una virtud moral necesaria en las relaciones con los demás y en vistas del bien que queremos brindarles. El Señor dice: "Felices los pacientes porque recibirán la tierra en herencia" (Mt 5,5). Esto significa que serán dueños de su propio corazón y, después, del corazón de los demás y hasta del corazón de Dios. Pídanle al Señor un buen conocimiento de esta virtud y que los ayude a apreciar su importancia.

La mansedumbre es contraria a la ira. Santo Tomás define a la mansedumbre: "la virtud que modera la ira según la recta razón", es decir la tiene dentro de sus justos límites: que no sea demasiada, ni fuera de lugar o de tiempo. Es una virtud difícil que requiere tiempo, esfuerzo, violencia. Para adquirirla es necesario combatir, enfrentando, o al menos no evitando, ciertas ocasiones. San Basilio considera la mansedumbre "la virtud más elevada", es decir la más importante para quien está en contacto con el prójimo.

Escuchemos las palabras de san Pablo a Tito: "Recuérdales [...] que no injurien a nadie y sean amantes de la paz, que sean benévolos y demuestren una gran humildad con todos los hombres" (Tit 3,2). Toda la mansedumbre posible al hablar, al obrar y en toda ocasión. Y esto siempre, cuando se está de buen o de mal humor, en las alegrías y en las penas. Y hacia todos, incluso hacia las personas más indiscretas. San Pablo continúa: "También nosotros antes éramos insensatos" (Tit 3,3), es decir, teníamos los mismos defectos. Si por la gracia de Dios ahora

nos hemos liberado de ellos, sepamos comprender a los demás. Este es el largo y fuerte empeño formativo al que están llamados desde ahora, si quieren ser mansos en todo momento. Estén atentos al modo en que reaccionan en medio de las pruebas que encuentran ahora, para así entrenarse y enfrentar con éxito las pruebas más grandes que hallarán en las misiones.

Energía y constancia

126. Seguir adelante con energía. En las montañas los caminos tienen muchas curvas; son más transitables, pero alargan el trayecto. Si, en cambio, uno va en línea recta, es verdad que cuesta más, pero alcanzará la meta en menos tiempo. Lo mismo sucede en el camino de la santidad: no hay que dejarse estar, sino despertarse y continuar con energía.

A veces nos lamentamos por no sentirnos a gusto. Se entiende, somos fríos, no somos generosos. Nos gustaría que el Señor nos hiciera santos sin nuestra cooperación; ¡esta no es energía espiritual! Estamos hechos así: proponemos, pero no siempre demostramos poner la misma energía en todas las cosas.

Nuestra vida vale en la medida en que es activa para nosotros y para los demás. Tantas veces nos gustaría estar una hora ante Jesús Sacramentado, en cambio estamos sólo unos pocos minutos y luego vamos a trabajar. Yo sonrío cuando escucho decir que hay tanto trabajo. Más trabajo hay, más se trabaja; pero hay que trabajar con energía, que es la característica del misionero. Un verdadero misionero y una verdadera misionera saben duplicar las fuerzas. Si somos activos, siempre tendremos tiempo para todo y hasta de sobra.

127. Valorizar el tiempo. Estimemos y valoricemos tanto el tiempo para que no perdamos ni siquiera una mínima parte

del mismo. San Bernardo dice que no hay nada más valioso que el tiempo, y agrega que también es el menos apreciado. Lamentablemente nosotros no lo valorizamos lo suficiente, no pensamos que cada minuto tiene un valor inmenso para la eternidad. Los santos tenían muy en cuenta este don de Dios.

Podemos perder el tiempo de diferentes maneras, y harían bien en examinarse al respecto. Se puede perder el tiempo haciendo el mal, siendo ociosos, no obrando el bien que se debe, o no haciéndolo como Dios quiere. Por lo tanto, que nuestro propósito común sea valorizar el tiempo. Si lo hacemos ahora, un día podremos cosechar buenos frutos.

Benito Cottolengo, como canónigo en el "Corpus Domini", habría podido llevar adelante una vida tranquila: rezar el breviario, pasear, cenar sin preocupaciones... En cambio ustedes saben cuánto ha hecho. Yo también podría vivir más tranquilo: ir al coro de los canónigos, luego a almorzar, después leer el periódico, más tarde descansar... y luego... ¡me moriría desquiciado! ¿Esta es la vida que debemos conducir? ¿Estamos destinados a amar al Señor y debemos hacer el bien, el mayor bien posible! ¡Trabajar, trabajar, porque la vida es corta! El Señor distribuye sus gracias según el esfuerzo que quiere hacer cada uno. En las misiones se puede perder el tiempo o hacer el bien. Hacer las cosas bien sí, pero con soltura. Examinense sobre lo que hacen y sobre lo que podrían hacer.

128. Un alto grado de fortaleza. El misionero y la misionera necesitan un alto grado de fortaleza, que les permitirá ganar aquellas batallas que tratarán de abatirlos. Sin un ánimo fuerte es fácil dejarse dominar por melancolías inútiles. La virtud no debe vacilar ante pequeñeces, como el calor, el frío, un malestar. Si no son fuertes aquí, tampoco lo serán en las misiones. Con frecuencia, por un pequeño malestar, por una

insignificancia, ya no se hace todo el bien que se debería y se piensa en un montón de curas que creemos necesarias. Esos pequeños caprichos, pequeños deseos, hay que superarlos, porque después se agravan. No quiero que piesen en las futuras cruces poéticamente, como hacen algunos que piensan y dicen: "¡Ah, haré esto, haré aquello...! Y al final no hacen nada. En la comunidad es desagradable obrar por costumbre: debemos despertarnos, se necesita energía. Los misioneros santos no son voluntades a medias. ¡El fin del Instituto es formar misioneros y misioneras heroicos! No hay infelicidad mayor que vivir en comunidad tibiamente. El Señor no favorece la pereza. ¡En el camino de la perfección no debemos arrastrarnos débilmente, sino con energía!

El error mayor creo que sea creer que nos hemos entregado totalmente al Señor. Se es virtuosos mientras no sucede nada que nos ponga a prueba, pero basta un contratiempo para derribar una montaña de santidad. Que cada uno diga: ¡cueste lo que cueste, quiero responder al llamado y ser todo de Dios y que mi vida no sea sólo veleidad, sino voluntad! Ya les he recordado lo que decía san Francisco de Sales: "¡Si en mi corazón descubriera tan sólo una fibra que no fuera para el Señor, la arrancaré sin piedad!". ¡Cuántas fibras tenemos en nuestro corazón! La fibra de la soberbia, de la gula, de los celos, de las faltas de caridad. Es necesario trabajar para cortarlas a todas. La energía es el don que el Señor da a quien lo ama. ¡Ánimo!

129. Con constancia. En el trabajo misionero es necesaria la estabilidad. Vale más un bien pequeño hecho con constancia, que emprender tantas obras grandiosas y dejarlas por la mitad. La constancia es una característica del misionero y de la misionera. San Pablo nos anima a correr para poder alcanzar la meta (cf. 1 Cor 9,24). Nosotros corremos algunos días,

después reducimos la velocidad, nos cansamos. ¡Ah, la estabilidad del espíritu! ¡Estar un día llenos de entusiasmo y otro ser completamente débiles, no sirve! Cuando sabemos que debemos hacer una determinada cosa, hay que hacerla hasta el final. Hay que saber dominarse, para ser siempre estables.

La parábola del grano de mostaza (cf. Mt 13,31-35) puede ser aplicada al modo en que se hacen las pequeñas cosas en la comunidad; muy pequeñas, pero de un gran valor ante Dios, porque están hechas por amor a él. Tenemos que hacerlas con constancia; no un día sí y otro no. Para hacer las cosas importantes estamos dispuestos, pero ante las pequeñas actividades cotidianas nos cansamos fácilmente. Hoy hacemos todo bien... obediencia perfecta... caridad cordial..., pero mañana... ya no tenemos constancia. Sin embargo nuestra santificación consiste precisamente en eso, en hacer todas las pequeñas cosas bien y siempre.

El card. Cayetano Bisleti apreciaba mucho a José Cafasso y decía: "Nunca vi a un santo como él". El heroísmo de su virtud consiste en la constancia. El heroísmo no consiste en hacer milagros, sino en el esfuerzo constante, en querer hacer siempre el bien, en no perder el tiempo. Muchos quieren santificarse, pero son pocos los que lo desean constantemente, todos los días. Recuérdenlo, la santidad exige constancia, una voluntad firme. Quien quiera hacerse santo sólo debe corresponder cada día y cada hora a las gracias que recibe de Dios; ser fiel desde la mañana hasta la noche, y no ceder a la melancolía o a los caprichos. Debemos servir al Señor con fidelidad constante y enérgica. Para formar a un verdadero misionero, a una verdadera misionera, se necesita espíritu y voluntad, constancia indefectible y equilibrio de espíritu.

Amor como en una familia

130. Un corazón grande. El amor a Dios y al prójimo son dos virtudes tan unidas entre sí que pueden considerarse un solo amor. El amor al prójimo debe ser sobrenatural, es decir partir de Dios y volver a Él. El que ama al prójimo lo ama en Dios y por Dios. De esto se desprende que quien ama a Dios, necesariamente ama también al prójimo. Por lo tanto, no se tiene verdadero amor al prójimo cuando se ama por simpatía, por interés o por pasión. El amor al prójimo es un precepto que el Señor llama "suyo" y "nuevo": "Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado" (Jn 15,12). "Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros" (Jn 13,34).

San Gregorio Magno dice que quien no ama al prójimo no puede dedicarse a la evangelización. San Lorenzo Justiniani le da la razón, diciendo que esto es esencialmente un servicio de caridad; ¿cómo puede comunicar el fuego que no posee? El misionero y la misionera deben tener un corazón grande, lleno de compasión hacia sus hermanos. ¿Acaso no fueron inducidos a abrazar la vida misionera por el deseo de hacer el bien al prójimo y de salvar las almas?

En los sacerdotes, particularmente, todo lleva al amor del prójimo: el altar sobre el que, como víctimas de expiación, se ofrecen ellos mismos al Señor para la remisión de sus pecados y de los del pueblo; el sacramento de la Reconciliación, donde ejercen una caridad paciente y compasiva; y lo mismo en todos los demás servicios. El sacerdote, y mucho más el misionero, es el hombre de la caridad.

"La caridad no piensa mal de los demás" (1 Cor 13,5). No hablo de los pensamientos y los juicios que nos pasan por la

mente, que es mejor ahuyentar o no darles importancia. Me refiero a los juicios voluntarios, permitidos, especialmente los temerarios. Pasamos por alto tantas buenas cualidades del prójimo para después detenernos en un pequeño defecto. Con frecuencia juzgamos algunas intenciones que sólo Dios puede juzgar: "El hombre ve las apariencias, pero el Señor ve el corazón" (1 Sam 16,7). En cambio, aun cuando vemos algo que es evidentemente malo, deberíamos disculpar la intención, la ignorancia o la inadvertencia. Nuestro Señor nos ha advertido diciendo: "No juzguen y no serán juzgados, no condenen y no serán condenados" (Lc 6,37). Y la Imitación de Cristo dice: "Mírate a ti mismo y no juzgues lo que hacen los demás". San Francisco de Sales decía: "Si una acción tiene cien caras, hay que observar la que está mejor". ¡Cuántas veces vemos la paja en el ojo del hermano y no nos damos cuenta de la viga que tenemos en el nuestro! "La medida con que ustedes midan también se usará para ustedes" (Lc 6,38).

Sobre todo no hablen mal del prójimo. Es fácil criticar pero, después, ¿cómo reparamos el daño? Nunca nos arrepentiremos de haber hablado poco, pero sí de haber hablado demasiado. Hay tantas cosas buenas que se pueden decir sin hacer el mal. Ustedes siempre pueden dar un buen consejo, una palabra de consuelo, de ánimo, sobre todo el buen ejemplo y la oración.

Muchas veces se cuenta lo que se oyó sin exactitud, provocando inconvenientes. ¡Sucede tan seguido! A veces se hace sin malas intenciones, pero la verdad es que no se transmiten las cosas tal cual son: o se dice algo diferente o se agrandan. Cuánto daño puede producirse en una comunidad por parte de uno o dos que comunican mal las cosas. Que nuestros discursos sean prudentes. No todo lo que es verdad debe ser

dicho, algunas cosas es mejor no decirlas. Además, seamos caritativos: ¡con qué facilidad se falta a la caridad cuando se habla de los demás!

131. Amarse como hermanos y hermanas. Hablar de caridad entre nosotros parece casi una ofensa. Sin embargo, nuestro Señor repitió muchas veces el precepto de la caridad fraterna. San Juan no hacía más que recomendar la caridad mutua, hasta el punto de ser llamado el Apóstol de la caridad. En sus últimos años de vida, no hacía más que repetir: "Hijos, ámen-se los unos a los otros". Y a los discípulos, que se lamentaban por tener que escuchar siempre las mismas palabras, respondía: "En esto está todo; ¡si hacen esto, lo hacen todo, porque es el precepto del Señor!". San Juan Crisóstomo, refiriendo el hecho, comenta: "¡Una sentencia breve pero grande, importante, conclusiva!". Yo haré como san Juan, repetiré siempre lo mismo, así lo recordarán cuando estarán en las misiones.

Todos los fundadores de institutos religiosos siempre pedían a sus hijos e hijas que vivieran la caridad recíproca, sobre todo hacia el final de sus vidas. Yo hago lo mismo; y este es el último recuerdo que confío a los misioneros y misioneras que parten a las misiones. Si vinieran aquí a preguntarnos: "¿Viven la caridad?", responderemos: "¡Sí, sí, y caridad perfecta!". Un día, justamente, le hice esta pregunta a la superiora de nuestras hermanas. Parecía como si desconfiara de ella... pero yo soy el hombre de los miedos, dudo siempre. Quiero poder decir: "Nos faltarán tantas otras virtudes, pero la caridad no". Desde el paraíso mandaré rayos si veo que faltan a la caridad.

Siempre habrá dificultades en el diario vivir, pero hay que estar atentos y no estropear el encanto de la caridad. No se ilusionen: si no viven la caridad aquí, tampoco la vivirán en las

misiones. Si no se enriquecen ahora de la verdadera y perfecta caridad, después darán un testimonio negativo. Quiero que vivan la caridad intensamente. No podrán amar al prójimo lejano si desde ahora no tienen caridad hacia aquellos con los que tratan todos los días. Si no basan sus vidas en la caridad fraterna, en ciertas circunstancias no sabrán superar las dificultades, y sentirán la tentación de pedir ser cambiados de casa ¡o de que cambien a tal hermano o hermana de comunidad ¡Ni hablar de cambios! Cambia tú y todo estará en su lugar. Por lo tanto, hagamos un examen serio sobre la caridad fraterna, sobre la caridad actual, entre nosotros, no sobre la caridad futura o del prójimo que encontraremos más adelante.

Un párroco una vez fue a verlo al padre Cafasso para que le asignaran un vicario, pero tenía que ser como quería él. Cafasso escuchó todas las bellas cualidades que aquel párroco deseaba que tuviera el nuevo vicario, luego le respondió: "Mire, señor párroco, a pocos pasos de aquí, frente a la plaza del Seminario, hay una fábrica de estatuas; ¡vaya y hágase una como más le guste a usted!". ¿A ustedes les parece? ¡Hay que aceptar a los demás como son! ¿Significa que si uno tiene defectos ya no puede estar en ningún lugar? Si un misionero o una misionera pretendiera hacer sólo y siempre todo lo que le gusta, nunca estará de acuerdo con los hermanos y hermanas de su comunidad. Hay que tener un poco de paciencia, un poco de condescendencia, y ver si la caridad tiene todas las características descritas por san Pablo: si no es ambiciosa, si no se busca a sí misma, etc. No quiero que entre ustedes haya siquiera una mínima falta contra la caridad. Querer del mismo modo a todos, estar dispuestos a dar la vida por los hermanos y hermanas.

Los primeros cristianos eran un solo corazón y una sola alma. Cuando repartían los bienes que les llevaban a los

Apóstoles, no se daba una cantidad fija a cada uno, sino según la necesidad de cada uno. También de este modo se garantizaba la igualdad. Pretender la igualdad en sentido absoluto es un error.

132. Los signos de la caridad fraterna. Los cuatro signos para saber si realmente vivimos la caridad fraterna son: alegrarnos por los bienes y las alegrías de los demás; sufrir con el que sufre; corregir los propios defectos por amor al prójimo y soportar los de los demás; perdonar las ofensas, aun más, adelantarse a quien nos ha ofendido.

"Alégrense con los que están alegres" (Rom 12,15). ¿Nosotros lo hacemos? ¿Nos alegramos por el bien de nuestros hermanos, de nuestras hermanas? Sí, la caridad se alegra por el bien de los demás, y dice: "Lo importante es que se sirva a Dios; si soy yo u otro a realizarlo, es secundario". ¡Es difícil que uno sienta en sí verdadera alegría cuando a otro le va bien! La envidia nos impide gozar del bien de los demás como si fuera nuestro y, por lo tanto, alegrarnos con quien es feliz. Debemos alegrarnos por el bien de nuestros hermanos y hermanas y estar contentos de que en el Instituto alguien se vuelva más sabio y santo que nosotros. Que no se nos escapen palabras que oscurecen la fama de los demás y tampoco seamos como los que nunca alaban a nadie. ¡Eso tampoco, vamos! Si podemos felicitar a alguien, sin hacerlo caer en soberbia, ¡entonces participemos de su alegría!

"Lloren con los que lloran" (Rom 12,15). Nuestros gestos no deben ser inoportunos, sino respetuosos: una oración, una pequeña atención, etc., expresiones que, aunque no son vistosas, rodean de afecto al hermano o a la hermana y alivian indirectamente la pena. Si nos duele un dedo, sufre todo el cuerpo; lo mismo debe suceder en nuestras comunidades. Cuando

vemos a alguien que no está bien, debemos interesarnos inmediatamente. También tenemos que estar dispuestos a pasar la noche junto a la cama de un hermano o una hermana enfermos. Lo mismo si se muere un familiar de ellos, debemos sentir el mismo dolor que ellos sienten. ¡Qué feo es no participar de los sufrimientos de los demás! ¿No es verdad que con frecuencia una palabra buena puede alejar melancolías y dificultades?

"Ayúdense mutuamente a llevar las cargas" (Gál 6,2). Ante todo debemos tratar de extirpar de nosotros mismos aquellos defectos que pueden causar fastidio al prójimo. Deben ser los primeros a ser tenidos en cuenta. Los defectos pueden provenir de nuestro carácter, de nuestro modo de hablar o de obrar. Al mismo tiempo debemos soportar los defectos de los demás, tratar de corregirlos fraternamente si podemos, de lo contrario, debemos soportarlos con paciencia. ¿Quién no tiene defectos? La caridad debe soportarlo todo: la forma poco delicada de tratar a los demás de uno, la agresividad de otro, la comodidad de quien nos incomoda, etc. Un poco de caridad ajusta y nivela todas las cosas. Sin caridad la vida comunitaria se vuelve insoportable. Somos como muchas vasijas de barro puestas una al lado de la otra, fastidiándonos mutuamente. Tiene razón la Imitación de Cristo cuando dice: "Si quieres mantener la paz y la concordia con tus hermanos, es necesario que soportes muchas cosas". Por lo tanto, debemos soportar con paciencia los defectos del prójimo, tanto físicos como morales e intelectuales. Si no se acostumbran a soportarse, después en las misiones deberán ser cambiados continuamente de comunidad. ¡Da pena pensar que un misionero, una misionera, que hicieron tantos sacrificios dejando patria y familia, soportando tantas burlas y comentarios negativos, después no sepan soportar al propio hermano o hermana!

"Si se enojan, no se dejen arrastrar al pecado ni permitan que la noche los sorprenda enojados" (Ef 4,26). Hablar de perdón de las ofensas a misioneros y misioneras parece absurdo, porque tantas veces al día repetimos: "Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden (Mt 6,12). Es necesario perdonar todas las pequeñas ofensas que, quieran o no, puedan recibir. Y si no pueden pedir perdón (a veces no es ni siquiera necesario), al menos acercarse y hablar con la persona. ¡Qué feo es cuando dos personas no se hablan! ¿Cómo un día van a poder predicar el perdón a los enemigos si no dan el ejemplo? Dirán: "¡A mí no me toca!" Nos toca a todos, a quien sea. Que no llegue la noche sin que esté todo en su lugar. ¿Notaron lo que dice el Evangelio al respecto? "Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces vuelve a presentar tu ofrenda" (Mt 5,23-24). El Evangelio no dice: "si le hiciste algo a tu hermano", sino: "si tu hermano tiene alguna queja contra ti, ve a reconciliarte con él". ¿Quién es tan santo como para que nunca se le escape algo que pueda ofender a otros? Son cosas que el Señor permite para nuestra humillación. Entonces, ¿por qué enseguida nos ofendemos? ¿Para qué alimentamos rencores? ¡Tengamos un corazón grande! ¿Acaso nuestro Señor no nos ha dado un ejemplo sublime, pidiendo al Padre que perdonara a los que lo habían crucificado? ¡Parece increíble, pero nosotros no somos capaces de perdonarnos por pequeñeces!

En una carta circular a los misioneros en África, escribí que inclusive entre los santos puede surgir una diferencia de opiniones y hasta un modo vehemente de defenderlas. Entonces les recordé las palabras de san Pablo: "Si se enojan, no se

dejen arrastrar al pecado ni permitan que la noche los sorprenda enojados" (Ef 4,26). Estén equivocados o tengan razón, reconcíliense enseguida. No esperen ni un día, ni una hora, ni cinco minutos, sino inmediatamente. Entonces sí que la gente podrá decir de ustedes: "¡Cómo se quieren los misioneros!". Y este amor lo infundirán en los demás, signo de que se perdonan las ofensas es rezar y desearle el bien a quien nos ha ofendido. Escuchemos de nuevo a san Pablo, que nos exhorta: "Ámense cordialmente con amor fraterno" (Rom 12,10). Amarnos, amarnos los unos a los otros, con amor verdaderamente fraterno. Sí, quisiera que estas palabras mías las recordaran siempre.

133. Espíritu de cuerpo. El apóstol Pablo explica los motivos que tienen los cristianos para conservar entre ellos la unidad: "Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos" (Ef 4,4-6). Lo que san Pablo escribe a los efesios, con más razón nos sirve a nosotros que formamos un cuerpo moral, por la unión espiritual de la vocación religiosa, sacerdotal y misionera. Se necesita esta unión de todos para disfrutar de la paz en la comunidad. ¡Esto es lo que les recomiendo seguido! Si san Pablo no se cansaba de repetir a los cristianos esta advertencia, tampoco yo debo cansarme, por el bien de todos y de cada uno. Esta unión, que es bella y santa, puede considerarse el bien más importante de las comunidades.

Para poseer la verdadera caridad se necesita la unión, pero la unión entre todos. Uno para todos y todos para uno. Lo repito: en una comunidad esto es lo más importante. Donde no

existe esta unión, es un desastre. Cueste lo que cueste, hay que estar unidos. Nosotros formamos un solo cuerpo moral y deberíamos tener entre nosotros la misma unión que existe entre los miembros del cuerpo físico. Esta unión es necesaria para vivir en paz y ser fuertes. La unión hace la fuerza. La unión entre los miembros de una comunidad la convierte en un ejército bien aguerrido y ordenado (cf. Cant 6,4), capaz de vencer a cualquier enemigo u obstáculo. Al contrario, la desunión destruye a la comunidad.

Todos los institutos tienen un fin especial, que se obtiene con la cooperación de todos. Así lo hacen los miembros de los institutos bien organizados que, sin creerse superiores a los demás, prefieren al propio y tratan de que sea cada vez mejor. Nosotros seamos humildes, como los últimos llegados, pero al mismo tiempo sintámonos felices de pertenecer a nuestro Instituto y cultivemos en nosotros la convicción de que el Señor nos ha favorecido llamándonos a formar parte de esta Familia. Es necesario amar a la propia comunidad así como a la propia vocación. Entonces hay unión de pensamiento y avanzan todos unidos. Una comunidad en la que se mantiene esta unión no puede no hacer el bien. Por lo tanto, traten de alcanzarla y mantenerla. ¡La unión es la substancia de la caridad!

134. Espíritu de familia. San Pedro escribe: "Sobre todo, ámense profundamente los unos a los otros" (1 Pe 4,8). De hecho, la caridad es lo que distingue a los verdaderos discípulos de nuestro Señor Jesucristo. Ustedes saben lo que se decía de los primeros cristianos: "¡Miren cómo se aman!". No dudo de que aquí haya amor fraterno; sin embargo, estemos atentos y reflexionemos seguido si esta caridad es siempre completa. A veces vivimos la caridad, pero no siempre con todos, ni en todas las circunstancias. A veces somos solitarios,

se va para adelante sin mirar a los demás por egoísmo. No queremos tocarnos por miedo a quemarnos. Esto no está bien, no es espíritu de familia. Que nadie diga: ¿a mí qué me importa? Sí, te importa también a ti, para que no sólo tú sino todos sean misioneros y misioneras santos y preparados.

No se puede tener sólo una caridad espiritual sino también material, es decir ayudarnos mutuamente, compartir los cansancios, darnos una mano en los trabajos. ¡Qué hermoso es cuando en una comunidad se da esta preocupación por ayudarse los unos a los otros! ¡Esta sí que es caridad! ¿Acaso no es así en las familias? Vivamos un amor práctico, como entre hermanos y hermanas: cada tanto seamos gentiles, realicemos esos gestos que la caridad sabe inspirarnos. ¡No seamos como estatuas que nunca se tocan! Es necesario que todos sintamos y nos intereseamos por el bien de la comunidad, siendo miembros vivos y concordes. Sí, quiero que exista este amor fraterno. Quisiera que cada uno hiciera el bien, gozara y sufriera con el hermano o la hermana, y lo ayudase en todo lo que pueda. Quisiera que haya entre ustedes pequeñas gentilezas, pequeñas ayudas, pequeños gestos de caridad, que demuestren que se aman de verdad. Recuerden que el Instituto no es un colegio, tampoco un seminario, sino una familia. Son todos hermanos; deben vivir juntos, prepararse juntos, para luego trabajar juntos durante toda la vida. En el Instituto debemos ser una cosa sola hasta dar la vida los unos por los otros. "No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" (Jn 15,13). Amarnos fraternamente: los dolores de uno son los dolores de todos; el interés de uno es el interés de todos. Si en una comunidad todos trataran de complacer a los demás, ¡sería una comunidad ideal! "¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!" (Sal 132,1). ¡Qué hermoso

es estar todos juntos, no como las estatuas de un museo, ni como los presidiarios, sino como hermanos o hermanas en una misma casa, que forman una sola familia!

135. Promoción fraterna.² "Hermanos, si alguien es sorprendido en alguna falta, ustedes, los que están animados por el Espíritu, corrijánlo con dulzura" (Gál 6,1). La promoción fraterna hace parte del espíritu de familia. Por lo tanto, deben estar contentos de ser corregidos y, al hacerlo ustedes, usar la misma caridad hacia los demás. A veces todos ven y conocen un defecto nuestro que sólo nosotros no percibimos. ¡Qué útil es la palabra de un hermano o de una hermana! En cambio no somos capaces de vivir la caridad de esta manera. No juzguemos, no, pero cuando un defecto es claro, debemos corregirnos. ¿Acaso no es nuestro deber hacia la caridad?

La promoción fraterna debe ser bien hecha, con discreción, en el modo adecuado, en tiempo oportuno, pero debe ser hecha. De esta manera es siempre inspirada por la caridad y la caridad hay que vivirla como corresponde. No tomar a las personas de sopetón. Todos debemos vivir la caridad en esto, entonces la nuestra será una comunidad de espíritu. Ustedes dirán: "Pero esto no es contrario a lo que nos inculcó tantas veces, que debemos soportarnos los unos a los otros?". No, no es contrario. Imitemos las virtudes y corrijamos los defectos, con una santa libertad. El que es corregido acepte la corrección como si viniera de Dios. La nuestra quiere ser una comunidad delicada y fraterna, por lo tanto ayudémonos mutuamente a superar los defectos, con espíritu de delicadeza y caridad.

² José Allamano usaba habitualmente la expresión "corrección fraterna". En estas páginas, sin modificar el contenido original, se prefiere usar el lenguaje de la psicología actual, que habla más bien de "promoción fraterna".

Amor a la cruz y espíritu de sacrificio

136. Mucho más como misioneros y misioneras. Hacia el final de su vida terrena, Jesús decía a los apóstoles: "Ahora subimos a Jerusalén, donde se cumplirá todo lo que anunciaron los profetas sobre el Hijo del hombre. Será entregado a los paganos, se burlarán de él, lo insultarán, lo escupirán y, después de azotarlo, lo matarán". Y el Evangelio continúa: "Ellos no comprendieron nada de todo esto". Y, como si no hubiera sido claro, agrega que "les resultaba oscuro y no captaban el sentido de estas palabras" (Lc 18,31-34). Es una gran lección para nosotros que, después de tantas meditaciones sobre la Pasión de nuestro Señor y sobre el deber de seguirlo por el camino del Calvario, aún no hemos comprendido prácticamente este espíritu. Amemos y abracemos el sacrificio, tanto como personas marcadas por el pecado, que como cristianos, y mucho más como misioneros y misioneras.

Pídanle al Señor el amor al sufrimiento. Nuestro Señor dijo a Ananías, a propósito de san Pablo: "Yo le haré ver cuánto tendrá que padecer por mi Nombre" (Hech 9,16). No dice que le habría dado a conocer dulzuras y consolaciones, sino sufrimientos. Lo mismo con los apóstoles, prediciéndoles lo que habrían debido sufrir por amor a él. Lo mismo hace con nosotros. Por lo tanto, acostúmbrense desde ahora a los pequeños sufrimientos para ser generosos en los grandes; pidan al Señor luz y gracia para comprender sus sufrimientos, así como la fuerza para sufrir bien. Sin espíritu de sacrificio no serán santos misioneros y misioneras, así como tampoco recibirán aquellos favores especiales de consolaciones que los fortalecerán y los ayudarán, y su ministerio será estéril. Cuando concibieron la idea de hacerse misioneros y misioneras, tal vez sintieron también el deseo del martirio. Pero eran y son

sólo ideas si después, en la práctica, se desaniman frente a los pequeños sacrificios. Luchemos contra nosotros mismos, contra la naturaleza indolente del sufrir. ¡Véncete a ti mismo! No pretendamos que el Señor nos haga santos sin nuestra cooperación.

El Señor nos ha dado un ejemplo de sacrificio sufriendo en el alma y en el cuerpo, como afirma la carta a los Hebreos: "En lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia" (Hebr 12,2). Ese mismo camino lo recorrieron todos los santos. Por eso san Pablo decía: "Sigán mi ejemplo, así como yo sigo el ejemplo de Cristo" (1 Cor 11,1). ¡Cuántos sufrimientos físicos y morales tuvo que soportar el gran apóstol! Sufrimientos corporales: flagelaciones, lapidaciones, naufragios; sufrimientos internos causados por su ministerio, como él mismo afirmaba: "Y dejando de lado otras cosas, está mi preocupación cotidiana: el cuidado de todas las Iglesias" (2 Cor 11,28). Los ejemplos del apóstol son un regaño a nuestro poco amor al sufrir, a la facilidad con que nos desanimamos en la actividad apostólica, especialmente cuando no nos sentimos correspondidos.

Amemos mucho la cruz, pero no sólo poéticamente. Cuando no tenemos sufrimientos es fácil desear sufrir, pero es cuando los debemos soportar que se demuestra si poseemos la virtud. Amar la cruz es muy perfecto, pero empeemos a pedir la gracia de soportarla.

Es necesario que todos nos persuadamos de la necesidad del sacrificio para ser verdaderos discípulos de nuestro Señor. No olviden nunca que son apóstoles y que las almas se salvan con el sacrificio. En la vida apostólica hay muchas rosas, pero también tantas espinas, tanto físicas como espirituales. Algunos se imaginan el ideal misionero como algo

muy poético, olvidando que las almas no se salvan sino con la cruz y desde la cruz, como hizo Jesús. La gracia de Dios no falta y, si seremos generosos al soportar las pruebas que el Señor nos manda, podremos repetir con san Pablo: "Esto me llena de consuelo y me da una inmensa alegría en medio de todas las tribulaciones" (2 Cor 7,4). Por lo tanto, las tribulaciones no sólo no nos deben paralizar, sino más bien empujarnos a ser apóstoles.

Sí, formémonos al verdadero espíritu de sacrificio, también espiritual. Amar el sufrimiento, aprender a sufrir algo sin darlo a conocer a todos. ¡Quiero que sean fuertes! Entonces el Señor bendice. Por eso un misionero y una misionera de buena voluntad, llenos de espíritu de sacrificio, pueden hacer el trabajo de muchas personas. Entonces, vida de sacrificio desde la mañana hasta la noche. ¡Sí! Hacer todas las cosas por amor a Dios, renunciar a su propia voluntad y al propio juicio, llevar cada día la propia cruz, es un martirio lento, prolongado. El martirio cruento tal vez sea más vistoso, ¡pero aquel vale mucho más!

137. La mortificación no es algo del pasado. Un misionero y una misionera que no tengan la costumbre, el espíritu de mortificación, no pueden hacer nada. San Pablo dice: "Los atletas se privan de todo" (1 Cor 9,25). En nuestros tiempos no se quiere oír hablar más de mortificaciones externas, corporales. Se dice que basta con mortificar el espíritu, que las corporales no pueden ser soportadas por los físicos de hoy, que son propias de los ermitaños. Ustedes no piensen así.

¿Hay que mortificar el espíritu? Claro, ¿quién lo niega? Es más, ante todo y siempre la mortificación espiritual. Pero junto a la espiritual se necesita también la corporal. ¿Que estas mortificaciones no pueden ser soportadas por las contex-

turas físicas de ahora? Ante todo no hay que exagerar con nuestra debilidad física. Son innumerables las mortificaciones externas que no son nocivas para la salud; es más, algunas la conservan y aumentan. ¿Qué son propias de los ermitaños? No, hoy también tantas personas con deseos de santificarse ayunan, pasan la noche rezando, hacen penitencia.

Por lo tanto, es necesaria la mortificación externa, además de la interna. Esto resulta de la Palabra de Dios y del ejemplo de los santos. El Señor Jesús ayunó cuarenta días (cf. Mt 4,1-11). San Pablo castigaba su propio cuerpo para poder dominarlo (cf. 1 Cor 9,25). San Vicente de Paul decía: "Quien da poca importancia a las mortificaciones externas, demuestra que no es mortificado ni exterior ni interiormente". Recuérdelo especialmente cuando estén en las misiones. Para obtener gracias se necesita la oración y la mortificación. Yo les hablaré siempre de la mortificación interna, pero recuerden que también es necesaria la externa.

138. Pequeños sacrificios que nadie ve. No pretendo de ustedes las grandes penitencias de los santos, si bien son algo excelente. Pero ustedes pueden y deben hacer pequeños y permanentes sacrificios cotidianos, para luego ser capaces de sacrificios grandes y hasta heroicos, como lo requiere la vida apostólica. Nunca será fuerte quien no aprende a frenarse a sí mismo, quien no adquiere establemente la virtud. El que quiera sacrificarse debe estar atento a las pequeñas cosas. El Señor desea el sacrificio pequeño pero perseverante. Desde ahora deben mortificar los sentidos: la vista, no queriendo verlo todo, incluso lo que es lícito; el oído, no siendo curiosos y queriendo saber todo; el gusto, comiendo moderadamente y contentándose de lo que puede ofrecer la comunidad; el tacto, respetando el cuerpo que es santificado por el

Bautismo, la Confirmación y tantas Comuniones. Además, hay que estar listos para levantarse enseguida. Parece algo insignificante, pero yo creo que si uno fuera siempre fiel a este acto, seguramente tendría buen espíritu. Es tan feo concederle el primer acto del día a la pereza. El Señor quiere este sacrificio matutino, que atrae las bendiciones sobre todo el resto de la jornada. Comportándose de esta manera serán cada vez más generosos en las misiones. La gran dificultad que tenemos para hacernos santos es causada por no ser constantes en estos sacrificios.

En particular, mortifiquemos la lengua. Hay un tiempo para hablar y otro para callar. San Santiago, en su muy hermosa carta, entre otras cosas habla bastante del bien y del mal que se puede hacer con la lengua. Es un pequeño miembro —escribe— pero se vanagloria de muchas cosas. En efecto, con la lengua podemos hablar bien y constructivamente, rezar y cantar las alabanzas al Señor. En cambio podemos usarla para pronunciar palabras ociosas, es decir ni útiles, ni convenientes; palabras contra la caridad, como críticas, murmuraciones y calumnias; palabras contra la verdad, agrandando las cosas, diciéndolas con imprecisiones; palabras de vanidad, de soberbia, etc. (cf. Sant 3,5). ¿Pondrían en labios de Jesús todo lo que dicen? ¡Cuánta ligereza y, por lo tanto, cuántos defectos al hablar, en quien no sabe frenar la lengua! Es un vicio bastante común. ¿Y quién puede calcular los daños, quién puede medir las consecuencias de una palabra dicha con malas intenciones, especialmente cuando está dirigida contra el honor y la fama del prójimo? ¡Ah, qué fácil es pecar con la lengua! San Santiago dice: "Si alguien no falta con las palabras es un hombre perfecto" (Sant 3,2). Y en el Eclesiástico: "Feliz el que no ha incurrido en falta con su lengua!" (Ecli 25,8).

Ustedes me dirán: "¡Entonces estaremos en silencio y no hablaremos más!". Miren: si tuvieran que estar encerrados dentro de estas cuatro paredes, estaría de acuerdo; pero ustedes no son ni Cartujos, ni Trapenses. No se trata de callar siempre, sino simplemente de reflexionar antes de hablar. San Ambrosio se pregunta: "¿Es conveniente estar siempre callados?" y responde que no. Por lo tanto, da una regla para hablar bien: "O te callas, o dices cosas que sean mejores que el silencio". San Francisco de Sales, desarrollando el mismo concepto, dice: "Que nuestro hablar sea poco y bueno, poco y dulce, poco y simple, poco y caritativo, poco y amable". Por lo tanto, hay que hablar con moderación, con prudencia, con caridad y piedad.

Paciencia

139. Indispensable en las misiones. La paciencia es una gran virtud que, si bien es necesaria para todos, para los misioneros y misioneras resulta indispensable. San Pablo, hablando de las virtudes necesarias en un apóstol, pone en primer lugar la paciencia, entendida como constancia: "Siempre nos comportamos como corresponde a ministros de Dios, con una gran constancia en las tribulaciones, en las adversidades, en las angustias al soportar los golpes, en la cárcel, en las revueltas, en las fatigas, en la falta de sueño, en el hambre" (2Cor 6,4-5). Miren qué importante y necesaria es la paciencia. La experiencia lo demuestra: la mayor o menor paciencia en el misionero o en la misionera incide mucho sobre la conversión de las personas. La paciencia nunca será suficiente. Todos la necesitamos, porque se podría decir que debemos practicarla en cada momento.

La excelencia de esta virtud emerge de la Palabra de Dios. El Señor, en la Pasión, demostró tener una paciencia extrema

para soportar todo tipo de sufrimientos, y el máximo de la mansedumbre hacia Judas, hacia sus flageladores, hacia los que lo crucificaron. San Santiago escribe que la paciencia es necesaria para alcanzar la perfección: "Y la paciencia debe ir acompañada de obras perfectas, a fin de que ustedes lleguen a la perfección y a la madurez, sin que les falte nada" (Sant 1,4). San Cipriano, que tenía un espíritu fuerte, habla muy bien de ella. "La paciencia — dice — nos hace agradables a los ojos de Dios, templada la ira, frena la lengua, gobierna la mente, custodia la paz, rige la disciplina, rompe el ímpetu de la sensualidad..." y sigue con las más bellas alabanzas. La paciencia sostiene todas las otras virtudes que, sin ella, se apagarían.

La paciencia es la virtud que modera la tristeza provocada por los males presentes; modera los movimientos del ánimo, para que no sea oprimido por las adversidades y permanezca estable, soportándolas con tranquilidad. Ahora bien, hay dos tipos de males que pueden afligirnos en esta vida: males externos y males internos. Los males externos son, por ejemplo: la pérdida de los bienes o de los familiares, las maldades contra nosotros, el desprecio, alguna enfermedad u otros inconvenientes que nos puedan suceder. Los males internos son: el tedio, las oscuridades interiores, las arideces del espíritu, los disgustos, los escrúpulos. Todos estos males tienden a entristecer el corazón y requieren paciencia para ser soportados. El Señor sufrió estos males en el Getsemaní, sin embargo no se desanimó. Acostumbrémonos a pasar por encima de tantas miserias y no dejemos que el corazón se entristezca. Una mirada al Crucifijo pone todo en su lugar.

140. En aumento. En el ejercicio de la paciencia hay diferentes grados. El primero es el de los que soportan los males sin rebelarse, incluso lamentándose; buscan consolaciones y

quieren ser confortados en sus dolores. Esto es virtud, con tal de que los males sean soportados por amor a Dios, pero es lo mínimo que podemos hacer. Un segundo grado es el de los que soportan todo resignándose ante la voluntad de Dios, sin lamentarse ni buscar consolaciones. Y un tercer grado es el de los que soportan los males no sólo con resignación sino con alegría. Tienen tanto amor que casi no sienten más el mal. Esto les sucedía a los mártires, los cuales deseaban tanto identificarse con Jesús crucificado que vencían el dolor.

Este es el grado de paciencia que Jesús nos propone y hacia el cual debemos tender. No quiero decir que tengamos que gozar de los males por sí mismos, sino gozar porque con ellos nos identificamos más con Jesús sufriente y cooperamos más eficazmente en la salvación de las almas. ¿Acaso los Apóstoles, arrastrados a los tribunales y castigados, no salieron contentos por haber sido ultrajados por amor del nombre de Jesús? (cf. Hech 5,41). ¿Y san Pablo? Para él no había otro motivo de gloria que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf. Gál 6,14). Por eso san Pedro exhortaba a los cristianos diciendo: "Alégrense en la medida en que puedan compartir los sufrimientos de Cristo. Así, cuando se manifieste su gloria, ustedes también desbordarán de gozo y de alegría" (1 Pe 4,13).

Comencemos al menos con el segundo grado: no nos lamentemos, ni deseemos ser compadecidos. Esto vale tanto para los males del cuerpo como para los sufrimientos morales y espirituales. Las cosas no saldrán nunca como nosotros queremos. Siempre tendremos que soportar algún mal, algún sufrimiento. Por lo tanto, es necesario armarse de paciencia, empeñarse hasta alcanzar el tercer grado: aceptar con alegría los males que recibimos. Sin paciencia no hay paz ni en el corazón, ni en la comunidad, ni en el mundo.

Hay muchos medios para adquirir la paciencia: pedirla al Señor en la oración; no dejarnos abatir por las pequeñas dificultades, para que, cuando vengan los grandes problemas, podamos soportarlos sin amargarnos; habituarnos a considerar los males como permitidos por Dios y no sólo como provenientes de la malicia humana; recibir las cruces no sólo de manos del Señor, sino de su amor; en las pruebas, mirar el Crucifijo, porque él explica todo; hacer frecuentes actos de conformidad a la voluntad de Dios; pensar en el paraíso.

Durante el tiempo de formación deben ejercitarse en la paciencia, para luego tenerla en las misiones. ¡A veces la paciencia es tan limitada! Somos como el vidrio, que al golpe más liviano se parte. Por lo tanto, seamos superiores a estas debilidades y superémonos a nosotros mismos con energía. La paciencia debe ser sembrada por doquier. Si un misionero o una misionera se dejan abatir y no reaccionan ante la tristeza, ¿qué podrán hacer en las misiones? Cuando estamos mal por algo, es signo de que el Señor nos quiere. ¡Nunca se entiende lo suficiente el misterio del dolor! Comprometámonos a ejercer esta virtud. De esa manera alcanzaremos la paz con nosotros mismos y con los demás.

Humildad

141. Sólo Jesús es realmente humilde. El Señor Jesucristo proclamó: "Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón" (Mt 11,29). San Agustín comenta que el Señor no nos propone imitarlo en la construcción del mundo, en crear las cosas visibles e invisibles, en obrar milagros y resucitar a los muertos, sino en el ser pacientes y humildes de corazón. En esto quiere que lo imitemos. Si nos pidiera que lo imitáramos

en su extrema pobreza, o en la total inmólación hasta la muerte en la cruz, podríamos tener la excusa de ser débiles. Pero imitarlo en la humildad es posible a todos, por tratarse de una condición propia del límite humano, mientras que para Jesús fue "rebajarse". Él fue el único realmente humilde. Por eso los Santos Padres llaman a la humildad "virtud de Cristo".

Observemos el Evangelio: toda la vida de Jesús fue un ejemplo de humildad. Él declaraba que lo que enseñaba no le pertenecía, sino que provenía del Padre: "Mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me envió" (Jn 7,16). Cuando lo llamaban maestro bueno, respondía: "Sólo Dios es bueno" (Mc 10,18). Acaso el Padre no había dicho de él: "Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección" (Mt 3,17)? A pesar de ser el Señor del universo, Jesús no dudó en hacerse siervo de los apóstoles, hasta rebajarse y lavarles los pies. El más grande prodigio de humildad fue su muerte, con todas las atrocidades que lo acompañaron, a las que Él se sometió plenamente: "Se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz" (Fil 2,8).

Jesús fue humilde por su propia voluntad. Aun pudiendo alejar de sí las humillaciones, las aceptó a todas. Se dice de él que "al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca" (Is 53,7); es decir, no se dice que haya sido humillado, sino que fue él quien se humilló: "se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte" (Fil 2,8).

142. Inevitablemente humildes. Nosotros somos humildes porque no podemos no serlo debido a nuestra naturaleza débil y a nuestros defectos. Ser humildes en las palabras no es demasiado difícil; podemos serlo aun escondiendo la soberbia más sutil. Más difícil, en cambio, es saber mantenerse humildes en medio de las acciones que nos engrandecen. Por

un cierto espíritu de humana prudencia, nos preocupa darnos a conocer por lo que somos, pero en el corazón disfrutamos de la gloria humana, mostrándonos, al mismo tiempo, despreocupados de las alabanzas recibidas. Esta no fue la humildad de Jesús. Él tuvo un verdadero amor a la humildad.

¿Por qué hablamos tanto de humildad? Esta es la respuesta: ninguna virtud, por maravillosa que sea, es sólida si no está acompañada de la humildad. San Agustín, al ser interrogado sobre cuál era la virtud más importante, respondió: "La primera virtud es la humildad, la segunda la humildad, la tercera la humildad". San Jerónimo la llama la virtud de los cristianos, justamente porque se encuentra en todas las virtudes; y sin humildad también las cosas buenas se deterioran.

La humildad es necesaria para rezar bien. De hecho, sólo las oraciones de los humildes pueden llegar al cielo, las de los soberbios no, como sucedió con la oración del fariseo (cf. Lc 18,10-14). El Señor ve la humildad de la oración. Del mismo modo, sin humildad no hay fe. ¿Cómo puede un soberbio someter el propio intelecto y la razón a la autoridad de la Iglesia? El que es soberbio no cree. Además, sin humildad no hay esperanza. En efecto, ¿cómo podrá abandonarse en Dios quien sólo confía en sí mismo? ¿Y qué podemos decir de la virtud de la caridad? El soberbio se ama a sí mismo y no al Señor. San Agustín dice: "Donde hay humildad, hay caridad". En sentido opuesto, se puede decir: donde no hay humildad, no hay caridad.

143. Servir con humildad. La humildad es muy necesaria en nuestro ministerio como misioneros y misioneras, ya que es un servicio. Para ser siervos se necesita la humildad. Jesús decía a los apóstoles: "El que es más grande, que se comporte como el menor, y el que gobierna, como un servidor" (Lc 22,26). También el Eclesiástico afirma: "Cuanto más grande

seas, más humilde debes ser" (Ecli 3,18). Así vivió la Virgen que, cuando se le anunció que recibiría la dignidad de ser la Madre de Dios, respondió: ¡He aquí la sierva del Señor! (cf. Lc 1,38). Por lo tanto, nuestro ministerio es llamado por san Isidro, "el ministerio de la humildad".

Además, la virtud de la humildad es tan necesaria en los misioneros y las misioneras, que sin ella no pueden obrar ningún bien. ¿Quieren (deben quererlo) ser santos, lo más santos posible? Empéñense en ser humildes. La humildad los ayudará también en el ejercicio de las virtudes. Si hay personas que deben ser humildes, esos son, precisamente, ustedes.

Los Misioneros y las Misioneras de la Consolata deben vivir con un gran espíritu de fe, de sacrificio, de caridad fraterna, pero sobre todo con espíritu de profunda humildad. Convenzámonos de la necesidad de esta virtud, no tengamos miedo de rebajarnos demasiado. Si seremos humildes, también como Instituto, el Señor nos ensalzará. Quiero que nuestro lema sea: "Lo protegeré porque todo lo atribuye a mí" (cf. Sal 90,14).

144. La humildad es la verdad. La humildad es el conocimiento "real" de nosotros mismos. Conocernos por lo que somos. Esto no significa que, para ser humildes, haya que pensar que somos peor de lo que realmente somos, porque la humildad, siendo una virtud, debe fundarse no sobre la falsedad sino sobre la verdad. La humildad tampoco consiste en ciertas afirmaciones como: "¡No sirvo para nada!" u otras similares. Con frecuencia estas frases se dicen para hacerse alabar. Algunos creen que es humildad despreciar una obra bien realizada. No, la virtud rechaza siempre la falsedad. Cuando se realiza un trabajo, hay que realizarlo en el mejor modo posible. Vayamos despacio a la hora de creer que tenemos tantas virtudes, pero si las tenemos, reconozcámoslas,

como recibidas de Dios, a quien todo lo referimos. Que la humildad sea simple; no hagan tonterías para evitar las alabanzas. La humildad debe basarse en el conocimiento verdadero, objetivo de nuestro ser y de nuestros méritos, tanto en el orden natural como en el de la gracia.

Observémonos. ¿Qué somos en el orden natural? Polvo y cenizas. ¿Y qué nos pertenece? Así como es Dios quien nos dió el ser, quien nos conserva, del mismo modo es Dios el que nos dio todas las capacidades y talentos que adornan nuestra persona. Por lo tanto, el cuerpo, el alma, la salud que tenemos, la belleza y el ingenio de los que nos vanagloriamos, todo viene de Dios. "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?" (1 Cor 4,7). Las mismas consideraciones, todas verdaderas, podemos y debemos aplicar en el orden de la gracia. Si somos cristianos, es por gracia de Dios. Y el haber sido llamados a esta casa, ¿es acaso mérito nuestro? ¡En absoluto! Es el Señor quien nos ha guiado hasta aquí. La misma buena voluntad es un don de Dios. En el orden sobrenatural, todo viene del Señor. Por eso comprendemos cómo los santos, aun obrando maravillas, pudieron seguir siendo tan humildes. San Pablo decía: "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el peor de ellos" (1 Tim 1,15). Hay que pedir la humildad a Dios todos los días, para poder entrar en nosotros mismos, saber lo que somos y estar contentos de nuestra nada.

145. la humildad no es una virtud infusa. Normalmente la humildad no nos es regalada, sino que la obtenemos con nuestra colaboración. Se adquiere con la repetición de los actos. Cada vez que surge algún pensamiento soberbio, debemos decir enseguida: "¡Sólo Dios, sólo Dios!". Los gestos inte-

riores nos ayudan mucho, pero no bastan. También son necesarios los externos que son manifestaciones de la humildad interior. Santo Tomás nos enseña que de la disposición interior a la humildad nacen los signos externos que se manifiestan en las palabras y en los gestos. Por lo tanto, no hablemos para alabarnos; pocas veces para despreciarnos; cuando seamos corregidos, estemos atentos a no reaccionar y buscar excusas; no hagamos nada por hacernos ver, nada con soberbia; sobre todo aceptemos con gusto las humillaciones que el Señor nos manda. De esta manera seremos verdaderamente humildes; y, sólo si seremos humildes, seremos santos.

Para adquirir el espíritu de humildad, no debemos darnos demasiada importancia, tampoco dársela a nuestras opiniones, a lo que sabemos, a nuestras capacidades, a la estima de los demás, que son los puntos sobre los que se apoya la soberbia. Si nos diéramos cuenta de que nuestra cabeza es pequeña y nuestra inteligencia limitada, sabríamos aceptar que muchas veces nos equivocamos y que, por lo tanto, deberíamos aceptar también la opinión de los demás, sobre todo de los que tienen más experiencia que nosotros. Por lo tanto, recuerden esto: pedirle a Dios la humildad, meditar sobre nuestras debilidades, aceptar las humillaciones que Dios nos envía.

Además, cuidemos nuestro buen nombre como sugiere el Eclesiástico: "Cuida tu buen nombre" (Ecli 41,12); o como dice Jesús: Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo" (Mt 5,16). Pero siempre debemos obrar con fines sobrenaturales, no para que nos estimen, para tener privilegios, sino para agradar a Dios. A veces nuestro amor propio hace de velo y nos hace ver la gloria de

Dios o el bien de las almas, cuando en realidad es la gloria del propio yo. Los títulos, los cargos, etc. son sólo aire, no valen nada. El Señor no mira los títulos.

Ya pasaron cuarenta años desde que soy superior y... ¡sería hora de dejar de serlo! Dejaría con gusto la Consolata, el Seminario, el canonicado... no digo que los dejaría también a ustedes, pero... Vuelvo sobre algo que quería decirles ya otras veces. Ustedes me besan la mano y yo siempre los he dejado hacerlo, pero ya no quiero que lo hagan más. Sé que me quieren, pero esto es demasiado. Dejémoslo así, me besarán la mano cuando haya muerto, si quieren. Les agradezco por las demostraciones de respeto, pero no quiero que sean demasiado abundantes. Además, no quiero sentir más el superlativo de "Veneradísimo". En el "Da Casa Madre" conté al menos ocho: es demasiado. ¿José Cafasso apenas es venerable y yo ya debo ser veneradísimo? Sólo el Señor sabe si lo soy... No lo hagan más, porque me parece una exageración. Imitando a María Santísima, atribuyámonos sólo nuestras debilidades y demos a Dios todo el honor y la gloria (cf. Lc 1,47-48).

Eucaristía: misterio de fe y amor¹



Jesús víctima

146. Celebración del Sacrificio Eucarístico. En la Eucaristía Jesús es víctima, alimento y amigo. La misa, la comunión y la visita al Santísimo Sacramento: ¡estos son nuestros tres amores! Me gustaría que meditaran más sobre este misterio de amor. Sí, ¡la Eucaristía es un misterio de fe y de amor!

En la celebración de la santa misa Jesús es víctima por nosotros y por nuestros pecados (cf. 1 Jn 2,2). Todos los días y en muchos momentos de la jornada él se entrega por nosotros. En la santa misa no sólo se representa sino que se renueva el

¹ Sobre la Eucaristía José Allamano seguía la típica espiritualidad de su tiempo, centrada en la "presencia real" de Jesús, enriquecida por una carga afectiva, que se manifestaba en algunas actitudes y expresiones suyas. La renovación conciliar ha puesto en evidencia la unidad de la Eucaristía, que comprende al mismo tiempo e inseparablemente la celebración de la misa, la comunión y la presencia real. En particular, con respecto a la Misa el Concilio mismo resalta también la Palabra de Dios proclamada y la comunidad reunida alrededor del altar. José Allamano no ignoraba todos estos elementos, pero normalmente los presentaba en otros contextos.

En estas páginas reportamos su espiritualidad sobre la Eucaristía, pero con algún retoque en el lenguaje. Por ejemplo, en vez de "decir" o "asistir", se usan "celebrar" o "participar de" la santa misa; y esto también porque José Allamano, más allá de la terminología, estaba convencido de que en la celebración era necesaria una participación activa.

mismo sacrificio de la cruz. Es la misma víctima, la misma finalidad. Pero es diferente el modo en el que se realiza la oblación: sobre el calvario la víctima fue ofrecida en modo cruento; en la misa, en cambio, en modo incruento. ¡Qué bello es pensar que, cada vez que celebramos o participamos de la Eucaristía, estamos justamente allí, en el calvario, a los pies de la cruz, con la Virgen y san Juan! Siguiendo las palabras de Jesús: "Hagan esto en memoria mía" (Lc 22,19), santo Tomás define la celebración eucarística como el memorial de la Pasión del Señor. También lo afirma san Pablo: "Siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor hasta que Él vuelva" (1 Cor 11,26). El mismo martirio no es nada en comparación con la misa, porque el martirio es el sacrificio que el hombre hace a Dios de su propia vida, mientras que en la celebración eucarística es el Hijo de Dios el que sacrifica su propio cuerpo y su propia sangre por el hombre.

La Eucaristía se celebra para rendir a Dios el honor que le es debido; para pedir perdón por las ofensas que le hemos hecho; para agradecerle por todos los beneficios que nos ha dado y para obtener las gracias que necesitamos.

147. El tiempo más hermoso de nuestra vida. ¿Ven qué importante es la misa? Y nosotros, ¿la valoramos? ¿Nos alegramos por poder celebrarla o poder participar de la misma? La misa es el tiempo más bello de nuestra vida; una sola bastaría para hacer feliz a quien llegue a celebrarla. Aunque tuviéramos que prepararnos durante quince o veinte años para celebrar una misa, ¡qué felices seríamos! ¡Eso ya sería una gran consolación! ¡Qué felicidad siento al celebrar la Eucaristía! Y cuando, como en Navidad, celebramos tres en un día, ¡qué placer! Una sirve para prepararse a la siguiente; ¡es una alegría! ¡Ah, si comprendiéramos lo que significa una Eucaristía más!

Recuerden que el sacerdote, celebrando la Eucaristía, debe ofrecerse a sí mismo como oblación pura y santa, con todas las fuerzas y con el máximo fervor. Por lo tanto, cada vez que participamos de la misa, pensemos en la ofrenda que Jesús hace de sí mismo al Padre y pidámosle la gracia de sacrificarnos con él en todo. ¡Es por esto que les repito siempre que deben ser holocaustos! ¡Sí, sean holocaustos!

Cada vez que el sacerdote celebra o participa de la misa, para él debe ser una acción tan grande, tan nueva y tan feliz, como si en ese mismo día el Señor Jesucristo, descendiendo en el seno de la Virgen, se hiciera hombre. Prepárense para celebrar bien la Eucaristía conservando la santidad, viviendo las virtudes y con un gran espíritu de fe. Celébrenla pensando en lo que dicen y hacen. Si cada cosa es hecha seriamente, ¡con mucha más razón la celebración de la misa! Siempre digo a los sacerdotes jóvenes: deben celebrarla todos los días, salvo que tengan que decirla a las apuradas. He sacado muchos pensamientos del opúsculo de san Alfonso "La misa maltratada" y los reduje a treinta breves meditaciones, una para cada día del mes. Leo una todas las mañanas y me doy cuenta de que me ayuda a prepararla. Luego, en la misa, es necesario que agradezcamos convenientemente.

Después de tantos años de sacerdocio, estoy contento; no tengo ningún remordimiento por haber celebrado mal la Eucaristía; y esto no lo digo por soberbia. Las ceremonias siempre las he celebrado bien. Y esto me consuela. Tengo tantas miserias, pero la Misa siempre traté de celebrarla bien. En las genuflexiones, a pesar de la edad, trato de tocar el piso.

Lo que dijimos del sacerdote que celebra, también se puede decir de los que participan de la santa misa. Esta es la devoción de las devociones. Admiremos y tratemos de comprender el

gran misterio que celebramos en ella. San Alfonso dice: "Muchos hacen largos viajes, van a visitar este o aquel santuario; para mí, el santuario de los santuarios ¡es el sagrario!". Él hablaba de la visita al Santísimo Sacramento; pero lo mismo y con más razón podemos afirmar de la celebración eucarística. La santa misa incluye todas las oraciones privadas, porque no somos nosotros los que rezamos, sino Jesús el que intercede por nosotros.

¿Cómo debemos participar de la misa? Ante todo reavivando la fe: tener una fe viva, una caridad ardiente, como si estuviéramos en el monte Calvario. Luego, recordando que es la renovación real del sacrificio de la cruz; pidiendo la gracia de que la participación a la misma rinda frutos en nosotros; dejando hablar al corazón para que alabe al Señor, porque quien tiene sentimientos no necesita de las palabras; confiando en su misericordia; ofreciéndonos a él; agradeciéndole por todos sus beneficios. Cada vez que participamos de la misa, pensemos en la ofrenda que Jesús hace de sí mismo al Padre y pidámosle la gracia de sacrificarnos con él en todo. Sintamos el deseo de participar de la misa.

Algo excelente es también tener la intención de participar espiritualmente de todas las celebraciones eucarísticas del mundo. "Desde la salida del sol hasta su ocaso, mi Nombre es grande entre las naciones y en todo lugar se presenta a mi Nombre un sacrificio de incienso y una ofrenda pura; porque mi Nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos" (Mal 1,11). ¡A cuántas misas podemos participar espiritualmente!

Jesús, pan vivo

148. Vengan, coman mi pan. Jesús es alimento en el Santísimo Sacramento: "Yo soy el pan de Vida" (Jn 6,48). Este es el

fin principal de su permanencia en medio de nosotros. Él nos repite: "Vengan, coman mi pan" (Prov 9,5), que es el pan de vida. Cuando ustedes comulguen, den gracias al Señor, porque pueden participar íntimamente de su sacrificio.

Quiero hacerles observar el inmenso amor que Jesús tiene por nosotros. El alimento se convierte en la sustancia de quien lo come, y Jesús dijo: "El que me come vivirá por mí" (Jn 6,57). Nos ha demostrado su amor dándose totalmente a nosotros. Y nosotros, ¿cómo respondemos a tanto amor? Dándonos a él sin medida, con amor. Santa Teresa dice que "basta una comunión bien hecha para santificar un alma". ¿Por qué nosotros, después de tantas comuniones aún no somos santos y arrastramos siempre los mismos defectos? Sí, debilidades tendremos siempre; pero al menos ofrezcamos a Jesús un deseo sincero de corregirnos y algún esfuerzo concreto. Por otra parte, no dejar la comunión sólo por estas debilidades o porque se cometió algún pecado menor. No es necesario ser santos para poder acercarse a la comunión; acerquémonos a ella para santificarnos.

149. ¡Aquí estoy, porque me has llamado! No hay que hacer la comunión por costumbre, ni por condicionamientos humanos, sino para responder al deseo de Dios y para crecer en la gracia. Esto es lo que debemos llevar a cada comunión: una recta intención, buena voluntad y fervor. Si uno va a sacar agua con un vaso, sólo llena un vaso; si va con un balde, llena un balde. Lo mismo sucede con la comunión. Comprometámonos a vencer nuestros defectos más frecuentes. Hace tiempo en los seminarios ni siquiera se conservaba el Santísimo Sacramento y la comunión se hacía sólo los domingos. También en mi época la comunión no era cotidiana. Si fuera por mí, me gustaría que la hicieran hasta dos veces al

día, si estuviera permitido... Cuando en el "Padrenuestro" piden el "pan cotidiano", pidan hacer bien la comunión.

Para obtener frutos abundantes de la comunión eucarística, además del estado de gracia, es necesario estar libres de pecados veniales y hacer una buena preparación junto a una oportuna acción de gracias. Apropiémonos de las expresiones del profeta: "¡Si rasgaras el cielo y descendieras!". Imitemos a Aman que, invitado a almorzar a lo del rey Asuero, repetía lleno de alegría: "¡Mañana seré invitado a lo del rey!" (Est 5,12). Estaba feliz por poder almorzar con el rey; nosotros debemos estar más felices por poder sentarnos en este banquete divino en el que el Señor nos hace realmente partícipes de sí mismo, ¡se convierte en nuestro alimento! Imaginemos que Jesús nos diga como a Zaqueo: "Baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa" (Lc 19,5). El Señor desea venir a nosotros y también nosotros debemos desearlo. Con Samuel digámosle: "Aquí estoy, porque me has llamado" (1 Sam 3,6). Nuestra vida debería ser eucarística. Nuestra mente y nuestro corazón deberían estar permanentemente ocupados en el Santísimo Sacramento: no sólo antes y después de la comunión y en las visitas a Jesús Sacramentado, sino también durante el día, en el estudio y en el trabajo.

Recibimos a Jesús en cuerpo, sangre, alma y divinidad, vivo como está vivo en el cielo. Acerquémonos a él con humildad, examinemos nuestro corazón, humillémonos por nuestras debilidades y expresémosle nuestros deseos. El Señor sólo nos pide amor; tampoco puede desearlo quien no lo ama. Háblémosle como a un amigo, digámosle lo que sentimos en el corazón. Mientras miramos la Hostia consagrada, imaginemos que nuestro Señor nos dice: ¡Soy realmente yo, Jesús! Por lo tanto, adorémoslo y agradezcámosle por tantos beneficios,

por la vocación, por haber correspondido tan poco; démonos totalmente a él: corazón, voluntad, etc.; pidámosle gracias temporales y espirituales para nosotros y para los demás, y ofrezcámosle actos de reparación y de consolación. Entonces, nuestras comuniones serán fervorosas; viviremos de Jesús toda la vida; todo lo dirigiremos a él. Enriquezcámonos de este espíritu de fe espiritualizándonos. ¡Felices nosotros si viviremos unidos a Jesús sacramentado! Él será nuestra felicidad en la tierra y nuestro premio en el cielo.

Jesús es el Dios con nosotros

150. Como amigo. Jesús está en el Santísimo Sacramento como amigo, por lo tanto tratémoslo como tal. Él nos quiere mucho y nosotros lo queremos mucho a él. Comprendan bien este misterio de amor para nosotros: cada vez que vamos a visitarlo, como amigo nos acoge con afecto, es más, con un encendido deseo. Respondamos a tanta bondad yendo con gusto, aun por breves instantes, permaneciendo en su presencia con fe y amor, sintiéndonos felices por esa familiaridad. Sí, tener fe; pensar que está presente allí, hacer bien las genuflectiones, evitar lo que nos distrae. Al irnos del templo, permanecer en comunión espiritual con él. ¡Entre amigos hay que mantenerse unidos! Felices ustedes si permanecerán siempre unidos a Jesús Sacramentado. Él los formará a todas las virtudes y encenderá en ustedes ese fuego que vino a traer sobre la tierra y que, por nuestro intermedio, quiere que se encienda. ¡Felices ustedes si en las misiones estarán llenos de este amor! Entonces Jesús será su sostén, su consuelo, su todo.

Nuestro Instituto debe formar misioneros y misioneras enamorados de Jesús Sacramentado. ¡Sí, vivan enamorados de Jesús

Sacramentado! Que esta sea nuestra devoción principal. Cuando está él, no falta más nada; a sus pies todo tiene una explicación, todo se arregla. Jesús Sacramentado es el centro alrededor del cual giramos continuamente. Es el centro del que parten todas las gracias para el Instituto. Es Jesús desde el sagrario quien sostiene esta casa y todas las comunidades en las misiones.

151. Gozar de su presencia. Hagamos con fe y devoción la visita al Santísimo Sacramento. Permanezcamos con gusto en su presencia. También en las misiones sigan visitando a Jesús en las capillas y hacia él dirijan día y noche el pensamiento y el corazón, como a un punto central. ¡Cuánto gozo al ver que Dios, por nuestro intermedio, va multiplicando los santos sagrarios! ¡Y cuántos más surgirán con el tiempo! Son fogones de amor para nosotros y de misericordia para la gente. ¡Qué suerte tener ya tantos en las misiones! Creo, es más, estoy seguro de que deben atraer muchas gracias sobre esas tierras.

Sólo nuestro Señor sabe dar el verdadero consuelo, para que se lo busque en él o al menos también en él, que es la fuente de toda consolación. Podemos confiarle lo que sea, que él siempre nos escuchará, nos consolará en nuestras penas y ayudará a soportarlas. Estas visitas a Jesús Sacramentado mantienen viva la vida de fe. Quiero que se vinculen con Jesús Sacramentado, de tal manera que no puedan más vivir sin él. Y cuando llega la hora de la visita, estén contentos, listos; no lamenten el tener que dejar sus otras ocupaciones.

Si el Señor nos hiciera la gracia de la adoración cotidiana, día y noche, como los Sacramentinos, deberíamos estar contentos. ¡Si nosotros también pudiéramos tener la adoración perpetua! No son pocos los Institutos que la tienen. Al menos la quiero desde el momento de mi muerte hasta el de mi sepultura. Recuérdenlo también cuando estén en las misiones. Más tiem-

po pasamos ante Jesús Sacramentado, más deseamos permanecer junto a él. Nunca nos aburrirnos cuando hablamos con él. Al hacer la visita, hablemos un poco con él, pero después dejemos que él nos hable. Estén ante él como si estuvieran ante un amigo. Si serán devotos de Jesús Sacramentado, sin dudas serán misioneros y misioneras santos.

152. "Apropiarnos" del Señor. Cuando no puedan hacer la visita a Jesús Sacramentado, piensen que él está presente en alguna iglesia, y para él no cuentan las distancias. Esto no es algo imaginario. ¡Qué hermoso es recorrer espiritualmente las iglesias: son tantas! A lo largo del día, multipliquen el deseo de estar con Jesús Sacramentado, como tantos rayos que parten de él y vuelven a él. Un pensamiento dirigido a Jesús siempre ayuda. Eso es todo: ¡saber vivir prácticamente de la fe! Quisiera que todos fueran muy devotos de Jesús Sacramentado; quisiera que sus ojos miraran tan fijamente el sagrario, que fueran tan penetrantes, al punto de poder ver a Jesús en él. No es imposible... ¡se necesita la fe!

¡Deseo tanto que se compenetren de nuestro Señor!... El que ama al Señor, nunca se cansa, tampoco se siente solo... ¡"Apropiarnos" del Señor! Quiero que amen mucho a Jesús Sacramentado con un amor que dure no sólo cuando estamos en el templo, sino siempre y en todas partes. Me gusta tanto cuando, sobre la puerta del sagrario, veo representado un pelicán. ¡Vivamos unidos a Jesús Sacramentado y gocemos de poder nutrirnos de su sangre!

Estoy muy contento de que mi habitación esté en dirección al Santísimo Sacramento; me da tanto placer. ¡Él tiene buena vista! Así, también desde la cama se extiende un hilo no sólo eléctrico, ¡sino también "telefónico"! Y esto ayuda mucho, especialmente cuando tenemos algún problema.

153. Especialmente en las misiones. Estar día y noche frente a Jesús Sacramentado, ¿es tiempo perdido? Si un misionero o una misionera creen que pueden llevar a cabo su ministerio con muchos viajes y trabajando en exceso, se equivocan. No, no, ¡hay que ser sacramentinos! Los quiero sacramentinos, es decir hijos e hijas afectuosos de Jesús Sacramentado. Este título debería poder aplicarse a todos los cristianos, especialmente a los religiosos y los sacerdotes, y más aún a los misioneros y misioneras. Ustedes, si bien son de vida activa, pueden y deben ser sacramentinos y mantener el recogimiento en la clausura de sus corazones.

Lo mismo deben hacer en las misiones cuando tengan que afrontar días difíciles y sufrimientos, los llevarán a los pies de Jesús, le dirigirán tantas flechas de amor; y así, unidos a él, podrán hacer mucho bien a los demás. Que sean tantos sacramentinos: este es el propósito que les doy y que deseo pongan en práctica. ¡Sacramentinos, no sólo Consolatinos! No basta con trabajar, también hay que rezar, reparar. Apóyense siempre en la presencia permanente de Jesús Sacramentado en ustedes y en el santo sagrario. Especialmente en las misiones, que Jesús Sacramentado sea para ustedes consejero, consuelo, ayuda. Cuando exista alguna miseria, inclusive algún pecado, recurran al Santísimo Sacramento.

La consolación más hermosa que podrán tener en las misiones es la visita a Jesús Sacramentado. Cuando estarán allí, no dejen nunca de hacerla, ningún día del año. Debemos ser sacramentinos aquí y en las misiones. Por lo tanto, sean muy devotos de Jesús Sacramentado; si tienen esta devoción, entonces lo tienen todo. Lo comprobarán en las misiones. Quiero que ésta sea la devoción del Instituto.

Todas las generaciones me llamarán feliz

9

Cooperadora de Jesús

154. Reina de los misioneros y las misioneras. Creo que faltaría a mi deber y a mi especial afecto a la Santísima Virgen, si no aprovechara de todas las ocasiones propicias para hablar de ella. La Virgen es la Reina de los misioneros y las misioneras. Es una gracia poder hablar de esto; en cierto modo estamos colaborando con el cumplimiento de su profecía: "Todas las generaciones me llamarán feliz" (Lc 1,48). En efecto, no hay ningún pueblo o aldea donde no haya una iglesia, un altar o un monumento con la imagen de la Virgen. La piedad mariana está basada en el Evangelio. ¿Hay alguien que la haya amado y honrado más que Jesús? En las bodas de Caná, en respuesta a su pedido, hizo el primer milagro. La Iglesia pone en labios de la Santísima Virgen las palabras de la Sagrada Escritura: "El que me encuentra ha encontrado la vida y ha obtenido el favor del Señor" (Prov 8,35). La piedad mariana es una necesidad. Si no tienen devoción a la Virgen, y no sólo devoción, sino una tierna devoción, ¡no podrán ser santos!

155. A Jesús por María. El deseo de la Virgen es cooperar para que la sangre de su Hijo no haya sido derramada en vano. Corredentora con nuestro Señor, Ella también ha llevado el peso de nuestros pecados. Todo lo que hiere a Jesús, la hiere

y disgusta a María. Ella quiso dar su nombre a nuestro Instituto para que colaboremos en la salvación de la mayor cantidad de almas posible. Si uno quiere salvarse sin pasar por María, se equivoca. No se puede llegar a Jesús si no es por medio de ella: ¡a Jesús por María!

La piedad mariana es un signo de predestinación. Sí, porque la Virgen no desea otra cosa que la salvación de las almas. A veces nos preguntamos sorprendidos: ¿Cómo es posible que tal persona, después de tantos años de vida desordenada, se haya convertido y haya muerto reconciliada con Dios?". La explicación la encontramos siempre en el mismo lugar: un poco de devoción a la Virgen. Conocí a alguien que desde hacía más de cuarenta años había dejado todas las prácticas religiosas, conservando sólo la pía devoción de rezar tres Avemarías todos los días. La Virgen le concedió la gracia de tener una buena muerte. Con esto no quiero decir que basten tres Avemarías mientras se sigue pecando; quiero decir que la Virgen, por un pequeño gesto de amor, incluso después de treinta o cuarenta años, induce a la persona al arrepentimiento.

La piedad mariana no sólo es garantía de predestinación, sino también de santificación. Quien quiera alcanzar la santidad sin la Virgen, es como quien pretende volar sin alas. Más recurrimos a ella para obtener gracias y santidad, más le causamos placer a nuestro Señor. Todos los santos fueron devotos de María. La homilía más bella de san Jerónimo es la que le dedicó a la Virgen. Nunca me habría imaginado que un santo como él, más bien rústico, hubiera podido ser tan tierno al hablar de ella. San Bernardo dice que la Virgen es fuente y canal. Es fuente de gracia, basta ir a buscarla; y es canal, porque todas las gracias pasan por ella. Lo que Dios puede por omnipotencia, la Virgen lo puede con la oración. La

Virgen es omnipotente por gracia. En Dios y con Dios lo puede todo. Es tesorera y dispensadora de todas las gracias. Según los santos, Ella es la omnipotencia suplicante.

156. La devoción a María nunca es excesiva. Con su ternura materna la Virgen entra en las intenciones de su Hijo. Sabe cuánto le hemos costado, conoce exactamente la voluntad de Dios que quiere que todas las personas se salven. No temen ser demasiado devotos de la Virgen, de honrarla demasiado. Más la amamos, más recurrimos a ella y más placer le provocamos a Jesús. Todos los títulos honoríficos son adecuados para María y la piedad cristiana le atribuyó todas las funciones propias de una Madre piadosa y misericordiosa. Por lo tanto, también es honrada e invocada como protectora de las santas almas del purgatorio. Verdaderamente, la Santísima Virgen es Reina, Madre y Consoladora también de esas almas. Por lo tanto, recuérdelo: si no seremos devotos de la Virgen, nunca haremos nada, ni por nosotros, ni por los demás.

Ante todo consideremos a María nuestra verdadera Madre, a ejemplo de san José Cafasso, que decía: "Acuérdense que tienen en María una segunda Madre, que los ama más que la primera, sin por ello ocupar su lugar". A una madre se le tiene confianza, se la ama. Encendamos en nosotros el amor filial a la Virgen, deseemos sentirlo cada vez más intenso en nosotros y digámosle con afecto: "¡Madre mía!". ¿Cómo no sentir cariño por la mamá? Y si se lo siente por la madre terrena, ¿por qué no por la del cielo?

Para avanzar en el camino hacia la santidad, según las enseñanzas de san Luis María Grignon de Monfort, hagámonos "esclavos" de María, como san Francisco Javier que se hacía esclavo de Jesús. A nosotros nos gusta más ser hijos; de todos modos, somos esclavos voluntarios. Esta esclavi-

tud consiste en una donación total de nosotros mismos a María. Como consecuencia práctica, hagamos todo con la Virgen, todo por la Virgen y recibamos todo de ella. San José Cafasso decía que había que tener a María como "socia" en todo. "Cuando vayan a predicar –agregaba– lleven con ustedes a la Virgen. Vayan a predicar juntos y díganle: "yo pondré la voz, pero predicarás tú". Él decía que la Virgen era su "socia". En realidad yo quería sacar la palabra "socia", pero la dijo él... Hacer todo con María quiere decir tomarla como nuestro modelo en todas las acciones: ¿cómo lo haría ella? Démonos por entero a María, en cuerpo y alma, para que disponga de nosotros como mejor le plazca y nos ayude a ser santos.

Hijos e hijas de la Consolata

157. La pupila de sus ojos. La Virgen, bajo todas sus advocaciones, es una sola; pero ustedes séanle devotos, especialmente bajo el título de "Consolata". De hecho, la Santísima Virgen, bajo este título, no es acaso nuestra Madre y no somos nosotros sus hijos e hijas? Sí, nuestra Madre muy tierna, que nos ama como la pupila de sus ojos, que pensó en nuestro Instituto, lo sostuvo en todos estos años material y espiritualmente, y siempre está lista para responder a nuestras necesidades. La verdadera fundadora es María Santísima.

No hay dudas de que todo lo que se hizo es obra de la Santísima Consolata. Ella hizo por este Instituto milagros cotidianos; hizo hablar a las piedras, llover dinero. En los momentos dolorosos, la Virgen intervino siempre de forma extraordinaria. He visto mucho, mucho... Y si ustedes estuvieran atentos, verían y comprenderían que el buen espíritu

que hay en la comunidad, el mismo deseo de hacerse buenos, todo, todo es gracia de la Santísima Consolata. Por no hablar de las gracias que nos ha concedido a lo largo del año, incluso de orden temporal, como el pan cotidiano. Sí, hasta esto le encargo a la Virgen. Nunca he perdido ni el sueño ni el apetito por los gastos enormes del Instituto y de las misiones. Digo a la Santísima Consolata: "¡Ocúpate tú! ¡Si haces buena figura, eres tú!".

158. Especialmente nuestra. La Consolata es especialmente nuestra y tenemos que estar felices de tenerla como Protectora, estar santamente orgullosos de que nuestro Instituto se llame "de la Consolata". Somos un milagro viviente de las gracias de la Virgen. Tratemos de merecer cada día más el hermoso título que nos ha dado. Somos Consolatinos. Debemos sentirnos afortunados por llevar el nombre de la Virgen. Cuando ustedes van por la calle, la gente no dice: "Son los misioneros o las misioneras", sino: "Son los Misioneros o las Misioneras de la Consolata". No pueden nombrarlos sin nombrarla a ella. Todos nos consideran los hijos menores de María y confían tanto en nuestras oraciones.

Lo repito: debemos estar santamente orgullosos de pertenecer a la Virgen bajo este título que muchos nos envidian. ¡Y cuántos nos quieren por llamarnos "Misioneros o Misioneras de la Consolata"! El nombre que llevan debe animarlos a convertirse en lo que deben ser. Es casi un error decirle a María las palabras de san Bernardo: "Muéstrate como Madre". ¡Evidentemente no necesita que se lo recordemos! Más bien, ella podría decirnos a nosotros: "¡Muéstrate como Hijo!". Somos hijos e hijas predilectos de la Consolata, pero en lo concreto, ¿vivimos como tales? El amor filial es tierno por naturaleza; necesitamos recurrir a lo largo del día a Ella, exactamente como a una madre. Quien no

tiene un poco de sentimiento y de amor particular a la Santísima Consolata, no tiene corazón, ¡y nosotros debemos tenerlo!

159. Novena y fiesta de la Consolata. Cuando comienza la no-vena en preparación a la fiesta de la Consolata, les haría una ofensa recordarles que deben hacerla bien. ¡Basta saber que nos acercamos a festejar a nuestra querida Madre para que esté todo dicho! Para nosotros, hijos e hijas predilectos de la Consolata, ¿es importante esta fiesta? ¡Es todo! No, no quiero decirles que deben prepararse; estoy seguro de que todos están bien dispuestos para hacer bien la novena y celebrar con entusiasmo la fiesta. ¡El corazón nos dice lo que hay que hacer por una madre! Por lo tanto, pongamos empeño para rendirle honor. Pidamos tantas gracias para nosotros y para el Instituto: en primer lugar que, creciendo numéricamente, se crezca también en gracia para reponder adecuadamente. Por lo tanto, que el fruto de esta fiesta sea tratar de complacer cada vez más a la Virgen y ofrecerle los mejores dones que corresponden a sus hijos e hijas. Si celebramos con intensidad de amor todas las fiestas de la Virgen, con cuánta más razón ésta que es "nuestra" fiesta, es decir nos pertenece de modo particular.

160. Oración de José Allamano a la Consolata: "Te agradezco, María, por ser desde hace ya 35 años el custodio de tu santuario... ¿Qué he hecho en estos 35 años?... Si otro hubiese estado en mi lugar, ¿qué habría hecho?... No importa. Si no lo hubiera hecho bien, no me habrías dejado tantos años. ¡Este es un signo claro de predilección!... Si hice algo mal, ocúpate tú, arréglalo tú y listo; acepta todo como si lo hubiera hecho perfectamente. No quiero complicaciones, toma las cosas tal como son; si me has dejado aquí significa que debes estar contenta!". Y me pareció que la Virgen sonreía.

Misterios marianos

161. Inmaculada Concepción. La Inmaculada Concepción de María es un misterio lleno de alegría. Es una fiesta que llega al corazón. ¡Las fiestas de la Virgen son una más hermosa que las otras! Recuerdo las celebraciones grandiosas que se realizaron en 1854, cuando fue proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción, cuando yo todavía era un niño. Más tarde, como director espiritual en el seminario, exhortaba a celebrar bien la novena y la fiesta. Pasaron tantos años y, por voluntad de Dios, me encuentro de nuevo haciendo la misma exhortación. Debemos estar contentos de que nuestra Madre sea Inmaculada desde su concepción. Un hijo se alegra por las virtudes de su madre. Por lo tanto, alegrémonos con María: "Toda bella eres María y la mancha original no existe en ti". Dios la preservó del pecado original, previendo los méritos de nuestro Señor Jesucristo. La Virgen no tenía la inclinación al mal y no podía pecar. Desde el primer instante fue colmada de Espíritu Santo, llena de gracia por encima de todas las criaturas.

"El Señor la fundó sobre las altas montañas" (Sal 86,1). Los Padres, comentando este salmo, lo aplican a la Virgen. La Iglesia, en este misterio, festeja todos los privilegios y dones que ella recibió: "¡Toda bella eres María!"; "¡Llena de gracia!". Cuando pronunciamos estas palabras, pensemos que no fueron sólo para la Virgen, sino también para nosotros: "¡Vengan a mí los que me desean, y sácience de mis productos!" (Ecl 24,18). Por lo tanto, acudamos a María con confianza y siempre. El Señor la ha convertido en depósito de la gracia.

El verdadero amor a la Virgen no consiste en el sentimiento, sino en la voluntad, dispuesta a poner en práctica lo que concierne al servicio de Dios y al honor de la Santísima

Virgen. La ternura es un agregado no necesario. Tenemos que rezar a la Inmaculada e imitarla, sobre todo en la pureza de nuestras intenciones. Nosotros somos los hijos predilectos de María y un día deberemos ser como los brillantes de su corona. Pero los brillantes deben ser purificados; por eso también nosotros debemos purificarnos y dejarnos modelar así como son trabajadas y modeladas las piedras preciosas.

162. Presentación de María en el templo. La fiesta de la Presentación de María Santísima en el templo siempre fue celebrada en Oriente, donde la devoción a la Virgen fue siempre muy rica, promovida e impulsada por tantos santos Padres, como Juan Damasceno, Juan Crisóstomo, etc. También en Occidente la Santísima Virgen era venerada bajo este misterio, pero privadamente. Fue el Papa Sixto V quien la prescribió para toda la Iglesia. Es una fiesta muy querida que me gusta tanto y que hemos propuesto al Noviciado como fiesta propia. En efecto, María Santísima, en este misterio, es un modelo para la formación religiosa, sacerdotal y misionera. Es un modelo de vida escondida, de obediencia, de laboriosidad y de caridad. Con el ejercicio de estas virtudes la Virgen se preparó para la alta dignidad de Madre de Dios. Ustedes deben hacer lo mismo como preparación para la misión.

Tengan en cuenta cómo la ofrenda que María hizo de sí misma al Señor en el misterio de su presentación al templo, ha sido rápida, total, irrevocable. Ante todo rápida. En las pinturas María es representada en el momento en que sube las escalinatas del templo; parece ir corriendo, para llegar enseguida. Respondió inmediatamente al llamado de Dios, que ama las primicias: quien da enseguida, da dos veces. ¿Y nosotros? ¿Estamos dispuestos, rápidos y alegres para el llamado del Señor? Al menos estemos preparados para responder ahora. La

ofrenda de María, además, fue total, sin reservas. Se dio por entero, con todas las fuerzas, para ser siempre y totalmente consagrada a Dios. Ella permaneció en el templo con la plena voluntad de no rechazar nada de lo que venía del Señor. ¿Y nosotros? ¿Le hemos dado todo al Señor: mente, corazón, alma? Si, después de tantas gracias, tantas luces, somos siempre los mismos, es porque no nos damos al Señor en todo y para todo. No hay que excluir nada. Por último, María se ofreció en modo irrevocable. ¿Y nosotros? También nuestra entrega debe ser irrevocable; seguir avanzando, sin detenerse. No es tan malo caerse sino no levantarse. Volvamos a empezar siempre sin cansarnos nunca. El Señor es generoso con nosotros, pero quiere que también nosotros seamos generosos con Él, que hagamos nuestra parte. Por lo tanto, pidamos esta gracia a la Virgen: que nuestra respuesta sea rápida, total, irrevocable.

163. La Anunciación a María. La Navidad es una gran solemnidad, pero la verdadera fiesta de la Encarnación del Verbo es la Anunciación a María Santísima. Saludada como "llena de gracia", se le dijo que el Señor estaba con ella y que debía convertirse en la Madre de Jesús. Incliniéndose ante la voluntad de Dios, se proclamó la Sierva del Señor. ¿Qué debemos hacer para vivir este misterio? En particular: participar fervorosamente de la celebración eucarística, en la que se proclaman esas bellas palabras: "Y el Verbo se hizo carne"; rezar bien el Avemaría, que recuerda este misterio de la Anunciación; agradecer a la Santísima Trinidad por este don de los dones, que es la Divina Encarnación; ofrecer los pequeños sacrificios de la vida y congratularnos con la Virgen por haber sido elegida para ser la Madre del Verbo Encarnado.

164. La Visitación a Santa Isabel. La Iglesia celebra el misterio de la Visitación de María a Isabel. Durante los tres meses

transcurridos con ella, María vivió una vida extremadamente ordinaria, pero no de forma ordinaria. Hacía como las mujeres cuando van a ayudar a las vecinas en circunstancias similares, es decir dando una mano en todos los servicios de la casa. Ustedes también deben santificarse del mismo modo y hacer todas las cosas bien y sólo por amor a Dios. ¡Qué difícil es que hagamos todo con recta intención! Lo importante no es hacer mucho, sino hacerlo todo bien.

Este misterio nos enseña que María Santísima es el canal de todas las gracias. En efecto, fue al sentir su voz en el saludo a santa Isabel que Juan Bautista exultó en el seno de la madre y fue santificado. Proclamada por Isabel "bendita entre las mujeres", dio gloria y honor a Dios con el cántico del Magnificat. El p. Henri Didon escribe: "El Magnificat sobrepasa cualquier capacidad humana; es el más espléndido grito de alegría que haya podido surgir de un corazón humano. María no piensa en su propia bajeza y se exalta únicamente en Dios. Predice su gloria, pero en eso ve sólo el triunfo de Dios".

El Magnificat contiene palabras de la Sagrada Escritura. Tiene diez versos y se divide en tres partes. En la primera, María exalta los beneficios concedidos por Dios sólo a ella, especialmente la Divina Maternidad: "Mi alma canta la grandeza del Señor, porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora...". El Señor miró su pequeñez, la nada de su servidora, la exaltó, hizo cosas maravillosas en ella, de forma tal que todas las generaciones, llenas de admiración, ¡la llamarán feliz! En la segunda parte, María exalta los beneficios otorgados por Dios a la humanidad a lo largo de la historia: "Su misericordia se extiende de generación en generación...", primero al pueblo elegido, luego a los paganos y a todos los que temen al Señor. "El Todopoderoso ha hecho en mí grandes

cosas, desplegando la fuerza de su brazo...". ¿Qué obras? Humillar a los soberbios y elevar a los humildes; saciar a todos aquellos que tienen hambre de justicia y de verdad. "Colmó de bienes a los hambrientos...": significa que el Señor siempre está listo para colmar de bienes a aquellos que lo desean. En la tercera parte, María vuelve al beneficio soberano de la redención iniciada en ella misma al concebir a Jesús, y extendida a todas las generaciones futuras, "como había prometido a Abraham": que en él todas las generaciones habrían sido bendecidas, porque de su estirpe habría nacido el Redentor. Tratemos de meditar con frecuencia el Magnificat, rezándolo o cantándolo con el espíritu y el entusiasmo con que la Virgen lo proclamó, identificándonos con sus mismos sentimientos.

165. La Dolorosa. El 20 de septiembre, día de mi primera misa, celebré la liturgia de Nuestra Señora de los Dolores. Debemos serle devotos. El culto a los dolores de María Santísima es uno de los más amados por ella y eficaces para nosotros. Meditemos seguido cuánto le hemos costado a la Virgen, porque ella estuvo íntimamente vinculada a la pasión de nuestro Señor; todos los dolores de él se proyectaron sobre el corazón de la Madre. Ya desde que fue elegida para ser la Madre del Redentor, Dios le preanunció, con la profecía de Simeón, el martirio incruento que iba a tener que soportar. Toda la vida de María Santísima, como la del Señor, fue cruz y martirio. Sólo un corazón delicado es capaz de compadecer a la Madre en sus grandes dolores. La Madre no puede no apreciar un homenaje de ese tipo, y no sólo ella, sino también el Hijo. Este es un deber de todos los cristianos, pero especialmente nuestro que, como hijos e hijas de la Consolata, tenemos el deber especial de consolar a nuestra madre, hacer que realmente sea "Consolata". No por nada llevamos este título.

San Alfonso dice que María Santísima fue la Reina de los mártires, porque su martirio fue más largo y doloroso que el de todos los mártires juntos. San Bernardo explica que María Santísima fue mártir en el espíritu. Todo lo sufrió por nosotros y nuestra salvación. Meditando los dolores de la Virgen que cada uno diga: "¡Ha sufrido por mí!". No sólo debemos cultivar esta devoción por amor y agradecimiento hacia nuestra Madre, sino también por nuestro provecho. San José Cafasso dice que es útil durante la vida y cuando estamos cercanos a la muerte. Como cristianos, y más aún como misioneros y misioneras, todos debemos sufrir. ¿Quién nos sostendrá? La mejor ayuda la recibiremos de María Santísima. Ella nos ayudará en todos los sacrificios que encontraremos y también a arrepentirnos de nuestros pecados con una ayuda especial, especialmente si estamos cercanos a la muerte.

Durante el rezo del rosario, cuando mediten los misterios dolorosos, cuando piensen en nuestro Señor sufriente, piensen también en los sufrimientos de la Virgen. Ella lo acompañó en este camino de dolor desde el Getsemaní hasta el Calvario. El culto a la Dolorosa rompe la dureza de nuestros corazones y nos permite gustar de la oración. ¡Honremos y consolemos a la Dolorosa, nosotros que somos hijos e hijas de la Consolata!

166. Asunción. Esta es la fiesta más solemne que la Iglesia, desde los primeros siglos, celebra en honor a María. San Ambrosio escribe: "Como María Santísima es la Madre de Jesús, que es la cabeza de la Iglesia, en cierto modo ella es la Madre de la Iglesia".

En esta fiesta conmemoramos el Tránsito de la Beata Virgen y su gloriosa Asunción al cielo en cuerpo y alma. San Juan escribe en el Apocalipsis que ha visto en el cielo una Mujer vestida de sol, con la luna bajo los pies, y en su cabeza

una corona de doce estrellas (cf Apoc 12,1). Esta mujer es símbolo, sobre todo, de la Iglesia y las doce estrellas representan a los Apóstoles. Los santos Padres ven en esta Mujer resplandeciente como el sol, a María Santísima. Ella resplandece en el cielo como el sol, que es Jesús, porque está a su derecha: "Una hija de reyes está de pie a tu derecha: es la reina, adornada con tus joyas y con oro de Ofir" (Sal 44,10). El mejor modo de celebrar la fiesta de la Asunción es imitar a la Virgen en el modo en que se preparó, durante esta vida, para recibir en el paraíso la gloria de la que ahora goza. A imitación suya, hagamos permanentes gestos de desapego de la tierra y de las cosas terrenales, y tratemos de vivir cada día como si fuera el último de nuestra vida. ¡Qué afortunados seríamos si pudiéramos morir, como María, de amor a Dios!

En la Liturgia de las Horas la Iglesia nos hace cantar esta bella antífona: "Ave Reina del Cielo". ¡Cantémosla y recémosla frecuentemente con afecto y alegría, gozando de que nuestra querida Madre sea elevada tan alto, hasta ser coronada como Reina del Cielo! Por lo tanto, ¡ánimo! ¡Ojos y corazón en dirección al paraíso! ¡Y no sólo hoy, sino siempre!

Oraciones a María

167. Avemaría. La oración más excelente a la Santísima Virgen ciertamente es el Avemaría. ¿Cómo nació esta plegaria? El arcángel Gabriel, por encargo de Dios, dijo: "¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!" (Lc 1,28). Santa Isabel, inspirada en el Espíritu Santo, pronunció las palabras: "¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!" (Lc 1,42). La Iglesia, inspirada también ella por el Espíritu Santo, agregó las otras palabras.

¡Cuántas veces se reza el Avemaría! En el Angelus, tres veces al día; cincuenta veces en el rosario. Por lo tanto, ¡cuántas veces lo rezamos en un día, en un mes, en un año! ¡Cuántos Avemarías a lo largo de toda una vida! San Alfonso explica que, con este saludo, en cierto modo le volvemos a hacer sentir a María la alegría de la Anunciación. Recémosla siempre bien, identificándonos con los sentimientos del Ángel, de santa Isabel y de la Iglesia. Cada vez que rezamos el Avemaría deberíamos hacerlo con tanto entusiasmo que se nos debería salir el corazón por la boca. Si lo gustáramos, si lo recitáramos con amor en vez de decirlo a las apuradas, podríamos meditar cada una de sus palabras.

168. Salve Regina. Después del Avemaría, la oración más bella y útil es el Salve Regina. San Alfonso la llama una "devotísima oración en la que se encuentran descritas la misericordia y la potencia de la Santísima Virgen". Esta oración se compone de tres partes. La primera, "¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve!", es como un proemio en el que nos dirigimos a María Santísima con cinco títulos honoríficos. La Virgen es Reina y es Madre. Es "Reina", ¡y cuántas veces en las letanías la invocamos con este título! Es "Madre" de misericordia que nos ha sido dada por nuestro Señor. Los otros tres títulos los comparte con Jesús, que es nuestra verdadera "vida", "dulzura" y "esperanza". La segunda parte es una súplica. Pidamos a la Virgen que nos ayude en este "valle de lágrimas", que sea nuestra abogada ante su Hijo, para que obtengamos las gracias que necesitamos aquí en la tierra, ¡para así un día poder ver y gozar del fruto bendito de su vientre: Jesús! Después viene la tercera parte, que es la imploración final, la cual, se dice, tuvo origen en este hecho: en una iglesia se cantaba el Salve Regina y, al finalizar, san

Bernardo, que estaba presente, gritó: "¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!". Los santos estaban enamorados de esta oración, así como del Avemaría.

169. Rosario. Tantas veces han oído hablar de la excelencia del santo rosario: tanto en sí mismo como por la estima que le tuvieron los sumos pontífices y los santos, así como por las numerosas gracias espirituales y temporales que nos concede a nosotros y a los demás para la vida temporal y la vida eterna. El rosario es una oración vocal y mental. Como oración vocal, hace parte de la misma, ante todo, el Padrenuestro. San Agustín dice que es una oración breve, pero en la que no ha sido excluida ninguna gracia. El padre José Bruno¹ solía repetir la afirmación, atribuida a Tertuliano, que el Padrenuestro, con sus siete pedidos, es como un compendio del Evangelio. Del Avemaría ya hemos hablado. Estas dos oraciones contienen lo mejor para rezarle al Señor y a la Virgen.

Además, el rosario es una oración mental. Es la mejor meditación sobre la vida del Señor y de María, meditación que vuelve suave su rezo. No es necesario meditar todo el tiempo cada misterio, pero si podemos, mejor. Ni siquiera es necesario aferrarse a los misterios determinados para tal o cual día. En el rezo privado uno puede hacer lo que más le guste. Por ejemplo, durante la Cuaresma puedo rezar y meditar cada día los misterios dolorosos. Cuando se medita, dice san Agustín,

¹ P. Bruno José (1826-1907), de los padres felipinos, celante párroco de la iglesia de san Eusebio, más conocida como San Felipe, en Turín. Además que del can. Soldati, José Allamano recibió del p. Bruno el característico amor a las sagradas ceremonias, incluso las más pequeñas. Cf. La biografía anónima *Chi era il P. Bruno* (Quién era el P. Bruno), Turín 1908. José Allamano cita con frecuencia su texto *Conferenze al Clero* (Conferencias al Clero), Turín 1909, pp.347.

debemos dejarnos llevar por el corazón. Si lo rezamos de esta manera, el rosario sacia el corazón y el espíritu, haciéndonos sentir un nuevo impulso hacia esta santa oración.

Algunos objetan: "¡Se repite siempre la misma oración!". El amor, dijo Lacordaire, cuenta con una sola palabra; más se la repite, más es dulce y siempre nueva. Cuando uno quiere a su mamá, no necesita de muchas palabras para decírselo. ¿Se puede uno cansar de repetir: Ave María? Podríamos estar en éxtasis durante todo el día con sólo meditar estas palabras: ¡Ave María! Es aburrido repetirla para quien no ama a la Virgen, para quien no tiene espíritu. Si la primera vez la dije con fervor, la segunda la diré con entusiasmo. Amen y estimen esta práctica; no la sientan como un peso. Grábenla en sus corazones e inclúyanla entre sus propósitos.

170. Mes de María. Como hijos e hijas de la Consolata, vivamos bien el mes dedicado a María Santísima. Si todos deberían ser afectuosos con María, con más razón los misioneros y las misioneras. Por lo tanto, tratemos de santificar este mes honrándola y creciendo cada vez más en el amor hacia ella. Sobre todo recen bien, lo mejor que puedan y unan a la Virgen con el Señor todo el día. El Reina del Cielo o el Angelus, el rosario y las otras invocaciones en honor de la Virgen, rezarlas con corazón sincero y entusiasmo. Quisiera que la Virgen estuviera realmente contenta de ustedes.

Hacer sacrificios en honor de María está bien, pero vale más la imitación de sus virtudes. Por lo tanto, tratemos de vivir este mes -mes de gracias particulares- esforzándonos por crecer en la virtud que la Virgen nos sugiera. Oraciones, homenajes, actos de virtud: esto es todo lo que debemos hacer en este mes para honrar a María. Mientras tanto, pidamos al Señor un amor constante, fuerte, confiado en Ella, como hacia

una madre. ¡Qué bella y plena es la vida cuando se es devoto de María! Quiero que para ustedes sea "mes de María" todo el año, porque deben estar como enamorados de la Virgen. Ella sigue haciéndonos ver que ama a nuestro Instituto. ¡La he puesto como patrona y protectora para que se ocupe ella! Por todas partes tenemos la imagen de la Consolata: saludémosla de corazón.

Con los ojos dirigidos al Señor **10**

Palabra de Dios

171. El corazón de Dios en su Palabra. En el libro de los Macabeos se lee que Areios, rey de los Espartanos, le escribió a Jonatán para renovar la antigua alianza con el pueblo judío, ofreciendo en su ayuda sus propias tierras y sus propias armas. Jonatán, que era sumo sacerdote, le dio esta hermosa respuesta: "No tenemos necesidad de esas cosas, porque encontramos el consuelo en los Libros santos que están en nuestras manos" (1 Mac 12,9). Para consolarlos en medio de tantas tribulaciones bastaba la Sagrada Escritura. Lo mismo repetía san Pablo a los Romanos: "Ahora bien, todo lo que ha sido escrito en el pasado, lo ha sido para nuestra instrucción, a fin de que, por la constancia y el consuelo que dan las Escrituras, mantengamos la esperanza" (Rom 15,4). Con esto quería decir que la lectura de la Sagrada Escritura fortifica nuestra esperanza y nos consuela en las tribulaciones de la vida.

Los santos consideran a la Sagrada Escritura depósito de todo sostén. Los primeros Padres de la Iglesia, Jerónimo, Agustín, Ambrosio, etc. no tenían libros de teología. La Sagrada Escritura era su libro. San Jerónimo llega a afirmar que nuestra vida vale muy poco si ignoramos a la Sagrada Escritura. "En ella –dice san Gregorio Magno– debemos

reconocer el corazón de Dios". Y san Agustín: "No hay enfermedad del alma que no encuentre remedio en la Sagrada Escritura". San Carlos Borromeo, interrogado sobre el motivo por el que no iba nunca a pasear al jardín, respondió que su jardín era la Sagrada Escritura. Los Santos encontraban en ella una fuente de consolación y de vida. La Palabra de Dios penetra como una espada en el alma y se ocupa de todas nuestras necesidades.

172. Palabra de Dios útil, viva y cálida. Muy excelente en sí misma, la Sagrada Escritura es de suma utilidad para nosotros y para nuestro ministerio. Lo expresa muy bien san Pablo a Timoteo: "Toda la Escritura está inspirada por Dios, y es útil para enseñar y para argüir, para corregir y para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer siempre el bien" (2 Tim 3,16). ¡Vean qué importante es la Sagrada Escritura para nosotros y para los demás! Allí está todo; es Palabra de Dios, palabra viva y cálida. San Jerónimo escribía: "Que la Sagrada Biblia no caiga nunca de nuestras manos, que el sueño nos sorprenda siempre con el libro entre las manos".

Leer la Sagrada Escritura enciende en nuestros corazones el amor a Dios. Señor, tus palabras son fuego y, si son fuego, calientan. Miren los discípulos de Emaús: han acompañado al Señor sin reconocerlo. Luego, cuando se dieron cuenta de que era él, exclamaron: "¿No ardía acaso nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24,32). ¡Las palabras de nuestro Señor son fuego!

Benedicto XV, en ocasión del 15º centenario de la muerte de san Jerónimo, en 1920, escribió la Encíclica *Spiritus Paraclitus* en la que, entre otras cosas, confirma que toda la Sagrada

Escritura debe considerarse inspirada por Dios, y recomienda su estudio para la piedad y la predicación. Unos años antes, también el Papa León XIII había promulgado la Encíclica *Providentissimus Deus* para animar al estudio de la Sagrada Escritura, definiendo su inspiración divina. Recordemos, entonces, que toda la Escritura es "Palabra de Dios" y, por lo tanto, apreciémosla y estudiémosla como tal. Nuestra biblioteca es una de las más ricas en Sagrada Escritura. También en las misiones tendrán una pequeña biblioteca.

173. Leer y examinar las Escrituras. ¿Cómo acercarnos a las Escrituras? ¿Cómo usarlas? Ante todo, leerlas y, después, examinarlas atentamente: "Ustedes examinan las Escrituras [...]; ellas dan testimonio de mí" (Jn 5,39). Por lo tanto, no las lean sólo superficialmente; tomen, por ejemplo, pocos versículos y deténganse sobre ellos. San Agustín afirma que las palabras de Dios tienen una profundidad maravillosa. Son como un pozo profundo, que exige esfuerzo para sacar el agua, pero ese esfuerzo es dulce y consolador. Se equivocan los que creen que basta tener en la mano las Sagradas Escrituras para entenderlo todo. Dios se revela sólo a los simples, mientras se esconde a los soberbios. Hay que estudiar la Sagrada Escritura con humildad, sencillez y según las enseñanzas de la Iglesia. La Imitación dice: "Quien quiere comprender bien y gustar las palabras de nuestro Señor Jesucristo debe esforzarse en asimilar su propia vida a la vida de Él". Se podrán y deberán usar los criterios de interpretación, pero tomados de fuentes sanas.

Otras disposiciones para leer bien la Sagrada Escritura son la pureza de vida y, después, la oración: rezar mientras se lee, pidiendo al Señor que nos ilumine. Además, gran respeto, como san Carlos Borromeo, que la leía con la cabeza descu-

bierta y de rodillas. Por último, leerla con ese espíritu con el que fue escrita. Si tenemos estas disposiciones, la Sagrada Escritura nos hará bien.

174. Nuestro libro. La Sagrada Escritura perfecciona a aquellos que la estudian y los prepara para cumplir cualquier obra buena; concede todas las gracias, todas las virtudes, todos los medios para santificarse. Es un verdadero tesoro, un depósito de medicinas en el que podemos encontrar todo aquello que necesitamos. En él se encuentra el remedio para todo; se encuentra todo lo que puede ser útil para nosotros y los demás. ¿Ven?, cuando uno tiene algún problema o está preocupado por el futuro, que lea un texto de la Sagrada Escritura y encontrará el consuelo.

Les digo todo esto para que sigan leyendo atentamente la Sagrada Escritura, para que aprendan a amarla. Es nuestro libro. Quien lee la Biblia se llena de buen espíritu. No sólo conocer el libro inspirado, sino también gustarlo, convertirlo en un alimento vital. San Agustín decía que si se trataba de interpretar a la Sagrada Escritura para nuestro bien espiritual, que nos sintiéramos libres, ya que todas las aplicaciones están bien. Sucede como para las inspiraciones; no es necesario que provengan de lo que se ha leído; con tal de que nos hagan bien, podemos seguirlas.

¡Ah, la Escritura! ¡Más la leemos, más se estudia y más uno la ama y la disfruta! En el Instituto la Sagrada Escritura siempre tuvo el primer lugar, y siempre será así. Este es el primer estudio, el más importante que forma parte de todos los cursos teológicos, y que se debe seguir estudiando. En las misiones deberá ser su lectura cotidiana y su consuelo. En los momentos difíciles estudien la Sagrada Escritura. Habría que estudiarla toda y meditarla. Esta es una escuela que no termi-

na más. Amémosla mucho, especialmente los Evangelios y las Cartas de san Pablo. ¡Quiero que amen la Sagrada Escritura!

Oración

175. Recen siempre sin desanimarse. Hay que vivir de la vida interior. Que cada una de nuestras acciones, espiritual o material, empiece en Dios y termine también en Él. Este es el espíritu que debe acompañarnos cada día y todos los días; sólo así nuestra vida será toda del Señor. Ciertamente la primera, la más excelente y potente oración es la Santa Misa. Hacia ella, como hacia un centro, confluyen todas las otras oraciones. Santo Tomás dice que la oración eleva la mente, el corazón, toda el alma a la presencia de Dios. ¿Es necesario rezar? El Señor recomienda la oración: hay que "orar siempre, sin desanimarse" (Lc 18,1); "Estén prevenidos y oren" (Mt 26,41). San Pablo exhorta: "Oren sin cesar" (1 Tes 5,17). Además, el Señor nos da el ejemplo: "En esos días, Jesús se retiró a una montaña a orar, y pasó toda la noche en oración con Dios" (Lc 6,12); "En medio de la angustia, él oraba más intensamente" (Lc 22,44). Así hicieron los apóstoles: "De esa manera, podremos dedicarnos a la oración" (Hch 6,4).

Rezar es necesario para vivir bien. San Agustín afirma que quien aprende a rezar bien, aprende a vivir bien. De san Martín de Tours se dice que su vida era una oración permanente: tenía los ojos y las manos siempre elevados al cielo. Quien reza, responde a la vocación y es fiel a la misma. La perseverancia en la vocación es una gran gracia de Dios, que no se obtiene sino rezando mucho y bien. Por experiencia, puedo afirmar que todos los que rezan conservan la vocación. En tiempos de mons. Gastaldi algunos se lamentaban de que

hiciera rezar demasiado a los seminaristas, considerando que, tal vez, fuera mejor dedicar más tiempo al estudio. Pero él no se rindió. Luego nos decía: "Me dicen, queridos seminaristas, que los hago rezar demasiado. ¡No, no, (y aquí se encendía en el gesto y en la voz) los hago rezar demasiado poco!" Lo mismo les digo yo a ustedes: nunca se reza lo suficiente.

San Agustín recomendó a sus hijos la piedad, es decir el espíritu de oración. Parecería más adecuado que un doctor de la Iglesia, el más excelente filósofo y teólogo que haya existido, recomendara a los discípulos el estudio para adquirir mucha ciencia. En cambio no, les recomendó la piedad. Los santos saben apreciar la devoción y la prefieren a todo, sabiendo bien que "la piedad es útil en todas las cosas". Si hay piedad, hay unión con Dios y todo lo demás viene por añadidura, porque el Señor nos da las gracias que necesitamos, cuando rezamos bien. Antes de morir dijo estas palabras: caridad y piedad. Y saben que esas palabras dichas en ese momento son sagradas, son el testamento.

176. Cuanto más trabajo tengan, más deberán rezar. La oración es especialmente necesaria para los sacerdotes, los misioneros y las misioneras. San José Cafasso decía que el sacerdote debe ser un hombre de oración; que la oración (usaba un término un poco material, pero expresivo) es su oficio. Si un sacerdote no reza demasiado, no es un verdadero sacerdote. ¿Qué decir del misionero o de la misionera? ¿Qué pueden hacer quienes no conocen ni siquiera el medio que los ayuda a estar unidos a Dios? ¿Cómo podemos hacer el bien si no estamos unidos a él? Se hace más en un cuarto de hora después de haber rezado, que en dos horas sin oración. Nuestras palabras no valen nada sin la gracia de Dios. Nuestro primer deber — ¡recuérdenlo siempre! — no es matarse trabajando, sino rezar.

Además, san José Cafasso decía: "¡Me dan pena los sacerdotes que tienen demasiado trabajo!". La afirmación "quien trabaja, reza", tomada así a la ligera, no es correcta. Quien trabaja por obediencia y necesidad, refiriendo el trabajo a Dios, reza. Pero eso no quita que deba rezar de verdad, aun quitándole un poco de tiempo a las obras de apostolado. Recuerden la expresión de san Bernardo: debemos ser no sólo canales, sino caracoles. Los canales dejan pasar toda el agua, sin retener nada para sí; los caracoles, en cambio, primero se llenan ellos y luego dejan pasar lo que sobra a los demás.

Oigan a san Pablo: "Yo planté y Apolo regó, pero el que ha hecho crecer es Dios. Ni el que planta ni el que riega valen algo, sino Dios, que hace crecer" (1 Cor 3,6-7). No somos nosotros los que hacemos, es nuestro Señor; si él no bendice, todo es inútil. Da pena sentir decir: "¡No puedo rezar porque tengo que predicar tanto!". Sí, tú predicas, ¡pero estás gritándole al viento! Pregúntenle a san José Cafasso si omitió alguna vez el breviario, el rosario, la meditación ¡sólo porque tenía mucho que hacer! Si no tenía tiempo de día, rezaba de noche. ¡Entonces sí que podía componer aquellas bellas prédicas y esas apasionadas oraciones a Jesús Sacramentado!

En fin: ¡es tan fácil confundir las cosas! Ante todo, tenemos que hacernos santos nosotros, primero rezar, después hacer el bien a los demás. ¡Amemos la oración! ¡Sí, rezar, rezar bien! No creer que el tiempo dedicado a la oración es tiempo perdido. Alguien dice: "¡en estos tiempos se necesita acción, acción!". Sí, sí, trabajar; pero hay más necesidad de la oración que de otras cosas. Necesitamos del espíritu de Dios. Lo mismo en las misiones: No crean que se va sólo a trabajar. Cuanto más trabajo tengan, más deberán rezar. Algunos, con la excusa de hacer el bien a los demás, no rezan más, ni para sí ni para los

demás; aun más, se vuelven inútiles para sí y para los demás. Les digo todo esto, porque quiero que se conviertan en hombres y mujeres de oración, ¡desde la mañana hasta la noche!

177. El Señor no da piedras a cambio de panes. Recemos con la confianza de obtener lo que pedimos. Dios es omnipotente e infinitamente bueno; desea y puede darnos las gracias que necesitamos; sólo debemos pedirselas. El que sabe rezar bien, le ata las manos a Dios y lo obliga a concederle lo que pide. Ciertas personas rezan temiendo no obtener lo que piden: "¿Quién sabe si el Señor me concederá esta gracia?". Al Señor no le gusta esta fe débil. Hay que tener confianza y decir: "¡La quiero!". Tenemos que arrancarle las gracias al Señor con nuestra fe. Se necesita mucha confianza para poder ser un poco audaces, un poco "prepotentes", para pedir milagros. El Señor no se ofende por eso.

Recemos con humildad. Si nos acercamos al Señor como el fariseo y le decimos: "Mira lo que he dejado por ti, los sacrificios que he hecho, etc.", regresaremos con las manos vacías. La actitud que debemos tener al rezar debe ser la humildad: "Padre, no merezco nada, pero contando con los méritos de tu Hijo, te ruego me concedas la gracia que necesito". Los pedidos de gracias tienen que pasar primero por el arroyo que es María Santísima, después por el río que es nuestro Señor y llegar al mar que es el Padre.

Recemos con perseverancia, sin desanimarnos si Dios no responde enseguida a nuestras oraciones. Golpeemos a su puerta: si no nos abre, golpeemos más fuerte; si eso no basta, ¡rompamos la puerta! El Señor mismo nos enseña a proceder de este modo en la parábola del hombre que fue a molestar al amigo durante la noche, hasta que obtuvo el pan que deseaba (cf. Lc 11,5-9).

Generalmente, cuando para obtener alguna gracia se hace una novena a los santos, no se la recibe enseguida; pareciera que los santos no escuchan por ser la primera. Se hace una segunda novena, y el santo comienza a escuchar; se hace una tercera, y el santo se abre a nuestro pedido y nos obtiene la gracia. Pero si no recibimos la gracia solicitada, pensemos que ni siquiera un hilo, ni una palabra de nuestras oraciones han caído en el vacío. La oración no es tiempo perdido; la necesitamos para hacer el bien.

178. Rezar la liturgia de las horas. La liturgia de las horas es definida por san Benito: "obra de Dios", y por san Buenaventura: "imitación del concierto celestial". Así como en el cielo los ángeles y los beatos elevan a Dios una alabanza incesante, del mismo modo la Iglesia eleva a Dios, a través de la liturgia de las horas, una alabanza perenne. Este pensamiento está bastante bien expresado en el himno litúrgico para la fiesta de la Dedicación de las Iglesias: "En la celestial demora - siempre resuena la alabanza - y con canto incesante - viene exaltado Dios Uno y Trino. - Nosotros en la alabanza a ellos nos unimos - imitando el alma de Sión".

Al rezar la liturgia de las horas nos identificamos con los sentimientos expresados en ella. Por ejemplo, rezando los salmos, recordemos lo que dice san Agustín: "Si el salmo gime, giman; si reza, recen; si goza, gocen; si espera, esperen, si teme, teman". ¡Observen qué hermosas son las palabras de la Iglesia! Es más, estas son palabras del Espíritu Santo. Habría que disponer de días enteros para poder gustarlas adecuadamente. Recuerdo que cuando era seminarista me había propuesto leer todos los salmos durante las vacaciones. No puedo decir que lo haya llevado a cabo integralmente, pero me lo había propuesto; y así me di cuenta que siempre hay

algo que aprender. Cuando uno se acerca a la ordenación, debería leer todos los salmos para comprenderlos bien.

Observemos las indicaciones de la Iglesia con respecto al tiempo para la oración de la liturgia de las horas. Tener mucho trabajo no nos debe llevar a postergarla. Rezada con tiempo, es un dulce peso. Con respecto al lugar, si es posible, récenla en el templo, que es la casa destinada a la oración. La liturgia de las horas es la oración más excelente, después de la misa. ¡Que alabar a Dios sea una de nuestras principales ocupaciones, como lo será por toda la eternidad!

179. Meditar para apasionarse. Debemos despertar en nosotros un ardoroso amor de Dios, sobretodo con la oración bien hecha y la meditación cotidiana, que es el fuego con el que se enciende el alma. Quiero que todos se convenzan de lo importante que es la meditación o la oración mental, que aprendan a hacerla bien y a tomarle gusto. Ella es necesaria para que adquieran el espíritu de piedad, crezcan en el amor de Dios y eviten el pecado. San Alfonso dejó escrito que todos los santos se santificaron con la oración mental y que, por lo tanto, ella es el camino más breve para alcanzar la santidad. Además, es necesaria para hacer el bien a los demás, como está escrito: "Feliz el hombre [...] que se complace en la ley del Señor y la medita de día y de noche. Él es como un árbol plantado al borde de las aguas, que produce fruto a su debido tiempo, y cuyas hojas nunca se marchitan: todo lo que haga le saldrá bien" (Sal 1,2-3).

Distingamos la meditación en sentido amplio y en sentido formal. La primera puede ser hecha por cualquier persona durante todo el día. "¡Cuánto amo tu ley, todo el día la medito!" (Sal 119,97). También las personas simples pueden meditar cuando, por ejemplo, yendo al campo, empiezan a decir: "¡Señor, te agradezco por el buen tiempo que nos mandas!".

Luego, en el trabajo: "¡Señor, es por ti que hago esto!"; también dirigiendo de vez en cuando el pensamiento a Dios. Es esta la meditación de la que hablan los santos, y de la que recomiendan su necesidad. Un día vino a verme un campesino cuya hija había decidido hacerse religiosa. Le dije que iba a rezar para que el Señor lo ayudara a enfrentar ese sacrificio. Él me respondió: "Sí, rece, porque necesito de oraciones; yo no rezo porque siempre estoy distraído". Pero en pocos minutos me habló espontáneamente de tantas cosas profundas en relación a la fe y a los sentimientos que me demostró que ante cualquier cosa sabía elevar el pensamiento a Dios. Esta no es la meditación formal, pero es verdadera meditación, así como lo es también el rezar despacio, reflexionando sobre las palabras. De esta manera, se puede meditar en cada acción que se realiza, y de todo puede obtenerse un pensamiento que nos ponga en presencia de Dios.

Para los cristianos, la meditación en este sentido amplio basta. Pero nosotros nos comprometemos también a hacer meditación formal, la cual consiste prácticamente en leer un texto y reflexionarlo, con el fin de poner en movimiento la voluntad hacia afectos y decisiones concretas. Se toma el texto que nos ha impactado más y se medita haciendo actos de amor, de agradecimiento y de alabanza. La meditación es un trabajo de la mente, pero para dar calor al corazón. Repito: no basta simplemente con razonar, también son necesarios los afectos y los propósitos. Doy por descontado que uno no debe empezar a meditar si está distraído. Ante todo, tenemos que ponernos en la presencia de Dios. Por lo tanto, se lee ese texto que nos ha impactado más; pero, luego, no es necesario meditar sobre cada palabra; es mejor detenerse en un solo punto, si el corazón ha encontrado allí su alimento; después se rumia

como hace el buey después de haber comido. Se termina la meditación pidiéndole al Señor que nos ayude a mantener nuestros propósitos, que deben ser pocos y prácticos.

Esta mañana, por ejemplo, medité sobre la parábola del buen grano y la cizaña. Pensé: mi corazón es como un campo; ¿en él ha sido sembrado buen grano? Debería ser así, pero, lamentablemente, la cizaña tampoco falta. Cizaña puede ser esa maldad, esa imperfección; es cizaña tardar en el cumplimiento de un acto de obediencia. ¡Señor, cuánta cizaña! Concédeme la gracia de destruirla enseguida, no quiero demorarme en extirparla. Y luego: ¿mi siembra ha perdido fuerza? ¡Si pudiera ser bella y próspera! Por eso, en este día quiero que todo lo que haga sea grano puro; por lo tanto, evitaré tal o cual circunstancia, etc. Comprometámonos seriamente en hacer bien la meditación y a no dejarla nunca; cuando le hayamos encontrado el gusto, siempre encontraremos el tiempo para hacerla. Por lo tanto, recuerden siempre las palabras de san Alfonso: debemos considerar como perdido el día en que no hayamos hecho la meditación.

180. Puntos de referencia a lo largo del día. La oración mental no basta, también es importante la oración vocal, para manifestar externamente a Dios los afectos internos. Cuando uno está lleno del amor de Dios, cuando siente tanto fervor, le es espontáneo manifestar sus propios sentimientos: esto se logra con la oración vocal. Las oraciones vocales son necesarias, así como es necesario el culto externo, que es su sostén y casi la consecuencia natural del culto interno. Cuando en el Evangelio Jesús nos dice: "Recen", no se refiere sólo a la oración mental, sino también a la oración vocal.

¿Cómo hay que rezar vocalmente? Ante todo, no es suficiente rezar sólo con los labios. El Señor, por medio de Isaías,

regañaba al pueblo judío de esta manera: "Este pueblo se acerca a mí con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Is 29,13). No alcanza con repetir tantos "Padrenuestros". La oración supone la atención de la mente y el afecto del corazón. Prestar atención a lo que se dice, entender y seguir su significado, hablarle a Dios de corazón a corazón.

La oración vocal puede ser comunitaria o individual. Es verdad que la oración comunitaria tiene mucha fuerza y que el Señor la escucha con gusto, como Él mismo lo prometió en el Evangelio. Por lo tanto, en la oración común comprometámonos a unir nuestra voz a la de los demás. La Iglesia quiere que recemos, entonces recemos; y no sólo individualmente, sino como comunidad, Los que están en las misiones también se unen a nosotros en esta oración, de modo tal que es el cuerpo del Instituto el que reza en unión con la Iglesia. Las oraciones comunitarias deben referirse a las individuales, las cuales es mejor que sean pocas y bien dichas.

En nuestro Instituto están prescriptas diferentes oraciones vocales comunitarias. Por eso les pregunto: ¿para qué están distribuidas a lo largo del día? Para que nos ayuden a santificarlo manteniendo vivo en nosotros el amor a Dios durante las diferentes acciones. San Pablo nos exhorta: "Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre" (Col 3,17). Las oraciones vocales son los puntos de referencia esparcidos a lo largo de la jornada para hacernos entrar en nosotros mismos y mantenernos unidos a Dios. Hagamos el propósito de rezar bien las oraciones vocales, con piedad interna y externa, y sin tanto apuro. Nunca hay motivos para rezar apurados. La oración vocal, si es bien dicha y despacio, también es oración mental.

181. Espíritu de oración. Como sabemos, Jesús dice que debemos rezar siempre (cf. Lc 18,1); esto significa ser como revestidos del espíritu de oración, tal como la ropa nos reviste el cuerpo. Nosotros rezamos por la mañana, por la noche y varias veces a lo largo del día; pero estos son actos de oración, no hábitos que forman el espíritu de oración.

¿Por qué después de tantos días, meses, años realizando esos actos de piedad, estamos aún tan lejos de la perfección? Y esto no lo decimos sólo por humildad, sino partiendo de la realidad. La respuesta no puede ser sino esta: o no los hacemos bien, o no tratamos de sacar provecho de los mismos. En un campo, en una vid, no basta con sembrar o plantar bien una buena semilla, sino que, después, también hay que cuidar lo sembrado hasta el final de la cosecha. Debemos salir de todos los ejercicios de piedad como si saliéramos de un jardín donde hemos recogido un ramo de flores, para poder sentir su perfume a lo largo del día.

Además, es necesario vivir recogidos, evitando las disipaciones y permaneciendo ante la presencia de Dios. La disipación es como el viento que arrastra todas las cosas. Evidentemente, se necesita tiempo y esfuerzo para formarnos en el recogimiento; pero lo necesitamos. Luego, en las misiones, será aún más difícil, a causa de sus ocupaciones. El recogimiento es absolutamente necesario para poder sacar provecho de lo que se hace; de lo contrario, nos quedan esas especies de oasis que son las prácticas espirituales, pero fuera de ellas, todo es árido. Cuando, después, no podemos tener la mente fija en Dios, basta referir nuestras acciones a él y todo se convierte en oración. En esto consiste el espíritu de oración, que ayuda mucho a la vida interior.

Un misionero y una misionera deben ser capaces de mantener el recogimiento en cualquier lugar; saber pasar del estu-

dio o del trabajo a la oración; permanecer unidos a Dios con una elevación permanente del corazón, o al menos frecuente; en fin, trabajar con mucho empeño y, al mismo tiempo, rezar. Si no tienen este espíritu, no serán nunca buenos misioneros y misioneras. Podrán creer que lo son, pero en realidad, no lo son. ¡Felices ustedes si tratarán siempre de avanzar en la vida interior, con el espíritu de recogimiento y oración!

182. En presencia de Dios. Lo ideal es que lleguemos a vivir continuamente en presencia de Dios, que es uno de los medios más eficaces de santificación. Ya el Señor había dicho a Abrahán: "Yo soy el Dios Todopoderoso. Camina en mi presencia y sé irreprochable" (Gén 17,1). Muchos de los patriarcas son alabados justamente por haber caminado en presencia de Dios, como Henoc, que siguió los caminos de Dios" (Gén 5,22); o Noé, hombre justo e íntegro entre sus contemporáneos que "siguió siempre los caminos de Dios" (Gén 6,9). ¡Qué elogio! ¡Siempre caminaban ante la presencia de Dios! Por lo tanto, cuando se camina en presencia de Dios, se hacen las cosas bien, con perfección.

Es realmente necesario que vivamos, que respiremos, que nos perdamos en Dios. "Mis ojos están siempre fijos en el Señor" (Sal 24,15). Me gusta mucho esta frase y tienen que recordarla. Dirijamos siempre los ojos hacia el Señor, así como los ojos de Dios están continuamente dirigidos hacia nosotros. ¡Dios me ve! Los ángeles y los beatos gozan en el paraíso, porque "están constantemente en presencia de mi Padre celestial" (Mt 18,11). Nosotros, aún sin verlo con los ojos del cuerpo, si estamos acostumbrados a estar en su presencia, gozamos del paraíso en la tierra. ¡El Señor es todo el paraíso!

Un modo de vivir en presencia de Dios es reflexionando sobre su inmensidad: "En él vivimos, nos movemos y existi-

mos" (Hech 17,28). No podemos dar ni siquiera un paso si no es en Dios. San Ambrosio afirma que "Dios está afuera, Dios está adentro, Dios está en todas partes". Otra forma es considerar que el Señor Jesús está presente en nuestros templos. Él está en el Santísimo Sacramento con su presencia real, así como real es nuestra presencia ante él, porque la distancia no cuenta para él. Por lo tanto, hagamos que la presencia de Jesús Sacramentado sea habitual y familiar. Él me mira y yo lo miro, y nuestras miradas se encuentran en el amor. Otro modo más para vivir en presencia de Dios consiste en considerar su inhabitación en nosotros: "El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él" (Jn 14,23). San Pablo dice: "¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?" (1Cor 3,16). ¡Qué pensamiento profundo y consolador! ¡Nosotros somos verdaderamente el templo de Dios!

José Cafasso hizo imprimir muchos cartelitos, que después pegó por todas partes, con la frase: "¡Dios me ve!". Ya había hecho lo mismo Cottolengo en la Pequeña Casa de la Divina Providencia. Repitamos seguido: "¡Dios me ve!". Nunca olviden que están en presencia de Dios. Eso no dificulta para nada el ejercicio de nuestros compromisos. Uno puede dedicarse totalmente al propio deber y a Dios. Recuerden que, para vivificar las acciones cotidianas es necesario aferrarse a estos medios. Son cosas que nos impactan, cosas que causan placer. ¡Prueben y verán si no es un paraíso!

Caminar en el Espíritu 11

Examen de conciencia

183. Conscientes de lo que somos. Todos los santos y maestros del espíritu han alabado el examen de conciencia, definiéndolo como uno de los medios más eficaces para superar los defectos y obtener frutos de conversión y de santificación. Ese gran maestro espiritual que fue san Ignacio, en cierto modo lo estimaba más que la oración vocal y la misma meditación, diciendo que el Señor en la meditación nos hace ver lo que debemos hacer, pero es el examen de conciencia el que nos permite saber si lo hacemos. A sus primeros discípulos, entre los medios de santificación, después de los sacramentos, aconsejaba el examen de conciencia. Dubois, excelente director espiritual, dice: "Cada sacerdote —y yo agregó: cada misionero y cada misionera— que hace bien su examen de conciencia cada día, seguramente será santo. El que, en cambio, lo descuida, cometerá siempre las mismas faltas, y nunca las corregirá".

Con respecto al modo de hacer el examen de conciencia, les propongo el de san Ignacio: poniéndose en presencia de Dios, renovar la fe y agradecer por los bienes recibidos; pedir luz para conocernos a nosotros mismos hasta el fondo del corazón, hasta la raíz: que nos haga conocer no sólo nuestros pecados y defectos, sino también sus causas; examinarlos

sobre nuestros pensamientos, palabras, obras y omisiones; encender en nosotros el dolor por las faltas cometidas; hacer propósitos prácticos.

Si después de haber prometido no caer, caemos de nuevo, no debemos desanimarnos, sino recomenzar una y otra vez. El Señor bendice nuestros esfuerzos. Amen el examen de conciencia, no sólo ahora, sino durante toda la vida, incluso en las misiones. Pongan en práctica estas cosas y también ustedes darán grandes pasos en el camino de la santidad.

Lecturas espirituales

184. Un rocío fecundo para nuestra vida. Cuando hablamos de lecturas espirituales nos referimos a las lecturas que se hacen sobre un libro de ascética u otros parecidos, con el fin de formarnos al espíritu sacerdotal, religioso y misionero. San Jerónimo aconseja a Nepociano: "No descuides el ejercicio de la lectura cotidiana". San Francisco de Sales agrega que las lecturas espirituales son el aceite de la lámpara de la oración.

Las lecturas espirituales pueden favorecer la conversión de las personas. San Ignacio, por ejemplo, fue convertido por una lectura espiritual. Lo mismo le sucedió a san Agustín. Las oraciones y las lágrimas de su madre aún no habían logrado alejarlo de la vida mundana y de los errores; tampoco las conferencias de san Ambrosio lograban convencerlo. Él mismo afirma que las pasiones dominaban su corazón. Así pasó años dudando, hasta que un día tuvo ante sus ojos aquella frase de san Pablo: "Como en pleno día, procedamos dignamente: basta de excesos en la comida y en la bebida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias. Por el contrario, revístanse del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de

la carne" (Rom 13,13-14). Esto bastó para que cambiara de vida. Ante esa simple lectura, todas sus dudas se disiparon.

San Jerónimo explica que, en la oración, somos nosotros los que le hablamos a Dios, en la lectura espiritual, en cambio, es Dios quien nos habla a nosotros. Ante cualquier lectura se puede decir: "¡Habla, porque tu servidor escucha!" (1Sam 3,10). Tratemos de que lo que leemos penetre en nuestros corazones. No conformémonos con leer para aprender, sino para alimentar el espíritu. Cualquier lectura debe ser recibida con un buen espíritu y con sencillez; ¡entonces sí que es como un rocío fecundo para nuestra vida! Aprendamos a sacar provecho de todo. Somos como un guardarropa, donde se amontonan telas sobre tela. De esta manera, en las misiones nos daremos cuenta de que tendremos un depósito lleno de tantas cosas buenas y útiles. Es necesario que, después de cada lectura espiritual, uno se quede con algún buen sentimiento, alguna reflexión, para gustarla más tarde.

La Imitación de Cristo es un libro que me ha acompañado durante toda la vida. He regalado tantas copias, pero la mía la he conservado conmigo y me ha servido. En el seminario había hecho un compendio de la misma; cada mañana leía algún punto, que luego rumiaba a lo largo del día. Es imposible leer la Imitación sin sentirse tocado por sus palabras. Contiene expresiones que reconfortan el corazón, como por ejemplo: "¡Hijo, que de ninguna manera te derriben las fatigas que has emprendido por mí!"; "Que todo nuestro empeño sea meditar la vida de nuestro Señor Jesucristo".

Sacramento de la Reconciliación

185. Amor a la Confesión. San Juan afirma que "la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado" (1Jn 1,7); por lo

tanto, también de nuestros pecados cotidianos, "porque todos faltamos de muchas maneras" (Sant 3,2). Agradecemos al Señor que nos ha dado este gran beneficio de la Confesión y sepamos servirnos de la misma para nuestra santificación. Este sacramento nos confirma en el bien y en la pureza de conciencia. El padre Bruno dice que la Reconciliación es el gran medio para adquirir una pureza de vida cada vez mayor. También san Agustín afirma: "Si quieres salud, belleza y santidad, ama la Confesión". San Juan Bosco afirma que en ninguna otra práctica se ejercen tantas virtudes como en este sacramento: la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, etc. El que se confiesa con frecuencia está más preparado para recibir la gracia del Señor.

186. Con espíritu de fe. Confesarse bien. Esto es importante. La primera condición para confesarse bien es la de acercarse con espíritu de fe, ver a Jesús en cualquier confesor. Hay que reavivar la fe, pensando que nos confesamos con nuestro Señor y que él nos dice: "Yo te absuelvo".

La segunda condición es hacer bien el examen de conciencia. Sin dejarse llevar por los escrúpulos, ni confesando las virtudes o los pecados de los demás, sino los pecados verdaderos, advertidos, voluntarios, incluso los pequeños. Que nuestro examen sea sobre todas nuestras acciones, palabras, pensamientos, y no sólo sobre las dos o tres cosas de siempre.

187. Ir a las raíces. Examinémonos, además, sobre la causa de los pecados que confesamos. Por ejemplo: he faltado a la caridad. Está bien, pero vayamos más allá. ¿Por qué lo hiciste? Porque tienes un poco de envidia de esa persona. Por lo tanto, no confesemos sólo los actos externos contra la caridad, sino también la causa interna que es la envidia: falté a la caridad por envidia. Se trata de buscar las raíces de nuestros pecados.

¿Cómo es posible que, después de tantas confesiones, de tantos propósitos, estamos siempre en el mismo punto, cometemos las mismas caídas, seguimos con los mismos defectos? Porque nunca fuimos a la raíz de los mismos; nos conformamos con examinarnos superficialmente, sin penetrar hasta el fondo de nuestra alma y así descubrir el porqué de esas permanentes faltas contra la caridad, de esos actos de orgullo. ¡Abajo, abajo ese muro que no nos deja ver bien las raíces más profundas de nuestras pasiones! Por lo tanto, exámenes limpios y confesiones sinceras.

Además debemos sentir dolor por haber pecado. Es aquí donde más fácilmente fallamos. Como normalmente nos confesamos por pequeñeces, vamos a confesarnos sin dolor. No es necesario sentirlo, sino desear tenerlo. Sin embargo, no debemos volver siempre sobre las culpas cometidas. Cuando un pecado es perdonado, no piensen más en él, para que el Señor no tenga que decirnos: ¿hasta cuándo seguirás sufriendo? (cf. Sal 4,3). Estemos atentos y apreciemos oportunamente este sacramento. Es una santa práctica y no debemos sentirlo como un peso.

Retiros espirituales

188. Ejercicios espirituales. Nuestro Señor solía retirarse a un lugar apartado para rezar y pedía a los apóstoles que lo acompañaran: "Vengan ustedes solos a un lugar desierto, para descansar un poco" (Mc 6,31). La misma propuesta les hace a ustedes para que dejen todas las demás ocupaciones y se retiren en soledad para los ejercicios espirituales. Los ejercicios son una gracia muy grande, son realmente días muy fecundos. Son días de paz en los que debemos ser agradecidos al Señor.

Preparémonos con la oración, pidiendo con frecuencia que el Espíritu Santo venga en nuestra ayuda, para que no recibamos en vano la gracia de Dios. Para hacer bien los ejercicios es necesaria una preparación remota. Dispongan el espíritu, la mente y el corazón, antes de entrar en la gran oración de los ejercicios espirituales, para aprovechar las gracias que el Señor tiene preparadas para ustedes. Además prepárense con generosidad diciendo: "Quiero que estos ejercicios sean los mejores de toda mi vida". Por lo tanto, predispónganse desde ahora a no poner obstáculos a la gracia.

¿Qué harán durante estos días? Rezar más, rezar con placer, rezar bien: esto es lo primero. Después están las meditaciones y los tiempos dedicados a las reflexiones. Las palabras del predicador ayudan, pero son ustedes los que deben ir hasta el fondo de sus corazones. ¡Si pudiéramos abrirlo, si pudiéramos sondearlo hasta sus fibras más íntimas! Pero para lograrlo es necesario el silencio. Sin embargo, no basta el silencio externo de palabras y miradas; también es necesario el silencio interno: estar recogidos. Reflexionen sobre lo que han oído, méditenlo, rúmienlo. En fin, estén unidos a Dios y hablen con él. Sólo Dios y mi alma. El tiempo de los ejercicios es un tiempo muy valioso y no hay que desperdiciarlo en lo más mínimo. No sólo debemos hablarle nosotros a Dios, sino dejar que también él nos hable. Decirle con Samuel: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1Sam 3,9); y luego, escucharlo. Es necesario estar dispuestos a hacer lo que el Señor quiere de nosotros.

Examinen bien si siguen los ejemplos del Señor Jesús en quien encontramos todas las virtudes, para imitarlo. Si todos deben ser imitadores de Jesús, con más razón los misioneros y misioneras. Sobre todo estén atentos a los defectos más frecuentes; en general son aquellos a los que prestamos menos atención.

Por último están los propósitos, que deben ser prácticos, sobre el defecto preponderante, o sobre la virtud que más nos hace falta desarrollar. San Santiago dice que la Palabra de Dios no sólo debe ser escuchada, sino también puesta en práctica. No basta con escribir los propósitos sobre un papel: "Pongan en práctica la Palabra y no se contenten sólo con oírla, de manera que se engañen a ustedes mismos" (Sant 1,22); entonces los propósitos serán una gracia de Dios y les proporcionarán bendiciones. Cuando respondemos a los dones de Dios, estos se multiplican; y con frecuencia basta una buena decisión. Todos los santos eran como nosotros; sintieron la voz del Señor, se entregaron a él, le respondieron afirmativamente. ¡Ustedes deben hacer lo mismo!

189. Retiro mensual. En el retiro mensual nos ocupamos "de lo único que es necesario" (cf. Lc 10,42), para despertarnos, renovar los propósitos de los ejercicios espirituales y volver al fervor primitivo. Pero hay que hacerlo bien. ¿De qué manera? El retiro mensual es, ante todo, un día de silencio. Sin embargo estén atentos para que no sea un silencio mudo, sino locuaz con Dios. Silencio y recogimiento. Que todo lo que hagamos en este día sea como una oración.

Lo más importante es el examen sobre el defecto preponderante y, particularmente, sobre el progreso en la virtud particular que nos comprometimos a hacer crecer en nosotros. ¡Felices las comunidades y feliz nuestro instituto si se realiza bien el retiro mensual! ¡Es una santa práctica que nuestro Instituto nunca perderá! De ella me espero mucho bien para nosotros y para nuestro apostolado.

Modelos e intercesores¹ **12**

San José

190. San José es el patrono de la Iglesia y, por lo tanto, es el patrono de las misiones, que forman parte de su esencia. También es nuestro especial protector; después de la Santísima Consolata viene él. El Evangelio lo llama "Justo" (Mt 1,19). Fue el ser más justo después de nuestro Señor y de la Virgen. Fue justo en la observación de la ley y de los mandamientos; justo en las palabras, en los juicios, en las obras. Pidámosle esta justicia, que es sinónimo de santidad. Seamos devotos de este gran santo. Por bien que lo honremos, nunca será como lo hizo el Señor, siéndole obediente durante tantos años.

1 Para José Allamano todos los santos podían ser propuestos como ejemplos de vida para sus misioneros y misioneras, justamente por su compromiso con la santidad. Pero algunos eran más idóneos por las características con las que él se sentía en una sintonía particular o por su relación más directa con la evangelización. Aquí presentamos algunas de las figuras más citadas por José Allamano durante sus conversaciones formativas y de las que ha hecho una presentación específica.

San José Cafasso era uno de los principales modelos que Allamano proponía con mayor frecuencia. Pero en esta lista no ha sido incluido. El motivo es que José Alamazo nunca habló de él específicamente, ya que José Cafasso aún no tenía una fiesta litúrgica propia porque no había sido aún beatificado. Sin embargo, el espíritu de José Cafasso emerge continuamente en las charlas espirituales de José Allamano, como se puede comprobar abundantemente en las páginas de este libro.

San José, después de María Santísima, es el primero al cual debemos recurrir en medio de nuestras necesidades espirituales y temporales. Santa Teresa dejó escrito: "No recuerdo haberle rezado a san José para pedirle una gracia y que no me la haya concedido". También Don Bosco solía decir: "¡San José nunca dejó de concederme todo lo que le he pedido!". Recuerdo que, cuando era niño, Don Bosco me decía: "Para tener salud e inteligencia, recurre a san José". Él es un gran intercesor ante Dios. Por lo tanto, cuando estarán en las misiones, diríjase a él en todas sus necesidades, incluso temporales. Primero pidámosle las gracias espirituales que, luego, nos concederá también las otras. Pidámosle por nosotros, por la comunidad, por las misiones, por toda la Iglesia.

Para honrar a un santo no basta con rezarle, también hay que imitarlo. Les propongo a san José como especial modelo de fidelidad y de vida interior. Él no hizo milagros, no predicó, y sin embargo fue santo por su humildad y fidelidad en las pequeñas cosas. Fidelidad a las pequeñas cosas, este es el secreto de las comunidades. La gracia que le he pedido para ustedes es que tengan una fidelidad sólida, de la mañana hasta la noche, sin desanimarse. Su vida, además, fue siempre una vida interior, por eso es el protector particular de las personas consagradas. Quien no sabe rezar, quien no sabe meditar o hacer silencio, que se ponga en sus manos. En las misiones tendrán una vida muy agitada; imiten a san José que, en medio de todas sus obras externas permanece siempre unido a Jesús y a María, por eso su corazón se encendía con el ardor de esos dos corazones.

También imítelo en su vida humilde, escondida y laboriosa. Trabajaba y se mantenía gracias al fruto de su trabajo. El Señor lo condujo por el camino común del trabajo, de la

vida oculta, del sacrificio. Pero san José trabajaba con "espíritu". Se dedicaba atentamente al cuidado del Señor y de la Virgen; nosotros debemos hacer lo mismo cuando honramos a Dios. Trataba de hacer felices a Jesús y a María de todas las formas posibles; nosotros también deberíamos hacerlo todo por el mismo motivo.

También pidámosle a san José que infunda en nosotros el amor a la Virgen y a la virtud de la castidad. ¡Ciertamente debía de ser castísimo si el Padre le confió la protección de Jesús y de María! Digámosle de corazón: "San José: haz que vivamos una vida santa y siempre segura bajo tu protección".

Agradezcan a san José por la protección que nos da; y no sólo ahora porque estoy yo, que me llamo José, sino también después, cuando ya no estaré más. Esta devoción debe estar "encarnada" en ustedes. Después de nuestro Señor y de la Virgen viene san José, sin necesidad de buscar a otros.

San Juan Bautista

191. San Juan Bautista es el patrono de la diócesis de Turín y, para nosotros, es fiesta. Cuando él nació, la alegría se difundió por todas las montañas de Judea, entre parientes y conocidos; mientras el padre, Zacarías, enmudecido por la desconfianza que mostró ante el anuncio del ángel, recuperó el habla y entonó el hermoso canto del "Benedictus", en el que Juan es proclamado "profeta del Altísimo" y "precursor del Mesías".

Puede ser considerado el tipo y modelo de los misioneros y misioneras en la vocación, en la preparación y en la vida apostólica. Elegido para preparar el camino al Señor, tuvo una misión divina: fue "enviado por Dios" (Jn 1,6). No como los otros profetas, que predijeron la venida del Mesías e indicaron

los signos que habrían indicado su inminencia. Él dispuso los corazones para recibirlo con la penitencia. Cuando después Jesús se manifestó, lo presentó al pueblo de esta manera: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29), y envió a sus discípulos hacia él. Después de recibir el bautismo de Juan, Jesús comenzó su misión en la tierra.

Ustedes también, por especial gracia de Dios, desde toda la eternidad, fueron predestinados no sólo a la vida, no sólo al cristianismo, sino al apostolado. Por lo tanto, el Señor los enriqueció con un físico sano, con un espíritu capaz de amarlo y hacerlo amar. Agradézcanle por esta predilección. No, no están aquí por casualidad. Él los eligió para ser misioneros y preparar el camino al Señor entre los no cristianos. Lo precederán con el testimonio de sus virtudes, con la predicación y la administración de los sacramentos.

¿Cómo se preparó san Juan a su gran misión? Fue santificado por Dios en el seno materno; le fue dado un nombre especial, que significa "gracia"; y, en el momento de su nacimiento, se dieron muchos prodigios. Por su parte, respondió a la vocación y se preparó a las misiones retirándose en el desierto y viviendo una vida de penitencia. Del mismo modo ustedes, recibida la primera educación de sus padres, se esfuerzan formándose a la misión con la oración, el estudio y la educación de las pasiones.

San Juan vivió especialmente cuatro virtudes, que les propongo a ustedes, porque son necesarias para formar a un verdadero misionero, a una verdadera misionera: la penitencia, la castidad, la humildad y el ardor misionero. Ante todo la penitencia: él dejó todo y a todos para retirarse en el desierto, donde se vistió sólo con una piel de camello y se alimentó con miel selvática y langostas, es decir conformándose sólo con lo

necesario. Ustedes también, para prepararse al apostolado, deben formarse al espíritu de penitencia, no sólo la penitencia interna, sino también la externa, como tantas veces les dije. Es decir, deben realizar pequeñas mortificaciones, tan útiles en las misiones.

Juan el Bautista fue casto, es más, fue mártir de la castidad. Fue decapitado por orden de Herodes por haber defendido la integridad del matrimonio. Por eso, ustedes deben ser castos y puros, de modo tal que, con su ejemplo, puedan animar a todos los que se acercan a ustedes al amor y a la práctica de esta virtud. Su testimonio de vida atraerá la benevolencia y el respeto de la gente y harán mucho bien. Además, san Juan el Bautista fue muy humilde. Cuando el Señor se presentó ante él para hacerse bautizar, sólo aceptó hacerlo por obediencia. Frente a la multitud se declaró indigno de desatar los cordones de las sandalias del Mesías. Y cuando Jesús comenzó su vida pública, desapareció: "Es necesario que él crezca y yo disminuya" (Jn 3,30). También el misionero y la misionera deben ser humildes. Harán el bien en la medida en que serán humildes, atribuyendo todo a Dios y nada a sí mismos. Por último, Juan el Bautista, después de la preparación en el desierto, se dedicó a la predicación para predisponer los corazones a recibir al Señor; y en este ministerio demostró celo y fortaleza hasta la muerte. Ustedes no fueron llamados a ser Trapenses o Cartujos, sino misioneros y misioneras: a trabajar para la extensión del Reino del Señor, sacrificando para este fin inclusive la propia tranquilidad.

A veces se me cruzó por la mente la idea de no ocuparme más ni de ustedes ni de los sacerdotes jóvenes, para ocuparme más de mí mismo. "¡No, no! — me dice el Señor — yo quiero que me des a conocer por medio de estos sacerdotes, de

estos misioneros y misioneras. Luego, cuando estarás en el paraíso, me contemplarás todo lo que quieras". A veces me encierro en mi habitación y dejo que suene el timbre... Es para no volverme árido, no derramar todo afuera, todo a los demás. En fin, se hace lo que se puede.

Juan el bautista, con una vida de sacrificio y de celo se convirtió en un gran santo e, incluso, después de tantos siglos, es honrado sobre la tierra, mientras nadie habla más de tantos otros que, aquí en la tierra, hicieron tanto ruido. Queridos míos, ánimense con estos ejemplos y traten de perfeccionarse en aquellas virtudes de las que él nos ha dado ejemplo. De él se dijo que era "una luz ardiente y resplandeciente"; del mismo modo ustedes deben arder de amor a Dios, para ser luz en medio de los pueblos.

Santos Pedro y Pablo

192. San Pedro. Tenía una fe viva. Cuando el Señor interrogó a los apóstoles: "¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre?", ellos le respondieron: "Unos dicen que es Juan el Bautista, otros Elías, y otros Jeremías o alguno de los profetas". Que los hombres digan esto está bien; pero "y ustedes, ¿quién dicen que soy?". Respondió Simón Pedro: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (cf. Mt 16,16). ¡Qué hermosa profesión de fe! Lo declaró verdadero Hijo de Dios y lo hizo públicamente. Entonces el Señor le prometió hacer de él la piedra fundamental de su Iglesia, dándole el supremo poder de desatar y atar sobre la tierra.

La fe de san Pedro se manifestó también en otras circunstancias, como cuando Jesús hizo la promesa de dar su Carne como alimento y su Sangre como bebida, y muchos se escan-

dalizaron y se fueron. Entonces el Señor se dirigió a sus apóstoles: "¿También ustedes quieren irse?". Pero Pedro respondió: ¡No, Señor, nosotros estaremos siempre contigo, porque "¡tú tienes palabras de vida eterna!" (cf. Jn 6,68). Y así en muchas otras circunstancias, demostrando ser uno de los primeros, es más el primero por la fuerza de su fe. Es verdad que el Señor predijo la triple negación, pero también es verdad que enseguida agregó: "Yo he rogado por ti, para que no te falte la fe" (Lc 22,32).

San Pedro era todo fuego de amor por Jesús. Después de la resurrección él lo interrogó: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" (Jn 21,15). Pedro, recordando el haberlo renegado, no se atrevía a decir que lo amaba más que a los demás, y sólo respondió: bueno... confío en tu corazón: "Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero" (Jn 21,17). De este amor Pedro hacía brotar el compromiso de hacer amar a Jesús, de soportar tanto cansancio apostólico hasta el martirio.

Miren, lo que distingue a los apóstoles, a los misioneros y las misioneras es el amor por nuestro Señor. No un amor simple, afectuoso, sensible, sino fuerte en medio de los sufrimientos. No ese amor que dura sólo un día. ¡San Pedro no amó de esa manera! El Señor quiere que quien colabora en la salvación de las almas tenga un amor fuerte y constante. Cada uno de nosotros debería poder decir que ama a Jesús más que a todos los demás, o al menos que desea amarlo así. Y esto, sépanlo bien, ¡no es soberbia!

193. San Pablo. San Juan Crisóstomo dijo: "¡El corazón de Pablo era como el Corazón de Jesús!". ¡Una misma llama! En sus cartas, Pablo no se cansaba de repetir el nombre de Jesús; de cómo no le importaban las fatigas y los sacrificios con tal de salvar almas: "De buena gana entregaré lo que tengo y

hasta me entregaré a mí mismo, para el bien de ustedes" (2 Cor 12,15). Y es, justamente, este amor ardiente hacia el Señor el que lo impulsaba a darse a todos, como si hubiera estado en deuda con ellos. Quien ama actúa; si alguien no se compromete es porque no tiene amor. Él trabajaba por este único motivo: amar y hacer amar al Señor.

Un amor profundo que lo llevaba a exclamar: "¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo?" (Rom 8,35). Y concluía diciendo que nada ni nadie habría podido separarlo: ¡ni los hombres, ni los demonios, ni los ángeles! Y no eran puras palabras, porque, en efecto, nunca se desanimó ante las persecuciones, las flagelaciones, las lapidaciones, los peligros por tierra y por mar, los ataques de sus enemigos.

También nosotros hagámoslo todo para que el Señor sea glorificado y amado por todos. Así se demuestra el amor: trabajar, cansarse, sacrificarse por él; no dejarse separar de él por ninguna tentación, ninguna prueba, ninguna dificultad; atribuirlo todo a él y nada a nosotros mismos. Este es el amor que tenemos que pedirle a san Pablo: amor ardiente, operativo, constante.

Además del amor, otra característica de san Pablo es la energía, la tenacidad, el ardor. Fue tan tenaz en la evangelización de los no cristianos cuanto lo había sido precedentemente en perseguir a los cristianos. Después del trayecto hacia Damasco, "una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso con su resplandor. Y, cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Él preguntó: *¿Quién eres tú, Señor?*". "*Yo soy Jesús, a quien tú persigues*" (Hech 9,3-5). Entonces él respondió con estas hermosas palabras: "Señor, ¿qué quieres que haga?", que era como decir: "¡Sí, Señor, te reconozco como mi Dios, me doy a ti totalmente, listo para

hacer todo lo que quieres que haga!". Sin concederle nada a la carne y a la sangre, puso su carácter ardiente a disposición del Señor, para la propagación de la fe. ¡Cuánta energía tenía! Aquellos que son tenaces hacen mucho bien. Necesitamos gente enérgica. Ser tenaces de carácter. El que es enérgico se santifica. Pueden hacerse santos sin hacer milagros, ¡pero no sin trabajar! Sin energía no podrán hacer el bien en las misiones. ¡Coraje, energía, voluntad de hierro! Pero para esto hay que amar mucho a nuestro Señor, amarlo sin medida, como lo amó san Pablo. No olvidemos nunca al apóstol de los gentiles. Él es nuestro protector y modelo natural.

San Ignacio de Loyola

194. En el santuario de san Ignacio, a los pies de la gran estatua, hay un ángel que lleva el escudo del santo con la frase: "Ad majorem Dei gloriam". Toda su vida, toda la misión está sintetizada en estas palabras: De hecho, su lema era: "¡Todo para la mayor gloria de Dios!". No se ocupaba de otra cosa que no fuera la gloria de Dios.

San Ignacio fue misionero, fundador y superior de misioneros; por lo tanto, conoció sus necesidades y los protege desde el cielo. Apenas fundada la Compañía de Jesús, junto a los primeros compañeros hizo el voto de ir a Tierra Santa para venerar esos lugares y dedicarse a la evangelización. Al no poder realizar este deseo, fue a Roma para ponerse a disposición del Papa. En las Constituciones incluyó un voto de "Misión" y envió a san Francisco Javier a las misiones junto a tantos otros jesuitas.

Ignacio es un gran santo, que tuvo la energía para santificarse en medio de tantas peripecias y fundar una Congregación de Religiosos enérgicos, para la gloria de Dios. Era uno

de los protectores de san José Cafasso. No obstante gozase del bien que hacía la Compañía que había fundado, decía que si el Señor hubiera querido suprimirla, habría sufrido, pero le habría bastado un cuarto de hora de oración ante el sagrario para volver a recuperar la paz del corazón.

¿Qué debemos hacer en su honor? Ante todo, invocarlo, rezarle. Cuando digan esa hermosa oración: "Anima Christi",² recuerden que es atribuida a san Ignacio. Díganla siempre después de la Comunión; yo no la descuido nunca. San Ignacio escribió pocas oraciones, pero muy eficaces para despertarnos, porque estaba lleno de amor al Señor.

Además, tenemos que imitarlo buscando la gloria de Dios, sólo la gloria de Dios, la mayor gloria de Dios. Estamos en este mundo sólo para conocer, amar y hacer amar al buen Dios. Él sólo podía crearnos para él, por eso nosotros debemos buscarlo sólo a él, buscar su mayor gloria, haciendo su voluntad. Hagamos todo lo que le gusta al Señor; busquemos no sólo el bien sino lo mejor; deseemos, preocupémonos por hacer que el Señor sea glorificado. San Ignacio tenía este deseo ardiente; el fuego del amor y del apostolado le quemaba el corazón. Obremos de manera tal que el Señor no tenga que avergonzarse de nosotros. San Ignacio no era un flojo y yo no quiero flojos, sino personas alegres y activas, que no se disipen. También quiero voluntades de hierro: capaces de

² La oración completa es: "Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confórtame. Oh buen Jesús, óyeme. Dentro de tus llagas, escóndeme. No permitas que me aparte de ti. Del enemigo malo, defiéndeme. En la hora de mi muerte, llámame y mándame ir a ti, para que con tus santos te alabe, por los siglos de los siglos, amén". Esta oración que José Allamano atribuye a san Ignacio, es en realidad algunos siglos anterior a él.

santificarse, y que todo lo que hagamos aquí y en las misiones, ¡sea para la mayor gloria de Dios!

San Francisco Javier

195. San Francisco Javier es patrono de nuestro Instituto. Enseguida, después de san Pablo, él es el modelo de los misioneros y las misioneras. Su vida, según el padre Chaignon, se sintetizaba en estas palabras: "Todo de Dios, todo del prójimo, todo de sí mismo".

Todo de Dios: Cuando fue de España a París, se dedicó por entero a los estudios filosóficos, para ser maestro. San Ignacio, habiendo ido él también a París, le repetía permanentemente: "¿Quid prodest, para qué sirve?" Oh, Francisco, ¿para qué te sirve adquirir tanta ciencia, tanto honor, si después pierdes tu alma? Esta palabra fue el punto de partida de la conversión de Francisco. Luchó dentro de su corazón bueno y recto, y superó tentaciones muy violentas; luego se entregó totalmente a san Ignacio, para que lo formara y lo dirigiera por los caminos de Dios. "¿Para qué sirve?". Estas palabras dieron un santo a Dios y a la Iglesia, convirtieron a muchos ya sumergidos en las cosas del mundo y han poblado los desiertos de santos ermitaños. Francisco se dio totalmente a Dios; no fue un misionero de los que empiezan a trabajar con entusiasmo pero después, ante la primera dificultad, se abaten y desisten. Él se mantuvo firme ante los enormes obstáculos que surgían en su camino; obstáculos de tal magnitud que uno solo de ellos habría hecho retroceder a un gigante.

Desde el momento en que se consagró al servicio de Dios, Francisco no tuvo otro objetivo que amarlo y hacerlo amar. Vivió siempre con el deseo de glorificarlo en él mismo y en

los demás. Obediente a san Ignacio, partió para la India; de la India pasó al Japón, y desde allí deseaba ir a la China. Soñaba con volver a Europa para convertir a los malos cristianos; ir a África, para luego volver a Asia y conquistar siempre nuevos reinos para nuestro Señor Jesucristo. Todo lo hacía para la mayor gloria de Dios, según las enseñanzas y el lema de san Ignacio. También nosotros preguntémos: "¿Para qué sirve?", "¿para qué vine?", y alejémonos de todo lo que es mundano, para ser totalmente de Dios. Encomiéndenle a él la vocación, para responderle plenamente, constantemente. No esperen a ser santos en los días en que el Señor se hace sentir. Aridez o no, trabajen siempre para la gloria de Dios. Este es nuestro modelo: amar al Señor, buscar su gloria con todo el ardor posible; repitamos seguido con san Pablo: "El amor de Cristo nos apremia" (2 Cor 5,14).

Todo del prójimo: Francisco ejerció primero la caridad en los hospitales, dedicándose al servicio de los más humildes. Para ayudar a sus enfermos no se avergonzaba de mendigar puerta por puerta. Cuando se embarcó para las misiones, durante el largo trayecto distribuía entre los necesitados la comida que él recibía en el comedor del capitán. Al llegar a las misiones, se dio en cuerpo y alma para ayudar a los pobres material y espiritualmente. Por este fin soportó insólitos sufrimientos por tierra y por mar, en la comida y en la vestimenta. Lloraba al ver que por amor al oro muchos cristianos trabajaran tanto, y que en Europa tanta inteligencia se perdiera detrás de los honores mundanos, en vez de comprometerse con la evangelización.

Todo de sí mismo: ¡es decir todo por la propia santificación! ¡Es tan fácil, en el trabajo, perderse a sí mismo y descuidar la propia vida espiritual! En medio de sus múltiples fatigas apos-

tólicas, tan variadas y apremiantes, encontraba tiempo para rezar, manteniéndose muy fiel a la oración. Siguiendo el ejemplo de Jesús, de tanto en tanto sabía alejarse de las obras externas, para pensar en sí mismo y estar con Dios. Y cuando no lo podía hacer de día, pasaba las noches a los pies de Jesús Sacramentado. Vencido por el cansancio, dormía sobre los escalones del altar. De la Eucaristía y del Crucifijo esperaba la gracia de iluminar las mentes y convertir los corazones, sabiendo que las conversiones verdaderas y estables no derivan de nuestras iniciativas, sino de la gracia de Dios.

¡Este es nuestro modelo! Nosotros solemos admirar a san Francisco, pero nos limitamos a la admiración. En cambio, teniendo la misma vocación religiosa y misionera, ¿por qué no podríamos ser nosotros también santos y hacer el bien como él, considerado el más grande misionero después de los apóstoles? Estoy convencido de que todos podrían convertirse en otro san Francisco Javier y realizar tantos milagros de conversión. De hecho, Dios no ha reducido, en nuestros días, su generosidad y quiere que nosotros también hagamos milagros de conversión.

Llamado a las misiones, Francisco sólo pensó en prepararse espiritualmente. La virtud no se adquiere en un momento; hay que insistir, resistir, combatir, nunca darse por vencidos, tampoco frente a un gran sacrificio, ni ante uno pequeño.

Francisco era tan obediente al superior, que le habría bastado una palabra para dejarlo todo. ¿Qué importa si la obediencia nos asigna un trabajo humilde? Sólo una cosa es importante: cumplir con el propio deber. La obediencia es hija de la humildad. No de la falsa humildad que se desanima por haber descubierto un defecto; sino de la que nos hace buscar los propios defectos; tampoco de la que nos quita la

paz, sino de la que nos hace perseverar y enseguida nos pone en el lugar que nos corresponde.

Francisco rezaba y trabajaba, trabajaba y rezaba. Si rezar sin trabajar es tentar al Señor, lo mismo es trabajar sin rezar. Normalmente, para hacer el bien el Señor se sirve sólo de los santos; tal vez por eso tantos misioneros y misioneras no hacen todo el bien que podrían. Primero santos, después misioneros; si no, no seremos ni una cosa ni la otra. Por lo tanto, seamos también nosotros como Francisco; una santidad especial, heroica, poniendo en práctica su programa de vida: ¡todo de Dios, todo del prójimo, todo de sí mismo!

Santa Teresa de Ávila

196. Santa Teresa es una gran santa, un ejemplo no sólo para las mujeres, sino también para los hombres. La característica fundamental de la santa fue el amor. Y aquí quiero que observen que, generalmente, cuando sentimos un poco de ternura en el corazón, nos parece que amamos; pero eso no es el amor verdadero, o mejor, no es sólo ese el amor que debemos sentir por el Señor. Por lo tanto, ¿cuál es el amor verdadero? "El amor hace soportar incansablemente. Hace trabajar sin descanso, hace fatigarnos útilmente". Esta es la definición del amor de santo Tomás; este no consiste sólo en sentimientos; se puede ser muy fríos como el hielo y amar mucho, como, de hecho, sucedió a santa Teresa, que por muchos años sufrió una aridez espiritual tan grande que sacudía el reloj de arena para que pasara más rápido el tiempo de la meditación. Quería amar, pero no le encontraba el gusto. Y, sin embargo, era una santa también en esos momentos; es más, era a través de esos momentos que el Señor la santificaba. El amor de

santa Teresa por nuestro Señor tuvo las tres cualidades del amor verdadero y sólido que hemos recordado.

Soportar infatigablemente, ya que el amor nos hace soportar cualquier sufrimiento. Cuando tenía apenas siete años huyó con su hermanito para ir a convertir a los no cristianos, deseando morir mártir, pero su tío los encontró y los hizo regresar a casa. Sin embargo, Teresa no abandonó ese deseo y concretó sus aspiraciones con la santidad de vida. Fue misionera y mártir con el deseo.

Cuando entró en las Carmelitas, se propuso perseverar con constancia a cualquier precio. Ella misma confesó que, al abandonar la casa paterna donde era tiernamente amada, experimentó tanto dolor que sintió como si le estuvieran dislocando todos los huesos. Era una mujer tenaz en sus propósitos. El amor le hizo soportar cualquier sufrimiento, con tal de ser una santa carmelita. También ustedes tengan fuerza de voluntad para poder dejar a sus familias, la patria y a ustedes mismos, porque son llamados a ser misioneros y misioneras.

Obrar sin descanso: dice un autor que santa Teresa siempre estuvo en movimiento con el corazón, con la lengua y con las manos. Escribió tanto que llegó a ser como un Padre de la Iglesia. Siempre en movimiento, siempre activa. Trabajó continuamente para adquirir las virtudes, hasta vincularse con el voto de lo más perfecto y para la mayor gloria de Dios. Decía que para gustarle al Señor y llegar a gozar de él, no habría retrocedido ante el martirio. De hecho, tuvo que sufrir mucho, especialmente como reformadora del Carmelo. Fue una mujer fuerte, una mujer de oración, de acción y sacrificio. La contemplación no le impedía trabajar. Recuerden también esa expresión que tanto le gustaba repetir: "¡O sufrir o morir!". No tenía un término medio; entendía que, para identificarse con

nuestro Señor, no hay otro camino. Las mortificaciones no consumen el cuerpo. ¡Se necesita ánimo y fuerza!

Fatigarse útilmente: la santa, llena de amor a Dios, ardía como una fogata, sólo deseando amar cada vez más a su Señor y despreciando todo lo demás. Decía: "Tolero que en el paraíso haya otros por encima mío, ¡pero no que amen a Dios más que yo!". Una vez el Niño Jesús se le apareció en el pórtico del monasterio y le hizo esta simpática pregunta: "¿Quién eres tú? — ¡Yo soy Teresa de Jesús! — ¡Y yo soy Jesús de Teresa!". También a nosotros nos gustaría que nos sucediera esto, pero nos llenaríamos de soberbia; en cambio, si nos encontráramos en el punto de perfección de Teresa, no correríamos ese peligro. Este es el premio para quien ama verdaderamente a Dios con un amor incansable, operativo, total.

¡Fíjense qué religiosa era! Una verdadera misionera en el claustro. No habiendo podido ir a las misiones, se ofreció como víctima por los no cristianos. Todo lo que hacía y sufría era dirigido a este fin. Esta es la idea que deben formarse de la vida religiosa y misionera: no de descanso, sino de trabajo; no de placer sino de sacrificio; no para conformarse con una santidad a medias, sino para querer toda la santidad y con todas las fuerzas. Imitémosla en esta fortaleza; ser fuertes también en los días y los momentos un poco difíciles. Recuerden que no son los defectos los que impiden que el Señor distribuya sus gracias. Santa teresa decía: "¿Quién tiene más defectos que yo?". Y sin embargo, sin ceder nunca a la naturaleza, y confiando en Dios, hizo bien todo lo que emprendió. Su leit motiv era: "¡Nada te turbe, nada te espante!". Después de una caída decía el "nunc coepi", es decir, "ahora vuelvo a empezar", cuarenta o cincuenta veces al día; pedía perdón al

Señor, y exclamaba: "¡hierba de mi jardín, no has sido bien cultivada!". Se humillaba por sus defectos, sin perder la confianza. Ustedes hagan lo mismo: siempre vuelvan a empezar; a fuerza de intentarlo, algo lograremos hacer. Ya el renovar la voluntad es algo que, de por sí, agrada al Señor.

Que el Señor, por intercesión de santa Teresa, les de, ante todo, amor a la oración, aún en medio de arideces y, luego, ese ánimo fuerte que es necesario para poder ser verdaderos misioneros y misioneras.

San Fidel de Sigmaringa

197. Nuestro Instituto debe ser devoto de san Fidel de Sigmaringa y considerarlo como un especial protector, junto a san Francisco Javier y san Pedro Claver. Es el primer misionero enviado por "Propaganda Fide" a evangelizar la región de la Alta Rezia. También fue el primer mártir de Propaganda. Un misionero y una misionera siempre deben estar dispuestos al martirio; ofrecerse como víctima al Señor, listos para cualquier sacrificio.

Nosotros tenemos un motivo especial para serle devotos. En efecto, fue el día de su memoria, el 24 de abril de 1900, que en Rívoli (Turín), celebrando la misa en su honor, puse sobre el altar una carta dirigida a nuestro arzobispo, en la que pedía la palabra definitiva para fundar el Instituto de los misioneros, que recibí más tarde. Si quieren, agreguen también la especial predilección que tuve por este santo desde que era seminarista; una predilección ciertamente infundida por Dios de cara al futuro.

Recurran a la intercesión de san Fidel para poder enriquecer su mente con el estudio de las varias disciplinas y entre-

nar el ánimo en la práctica constante de todas las virtudes. Él los ayudará a superar las tentaciones de desánimo y a controlar el ímpetu juvenil en el ministerio. Para ser apóstoles, es necesario prepararse seriamente y por mucho tiempo; hay que tener ese bagaje de conocimientos divinos y humanos requeridos por los tiempos y las poblaciones que debemos evangelizar; se necesitan virtudes no comunes y un excelente espíritu de inmolación.

Recémosle y tomémoslo como modelo de la virtud que lo caracterizó, es decir la fidelidad a la vocación. Desde que era un joven estudiante fue fiel a todos los deberes cristianos, así como a su profesión de abogado y a la voz de Dios que lo llamaba, eligiendo el humilde hábito de los Capuchinos. Observó con máxima fidelidad las reglas de su Orden, primero como simple fraile, luego como superior. Habiéndole propuesto la difícil misión de la Alta Rezia, obedeció con fidelidad, desarrollando su tarea hasta el martirio.

Por eso este santo les es propuesto a ustedes como modelo de vida consagrada y apostólica. Imítelo en la fidelidad a sus deberes presentes y futuros, fidelidad universal, cordial y simple. Fidelidad en las cosas grandes y en las pequeñas, fidelidad para corresponder a las gracias de Dios y dejarse formar; fidelidad a las reglas y a los medios que Dios les da para poder ser misioneros y misioneras dignos, fieles también a sus propósitos; fidelidad en todo, porque como dice la Iglesia en la oración de la misa, "también nosotros hemos sido considerados fieles hasta la muerte". De esta manera recibirán el premio prometido por nuestro Señor a su siervo: "Está bien, servidor bueno y fiel, ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más" (Mt 25,21).

San Pedro Claver

198. San Pedro Claver es propuesto por la Iglesia como patrono de los afrodescendientes de africanos, porque ejerció el ministerio entre los esclavos transportados de África a Cartagena. Con caridad y paciencia heroica, por más de cuarenta años, tuvo compasión de ellos y se comprometió a cuidar de sus almas y de sus cuerpos, fiel a esta misión hasta la muerte. Del mismo modo ustedes, para poder ser santos misioneros y misioneras, con la necesaria caridad y paciencia, fórmense desde que son jóvenes y adquieran estas virtudes.

San Pedro Claver era noble, sensible, y se hizo religioso de la Compañía de Jesús, abandonando a sus padres a pesar de quererlos mucho. Después de haber estudiado teología, pidió ser hermano coadjutor, renunciando al sacerdocio. Los superiores no estuvieron de acuerdo y, con la ayuda de Dios, se convirtió en un gran apóstol. Tuvo como consejero a san Alfonso Rodríguez, a quien escuchó cuando le mostró su especial misión.

¿Cómo se preparó para ese apostolado tan difícil? A lo largo de su vida, nunca trasgredió una regla. Él decía que el carácter del buen novicio consiste en esto: buscar siempre a Dios en todas las cosas, sirviéndose de ellas como si fueran una escalera para ir a Dios; hacer todos los esfuerzos necesarios para adquirir una perfecta obediencia; hacer todo para la mayor gloria de Dios; no buscar otra cosa que no sea la salvación de las almas, hasta morir en la cruz, a imitación del Señor Jesús.

San Francisco de Sales

199. La fecha solemne de la aprobación oficial del Instituto de los misioneros (29 de enero de 1901) coincide con la fiesta de

San Francisco de Sales.³ Pero no se trató de una casualidad. En los designios de la Divina Providencia y tal vez en la mente de nuestro arzobispo, el cardenal Agustín Richelmy, el Instituto fue aprobado ese día justamente para estar bajo la protección de este gran santo, apóstol de la zona de Chablais. Siempre fue considerado un santo de Turín, adonde su madre vino varias veces. Fue devoto de la Santísima Consolata. Una vez vino al Santuario, donde se alojó durante tres meses. Él es uno de nuestros protectores.

Preguntémosnos: ¿cómo pudo hacer tanto bien este hombre? Fue apóstol, fundador de una orden religiosa, escritor, luego proclamado doctor de la Iglesia. ¿Ven? Normalmente admiramos las virtudes y obras de los santos, pero, ¿nos remontamos a las fuentes, al medio, a la causa de tanto bien y de tanta santidad? Francisco de Sales no nació santo, pero se formó respondiendo coherentemente desde el principio a la gracia de Dios. Luchó para moderar su carácter tendencialmente colérico. Sí, nosotros ahora admiramos su dulzura, pero no la recibió de la naturaleza, ni siquiera le fue infusa, sino que la adquirió a través del ejercicio de la renuncia a sí mismo. Luchó por la castidad, por la que tuvo que enfrentar en París batallas muy violentas; pero no se dejó vencer, resistió e hizo el voto de castidad que luego renovó en Loreto. Luchó para seguir la vocación sacerdotal y poder ir a la zona de Chablais. Nadie tenía el coraje para emprender una obra tan ardua y peligrosa; entonces se ofreció al obispo, sin ceder ante las lágrimas de la madre ni ante la oposición del padre. Partió sin nada, pero tenía todo, porque llevaba a Dios con él.

³ Cuando José Allamano pronunciaba estas palabras la memoria litúrgica de san Francisco de Sales caía el 29 y no el 24 de enero, como en la actualidad.

A toda costa quiso ser el cuarto santo de nombre Francisco y lo logró. Siempre, desde el principio, tuvo esta voluntad de hierro. "¡Lo quiero, lo quiero!". Y lo logró. Esta es la hermosa lección que nos deja. También a nosotros Dios nos concede las gracias necesarias y abundantes para alcanzar ese grado de santidad al que nos llama. Si él, y tantos otros más, lo lograron, ¿por qué no yo? ¿Por qué no nosotros? El haber sido llamados al apostolado ya es un signo y una garantía de que el Señor nos tiene preparadas muchas gracias para santificarnos. San Francisco de Sales es un santo moderno. Tal vez tenía más miserias que nosotros, pero se venció a sí mismo y se convirtió en el más grande santo de su tiempo. Ahora, lo que hizo él, también nosotros podemos hacerlo.

Elegido obispo de una Iglesia pobre, algunos le sugerían que cambiara de obispado, eligiendo uno más conveniente económicamente, como el de París; pero él respondía: "El que se casó con una esposa pobre, no la deja por ese motivo". Cuando el Senado lo amenazó con quitarle los bienes materiales, simplemente dijo: "¡Entonces seré más espiritual!".

¡Cuántos sacrificios tuvo que soportar durante su vida apostólica! Siempre atacado, a veces amenazado de muerte, incluso calumniado. Dejó el cargo de arcipreste, bastante cómodo, para irse como misionero. En las misiones desplegó un celo apostólico típicamente suyo, con pureza de intenciones, espíritu de sacrificio y, especialmente, de mansedumbre. Fue un verdadero misionero y será siempre un protector del Instituto. Pídanle que les conceda el espíritu de desarraigo, de sacrificio, de celo por la gloria de Dios.

Pero si hizo tanto bien es porque fue humilde. "Era muy humilde la opinión que tenía de sí — escribe Francisca Fremiot de Chantal —, amaba su propia bajeza; no pudiendo ignorar la

estima que tenían de él, se avergonzaba de sí mismo". En el prefacio del Tratado del amor de Dios escribía: "En este mundo hay muchas cosas perfectas, pero no deben buscarlas en mi casa". Al volver a Milán, les dijo a las religiosas: "Yo soy un fantasma, una sombra de obispo, indigno de besar la tierra donde el arzobispo de Milán (san Carlos Borromeo) pone sus pies". Tratemos de imitarlo asimilando bien la virtud de la humildad. Si son humildes, tendrán celo, porque no se buscarán a ustedes mismos, sino sólo la gloria de Dios.

El celo apostólico de san Francisco de Sales fue, además, caracterizado por la dulzura, la mansedumbre; también en esta virtud, tan necesaria para el misionero y la misionera, él debe ser nuestro modelo. Tenía un carácter de fuego y, sin embargo, adquirió una mansedumbre admirable y admirada.

Pero su mansedumbre y dulzura iban de la mano con una fuerza igualmente admirable. Recuerden sus palabras: "¡Si en mi corazón hubiera alguna fibra que no fuese para el Señor, la arrancaré sin piedad!". A veces creemos que nos dimos totalmente al Señor, pero si analizamos en profundidad, ¡qué aferrados estamos a nosotros mismos!" Restos de envidia, de falta de mortificación, de tibieza; a veces incluso de cosas más graves. San Francisco de Sales buscó sólo y cada vez más agradarle a Dios. El lema que asignó a sus religiosas era: "¡Sólo Dios!".

Pidamos, por intercesión de este gran santo, la gracia de poder amar al Señor con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos, por amor a Dios. Estos dos amores generan en nosotros el celo misionero. A quien se esfuerza humanamente, el Señor le concede el céntuplo, inclusive en esta vida. Por lo tanto, ánimo, y estén alegres. San Francisco de Sales siempre estaba contento. "¡Sirvan al Señor con alegría!" (Sal 100,2).

Los ángeles custodios⁴

200. En el Instituto nunca abandonen la devoción a los santos ángeles. Seamos devotos por nosotros y por los demás; por los que no les dan importancia; también por los no cristianos, para que nos ayuden a evangelizarlos. Los ángeles buenos nos aman, nos cuidan y nos protegen.

En la Sagrada Escritura se habla de los ángeles. En el salmo leemos: "Él te encomendó a sus ángeles para que te cuiden en todos tus caminos" (Sal 90,11). En la Carta a los Hebreos leemos: "¿Y a cuál de los ángeles dijo jamás: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies? ¿Acaso no son todos ellos espíritus al servicio de Dios, enviados en ayuda de los que van a heredar la salvación?" (Heb 1,13-14). Después de haber advertido que no se debe escandalizar a los pequeños, el Señor dice: "Cúidense de despreciar a cualquiera de estos pequeños, porque les aseguro que sus ángeles en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial" (Mt 18,10). Están siempre en presencia de Dios mientras nos protegen. Hay hechos en la Biblia que hablan de los ángeles: en la historia de Lot, de Tobías, de Daniel entre los leones, de los tres jóvenes entre las llamas, de san Pedro en la cárcel, etc. (Cf. Gén 19; Tob 5; Dn 3,43; 6,22; Hech 12,1-11). Y san Jerónimo escribe: "¡Qué grande es la dignidad humana, ya que cada persona tiene, desde el nacimiento, su propio ángel!".

Los ángeles nos guían, nos asisten y ofrecen a Dios nuestras oraciones y las obras buenas; estimulan el intelecto y la volun-

³ Al final de esta lista han sido incluidos los ángeles custodios, ya que José Allamano los proponía como especiales protectores y guías para los misioneros y las misioneras.

tad para hacer el bien; nos liberan de los peligros materiales y, más aún, de los espirituales. Agradecemos a Dios por habernos dado al ángel custodio, que tanto nos cuida, y dejémosnos guiar por él. ¿Por qué no deberíamos recurrir a su ayuda si siempre busca nuestro bien? ¡Hay que tener una fe viva!

Nuestros deberes hacia el ángel custodio son, ante todo, respeto por su presencia permanente; no es necesario que lo veamos, basta saber que está. Además, gratitud por la benevolencia que nos demuestra haciéndonos todo el bien posible. Por último, confianza en la protección que él nos brinda. Invoquémoslo en nuestras necesidades, escuchemos sus inspiraciones.

El recomendarles esta devoción nunca será demasiado. Hay cristianos que no piensan nunca en el ángel custodio. Una vez le recomendé a un enfermo grave que recurriera al ángel custodio. Me respondió: "¿Cómo puedo hacer, si nunca pienso en él?" — "¡No importa, invóquelo de todos modos!". Claro, en ese momento el pobre habría preferido poder decir que siempre había sido devoto.

Nosotros misioneros y misioneras tenemos motivos particulares para honrar a los ángeles custodios. Nuestra devoción debe ser mucho más viva y estar arraigada en el corazón, por la relación especial que vincula a los misioneros con los ángeles. Ellos tienen la tarea de alabar al Señor por sí mismos, como criaturas suyas, y también por todos los que han sido confiados a su protección. Esta es la misma tarea de los misioneros, que deben llevar una vida de unión con Dios y alabar-lo permanentemente por sí mismos y por los demás. Sobre todo en las misiones deberán pensar en este compromiso: alabar al Señor por todos los que son confiados al cuidado de ustedes, especialmente por los que aún no conocen al Señor.

Además, los ángeles son ministros de salvación. Este también es el fin especial de la vocación misionera. Por esta participación a las mismas tareas apostólicas que ellos, ustedes tienen una cierta afinidad; están más cerca de ellos, y ellos los quieren a ustedes con un afecto especial, deseosos de ayudarlos. Por lo tanto, deben confiar mucho en ellos. ¡Cuánto bien harán si vivirán esta unión de pensamiento y de corazón con su propio ángel!

Que esta devoción al ángel custodio esté profundamente arraigada y se convierta en la característica del misionero y la misionera. Que cada uno diga: yo tengo un ángel todo para mí. Él está siempre conmigo. Cuando el Señor me puso en manos de mi ángel custodio, me dijo: "Él te precederá, te ayudará siempre; está contigo, por ti, en ti; contigo en las batallas, contigo en las luchas, ganándolas; en ti para sugerirte pensamientos según la voluntad de Dios, para animarte y ayudarte".

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

En italiano

Escritos de José Allamano

SALES Lorenzo, *La dottrina spirituale del Servo di Dio Can. Giuseppe Allamano - Fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata - ricavata dalle Conferenze Spirituali*, vol. I, ed. Missioni Consolata, Torino 1949, pp 371; vol II, ed. Missioni Consolata, Torino 1950.

SALES Lorenzo, *La Vita Spirituale dalle conversazioni ascetiche del Servo di Dio Giuseppe Allamano, Fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata*, Torino 1963.

Le "Conferenze Spirituali" del Servo di Dio Giuseppe Allamano. *Gli autografi e le trascrizioni dalla viva voce*, a cura di Iginò Tubaldo IMC, 3 voll., ed. Missioni Consolata, Torino 1981.

Conferenze del Servo di Dio Giuseppe Allamano alle Suore Missionarie, a cura dell'ufficio storico, 3 voll., ed. Suore Missionarie della Consolata, Grugliasco (TO), 1984.

Quasi una vita... Lettere scritte e ricevute dal beato Giuseppe Allamano con testi e documenti coevi, a cura di Candido Bona IMC, 10 voll., ed. Missioni Consolata, Torino 1990-2002.

ALLAMANO Giuseppe, *Lettere ai Missionari e alle Missionarie della Consolata*, a cura di Iginò Tubaldo, ed. Art Grafiche San Rocco, Grugliasco (TO) 2004.

Biografías

SALES Lorenzo, *Il Canonico Giuseppe Allamano. Fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata*, ed. Missioni Consolata, Torino 1936.

SALES Lorenzo, *Compendio della vita del Canonico Giuseppe Allamano. Fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata*, ed. Missioni Consolata, Torino 1938.

BARRA Giovanni, *Padre di Apostoli. Canonico Giuseppe Allamano- Fondatore dell'Istituto Missioni Consolata*, ed. Morcelliana, Brescia 1955.

TUBALDO Igino, *Giuseppe Allamano. Il suo tempo - La sua vita - La sua opera*, 5 voll., ed. Missioni Consolata. Torino 1982-1986.

MINA Giuseppe - ZANUBER Lino, *Quando la missione invade la vita. Il Servo di Dio Giuseppe Allamano Fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata*, ed. Missioni Consolata, Torino 1986.

AGASSO Domenico, *Fare bene il bene. Giuseppe Allamano*, ed. Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990.

MAGGIONI Peppino, *Un prete per la missione. Giuseppe Allamano*, EMI, Bologna 1990.

TEBALDI Giovanni, *La mia vita per la missione. Giuseppe Allamano*, EMI, Bologna 2001.

Monografías

BARSAOTTI Divo, *Primato della santità. Profilo spirituale di Giuseppe Allamano (Dalle istruzioni spirituali ai missionari)*, EMI, Bologna 1976.

Missionario per il mondo nella Chiesa locale, a cura di Pasqualetti Gottardo, ed. Missioni Consolata 1976.

BONZANINO Giovanni, *Un uomo per l'Africa*, EMI, Bologna 1977.

GARZIA Raffaele, *Misionario dell'Eucaristia. Il Servo di Dio Giuseppe Allamano. Sacerdote Adoratore*, ed. Missioni Consolata, Torino 1981.

CASTRO Luis Augusto, *Padre e Maestro di Missionari*, EMI, Bologna 1986.

PASQUALETTI Gottardo, *Giuseppe Allamano. Frammenti di un ritratto*, ed. Missioni Consolata, Torino 1986.

MINA Gian Paola, *Un silenzioso che ha qualcosa da dire, Andare alle Genti*, Grugliasco (TO) 1986.

PASQUALETTI Gottardo, *Poveri per arricchire gli altri*, ed. Missioni Consolata, Torino 1988.

BONA Candido, *La fede e le opere. Spigolature e ricerche su Giuseppe Allamano*, ed. Missioni Consolata, Torino 1989.

BONA Candido, *La Missione nel cuore*, ed. Missioni Consolata, Torino 1990.

TUBALDO Igino, *Il Beato Giuseppe Allamano e il santuario della Consolata*, EMI, Bologna 1990.

AA.VV., *Giuseppe Allamano, A Torino per il mondo con forza e pazienza*, ed. Missioni Consolata, Roma 1991.

Discepoli della Parola con Giuseppe Allamano, Itinerari di spiritualità missionaria guidati dalla Lectio Divina, a cura di Dutto Giovanni - Christopher Hayden - Lino Baracco, ed. Effeta, Cantalupa (TO) 2001.

En español

Escritos de José Allamano

SALES Lorenzo, *La Vida Espiritual según las conversaciones ascéticas del Siervo de Dios José Allamano, Fundador de los Misioneros y de las Misioneras de la Consolata*, ed. Artes Gráficas Carasa, Madrid 1977.

Biografías

SALES Lorenzo, *El Siervo de Dios, Padre José Allamano, Fundador de las Misiones Consolata*, ed. Paulinas, Buenos Aires 1956.

PASQUALETTI Gottardo, *Misionero para el mundo en la Iglesia local*, ed. Paulinas, Caracas 1977.

MAGGIONI José, *José Allamano. Las misiones, pasión de una vida*, ed. Misiones Consolata, Buenos Aires 1990.

AGASSO Domenico, *Hacer bien el bien. José Allamano*, ed. Misiones Consolata, Madrid 1991.

BALDASSO Efrén, *Me llamo José Allamano*, ed. Misiones Consolata, Santafé de Bogotá 1997.

RUIZ Daniel y ARRABAL Gabriel, *El nuevo ritmo del tam-tam*, Folletos CONEC, Madrid.

Monografías

AA.VV., *Una comunidad se identifica con el hombre*, EMC, Madrid 1974.

CASTRO Luis Augusto, *Padre y Maestro de misioneros*, ed. Misiones Consolata, Turín 1986.

INDICE ANALÍTICO

(Los números citados no se refieren a las páginas, sino a la numeración progresiva del texto)

Adviento

Las tres venidas de Jesús; prepararnos bien para recibirlo; tiempo de renovación; novena de Navidad: 60.

Amistad

La amistad entre Dios y el hombre es otro de los nombres que se da a la caridad: 97.

Amor

Cf. caridad

El amor hacia los superiores y los formadores se manifiesta en la confianza: 43 - El amor a Dios y el amor al prójimo van siempre juntos; quien no ama a su prójimo no puede ser misionero; en el sacerdote todo lleva al amor del prójimo; no juzgar mal, no murmurar: 130 - Amarse como hermanos y hermanas; todos los fundadores recomiendan la caridad mutua: 131 - Amar al prójimo cercano y soportar los defectos de los demás; tener "un solo corazón y una sola alma": 131 - Los signos de la caridad fraterna son: gozar de los bienes y las alegrías de los demás, sufrir con quien sufre, llevar el peso los unos de los otros, perdonar las ofensas, saber reconciliarse: 132 - Tener siempre espíritu de cuerpo y vivir la caridad: 133 - Espíritu de familia: 134 - Promoción fraterna: 135.

Ángeles Custodios

La devoción a los santos ángeles debe estar presente en el Instituto; textos de la Biblia que hablan de los ángeles; tener fe para dejarse guiar; los misioneros y las misioneras deben tener una devoción especial a los ángeles: para alabar a Dios, para ser ministros de salvación: 200.

Anunciación a María

Es la fiesta de la Encarnación del verbo: 163.

Año litúrgico

Conocerlo bien y participar de él: 59.

Año nuevo

Empezarlo con empeño y buena voluntad; vivirlo como si fuera el último de nuestra vida; hacer un examen previo y tratar de alcanzar todos los objetivos: 64.

Apego

El apego a los bienes y a las comodidades es un obstáculo serio para responder a la vocación: 36 - También el apego a los parientes es un obstáculo grave para el misionero y la misionera: 37.

Ascensión

Es la fiesta del paraíso; fiesta del envío misionero; Jesús promete ayudar a los misioneros: 75.

Asunción

Es la fiesta mariana más solemne; imitar a María y prepararnos para el paraíso: 166.

"Ave María"

Es la oración mariana por excelencia; rezarla con frecuencia y ardor: 167.

Bienhechores

Las ofertas que recibimos son el fruto de los sacrificios de los bienhechores: 108.

Buena educación

Siempre es necesaria, también en el apostolado; va unida a la caridad; verificar con frecuencia la propia conducta: 50.

Cafasso José (San)

Modelo de santidad en la vida ordinaria: 5 - breves notas biográficas: 5, nota 4 - Su constancia: 129 - Su devoción mariana: 156 - Los sacerdotes deben ser modelos de oración: 176.

Camisassa Santiago

Breves notas biográficas: 34, nota 4, nota 10 - Fuerte voluntad: 34.

Candidatos a misioneros

Pocos pero buenos, en regla; el número no sirve si no hay calidad: 45 - No tener apuro en partir para las misiones; calma y paciencia para prepararse bien a la misión: 46.

Carácter

No es un impedimento para la santidad, pero debe ser educado: 13.

Caridad

Cf. amor

La santidad se perfecciona con la caridad hacia Dios y hacia el prójimo; lo confirman los santos (Francisco de Sales, Agustín, Pablo): 96 - La caridad es la amistad entre Dios y el hombre: 97 - Amar a Dios con ardor, con toda el alma, con la voluntad, con toda la mente: 98 - Crecer en el amor: con la oración, con las obras, con la pureza de intención; sólo Dios: 99 - Se ama a Dios haciendo su voluntad: 100 - Se necesita un gran amor para ser misioneros; el amor lo vence todo: 101.

Castidad

Es vivida en modo excelente por Jesús; el término deriva de "castigo"; sumamente necesaria para los consagrados y los misioneros: 111 - La Iglesia católica la requiere para todos los sacerdotes; debe ser sólida y cierta: 112 - Es una virtud del corazón: 113 - Es como un tesoro en vasijas de barro; necesita vigilancia y oración; para mantener la castidad, refugiarse en el Corazón de Jesús y ponerse en las manos de María Santísima; también es necesaria la mortificación interna y externa; la mortificación de los sentidos: 114.

Ciencia (estudio)

El misionero y la misionera no sólo necesitan la santidad, sino también la ciencia; un misionero ignorante es un ídolo de tristeza;

su necesidad es evidente en la Biblia; san Francisco de Sales la consideraba el octavo sacramento; un misionero sin ciencia es una lámpara apagada: 52.

Confesión

Cf. Reconciliación.

Confianza en Dios

Es el secreto para hacerse santos; lleva a la desconfianza en sí mismos: 12 - Es la esperanza más excelsa; hay que tener mucha esperanza en Dios de reserva; todos la necesitan y ayuda a encontrar el bien en todo: 93 - La familiaridad amorosa se llama confianza: 94.

Consolata

Es la "fundadora" del Instituto y en él todo es obra suya: 157 - Debemos sentirla "nuestra" porque somos sus misioneros y misioneras: 158 - Novena y Fiesta: el corazón dice lo que se debe hacer por una madre: 159 - Oración de José Allamano a la Consolata: 160.

Constancia

Muy útil en la actividad misionera; es la dote indispensable del misionero y de la misionera; ejemplo de la parábola del grano de mostaza (Mt 13,31-35); aprendamos de José Cafasso: 129.

Constituciones

Estar convencidos de que son el espejo de la voluntad de Dios para el Instituto; cada palabra ha sido meditada y estudiada; es oro puro; cada uno debería ser una constitución viviente: 120.

Corpus Domini

Es una gran fiesta; la oración "O Sacrum convivium": 81.

Crítica destructiva

Junto a la murmuración, impide el espíritu de santidad: 18.

Cruz

Ejemplo de Jesús; debemos pedir al Señor el amor al sufrimiento; es necesario para el misionero y la misionera; comenzar soportando la cruz: 136 - Mortificación: 137 - Pequeños sacrificios que nadie ve: 138.

Cuaresma

Momento favorable para la conversión, la penitencia y la oración: 67 - Uso del salmo penitencial 50: 68.

Delicadeza

Cf. Buena Educación.

Desapego de las cosas

Requerido por el voto de pobreza: 108.

Desgano

Es un obstáculo para la santidad: 17.

Desunión

Obstaculiza la santidad y la armonía comunitaria: 19.

Difuntos (Conmemoración de los fieles)

La fe en la comunión de los santos; rezar por las almas del purgatorio: bienhechores, hermanos y hermanas; peregrinación de José Allamano al cementerio: 84.

Disciplina

Cf. Orden.

Disipación

Es un obstáculo para la santidad: 15.

Dolorosa

Devoción particular de José Allamano por la Virgen de los Dolores; consolar a María para que sea "Consolata" (consolada); enseñanza de los santos sobre esta devoción: 165.

Ejercicios espirituales

Como Jesús, también nosotros debemos alejarnos; debemos prepararnos con la oración; los ejercicios deben ser acompañados por el silencio; examinar la propia vida y hacer propósitos: 187.

Energía

Agiliza el camino a la santidad; ser activos para nosotros y para los demás; no asustarse ante el caudal de trabajo: 126 - Lo importante es valorizar bien el tiempo: 127.

Epifanía

Es la manifestación del Señor; imitar a los Magos en la fidelidad al llamado: preparados y perseverantes; caridad, oración y mortificación son nuestros dones: 65.

Esperanza

También la esperanza es necesaria para la santidad; así lo han enseñado los santos (Agustín, Cafasso); tener esperanza viva que supera cualquier duda y temor: 91 - Mantener vivo el pensamiento en el paraíso: 92 - la esperanza más robusta se llama confianza, es necesaria para todos, ayuda a encontrar el bien en todas las cosas: 93 - La esperanza lleva a la confianza amorosa: 94.

Espíritu del Instituto

Cf. también Formación misionera.

Tener el espíritu del Instituto en los pensamientos, en las palabras y en las obras: 41.

Espíritu de cuerpo

Es necesario para la paz de la comunidad; cueste lo que cueste, es necesario estar unidos; unidos alrededor de la finalidad del Instituto: 133.

Espíritu de familia

"¡Cómo se quieren!"; caridad no sólo espiritual sino también material; competir en el ayudarse mutuamente: 134 - La promoción fraterna hace parte del espíritu de familia: 135.

Espíritu de sacrificio

Cf. Cruz.

Espíritu de oración

Es necesario rezar siempre: 181.

Espíritu Santo

Cf. Pentecostés

Estudio (ciencia)

Necesidad del estudio de idiomas; el conocimiento del idioma es

signo de vocación misionera: 53 - Estudiar para la misión, con humildad, energía, piedad; ejemplo de los santos: 54.

Eucaristía

Espiritualidad eucarística: 146, nota 1 - Celebración del Sacrificio eucarístico; Jesús es víctima: 146 - La misa es el tiempo más bello de nuestra vida; celebrarla bien y con el mayor empeño; es la devoción de las devociones; participar con fe viva y caridad ardiente; es excelente la participación espiritual: 147 - Jesús es el pan vivo: 148 - Cómo comunicarse: 149 - Jesús está en el Santísimo Sacramento como amigo; es la devoción principal del Instituto: 150 - Visita al Santísimo Sacramento; la adoración perpetua: 151 - El amor a Jesús Sacramentado: 152 - Ser "sacramentinos", sobre todo en las misiones: 153.

Exámen de conciencia

Medio eficaz de conversión; método de san Ignacio: 183.

Familia (Espíritu de)

Nosotros formamos una familia; en la familia se comunica todo; en la familia hay confianza: 43 - En la familia debe reinar el orden: 47 - Todos deben involucrarse: 48 - Ayudarse mutuamente: 56 - Somos familia y debemos ayudarnos a santificarnos: 120.

Fe

La santidad se fundamenta en la fe; somos doblemente felices si creemos sin ver: 85 - Vivir de fe significa dejarse guiar por los principios de la fe; la fe es un don que debemos pedir a Dios: 86 - El misionero debe tener tanta fe; el que tiene fe se pone en las manos de Dios: 87 - Todos nuestros pensamientos deben ser guiados por la fe: sólo Dios; no basta la fe teórica, también se necesita la fe práctica para que nos guíe: 88 - Fe simple e íntegra: no razonar demasiado: 89 - Creer en lo que la Iglesia nos propone; nuestro Instituto debe estar unido al Papa y a la Iglesia: 90.

Felipe Neri (San)

Su confianza en Dios: 12.

Fidel de Sigmaringa (San)

Especial protector del Instituto; fue el primer misionero de "Propaganda Fide"; evangelizó la Alta Rezia y fue martirizado; rezarle para que nos ayude a ser fieles: 198.

Fin de año

Hacer el balance del año pasado para agradecer y enmendarlos: 63.

Formación misionera

El seminario es para la formación: 39 - Aprovechar el tiempo de la formación: 39 - La formación que deben seguir es la que el Señor me inspiró: 40 - La formación imprime el espíritu del Instituto: 40 - Se debe tener el espíritu del Instituto en los pensamientos, en las palabras y en las obras: 41 - Los superiores y los formadores son centinelas puestos por Dios para la formación: 42.

Fortaleza

Cf. Energía.

La misión exige un alto grado de fortaleza; entrenarnos desde el tiempo de la formación; ¡cuidado con la pereza!; enseñanza de san Francisco de Sales: 128.

Francisco de Sales (San)

El Instituto fue fundado el día de su fiesta y no por casualidad; es el santo de la dulzura adquirida con mucho ejercicio; tuvo una voluntad de hierro, fue un hombre humilde, lleno de celo apostólico: 199.

Francisco Javier (San)

Patrono del Instituto y modelo de los misioneros y las misioneras; fue "todo de Dios, todo del prójimo, todo de sí mismo"; modelo de celo, obediencia y oración: 195.

Gastaldi Lorenzo (Mons.)

Breves notas biográficas: 42, nota 2, nota 13 - Exhortaba a los superiores a usar la caridad y la corrección: 42.

Humildad

Es la base de la obediencia: 119 - Jesús es modelo de humildad y hay que imitarlo: 141 - La humildad es necesaria por nuestros defec-

tos; debe acompañar todas las otras virtudes; es necesaria para poder rezar: 142 - La humildad es necesaria para el misionero y la misionera porque son "servidores" por vocación; también el Instituto debe ser humilde: 143 - La humildad es la verdad: 144 - La humildad es fruto de la conquista y el ejercicio constante; José Allamano no quería que le besaran las manos: 145.

Ignacio de Loyola (San)

Su lema fue "todo para la mayor gloria de Dios"; fue un fundador de misioneros; imitarlo en su celo apostólico: 194.

Inmaculada Concepción

Es un misterio lleno de alegría y belleza: 161.

Instituto

Su fin primario es la santificación de sus miembros: 2 - El Instituto sólo es para los que quieren ser misioneros y misioneras: 28 - Amor al Instituto: 33 - El Instituto subsistirá, pero pobre del que pierde el fervor: 39 - Aquí todos trabajan: el Instituto no es un colegio: 57, 134 - La Eucaristía es el centro del Instituto: 150 - la Virgen quiso dar su nombre al Instituto: 155.

Intención vocacional recta

En el Instituto se está para ser misioneros: 31.

Jesús

Seguir a Jesús es nuestro ideal: 15 - Fiesta del nombre de Jesús: 62 - presentación en el templo: 66 - Pasión y muerte: 69 - Sagrado Corazón de Jesús: 82 - Jesús víctima: 146-147 - Jesús pan vivo: 148-149 - Jesús, el Dios con nosotros: 150-153.

José (San)

Patrono de la Iglesia, de la misión y del Instituto; fue justo, es decir "santo"; venerado por los santos; modelo de fidelidad, vida interior y humildad: 190.

Juan el Bautista (San)

Patrono de la diócesis de Turín; modelo de los misioneros y las misioneras; como él debemos prepararnos a las misiones con la

penitencia, la castidad, la humildad y el ardor misionero; fue muy humilde; búsqueda de la soledad: 191.

Juan Evangelista (San)

Recomendaba siempre la caridad mutua: 131.

Lecturas espirituales

Favorecen la conversión; tratar de que lo que se lee entre en el corazón; La "Imitación de Cristo": 184.

Mansedumbre

Jesús es su modelo: 123 - Necesaria para la misión; pobre del misionero que no controla la propia ira: 124 - La mansedumbre es una virtud difícil que requiere tiempo y esfuerzo: 125.

Massaia Guillermo (Card.)

Breves notas biográficas: 55, nota 5 - Ejemplo de pobreza y laboriosidad: 55.

Mes de María

Honrar a María y crecer en el amor hacia ella; importancia de la imitación de sus virtudes; es la mejor devoción: 170.

Modestia

La modestia abraza todo nuestro ser externo; se adquiere con el ejercicio de la presencia de Dios: 51.

Mortificación

La mortificación de los sentidos es necesaria para proteger la castidad: 114.

Navidad

Jesús se encarna y se hace Niño; el misterio de Belén; sencillez y humildad; misterio de amor: 61.

Nunc coepi

"Ahora vuelvo a empezar": 30 - Fruto de la confianza: 93 - Ejemplo de santa Teresa de Ávila: 196.

Obediencia

De los tres votos es el más excelente; Jesús da testimonio del

mismo; los santos lo enseñan; la obediencia hace milagros: 115 - Es de absoluta necesidad en las comunidades religiosas, porque favorece la unión de intenciones; obediencia en todo; es característica de los Misioneros y las Misioneras de la Consolata: 116 - Obedecer a los superiores como al Señor, por motivos sobrenaturales: 117 - Obediencia universal, rápida, cordial, simple: 118 - Tres grados de obediencia: ejecución, unión de la voluntad, plena aceptación: 118 - La obediencia "ciega" ¡ve mucho!: 118 - Formarse a la obediencia a través del ejercicio de la humildad: 119 - Obediencia a las Constituciones como si fuera Dios quien nos habla: 120.

Oración

Rezar siempre sin cansarse; la oración es necesaria para vivir bien, la enseñanza de los santos: 175 - Cuanto más trabajo tengan, más deberán rezar; enseñanza de José Cafasso; amar la oración: 176 - La oración debe ser confiada, humilde, perseverante: 177 - Liturgia de las Horas: 178 - meditación cotidiana: estar convencidos de su importancia y necesidad; varios métodos para meditar: 179 - Oración vocal distribuida durante el día: 180 - Espíritu de oración para rezar siempre: 181 - Vivir siempre en presencia de Dios, como Noé, que "caminaba con Dios"; vivir, respirar y perderse en Dios...: 182.

Orden

Favorece la formación de las personas; produce el acuerdo en la comunidad y el bien común: 47 - Amar el orden y no la simple observancia: 49, 51.

Pablo (San)

El corazón de Pablo era como el corazón de Jesús; ejemplo de energía y tenacidad: 193.

Paciencia

Es indispensable para el misionero y la misionera; enseñanza de la Biblia; modera la tristeza provocada por los males del presente, tanto internos como externos: 139 - Diferentes grados de paciencia: no lamentarse, aceptar la voluntad de Dios, soportar los males con alegría, paciencia vivida siempre y en todo lugar: 140.

Palabra de Dios

El corazón de Dios está en su Palabra; los primeros Padres de la Iglesia sólo tenían las Escrituras: 171 - La Palabra de Dios es útil, viva y cálida; la lectura de la Biblia despierta el amor a Dios; ejemplo de los santos: 172 - Leer y examinar la Palabra de Dios con la pureza de vida y la oración: 173 - La Biblia es nuestro libro y debe tener un lugar de honor en el Instituto: 174.

Paraíso

El pensamiento del paraíso debe estar siempre vivo en nosotros; ejemplo de los santos (Cafasso, Francisco de Asís, Juan Bosco); ayuda a adquirir las virtudes: 92.

Pascua

Fiesta de la resurrección de Jesús y nuestra resurrección: 71 - Portadora de paz y alegría: 72 - Estar siempre alegres también para edificar al prójimo: 73 - Vencer la tristeza para estar siempre en paz: 74.

Pasión misionera (ardor, celo)

El ardor apostólico nos impulsa hasta dar la vida; es la característica del misionero y de la misionera, y lo que da sentido a sus vidas: 121 - Se necesita fuego para ser apóstoles; uno vive cuando es activo por amor de Dios; el ardor debe estar acompañado por la ciencia; se necesita la constancia: 122.

Pasión y Muerte

Ser devotos de la Pasión de Jesús; meditarla con frecuencia: 69 - Ser devotos del Crucifijo: un libro para leer y meditar; nos santificamos por medio de la Cruz: 70.

Pecado

El pecado venial voluntario lleva a la tibieza y obstaculiza el camino a la santidad: 21.

Pedro (San)

Hombre de fe y amor por Jesús: 192.

Pedro Claver (San)

Jesuita y apóstol de los esclavos en Cartagena (Colombia); supo pre-

pararse para las misiones con la santidad de la vida: 198.

Pentecostés

Fiesta del Espíritu Santo y "segunda Pascua"; en Pentecostés nace la Iglesia: 76 - Conocer, amar y seguir al Espíritu Santo; obstáculos para su venida: 77 - Himno "Ven, Espíritu Creador": 78 - Los dones y frutos del Espíritu Santo: 79 - Somos templos del Espíritu Santo; "¡quiero que todos sean hijos e hijas del Espíritu Santo!": 80.

Pobreza evangélica

Jesús da ejemplo de la misma y la enseña; todas las virtudes reciben vida de la pobreza; también la caridad necesita de ella: 106 - Es el termómetro de la calidad de una comunidad; en qué consiste el voto de pobreza: 107 - No cuenta tanto la pobreza en sí misma sino el amor a la misma; la virtud de la pobreza y cómo vivirla; ayuda de los bienhechores; la pobreza exige el desapego de las cosas: 108 - Cuidarlo todo: 109 - Saber trabajar como pobres: 110.

Presentación de María en el templo

Esta fiesta tiene origen en Oriente; es la fiesta del Noviciado, de la ofrenda de sí al Señor: 162.

Promoción fraterna

Hace parte del espíritu de familia; debe hacerse bien, con discreción y oportunamente: 135.

Protectores (modelos)

Cf. 190, nota 1.

Providencia

Es necesario ponerse en las manos de Dios Providente; nutrir una gran confianza en la Providencia y merecer su ayuda: 94 - Confiar siempre en la Providencia, inclusive frente a los gastos enormes de las misiones; trabajar: 95.

Reconciliación (Sacramento de la)

Es necesario amar la confesión: 185 - Confesarse con espíritu de fe: 186 - Tratar de ir a la raíz de los pecados; necesidad del dolor por los pecados cometidos: 187.

Respuesta a la vocación

Su importancia: 30.

Retiro mensual

Es una santa práctica, pero es necesario hacerla bien: 189.

Rosario

Excelencia de esta oración; es oración vocal y mental; la repetitividad es característica del amor: 169.

Sacerdote

Es misionero por naturaleza: 25.

Sacramentinos

"Quiero que sean sacramentinos": 153.

Sacrificios

Ser capaces de pequeños sacrificios cotidianos, con perseverancia; ejemplos de sacrificios: 138.

Sagrado Corazón de Jesús

Continuación de la fiesta del Corpus Domini: las dos fiestas se integran; se comprende mejor el amor de Jesús por nosotros; consagración de los Institutos al Corazón de Jesús: 82 - Refugiarse en él para superar las pruebas contra la castidad: 114.

Salve

Es una "oración muy devota" y rica de contenidos: 168.

Santidad (santificación)

Dios quiere que seamos santos: 1 - El fin primario del Instituto es nuestra santificación: 2 - Primero santos, después misioneros: 3, 195 - La santidad que se debe buscar es propia del Instituto; es necesario admirar la verdadera santidad: 4 - Hacerse santos haciendo bien todo en la vida cotidiana: 5 - El misionero y la misionera santos son los verdaderos evangelizadores: 7 - La santidad es fuente de felicidad: 8 - Dar con coraje el primer paso: 9 - Tres clases de personas frente a la santidad: 10 - Voluntad firme como primera disposición para hacerse santos: 11 - Confiar en Dios: es el secreto de la san-

tividad: 12 - La persona que busca la santidad educa su propio carácter: 13 - Motivaciones falsas que obstaculizan la propia santificación: 14 - la disipación obstaculiza la santidad: 15 - La tibieza impide la santidad: 16 - El desgano es otro obstáculo para la propia santificación: 17 - La crítica destructiva y la murmuración impiden la santidad: 18 - La desunión obstaculiza la santidad y la armonía comunitaria: 19 - La obstinación en las propias ideas también es un obstáculo para la santidad: 20 - Los pecados veniales también frenan la santificación: 21 - La santidad está fundada en la fe: 85.

Semería Juan

Breves notas biográficas: 35, nota 5. Su enseñanza sobre la necesidad de hacer la voluntad de Dios: 35.

Sencillez

La sencillez excluye del ánimo todo doblez y ambigüedad; exige la sinceridad: 44.

"Sólo Dios"

Fe práctica, sí, sólo Dios. Todo de Dios, todo recibido de Dios, todo en Dios: 88 - La pureza de intenciones es un gesto de amor mediante el cual todo se vincula sólo a Dios: "Mi Dios y mi todo"; estar atentos para purificar las intenciones: ¡Sólo Dios! Sólo a Dios honor y gloria: 99 - Hacer todas las cosas bien sin esperar nada de los demás: sólo Dios basta: miremos siempre hacia arriba; nuestra meta está allí, sólo Dios: 100. Cada vez que se asoma un pensamiento de soberbia, decir enseguida: "sólo Dios, sólo Dios": 145.

Superiores (formadores)

Son centinelas puestos por Dios para la formación; es deber del superior rezar por los hermanos; el superior debe estar presente y corregir: 42.

Tiempo

Valorarlo bien; ejemplo de Cottolengo: 127.

Tentaciones

Son todo lo que induce al pecado; requieren perseverancia: 22 -

Tentaciones y pruebas deben ser superadas si queremos ser fieles a la vocación: 38.

Teresa de Ávila (Santa)

Voluntad firme para hacerse santa: 11 - La característica de su santidad fue el amor; el amor ayuda a soportar cualquier sufrimiento; supo obrar sin descanso; fue una verdadera misionera en el claustro; debemos imitarla en la fortaleza y en la capacidad para volver a empezar: "nunc coepi": 38.

Teresa del Niño Jesús (Santa)

A los 24 años ya se había consumido de amor a Dios: 98.

Tibieza

La persona tibia no puede hacerse santa; características de la tibieza: 16.

Trabajo

El trabajo, aunque manual, es lo que distingue al misionero; no es sólo un deber, sino también un honor; ejemplos de la Biblia y de los santos: 55 - Sirve para ayudar al propio sustento; también es oportuno aprender un oficio: 57 - Trabajar como los pobres, incluso materialmente: 110.

Trinidad

Fundamento de nuestra fe; el signo de la cruz; todo parte de Dios y vuelve a Dios; la Fiesta de la Trinidad dura todo el año: 58.

Todos los Santos

Fiesta que invita a mirar hacia el paraíso; mirar a los santos, invocarlos e imitarlos: 83.

Vida consagrada

Cf. votos religiosos.

El Instituto es de religiosos y misioneros; ser religiosos es como un nuevo bautismo, un holocausto, un martirio; ser religiosos significa buscar la santidad: 102 - Los votos aumentan en nosotros la libertad; con los votos no hacemos un contrato sino que

seguimos una vocación; se da a Dios no sólo los frutos sino todo el árbol: 103 - Nos consagramos a la misión dispuestos a dar la vida: 104.

Vida cotidiana

Es el lugar donde nos entrenamos en la santidad: 5 - El bien hay que hacerlo bien: 6.

Virgen María (Santísima)

Es la Reina de los misioneros y las misioneras; la piedad mariana es una necesidad: 154 - Ad Jesum per Mariam: valor de la piedad mariana: 155 - La devoción a María nunca es excesiva; la devoción mariana de los santos: 156 - la Consolata: 157-160 - Inmaculada: 161 - Presentación de María al templo: 162 - Anunciación a María: 163 - Visita a santa Isabel: 164 - Dolorosa: 165 - Asunción: 166 - Ave María: 167 - Salve: 168 - Rosario: 169 - Mes de María: 170.

Visita a santa Isabel

María es modelo de servicio, lleva a Jesús a los demás, alaba al Padre con el "Magnificat": 164.

Vocación misionera

La vocación misionera es fruto del amor a Dios: 23 - Es propia de los que aman al Señor y desean darlo a conocer: 24 - Es un don de Dios: 26 - Signos ordinarios de vocación misionera: 27 - El Instituto recibe sólo a quien tiene vocación misionera: 28 - Es un gran don de Dios: 29 - Es necesario saber responder a la vocación misionera: 30 - Es la vocación más bella; hay que apreciarla: 32 - Amar la propia vocación: 33 - El apego a la propia voluntad es un obstáculo para responder a la vocación: 35.

Voluntad

Hay que tener una voluntad firme, enérgica y constante para hacerse santos: 11 - Voluntad constante para seguir la vocación; Camisassa como ejemplo de voluntad tenaz y constante: 34 - A las misiones no hay que llevar la propia voluntad; hay que saber renunciar a la propia: 35.

Voluntad de Dios

Hacer siempre la voluntad de Dios: 74 - Se ama a Dios haciendo siempre su voluntad; hay que buscar sólo la voluntad de Dios; hacer la voluntad de Dios es fuente de consuelo; tener los ojos fijos hacia el cielo; nuestra meta está allí: sólo Dios: 100.

Votos religiosos

Con los votos no se hace un contrato sino que se sigue una vocación; los votos aumentan nuestra libertad: 103 - Los votos son de misioneros y misioneras; hay que servir a la misión aún dando la vida: 104.

INDICE DE LAS CITAS BÍBLICAS

(Los números entre paréntesis no se refieren a las páginas, sino a la numeración progresiva del texto en el que se encuentra la cita.)

Antiguo Testamento

Génesis: 2,22 (182); 6,9 (182); 12,1 (37); 12,2 (37); 18,1 (182); 18,1ss. (200).

1 Samuel: 3,6 (149); 3,9 (188); 3,10 (184); 16,7 (130).

2 Samuel: 16,7 (100).

Ester: 5,12 (149).

Tobías: 5,1 (200).

1 Macabeos: 12,9 (171).

Salmos: 1,2-3 (179); 4,3 (187); 24,15 (182); 40,8 (35); 40,9 (35); 44,10 (166); 50,1-15 (68); 61,11 (107); 68,29 (38); 76,11 (30); 86,1 (161); 90,4 (143); 90,11 (200); 99,2 (73); 100,2 (199); 116,1-2 (122); 117,24 (73); 118,4 (73); 118,165 (51); 119,66 (54); 119,97 (179); 132,1 (134); 124,1 (93).

Proverbios: 8,5 (148); 8,31 (97); 8,35 (154); 13,4 (11).

Cantar de los Cantares: 6,4 (133).

Lamentaciones: 3,25 (93).

Sabiduría: 3,11 (49).

Eclesiástico: 3,18 (143); 24,18 (161); 25,8 (138); 31,8-9 (106); 32,24 (95); 41,12 (145).

Isaías: 5,4 (63); 29,13 (180); 53,5 (69); 53,7 (123, 141); 63,19 (60, 149).

Jeremías: 31,3 (23, 97).

Daniel: 3,45 (200); 6,22 (200).

Oseas: 4,6 (52).

Malaquías: 2,7 (52); 11,1 (147).

Nuevo Testamento

Evangelio de Mateo: 1,19 (190); 2,2 (65); 3,17 (141); 4,1-11 (124); 5,5 (125); 5,16 (145); 5,23-24 (132); 5,48 (102); 6,12 (132); 6,22-23 (99); 6,31 (95); 6,33 (95); 8,20 (105); 10,16 (44, 89); 11,25 (89); 11,28 (97); 11,29 (123, 141); 12,34 (88); 13,31-35 (129); 16,24 (35, 70); 16,16 (192); 18,1 (183); 18,10 (200); 19,21 (107); 22,36-37 (96); 25,21 (29, 297); 26,41 (175); 26,50 (123); 28,6 (84); 28,18-19 (32); 28,19 (52).

Evangelio de Marcos: 6,31 (188); 7,37 (5); 9,24 (86); 10,18 (141); 10,21 (23); 12,30 (96); 16,15 (32, 75); 16,17 (75).

Evangelio de Lucas: 1,19 (5); 1,28 (167); 1,38 (143); 1,42 (167); 1,47-48 (145); 5,26 (5); 6,12 (175); 6,20 (105); 6,37 (130); 6,38 (130); 10,23 (85); 10,42 (189); 11,5-9 (177); 12,49 (101, 123); 15,18 (93); 17,5 (86); 18,1 (175, 181); 18,10-14 (142); 18,31-34 (136); 21,18 (87); 22,19 (81, 146); 22,26 (143); 22,32 (192); 22,44 (175); 24,32 (172); 24,48 (75).

Evangelio de Juan: 1,6 (191); 1,9 (65); 1,29 (191); 3,5 (87); 3,16 (59); 3,30 (191); 4,10 (29); 4,34 (35, 115); 5,30 (35); 5,36 (7); 5,39 (173); 6,38 (35); 6,48 (148); 6,57 (148); 6,68 (192); 7,16 (141); 8,23 (15); 8,29 (115); 8,49 (123); 8,56 (85); 12,32 (106); 13,15 (105); 13,34 (130); 14,2 (92); 14,2-3 (75); 14,9 (7); 14,15 (99); 14,23 (182); 15,12 (130); 15,13 (134); 15,16 (62, 121); 14,17 (77); 15,19 (15, 111); 16,7 (76); 18,23 (123); 19,28 (69); 19,30 (100); 20,21 (24); 20,22 (76); 20,29 (85); 21,15 (98,192); 21,17 (192).

Hechos de los Apóstoles: 1,4 (76); 1,9-11 (75); 4,12 (62); 5,41 (140); 6,4 (175); 9,4-6 (193); 9,16 (62, 136); 12,1-11 (200); 17,28 (182); 18,2-3 (55).

Cartas de Pablo

Romanos: 1,17 (60); 6,9 (71); 6,17 (118); 8,5 (77); 8,28 (2, 93); 8,35-37 (8); 8,35-39 (98); 12,5 (84); 12,10 (132); 12,15 (132); 13,10 (96); 13,13-14 (184); 15,4 (171).

1 Corintios: 2,16 (41); 3,6-7 (176); 3,9 (121); 3,16 (80, 182); 4,4 (88); 4,12 (55); 7,7 (26); 9,16 (121); 9,23 (122); 9,24 (129); 9,25 (137); 9,27 (114); 10,12 (114); 10,13 (22); 11,1 (136); 11,16 (81); 11,26 (145); 13,1ss. (96); 13,5 (130).

2 Corintios: 6,2 (39); 4,7 (114, 144); 4,17 (92); 5,14 (195); 6,1-2 (67); 6,4-5 (139); 7,4 (136); 8,9 (105); 9,7 (118); 10,1 (123); 11,28 (42, 136); 15,15 (192).

Gálatas: 2,19 (70); 2,20 (40, 69); 5,17 (114); 5,22 (79); 6,1 (135); 6,2 (132); 6,14 (69); 6,17 (69); 6,41 (140).

Efesios: 4,1 (30); 4,4-6 (133); 4,23 (40); 4,26 (132); 4,28 (57); 4,30 (77); 6,11 (22).

Filipenses: 2,5-8 (115); 2,8 (141); 2,9-11 (62); 3,8 (33); 4,4 (73).

Colosenses: 1,4 (69); 3,14 (96); 3,17 (180).

1 Tesalonicenses: 4,1-4 (113); 4,3 (1); 5,17 (175); 5,19 (77).

1 Timoteo: 1,15 (144); 1,17 (58); 2,4 (91); 4,16 (52); 4,4-7 (92); 5,22 (111); 6,8 (108); 6,11 (86).

2 Timoteo: 2,10 (121); 3,16 (172).

Tito: 2,7 (1); 3,2 (125); 3,3 (125).

Hebreos: 1,14 (200); 7,25 (75); 10,38 (86); 11,6 (86); 12,2 (137).

Santiago: 1,4 (139); 1,22 (188); 2,20 (88); 3,2 (138, 185); 3,5 (138).

1 Pedro: 2,2 (89); 2,23 (123); 4,3 (140); 4,8 (134); 5,8 (22).

1 Juan: 1,7 (185); 2,2 (146).

Apocalipsis: 3,15-16 (16); 12,1 (166).

INDICE GENERAL

<i>Presentación</i>	1	<i>Sólo para la evangelización</i>	62
<i>Biografía de José Allamano</i>	9	Respuesta a la vocación	63
<i>Cronología de José Allamano</i>	21	¡Si conocieras el don de Dios!	63
<i>Introducción</i>	25	Responder bien	63
1. Misioneros y misioneras sí, pero santos	37	Con recta intención	65
Santidad y misión del Instituto	37	Con un amor concreto	66
“Esta es la voluntad de Dios: que ustedes sean santos”	37	Con voluntad constante	67
Abrazar el fin del Instituto	38	Obstáculos para responder al llamado	70
Primero santos, después misioneros	40	Apego a la propia voluntad	71
No una santidad por capricho	41	Apego a los bienes y a las comodidades	72
Extraordinarios en lo ordinario	42	Apego a los familiares	73
Hacer bien el bien	44	Pruebas y tentaciones	74
Evangelizar con la santidad de vida	45	3. Formados para la misión	75
Los santos son las personas más felices	46	Formación misionera	75
Dar el primer paso con coraje	47	Formarse aquí y ahora	75
Vayamos a la práctica	47	En el espíritu del Instituto	77
Actitudes en el camino hacia la santidad	49	En los pensamientos, en las palabras y en las obras	78
Voluntad total, enérgica, constante	49	Guiados por los superiores y los formadores	79
Confianza en Dios	50	Con el corazón abierto y confiado	81
Educación del carácter	51	Con sencillez y sinceridad	82
Obstáculos en el camino de la santidad	52	De calidad	83
Falsas motivaciones	52	Sin apuro por ir a las misiones	84
Disipación	53	Formación a una vida ordenada	85
Tibieza	54	Interés y colaboración de todos	85
Desgano	54	¡A mí también me toca!	86
Crítica destructiva	55	Disciplina no sólo observada sino amada	87
Desunión	55	Buena educación y delicadeza	88
Obstinación	56	Control de sí mismo y modestia en el comportamiento	89
Pecados veniales	56	Formación al estudio y al trabajo	90
Tentaciones	57	Necesidad del estudio	91
2. Amados y llamados	59	Estudio de los idiomas	92
Vocación misionera	59	Estudio para la misión	93
Amados desde la eternidad	59	Trabajo: deber y honor	94
Amor por Dios y pasión por las almas	59	Ayudarse mutuamente	95
Sacerdote misionero por naturaleza	60	Proveer al mantenimiento	95
La vocación misionera, un don de Dios	61	4. Misterios de Salvación	97
Sin signos extraordinarios	62	Fundamento de la fe: la Santísima Trinidad	97
		Año litúrgico	99
		Adviento	99

Navidad	101
El Nombre de Jesús	102
Fin de año	103
Año nuevo	104
Epifanía	106
Presentación de Jesús en el templo	108
Cuaresma	109
Pasión y Muerte	111
Pascua de resurrección	114
Ascensión	117
Pentecostés	118
Corpus Domini (Cuerpo y Sangre del Señor)	124
Sagrado Corazón de Jesús	125
Fiesta de Todos los Santos	126
Conmemoración de los fieles difuntos	128
5. Virtudes teologales	131
Fe	131
Doblemente felices	131
Vivir de la fe	132
En las misiones	133
Fe práctica	133
Fe simple e íntegra	135
Bajo la guía de la Iglesia	136
Esperanza	136
Abrir el corazón a la esperanza	136
Con la mirada puesta en el paraíso	138
Una gran reserva de confianza	139
Todo en las manos de Dios	141
Confiar en la Providencia	142
Caridad	143
Amarás al Señor tu Dios Amor como amistad	143
Amar a Dios con ardor	145
Crecer en el amor	147
Querer lo que quiere Dios	148
Misión confiada a quien ama mucho	151
6. Votos religiosos y misioneros	153
Vida consagrada	153
Nuevo bautismo	153
En libertad	154
Para la misión	155

Pobreza evangélica	155
“Les he dado el ejemplo”	155
Vida de las virtudes	156
Con la fuerza del voto	157
Lo necesario, como los pobres	158
Cuidarlo todo	160
Trabajar como los pobres	161
Castidad por el Reino	162
Sean castos	162
En vistas del sacerdocio	163
Virtud del corazón	164
Un tesoro en vasijas de barro	164
Obediencia misionera	166
Habitual en todos	166
Virtud fundamental	167
Virtud sobrenatural	168
Universal, inmediata, cordial, simple	169
Formarse a la obediencia	171
Obediencia a las Constituciones	171
7. Actitudes misioneras	173
Pasión misionera	173
Hasta dar la vida	173
Se necesita fuego para ser apóstoles	174
Mansedumbre	176
Jesús es nuestro modelo de vida	176
Necesidad de la mansedumbre en las misiones	177
Trabajar el propio corazón	178
Energía y constancia	179
Seguir adelante con energía	179
Valorizar el tiempo	179
Un alto grado de fortaleza	180
Con constancia	181
Amor como en una familia	183
Un corazón grande	183
Amarse como hermanos y hermanas	185
Los signos de la caridad fraterna	187
Espíritu de cuerpo	190
Espíritu de familia	191
Promoción fraterna	193

Amor a la cruz y espíritu de sacrificio	194
Mucho más como misioneros y misioneras	194
La mortificación no es algo del pasado	196
Pequeños sacrificios que nadie ve	197
Paciencia	199
Indispensable en las misiones	199
En aumento	200
Humildad	202
Sólo Jesús es realmente humilde	202
Inevitablemente humildes	203
Servir con humildad	204
La humildad es la verdad	205
La humildad no es una virtud infusa	206
8. Eucaristía: misterio de fe y amor	209
Jesús víctima	209
Celebración del Sacrificio Eucarístico	209
El tiempo más bello de nuestra vida	210
Jesús, pan vivo	212
¡Aquí estoy, porque me has llamado!	213
Jesús es el Dios con nosotros	215
Como amigo	215
Gozar de su presencia	216
“Apropiarnos” del Señor	217
Especialmente en las misiones	218
9. Todas las generaciones me llamarán feliz	219
Cooperadora de Jesús	219
Reina de los misioneros y las misioneras	219
A Jesús por María	219
La devoción a María nunca es excesiva	221
Hijos e hijas de la Consolata	222
La pupila de sus ojos	222
Especialmente nuestra	223
Novena y fiesta de la Consolata	224
Oración de José Allamano a la Consolata	224
Misterios marianos	225
Inmaculada Concepción	225
Presentación de María en el templo	226
La anunciación a María	227

La Visitación a Santa Isabel	227
La Dolorosa	229
Asunción	230
Oraciones a María	231
Ave María	231
Salve Regina	232
Rosario	233
Mes de María	134
10. Con los ojos dirigidos al Señor	237
Palabra de Dios	237
El corazón de Dios en su Palabra	237
Palabra de Dios útil, viva y cálida	238
Leer y examinar las Escrituras	239
Nuestro libro	240
Oración	241
Recen siempre sin desanimarse	241
Cuanto más trabajo tengan, más deberán rezar	242
El Señor no da piedras a cambio de panes	244
Rezar la liturgia de las horas	245
Meditar para apasionarse	246
Puntos de referencia a lo largo del día	248
Espíritu de oración	250
En presencia de Dios	251
11. Caminar en el Espíritu	253
Examen de conciencia	253
Concientes de lo que somos	253
Lecturas espirituales	254
Un rocío fecundo para nuestra vida	254
Sacramento de la Reconciliación	255
Amor a la confesión	255
Con espíritu de fe	256
Ir a las raíces	256
Retiros espirituales	257
Ejercicios espirituales	257
Retiro mensual	259
12. Modelos e intercesores	261
San José	261
San Juan Bautista	263

Santos Pedro y Pablo	266
San Pedro	266
San Pablo	267
San Ignacio de Loyola	269
San Francisco Javier	271
Santa Teresa de Ávila	274
San Fidel de Sigmaringa	277
San Pedro Claver	279
San Francisco de Sales	279
Los ángeles custodios	283
<i>Bibliografía esencial</i>	287
<i>Índice analítico</i>	293
<i>Índice de las citas bíblicas</i>	311